

**Universidad Nacional de San Martín**  
**Instituto de Altos Estudios Sociales**

**Tesis para optar por el título de Magíster en Ciencia  
Política**

Título de la tesis: “Los usos contemporáneos de la república en el  
debate intelectual argentino. El conflicto del campo como  
coyuntura crítica”

Tesista: Sabrina Morán

Directora: Gabriela Rodríguez Rial

Fecha de entrega: Junio de 2019  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires

## Índice

Índice.....	1
Agradecimientos .....	3
Introducción .....	5
Cap. I: Consideraciones de método: hacia un abordaje histórico-conceptual de la república y el republicanismo en el discurso intelectual argentino.....	10
I. 1. Historia Conceptual y Teoría Política. República y republicanismo como clave de lectura del debate intelectual contemporáneo.....	11
I.1.a.Los conceptos políticos en movimiento: república y republicanismo en la Historia Conceptual .....	14
I.1.b Escuela de Cambridge: usos del lenguaje, paradigmas y tradiciones políticas. Hacia una convergencia metodológica .....	21
I.1.c. República y republicanismo en Argentina. Preliminares de un abordaje conceptual .....	29
I.2. ¿Por qué los intelectuales? Persistencia de una relación entre teoría y práctica de la política .....	36
I.2.a. Intelectuales objeto de estudio de intelectuales .....	38
I.2.b Breve historia de la relación entre intelectuales y política en Argentina .....	46
Cap. II: Coordenadas teóricas e histórico-políticas del concepto de república en Argentina. Entre la transición democrática y el conflicto campo-gobierno.....	58
II.1. La república como concepto político fundamental en la Argentina reciente .....	58
II.1.a. Entre la transición y la consolidación democráticas .....	58
II.1.b. República y republicanismo durante el kirchnerismo .....	73
II.2. La crisis agropecuaria de 2008 como contexto de emergencia de Carta Abierta y Club Político Argentino.....	83
II.2.a. El conflicto .....	84
II.2.b La disputa en torno a la representación política.....	89
Cap. III: Carta Abierta y Club Político Argentino: conflicto político y lenguaje republicano .....	98
III.1. Emergencia de los espacios de sociabilidad intelectual .....	99
III.2. Usos y desusos de la república y el republicanismo .....	110

III.2.a. Cartas abiertas y Documentos colectivos. Interpretaciones en torno al conflicto “campo-gobierno” .....	111
III.2.b. Semántica conceptual del republicanismo. Más allá de las intervenciones colectivas. ....	130
Conclusiones .....	142
Bibliografía .....	148
Fuentes .....	166

## **Agradecimientos**

Con la certeza de que la producción de conocimiento es siempre fruto del trabajo colectivo, quisiera agradecer a todos y todas aquellos que hicieron posible el desarrollo y finalización de la presente tesis. A mi directora, la Dra. Gabriela Rodríguez Rial, por su inmutable confianza y su permanente empuje. A mi co-directora, la Dra. Susana Villavicencio, por su aliento constante y sus sabios consejos. A ambas, por haberme iniciado en la labor investigativa cuando todavía era una estudiante de grado y haberme honrado con su cariño.

A mis compañeras y compañeros de los distintos equipos UBACYT y PRI que he integrado a lo largo de estos años, por su amistad y compañerismo, pero también por los incontables intercambios y discusiones que han resultado decisivos en la estructuración de esta tesis. Por supuesto, ellos y ellas se encuentran exentos de toda responsabilidad respecto de su contenido.

Agradezco, asimismo, al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), al Instituto de Altos Estudios Sociales (IDAES) de la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM), y al Instituto de Investigaciones Gino Germani (IIGG) de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires (UBA), instituciones que hicieron posible esta investigación.

Me gustaría agradecer especialmente a Cecilia Padilla, cuya amistad incondicional me acompaña y sostiene todos los días desde el principio de esta investigación. A Diego Paredes, por su escucha atenta, sus lecturas agudas, su amistad invaluable. A Octavio Majul, por creer en mí y convencerme de que las tesis se terminan. A Emilse Toninello, por su generosidad, su minuciosa lectura y su imprescindible compañía durante largas jornadas de escritura. A Juan Francisco Domínguez, por transitar conmigo este camino desde el primer día y conformar el mejor grupo de dos que podría desear.

Quisiera agradecer también a mi familia, indispensable sostén en este recorrido. A mis padres, Carlos y Alicia, que siempre me instaron a seguir mis pasiones, por su incondicional y amorosa confianza. A mi hermano Nacho, mi cómplice en todo y modelo

a seguir. A mis abuelos Julio, Adhelma, Noemí y Felipe, por un amor infinito. A todos ellos, por comprender mis ausencias y recibirme siempre con los brazos abiertos.

A Helena, por su dulce compañía.

A Tomás Wieczorek, mi único héroe en este lío. Gracias por cada día.

## **Introducción**

“Por debajo de las grandes continuidades del pensamiento, por debajo de las manifestaciones masivas y homogéneas de un espíritu o de una mentalidad colectivas, por debajo del terco devenir de una ciencia que se encarniza en existir y en rematarse desde su comienzo, por debajo de la persistencia de un género, de una forma, de una disciplina, de una actividad teórica, se trata ahora de detectar la incidencia de las interrupciones” (Foucault, 1970:5)

Los conceptos de república y republicanismo comprenden conceptos políticos fundamentales a los que se recurre sistemáticamente para legitimar o deslegitimar experiencias y procesos políticos contemporáneos. En nuestro país, el republicanismo se erigió en horizonte de sentido y expectativas del ordenamiento político nacional desde los primeros debates constitucionales en el siglo XIX (Botana, 2013). No obstante, a lo largo del siglo XX se produjo un descentramiento de estos conceptos y, desde el retorno a la institucionalidad democrática en 1983, la democracia se convirtió en el principal objeto de reflexión político-intelectual en nuestro país. La Ciencia Política, consolidada como disciplina autónoma en ese contexto, se ha abocado, en consonancia, a un trabajo sistemático sobre este vocablo eminentemente político (Lesgart 2004, 2009; Freibrun, 2009, 2014; Rodríguez, Freibrun, 2011) que, junto al concepto de república, opera como fundamento del horizonte de legitimidad de los gobiernos contemporáneos.

La noción de república, sin embargo, ha sido trabajada con menor sistematicidad en este campo disciplinar. “Aunque se habla frecuentemente de una gramática republicana, la república no es objeto de gramatología, análisis espectrales o reflexiones acerca de su fundamento como lo son otros vocablos que participan de un mismo campo semántico político, como por ejemplo democracia” (Rodríguez, Freibrun, 2011:6). Recientemente el vocablo devino en objeto de estudio para la historiografía que se ocupa de los conceptos políticos de la historia de la Argentina; un ejemplo de ello es la publicación del *Diccionario político y Social del mundo Iberoamericano*, compilado por J. Fernández Sebastián (2009). Asimismo, existe un renovado interés por el republicanismo impulsado por la revigorización de este campo de estudio desde el mundo anglosajón en los años setenta y su particular impacto en América Latina (Aguilar y

Antonio, 2014; Fernández Sebastián, 2011; Gargarella, Martí y Ovejero, 2004; Meglio, 2008; Pocock, 2003).

En nuestro país, la república se ha hecho constantemente presente, especialmente en la retórica de los políticos de profesión y los medios de comunicación masiva. Desde los años noventa, cuando la experiencia menemista revitalizó el uso peyorativo del concepto de populismo y el problema de la división de poderes en regímenes presidencialistas como el argentino - contexto en el cual se acuñaron conceptos como el de democracia delegativa y democracia de baja intensidad para dar cuenta de los problemas que la concentración de poder planteaba para el régimen político y sus instituciones (O'Donnell, 1991) - tanto los políticos de oposición como el periodismo crítico ha recurrido a la retórica republicana para manifestar preocupación por su ausencia o por su carácter defectuoso. Incluso al interior del kirchnerismo, sistemáticamente impugnado por su carácter populista y su escaso respeto de la institucionalidad republicana, políticos e intelectuales afines identifican a la república con el equilibrio institucional de poderes que garantiza el gobierno de la ley (Morresi, 2010; Rinesi y Muraca, 2010; Rodríguez, Freibrun, 2011; Pinto, Rodríguez Rial, 2015):

“La idea de república, en cambio, es presentada en un sentido menos polisémico, o al menos, se trata de una categoría que no presenta, o no parece presentar, mayores contradicciones. No existen debates de sentido sobre los límites o contenidos de la república y nos encontramos *ab initio* con una idea más o menos unificada de república. La república quedaba contenida en una forma de comprender y valorar la corrupción, en la existencia y valoración de las instituciones, una forma del pueblo (y asociada a ella, una forma de la participación) y una valoración del conflicto. Esta unificación o simplificación de sentidos no significa que la cuestión republicana no contenga en sí una rica tradición teórica, o varias ricas tradiciones teóricas, que merecerían (justamente) un estudio y un análisis detallado. Significa, apenas, que lo que en el debate público argentino recibió el nombre de república *es presentado*, por un conjunto de formadores de opinión y por un grupo de políticos, sin mayores polémicas y con un sentido y una caracterización más o menos precisos e identificables. Estos formadores de opinión (vinculados e identificables con los sectores más concentrados de la economía) y estos políticos (que se van a presentar como pertenecientes al «progresismo» argentino) se refieren a *una república: una república*, que reconoce ciertas características y componentes bastante bien definidos. Podríamos referirnos a un relato republicano más o menos coherente que enuncia ciertas conceptualizaciones que no presentan grandes controversias o contradicciones”. (Muraca, 2016:24)

Los intelectuales también han recurrido a este concepto a la hora de buscar claves de inteligibilidad para las coyunturas políticas críticas que ha atravesado nuestro país. En lo que respecta a su relación – teórica y práctica – con la política, los mismos han sido objeto de extensas reflexiones desde el momento mismo de la aparición del “Manifiesto de los Intelectuales” en la convulsionada Francia de 1898. Así la “cuestión intelectual” (Casullo, 2013; González, 2015), se ha constituido en objeto de estudio de distintas disciplinas que van desde la Sociología de la Cultura y la Sociología de los Intelectuales propiamente dicha, a la Historia Conceptual, la Historia de las Ideas y la propia Historia Intelectual (Altamirano 2005, 2008, 2013). En nuestro país, la figura del intelectual se ha visto estrechamente ligada, desde los tiempos de las guerras de independencia, al campo de lo político. El retorno de la democracia y los estudios sobre la transición emprendidos desde las distintas áreas que nuclea la Ciencia Política inspiraron, más recientemente, una serie de investigaciones en torno al rol crucial ejercido por los intelectuales en este contexto y en otras coyunturas críticas de la Argentina reciente como la crisis del 2001 (Freibrun, 2009, 2014; Lesgart, 2004, 2009; Pulleiro 2012; Reano, 2012).

A pesar del enorme aporte que representan a la disciplina en general, y al trabajo que nos proponemos en particular, estas investigaciones se enfocan en la evolución del concepto de democracia o en el rol de los intelectuales en coyunturas específicas sin tener en cuenta el lugar que ocupa el concepto de república en relación al de democracia y/o en el debate intelectual contemporáneo. Gabriela Rodríguez y Nicolás Freibrun (2011) han esbozado algunos lineamientos importantes respecto del tema de investigación de nuestra tesis - los usos de los conceptos de república y republicanismo por parte de los intelectuales a partir del conflicto entre el campo y el gobierno kirchnerista - así como M. Retamozo (2012) y A. Pulleiro (2013), por su parte, identifican a los grupos de Carta Abierta y Club Político Argentino - entre otros - como estructuradores del debate intelectual a partir de 2008. Asimismo, han proliferado trabajos afines a la temática en el propio campo intelectual a indagar, con una impronta acaso auto-reflexiva (Casullo, 2013; González, 2011, 2012; Sarlo, 2013). Nuestro trabajo se inscribe, de este modo, en una línea de investigación recientemente abierta y pretende - dentro del marco de posibilidades y límites de una tesis de maestría - contribuir a la profundización y sistematización del



conocimiento en torno al republicanismo en nuestra contemporaneidad, y a la problematización del rol de los intelectuales en el régimen democrático.

La presente tesis comprende un intento de aportar a este vasto campo de estudio a partir del análisis del modo en que la intelectualidad argentina, tras su retracción durante la década del noventa, se reinsertó en el debate político público a partir del conflicto conocido como “campo-gobierno” en el año 2008, poniendo especial atención a los usos de los conceptos de república y republicanismo en sus posicionamientos. Recuperar los usos de la república por parte de los intelectuales argentinos que han articulado el debate público en los últimos años, configurando, en razón de su rol, un horizonte de sentido y expectativas colectivo, habilitará el esclarecimiento de la semántica articulada en torno a este concepto, así como de las potencialidades y problemas que la misma suscita en el campo intelectual argentino.

Nos centraremos, en particular, en las intervenciones de dos espacios de sociabilidad intelectual que emergieron al calor del conflicto del sector agropecuario y el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner: Carta Abierta y Club Político Argentino. Consideramos pertinente ceñirnos a la dinámica y contenido de las intervenciones de estos grupos en el debate político público no sólo en virtud de la particularidad de su origen y permanencia en el tiempo, sino también porque consideramos que sus posicionamientos expresan tanto la división del campo político y del campo intelectual en dos polos antagónicos – kirchnerismo-antikirchnerismo – como formas diversas de conceptualizar el republicanismo. El conflicto que ha sido sintetizado nominalmente como “campo-gobierno” en 2008, produjo una reconfiguración del contexto y de las formas de intervención de los intelectuales en el debate público que se sostuvo a lo largo de los dos mandatos de Cristina Fernández de Kirchner. Es en virtud de su carácter de coyuntura política crítica que hemos decidido ceñir cronológicamente nuestro análisis al periodo de este conflicto y sus corolarios inmediatos, en tanto el mismo pone en escena el problema de la relación conceptual entre república y democracia que no hace más que remitir, en última instancia, al problema de la legitimidad del régimen democrático.

Partiendo de la distinción entre campo intelectual y campo político (Bourdieu, 1999), consideramos que la figura del intelectual preserva su función articuladora de roles y sentidos, principalmente a través de los medios de comunicación masiva que legitiman

y difunden dichas operaciones simbólicas (Rodríguez y Freibrun, 2011:2). Sin pasar por alto la tangible tensión entre dicha función y la profesionalización creciente de la intelectualidad argentina, resulta valioso atender a las interacciones entre este campo y el político, en la medida en que a partir de ellas se configura y reproduce una determinada conceptualización de la república y su relación problemática con la democracia.

En cuanto a la perspectiva metodológica, esta tesis aborda los usos de los conceptos de república y republicanismo valiéndose - principal, aunque no exclusivamente - de las herramientas propias de la Historia Conceptual y la Historia Intelectual. A través de la apropiación de los principios fundamentales de dicho método, procuraremos dar cuenta del carácter histórico y, por lo tanto, plurívoco de los conceptos políticos, subrayando lo peculiar de sus usos y las contradicciones que los habitan. En concordancia, se pondrá el acento en el análisis del horizonte socio-histórico de delineamiento de los diversos sentidos de los conceptos en cuestión. Se intentará transcribir la estructura de las nociones de república y republicanismo evitando la clausura de sus significados y ligándolos, a la vez, a los avatares de la intelectualidad contemporánea argentina. Partimos de considerar, junto a Reinhart Koselleck - exponente principal de esta corriente metodológica -, que las palabras devienen conceptos “si la totalidad de un contexto de experiencia y significado sociopolítico, en el que se usa y para el que se usa una palabra, pasa a formar parte globalmente de esa única palabra” (1993:117). Por ello, nos proponemos esclarecer, a partir del análisis de sus usos, el momento conceptual actual de la república, y detectar en ella tanto espacios de experiencia - los rastros o sedimentos de momentos anteriores - como el horizonte de expectativas que se abre a partir de sus significados en el presente (Koselleck, 1993: 333-357). Junto a Freibrun, consideramos que

“El renovado interés por el estudio de los lenguajes políticos, la semántica histórica, las relaciones entre texto y autor y los significados de los conceptos en sus contextos de producción, abren líneas de investigación que permiten no sólo escudriñar el pasado, sino, ante todo, dilucidar las estructuras conceptuales que condicionan las actitudes intelectuales sobre las que se articulan las experiencias políticas del presente” (2014:XIX)

En lo que sigue nos proponemos, valiéndonos de las herramientas heurísticas mencionadas, reconstruir el modo en que los intelectuales nucleados en los espacios de sociabilidad intelectual Carta Abierta y Club Político Argentino hicieron uso y desuso de

los conceptos de república y republicanismo en una coyuntura crítica particular: el conflicto entre el sector agropecuario y el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner. Con el objetivo de dar cuenta de la relación estrecha entre historia social e historia conceptual contemplada oportunamente por Koselleck, reconstruiremos la trama política del conflicto y sus principales corolarios político, sociales y simbólicos. Asimismo, repondremos el contexto intelectual y académico en el que se insertan las intervenciones de estos colectivos e intelectuales, poniendo de relieve el modo en que se ha conceptualizado en torno a la república y el republicanismo desde el retorno de la democracia hasta el presente. A continuación, analizaremos las intervenciones colectivas de ambos grupos para rastrear en ellos la presencia o ausencia de una semántica republicana en sus interpretaciones del conflicto agropecuario y del kirchnerismo: circunscribiremos nuestra lectura a aquellos documentos que refieran al periodo en cuestión y/o se centren en la semántica republicana. Complementaremos esta lectura con la reconstrucción de algunas discusiones que se suscitaron entre referentes individuales de Carta Abierta y Club Político Argentino y nos han permitido precisar algunos de los términos de la discusión.

La presencia o ausencia de república en el gobierno y la oposición fue una de las formas enunciativas que tomó la disputa entre el campo y el gobierno, propiciando el recentramiento de un concepto político fundamental, cuya vinculación intrínseca con la democracia se pondrá de manifiesto todo a lo largo del presente escrito.

## **Cap. I: Consideraciones de método: hacia un abordaje histórico-conceptual de la república y el republicanismo en el discurso intelectual argentino**

El presente capítulo aborda lo que consideramos constituyen los precedentes epistemológicos de nuestra investigación. Si bien el carácter ecléctico de nuestro objeto de estudio impone un abordaje interdisciplinar - con evidente preponderancia de la Ciencia Política - encontramos pertinente llevar a cabo algunas aclaraciones preliminares de las principales herramientas que hacen a nuestra particular perspectiva: el trabajo sobre

conceptos y lenguajes políticos en coyunturas políticas críticas, y la elección de los intelectuales como voz privilegiada en la circulación de dichos conceptos y lenguajes.

De este modo, el primer apartado desarrolla extensamente nuestras precauciones de método. A partir de la restitución de los principales lineamientos de la Historia Conceptual de R. Koselleck y de la Historia Intelectual de la llamada Escuela de Cambridge, proponemos un abordaje histórico y geográficamente situado de los conceptos de república y republicanismo en Argentina, teniendo en cuenta los lineamientos teóricos que ya se han desarrollado en Latinoamérica en este sentido. Así, nos proponemos dar cuenta de la polisemia de los conceptos que nos convocan y de su mutabilidad temporal, minimizando los prejuicios que muchas veces operan al trabajar sobre tradiciones de pensamiento de largo aliento, como es el caso.

En cuanto a los intelectuales, los mismos no nos interesan como un objeto de estudio en sí mismo - y es por eso que nos distanciamos de la Sociología de los Intelectuales y la Sociología de la Cultura - sino en tanto agentes de circulación de conceptos, ideas y nociones comunes al orden social. La relación históricamente estrecha entre intelectuales y política en Occidente en general y en Argentina en particular permite subrayar la importancia de las intervenciones de intelectuales como vehículos o puntos de referencia de la persistencia y/o el cambio conceptual. Aunque la profesionalización y el avance de la técnica han operado transformaciones en las características del campo, sus voces persisten y operan en la construcción de referentes – siempre provisorios – de certeza y legitimidad.

## **I. 1. Historia Conceptual y Teoría Política. República y republicanismo como clave de lectura del debate intelectual contemporáneo**

A pesar de su centralidad en las discusiones constitucionales del siglo XVIII y en el léxico político occidental en general, el republicanismo - a diferencia del concepto de república - no ha sido considerado en los principales diccionarios y manuales de referencia a los que se suele recurrir al hacer Ciencia Política, e incluso en particular, Filosofía Política. Fue sólo en las décadas finales del siglo XX, en el marco de la crisis de los

paradigmas de pensamiento hegemónicos en pugna - liberalismo y socialismo - que se revitalizó el interés por esta corriente de pensamiento desde un ámbito específico: la historiografía sobre la revolución americana y el revisionismo en torno a sus fundamentos filosófico-políticos (Audier, 2004; Geuna, 1998). El *Momento Maquiavélico* de J.G.A. Pocock (2003) marca así el nacimiento de un nuevo paradigma historiográfico que encontrará amplios ecos en el mundo anglosajón. Pocock rastrea el hilo rojo que une, desde su punto de vista, al humanismo cívico con la revolución americana a partir de tópicos republicanos clásicos cuyo origen el autor ubica en el pensamiento aristotélico. Esta importante reinterpretación del republicanismo clásico y moderno ha suscitado numerosas repercusiones y ha establecido diálogos fructíferos con la lectura maquiaveliana de Q. Skinner, la teoría de la libertad como no dominación de P. Pettit, el comunitarismo de G. Sandel y la teoría de la justicia de J. Rawls (Audier, 2004:4).

Sin embargo, y como señala S. Audier (2004), vale la pena poner en cuestión el carácter geográfica y culturalmente circunscripto de esta revitalización del pensamiento en torno al republicanismo: si bien el mundo anglosajón se constituyó en el epicentro de estas discusiones, C. Nicolet (2014) supo restituir una historia crítica de la idea republicana en Francia<sup>1</sup>, y F. Venturi (2004) hizo lo propio en Italia, al correr el eje del republicanismo hacia las repúblicas de Génova y Venecia, relativizando así la centralidad de la filosofía política antigua y de la revolución francesa en el ideario republicano. En lo que respecta a los países de habla hispana, la publicación de *El republicanismo en Hispanoamérica* de J.A. Aguilar Rivera y R. Rojas (2002), y del *Diccionario de Iberconceptos* de J. Fernández Sebastián y G. Capellán de Miguel (2009) comprende un hito fundamental tanto en lo que respecta al análisis del concepto de república en particular en nuestras latitudes, como a la recepción y apropiación del método histórico-conceptual koselleckiano y su aplicación a la interpretación de los constructos conceptuales que signaron el pasaje a la modernidad en cuyo centro se encuentra el ciclo independentista.

En nuestro país, en particular, el republicanismo ha sido abordado desde una perspectiva de las tradiciones de pensamiento: la obra canónica de N. Botana (2013)

---

<sup>1</sup> «Ici, le républicanisme est indissociable d'une certaine apologie du rôle de l'Etat, de la rationalité scientifique et de la laïcité » (Audier, 2004:5)

comprende su máxima expresión, circunscripta al análisis del pensamiento decimonónico de los padres fundadores de la República Argentina y la presencia en su pensamiento de influencias de los pensadores de las revoluciones francesa y americana. Más recientemente, G. Rodríguez Rial y J. Pinto (2015) han incursionado en el análisis histórico-conceptual del republicanismo en Argentina, tomando como eje analítico las nociones de uso (Lesgart, 2004; Skinner, 2007) y momento conceptual (Capellán de Miguel, 2013) para llevar a cabo un estudio diacrónico y sincrónico del concepto, indagando en sus transformaciones hacia la actualidad.

El presente apartado se propone plantear algunas coordenadas para emprender un análisis geográfica e históricamente situado de los conceptos de república y republicanismo desde la perspectiva de la historia conceptual partiendo de considerar, de acuerdo con los lineamientos teóricos de la misma, la distinción entre concepto político y concepto político de movimiento (Koselleck, 1993:355). Nos interesa, por un lado, pensar la posibilidad de combinar las consideraciones propias de este abordaje con los aportes metodológicos de la Escuela de Cambridge, en la medida en que estos ahondan en la lectura en clave tradicional de los lenguajes políticos y ponen especial énfasis en su carácter performativo. Por otro, es nuestro objetivo indagar en el más vasto problema de pensar en el concepto de república y la tradición republicana de manera singular. ¿Cuán pertinente es pensar en la pluralidad de sentidos que habitan a estos significantes y, en consecuencia, las diversas líneas de continuidad que han podido desarrollarse a partir de ellas? Acaso sea necesario pensar en el concepto de república topográficamente, tal como sugiere Koselleck, y reflexionar en torno al republicanismo agregando una *S* final ¿Cuál es la productividad, en este sentido, de desarrollar historias de los conceptos que respondan a dinámicas sociales y políticas particularizadas? Con este objetivo, dividiremos nuestro desarrollo argumental en dos secciones. En la primera, nos ocuparemos de restituir los aportes de la Historia Conceptual al pensamiento en torno a los conceptos que nos convocan, y el modo en que los mismos pueden complementarse con el programa de la Escuela de Cambridge. En la segunda y última revisitaremos algunas derivas de la Historia Conceptual y la Historia Intelectual en Latinoamérica, y esbozaremos una propuesta de abordaje de la república y republicanismo en nuestra particular latitud.

Consideramos que desentrañar las capas de significación de estos conceptos y comprenderlos en su cabal complejidad requiere tanto tener en cuenta la presencia de tópicos propios de la semántica republicana occidental clásica, como analizar la particular imbricación del concepto con la historia política y social de cada país, considerando que conceptos políticos de esta envergadura participan de la disputa por la construcción de los horizontes de sentido y de posibilidad de las experiencias políticas en curso, dándoles forma e imprimiéndoles dinámicas particulares - y, a la inversa, la autocomprensión histórica de las partes en pugna supone el recurso a ciertas conceptualizaciones, siempre polémicamente constituidas.

### **I.1.a.Los conceptos políticos en movimiento: república y republicanismo en la Historia Conceptual**

La historia de los conceptos fue concebida por los ideólogos del *Lexicón* como una forma particular de abordaje y reivindicación de la relación entre conceptos e historia, en explícita polémica con la Historia de las Ideas. La Historia Conceptual parte de constatar que los conceptos no tienen historia, pero la contienen (Fernández Torres, 2009), postulado en función del cual rechaza la posibilidad de abordar una idea o un concepto a-históricamente, rastreando la continuidad de un núcleo de sentido presuntamente perenne<sup>2</sup>. Siguiendo el célebre principio nietzscheano según el cual “sólo es definible aquello que no tiene historia” (Nietzsche, 2005:103), R. Koselleck<sup>3</sup> propone interpretar los conceptos - en vez de definirlos - teniendo en cuenta su singularidad epocal y, en consecuencia, su necesaria imbricación con la Historia Social<sup>4</sup>.

---

<sup>2</sup> “Lovejoy había argumentado que, debajo de la superficie del debate ideológico, existía siempre una serie de «ideas unitarias» perennes e inamovibles, y que la tarea del historiador de las ideas era, entonces, rastrearlas y descubrirlas” (Skinner, 2007:296).

<sup>3</sup> Si bien el Diccionario de Conceptos fue ideado y comenzado por O. Brunner, W. Conze y R. Koselleck, en lo sucesivo nos referiremos exclusivamente al pensamiento de este último, debido a que fue quien continuó el proyecto lexicográfico hasta su finalización y escribió extensas y exhaustivas disquisiciones de método.

<sup>4</sup> Ver “Historia Social e Historia Conceptual” en Koselleck, 1993.

Cabe subrayar, antes de continuar, que concepto y palabra no son lo mismo para los historiadores de los conceptos: las palabras se vuelven conceptos<sup>5</sup> “si la totalidad de un contexto de experiencia y significado sociopolítico, en el que se usa y para el que se usa una palabra, pasa a formar parte globalmente de esa única palabra” (Koselleck en Fernández Torres, 2009:101)<sup>6</sup>. No obstante, la continuidad de la vigencia de una palabra no implica necesariamente la continuidad del contenido conceptual (Chignola, 2015): “Un concepto reúne la pluralidad de la experiencia histórica y una suma de relaciones teóricas y prácticas de relaciones objetivas en un contexto que, como tal, sólo está dado y se hace experimentable por el concepto” (Koselleck, 1993:117)<sup>7</sup>.

¿Por qué abordar la historicidad de los conceptos como clave interpretativa de la realidad? Para Koselleck los conceptos son guías del movimiento histórico: permiten comprender tanto las estructuras estables de lo cognoscible como los contextos particulares de los grandes acontecimientos (Koselleck en Fernández Torres, 2009:93). Es en este sentido que es posible y necesario realizar un trabajo analítico sincrónico y diacrónico sobre los mismos. Mientras el análisis sincrónico implica la comprensión de aquello que un concepto contiene en un momento histórico determinado, el abordaje diacrónico permite reconstruir la historia del concepto sumando sus estratos significativos (Koselleck, 1997:86).

A raíz de su duplicidad temporal, los conceptos históricos son, a la vez, indicadores y factores del cambio histórico: se establece con relación a ellos un espacio de experiencia y un horizonte de expectativas que dan cuenta de su performatividad y, en este sentido, de

---

<sup>5</sup> Acerca del concepto de concepto en el pensamiento de Koselleck, ver Biset, 2010; Pinacchio, 2018.

<sup>6</sup> En su composición se combinan la semasiología (estudio semántico que parte del significado para determinar los significantes) y la onomasiología (estudio del mismo género que parte del concepto para llegar al signo): procesos de nominación por el cual diferentes significados se condensan en un concepto y al mismo tiempo el concepto es referido por distintas palabras. Ver: Fernández Torres, 2009; Koselleck, 1993.

<sup>7</sup> La condición de posibilidad del concepto y de la semántica conceptual son los supuestos antropológicos o determinaciones existenciales planteadas por Koselleck: tener que morir-poder matar; amigo-enemigo; interno-externo; padres-hijos y amo-esclavo (Koselleck y Gadamer, 1997:70-86). “El problema es que en este giro kantiano se buscan los fundamentos de las historias en dimensiones antropológicas. Si bien es cierto que el problema filosófico se sitúa allí, es decir, en la posibilidad de una teoría para dar cuenta de sus condiciones de posibilidad, acentuar la dimensión antropológica no ayuda a mostrar el paso de las palabras a los conceptos” (Biset, 2010:133).



la ya mencionada imbricación entre la Historia Conceptual y la Historia Social. En palabras de Koselleck:

“La experiencia y la expectativa son dos categorías adecuadas para tematizar el tiempo histórico por entrecruzar el pasado y el futuro. Las categorías son adecuadas para intentar descubrir el tiempo histórico también en el campo de la investigación empírica, pues enriquecidas en su contenido, dirigen las unidades concretas de acción en la ejecución del movimiento social o político” (1993:337).

Se trata de categorías experienciales que, sin ser históricas, son condición de posibilidad de la propia historia: el espacio de experiencia es constituido por la totalidad de las experiencias pasadas, comprende la presencia del pasado en un presente que, al mismo tiempo, lo modifica. Las experiencias pasadas condicionan el pasado y funcionan como indicadores de las posibles líneas de acción futuras, esto es, el horizonte de expectativas.

“Ahora bien, no existe una relación de espejo entre el pasado y el futuro. Siempre habrá algo que escape a las expectativas y, por lo tanto, a la experiencia. Inversamente, siempre habrá algo que escape a la experiencia y, por lo tanto, a las expectativas. Koselleck llama a esto una característica «estructural» de la historia” (Cheirif Wolosky, 2014:96).

El tiempo histórico no es circular, sino que es producto de una tensión permanente entre experiencias y expectativas.

Tanto en la Introducción al *Lexicón* (Fernández Torres, 2009) como en su obra canónica *Crítica y crisis* (2007) Koselleck explica el modo en que el pasaje a la modernidad entre los siglos XVII y XVIII imprime una aceleración en el tiempo histórico que provoca una transformación radical en la configuración de los conceptos políticos fundamentales. La aceleración del tiempo conlleva la existencia de un multiverso temporal: experiencias temporales reiterativas conviven con otras de cambio radical, y es en este particular contexto que los conceptos adquieren un contenido dinamizador respecto del presente que habitan y el futuro que permiten proyectar. Las categorías de espacio de experiencia y horizonte de expectativa dan cuenta precisamente de esta interrelación estrecha entre transformación conceptual y cambio social (Koselleck, 1993:342).

Por otra parte, se operan sobre los conceptos cuatro transformaciones trascendentes que hacen a su particular estructuración moderna: la democratización de los

mismos, que implica la ampliación de la diversidad de personas que acceden y hacen uso de ellos; su ideologización, estrechamente vinculada a la moderna noción de historia y al horizonte de expectativas, comprende la creciente dependencia del contenido del concepto de un punto de vista partidista; su temporalización, la cual dota a los conceptos de expectativas a futuro de las cuales carecían previamente; y su politización, a partir de la cual cada vez más personas se encuentran interpeladas y movilizadas por los conceptos, lo que produce un aumento significativo de la presencia de conceptos contrarios polémicos, así como la producción de lugares sociales comunes y neologismos. Las transformaciones infringidas en los conceptos por la aceleración del tiempo histórico redundan en un creciente uso práctico de conceptos originariamente acuñados con pretensiones teóricas<sup>8</sup>.

No obstante, la propia dinámica de la aceleración del tiempo histórico hace que el espacio de experiencia no sea suficiente para elucidar el contenido del horizonte de expectativas<sup>9</sup>. Aún más, las expectativas en relación a muchos conceptos tienden a alejarse cada vez más de las experiencias en virtud de los efectos de los procesos de politización, ideologización, temporalización y democratización previamente descriptos<sup>10</sup>. El concepto de república, en tanto concepto político fundamental, no se encuentra exento respecto de estos. Según el análisis de Koselleck en la Introducción al *Lexicón* (Fernández Torres, 2009) república era en la Antigüedad un concepto que nucleaba a todas las constituciones y se convierte en la Modernidad en un concepto partidizado, que reclama ser la representación de la única constitución legítima. “De un concepto sistemático fundamental se pasa a un concepto histórico de meta [*Zielbegriff*], un concepto de expectativa [*E/Wallungsbegriff*] al que se asimila el «republicanismo» como concepto de

---

<sup>8</sup> Ver Palti, 2004.

<sup>9</sup> Para un análisis pormenorizado de las implicancias del concepto de aceleración del tiempo histórico Ver: Koselleck y Oncina Coves, 2003; Koselleck, 2007.

<sup>10</sup> “Todos los criterios mencionados – la democratización, la temporalización, la ideologización, y la politización – remiten unos a los otros. Sin ninguna pretensión de totalidad, conservan un carácter heurístico con el fin de delimitar el uso de la terminología de la Modernidad de la de sus contextos pre-revolucionarios. El enfoque heurístico no implica que necesariamente sea confirmado en cada uno de los conceptos analizados. Más bien hay numerosas constantes que se mantienen más allá del umbral en torno a 1770.” (Fernández Torres, 2009:98).

movilización [*Bewegungsbegriff*] y de integración” (Koselleck, 1993:97-8). Así, del concepto político topológico de república (Palonen, 1999) deriva el concepto de movimiento: republicanismo. Su forma y su dinámica se desprenden directamente de los procesos desencadenados por el *Sattelzeit*, especialmente los de temporalización e ideologización. En palabras de Koselleck:

“El «republicanismo» fue, pues, un concepto de movimiento que, en el espacio de la acción política, efectuaba lo mismo que el «progreso» prometía cumplir en la historia total. El antiguo concepto «república», que notificaba una situación, se convirtió en *telos* y a la vez se temporalizó —con la ayuda del sufijo «ismo»— convirtiéndose en un concepto de movimiento. Sirvió para anticipar teóricamente el movimiento histórico en ciernes e influir prácticamente en él.

La diferencia temporal entre todas las formas de gobierno hasta entonces conocidas y la futura constitución que se esperaba y anhelaba se puso bajo un concepto que influía en el acontecer político. Con esto queda circunscrita la estructura temporal de un concepto que vuelve a aparecer en numerosos conceptos siguientes cuyos proyectos de futuro intentan desde entonces alcanzarse y superarse. Al «republicanismo» le siguió el «democratismo», el «liberalismo», el «socialismo», el «comunismo», el «fascismo», por citar únicamente las expresiones especialmente eficaces. Durante su acuñación, todas las expresiones citadas tuvieron un contenido de experiencia mínimo o nulo y, en cualquier caso, no tenían aquel al que se aspiraba al formar el concepto. En el curso de su realización constitucional surgieron, naturalmente, numerosas experiencias antiguas y elementos que ya estaban contenidos en los conceptos aristotélicos de organización. Pero los conceptos de movimiento se distinguen de la antigua topología por su finalidad y su función. Mientras que el uso lingüístico aristotélico, que había puesto en circulación los tres tipos de organización, sus formas mezcladas y decadentes, apuntaba a posibilidades finitas de autoorganización humana, de modo que se podían deducir históricamente uno del otro, los conceptos de movimiento que se han citado iban a descubrir un futuro nuevo. En vez de analizar una posibilidad finitamente limitada de presuntas oportunidades de organización, tenían que ayudar a crear nuevas situaciones de organización. Visto desde la historia social se trata de expresiones que reaccionaron ante el desafío de una sociedad que cambiaba técnica e industrialmente.” (Koselleck, 1993:355)

Su surgimiento, como el de otros múltiples “ismos”, lleva implícita la toma de posiciones políticas en favor de sostener o modificar el *statu quo*, y en este sentido abre un horizonte de expectativas hacia el futuro inmediato, al tiempo que habilita el surgimiento de relaciones contrario-asimétricas entre conceptos políticos cuya estructura proyectual disputa la forma del futuro próximo. Es sin duda el caso de los conceptos de

república y democracia, cuya relación conceptual polémica condensa en la disputa semántica los componentes de las coyunturas históricas críticas que sucesivamente habitan:

“Un «grupo nosotros» sólo puede convertirse en una unidad de acción eficaz políticamente mediante conceptos que contienen en sí mismos algo más que una simple descripción o denotación. Una unidad social o política de acción se constituye sólo mediante conceptos en virtud de los cuales se delimita y excluye a otras, es decir, en virtud de los cuales se determina a sí misma. Empíricamente, un grupo podría surgir por una orden o por consenso, por contrato o por propaganda, por la necesidad o por el parentesco, por todo esto a la vez o de cualquier otro modo: siempre se exigen conceptos en los que un grupo se debe reconocer y determinar a sí mismo, si es que quiere poder aparecer como unidad de acción. Un concepto, en el sentido en que aquí se está usando, no sólo indica unidades de acción: también las acuña y las crea. No es sólo un indicador, sino también un factor de grupos políticos y sociales” (Koselleck, 1993:206).

El enfoque heurístico de la Historia Conceptual koselleckiana implica, en consecuencia, la formación de una idea central determinada por el interrogante histórico acerca de la duración o pervivencia de los sentidos originales y las transformaciones o cambios bruscos provocados por el movimiento revolucionario<sup>11</sup>. Según Chignola, para Koselleck

“la relación entre concepto e historia se constituye como una fricción constante. No sólo porque la aportación de la historia de los conceptos a la historiografía se construye, precisamente, a partir del rechazo de la práctica de ontologización historicista de la relación entre época y concepto; sino también, y sobre todo, porque lo que conscientemente es puesto en cuestión es el modo de encuentro e irresuelta tensión entre temporalidad histórica, contextos de experiencia y modalidad de su conceptualización, investigándolo sobre el plano diacrónico que restituye en conjunto la historia del concepto examinado. En la densa materialidad de estas dinámicas se produce la apertura del espacio de convergencia entre

---

<sup>11</sup> Como indica Biset “La contingencia muestra, en todo caso, el suelo en el cual se forman hegemonías conceptuales, o mejor, muestra que todo proceso de significación es un proceso de hegemonización. Ahora bien, la existencia de un principio de articulación no construye una lógica del sentido. Y esto por una doble imposibilidad, por una parte, porque no se puede comprender el lenguaje como totalidad, sino como lo que vuelve imposible la totalidad. Las relaciones entre los conceptos nunca se pueden estabilizar porque los límites que constituyen un horizonte de articulación son indecibles. Al mismo tiempo que toda estructura de sentido se articula sobre un vacío constitutivo que la vuelve posible e imposible. Por otra parte, el contexto inherente a todo lenguaje tampoco se puede comprender como totalidad, todo contexto es abierto no sólo por la distancia respecto del lenguaje, sino por la sobredeterminación misma de las significaciones plurales que conviven” (2010:141)

concepto e historia y el problema de su “representación” historiográfica.” (Chignola, 1998:18)

Si bien el proyecto lexicográfico alemán ha sido concebido dejando abierto el problema de la relación dialéctica entre mutación conceptual, acción política y construcción social de la realidad que es de nuestro particular interés indagar, consideramos que su propuesta de análisis conceptual puede constituirse en la base sobre la cual construir un abordaje histórica y geográficamente situado de los conceptos de república y republicanismo. Pensar estos conceptos en la clave propuesta por Koselleck, esto es, como concepto político topográfico y concepto político de movimiento, respectivamente, permite dar cuenta tanto de la especificidad de la forma política republicana en sus distintas experiencias particulares como de la finalidad y la función que ha cumplido el republicanismo en la conformación permanente de horizontes de expectativas. La Historia Conceptual da lugar a una reflexión sobre el concepto que resulta esclarecedora respecto de su contenido presente, y a la vez hace posible inteligir su performatividad pasada y proyectar sus posibles derivas futuras. En todo caso, habilita la remisión a la pregunta por lo político en sí mismo como trasfondo de inteligibilidad del cambio conceptual.

### **I.1.b Escuela de Cambridge: usos del lenguaje, paradigmas y tradiciones políticas. Hacia una convergencia metodológica**

El método de escribir la historia habitualmente tenido por propio de la llamada “Escuela de Cambridge” (Pocock, 2003:663) se orienta a situar los textos en su contexto de producción originaria y, a la vez, apuesta por un análisis en una clave más cercana a las teorías performativas del lenguaje que a la exégesis y hermenéutica más clásicas<sup>12</sup>. En palabras de E. Palti, el proyecto de Skinner y Pocock busca “historizar el pensamiento político, establecer qué podía decirse (y qué no) en cada contexto particular de enunciación” (2014:190). Si la Historia Conceptual alemana pone su atención en los conceptos políticos fundamentales, la Escuela de Cambridge se preocupa por identificar los efectos performativos del lenguaje, situado este en un contexto más intelectual que social. Fuertemente influenciados por las teorías de Austin (1998), Wittgenstein (1986) y el giro lingüístico en general, los referentes de esta escuela atienden a la performatividad del lenguaje en contextos intelectuales específicos, discutiendo abierta y específicamente con la Historia de las Ideas tradicional y su presunción del carácter unitario y perenne de las “ideas políticas”, en sintonía con la Historia Conceptual.

Existen amplias controversias y extensas digresiones bibliográficas respecto de la convergencia o no de los proyectos inglés y alemán<sup>13</sup>, sobre todo respecto del papel de la temporalidad en sus respectivos análisis, la circunscripción geográfica de los mismos, y las necesarias distancias entre hablar de conceptos y hablar de lenguajes y usos

---

<sup>12</sup> La mayor parte de los estudiosos de esta particular corriente de la Historia Intelectual coinciden en que el rótulo “Escuela” resulta exagerado si se tiene en cuenta la impronta fuertemente individual de los trabajos de sus miembros. En términos de Skornicki y Tournadre, “L’école de Cambridge est d’abord un label; elle n’existe pas comme a pu exister l’école de Francfort (en philosophie et sociologie) ou les Annales (en histoire): ses représentants putatifs n’ont pas tous enseigné à Cambridge et ne formèrent jamais un groupe durablement organisé. On soulignera cependant que ces derniers menèrent leurs projets intellectuels respectifs dans les années 1960, qu’ils se sont lus mutuellement et ont depuis régulièrement échangé” (2015:9). Para un análisis histórico intelectual de la Escuela de Cambridge ver: Dosse, 2007.

<sup>13</sup> Ver: Palonen 1999, 2002; Richter 1990, 1997. En Francia, J. Guilhaumou (2006) ha propuesto otro tipo de combinación igualmente original entre la teoría de Koselleck y los aportes de la Escuela de Cambridge, que pone especial énfasis en la dimensión lingüística del análisis conceptual, refuerza las referencias a Austin y Wittgenstein de la Escuela de Cambridge con otros referentes importantes del análisis del discurso francés y, reivindica, a la vez, el análisis conceptual como marco más amplio del análisis discursivo o lingüístico.

discursivos<sup>14</sup>. Los propios representantes de dichas escuelas han intercambiado argumentos en este sentido, y a grandes rasgos han coincidido en que se trata de empresas que son convergentes en diversos puntos, pero que parten de principios *a priori* diversos, ponen énfasis disímiles y se orientan a objetivos no siempre convergentes. En este sentido, Palonen (1999) ha sostenido que la Historia Conceptual alemana y el método de la Escuela de Cambridge pueden aplicarse alternativamente de acuerdo con cuál sea el objetivo de la labor investigativa específica. El propio Skinner, por su parte (2007:298), afirma que su perspectiva es en muchos puntos similar a la de Koselleck: considera que ambos fueron posiblemente influenciados por la obra del último Foucault y la idea de que los conceptos vehiculizan conflictos ideológicos, al tiempo que se lamenta de no haber conocido la obra de Koselleck a la hora de desarrollar su propio sistema. Sus trabajos en torno al Estado y la Libertad, no obstante, pueden inscribirse en la línea de la historia de los conceptos, si bien él reivindica hacer una historia de sus usos. Respecto de las intenciones de algunos estudiosos de su trabajo de ligarlo a la Historia conceptual, afirma:

“No me ha hecho infeliz la reciente sugerencia de Palonen acerca de que gran parte de mi investigación debería ser considerada como una contribución a un aspecto del programa mucho más ambicioso seguido por Reinhart Koselleck y sus colegas. A Koselleck le interesa nada menos que el proceso total del cambio conceptual; a mí me interesa, fundamentalmente, una de las técnicas por las cuales éste tiene lugar. Pero no creo que los dos programas sean incompatibles, y espero que ambos continúen floreciendo como lo merecen” (Skinner, 2007:313).

El propio Koselleck, por su parte, hizo referencia a la complementariedad del análisis discursivo y conceptual en respuesta a varios comentarios y críticas sobre su propuesta:

«I concetti fondamentali sono sempre controversi. Ciò accade soprattutto quando gruppi di locutori in conflitto o “forme del discorso” dipendono dagli stessi concetti fondamentali, per capirsi o per rendersi comprensibili, per persuadere o per trattare o per combattere (si pensi ai concetti di “pace” o di “guerra”). Naturalmente i concetti fondamentali sono sempre elementi di un discorso, ma un elemento che è come un perno attorno a cui girano tutte le argomentazioni. Questa è la ragione per cui io non credo che storia dei concetti (*Begriffsgeschichte*) e storia del discorso (*Diskursgeschichte*) possano essere costruite come opposte. L’una dipende inevitabilmente dall’altra. Un discorso richiede i suoi concetti

---

<sup>14</sup> Ver en particular el debate entre Richter, Pocock, Koselleck y Duso en *Filosofía Política* (3).

fondamentali per esprimere ciò di cui tratta. E una analisi dei concetti richiede la padronanza di tutti i contesti, linguistici ed extra-linguistici, forniti dal discorso, per poter determinare, di un concetto, la polivalenza di significato, l'importanza, il contenuto e l'ambito della sua discutibilità.” (Koselleck, 1997:388)

A pesar - o más allá - de estos posicionamientos, Chignola (1998) supo discutir con Richter la posibilidad de ensamblar las perspectivas alemana y anglosajona. El profesor italiano, artífice junto a Duso de una particular recepción de la Historia de los Conceptos en Italia<sup>15</sup>, considera que la supresión de la dimensión diacrónica por parte de Skinner distancia radicalmente su programa respecto del koselleckiano, en la medida en que obtura la noción de historia a raíz de su excesivo contextualismo. Afirma también que Pocock, a pesar de considerar la dimensión temporal en su análisis, se ha alejado progresivamente de la perspectiva alemana al atravesar sus lecturas la clave interpretativa de las tradiciones políticas (Chignola, 1998:12).

El acento que la Escuela de Cambridge en general pone en el contexto intelectual dejando deliberadamente de lado el contexto social y constitucional es el principal motivo de Chignola para poner en cuestión la pertinencia de combinar este programa con el de la Historia Conceptual alemana:

“A una «historia de los conceptos» que recomponga la tectónica del sentido mediante el análisis estratigráfico de los diferentes campos semánticos en que se articula diacrónicamente la experiencia social de la historia, puede así oponerse una «historia» autorreferencial «de las cosas hechas con el lenguaje», que neutraliza – anulándolo en términos de pragmática comunicativa – el problema de la «materialidad» con que la historia se *resiste* irreductiblemente a su completa resolución lingüística” (Chignola, 1998:30).

Por último, el italiano destaca que el proyecto alemán ha sido concebido dejando abierto el problema de la relación dialéctica entre mutación conceptual, acción política y construcción social de la realidad, que los análisis pocockianos lateralmente abordan – a pesar de que, siguiendo a Richter (1990:57) es posible resaltar la prescindencia de un análisis ulterior de actores colectivos y su rol en la vehiculización de sentidos en marcos paradigmáticos o tradicionales como los estudiados por Pocock.

---

<sup>15</sup> Para un análisis programático de la propuesta de la Escuela de Padua de una Historia de los Conceptos como Filosofía Política ver Duso y Chignola, 2009.



El núcleo central de la matriz interpretativa lingüística y pluralista de Pocock radica en la consideración de la coexistencia de múltiples lenguajes o paradigmas a la vez, de cuya contraposición permanente emergen los sentidos predominantes de los lenguajes políticos en un momento determinado de una sociedad asimismo específica. En sus palabras, “[h]ay tantos paradigmas compitiendo por la hegemonía que solo podemos tener en cuenta aquellos que, al final, ganan. Resulta más sencillo escribir la historia discursiva de una comunidad política asumiendo que siempre está abierta a nuevas posibilidades lingüísticas. De ahí que el paradigma de Kuhn sea solo el punto de partida de estos ejercicios metodológicos y no una herramienta de uso continuo” (Pocock, 2011:10-11). En otros términos, no existen en los ensayos metodológicos más recientes de Pocock, a diferencia de Kuhn, paradigmas universales que circunscriban lo que puede decirse y hacerse en un contexto y tiempo determinados, cuya transformación al calor de modificaciones contextuales o innovaciones sistémicas se produzca por *revoluciones*. Según el autor, “Para asumir el concepto de «paradigma» debemos modificarlo a efectos de que nos permita tener en cuenta la posibilidad de que una única comunidad, e incluso un autor aislado, pueda responder a un número simultáneo de paradigmas activos que coexisten, se solapan e interactúan” (Pocock, 2011:93)<sup>16</sup>.

Por otra parte, y en consonancia con sus precauciones metodológicas, la noción de *tiempo* resulta central como eje interpretativo de su obra magistral en lo que respecta a la revisión de la tradición republicana: el *Momento maquiavélico*. En él, nos propone una nueva forma de hacer historia de los lenguajes políticos a partir de la reconceptualización de esta noción. El tiempo es para Maquiavelo, en términos de Pocock, el dominio de la fortuna, de una contingencia irracional e impredecible. Las acciones son llevadas a cabo por la *virtù*, que domina a la fortuna y la reduce al orden, pero, a la vez, crea contingencias que deben ser entendidas y dominadas a su tiempo<sup>17</sup>. Así, la aproximación al contexto lingüístico, la idea del tiempo – también entendido como historicidad – y su

---

<sup>16</sup> Ver en particular “La reconstrucción del discurso: hacia una historiografía del pensamiento político” en Pocock, 2011.

<sup>17</sup> “La idea republicana está ligada a una asunción del tiempo y a la noción de un actuar humano que, desplegándose en él, trabaja en su efectividad misma para separar el orden político del orden natural” (Abensour, 1997:19).

problematización se combinan con el análisis sincrónico y diacrónico que delimita un corpus específico y permite analizar la presencia y performatividad del “momento maquiaveliano” tanto en su momento originario como en los posteriores.

En contrapartida, tal como señala Chignola, en la obra de Skinner prima un trabajo de tipo sincrónico: él mismo reconoce dejar de lado la noción de tiempo, sin que ello signifique una toma de posición en contra de la Historia Conceptual (Skinner, 2007:306). Skinner discute tanto con la Historia de las Ideas de Lovejoy - al igual que Koselleck - como con Strauss y su hermenéutica de la textualidad, aunque veremos que en sus trabajos también poseen un peso importante la textualidad de la política y las intenciones que movilizaron a los autores.

Siguiendo las precauciones de método skinnerianas plasmadas en su célebre “Significado y comprensión en la historia de las ideas” (Skinner, 2000), Skinner y Pocock advierten sobre la importancia de trascender tanto el textualismo como el contextualismo extremo y llegar a pensar las ideas en contexto en términos de *lenguajes políticos*. ¿Cuáles son las implicancias de esta propuesta? Se trata, para Skinner, de pensar los usos del lenguaje como respuestas o reacciones a problemas específicos en momentos específicos, y atender a esta especificidad teniendo en cuenta la trama lingüística que los rodea para evitar caer en anacronismos, doctrinarismos, localismos y otros posibles vicios del lector<sup>18</sup>. En este sentido, el contexto es para Skinner crucial: “un conocimiento del contexto social de un texto dado parece por lo menos brindar una ayuda considerable para evitar las mitologías anacrónicas que traté de anatomizar” (2000:180). No obstante, no es el único elemento que debemos tener en cuenta; el contexto nos permite explicar, pero no comprender el texto. Para hacerlo cabalmente, habría que llegar a conocer las intenciones del autor, qué pretendía decir o hacer al momento de escribir el material en cuestión, cuáles eran los principales significados circulantes de los conceptos en aquel entonces, con quiénes podía estar discutiendo y en qué términos<sup>19</sup>. A pesar de esta explícita primacía de

---

<sup>18</sup> Ver Skinner, 2000.

<sup>19</sup> “Y de ello se sigue que la metodología apropiada para la historia de las ideas debe consagrarse, ante todo, a bosquejar toda la gama de comunicaciones que podrían haberse efectuado convencionalmente en la oportunidad en cuestión a través de la enunciación del enunciado dado y, luego, a describir las relaciones entre este y ese contexto lingüístico más amplio como un medio de decodificar la verdadera intención del autor” (Skinner, 2000, p.188). Es en este punto donde las precauciones de método de Skinner parecen

la sincronía en su programa metodológico Skinner, al igual que Koselleck, considera pertinente distinguir entre palabras y conceptos: las palabras son los términos a través de los cuales nuestros conceptos se expresan, y en las cuales puede identificarse la huella del cambio o transformación conceptual (Skinner, 2007:301):

“Comprender la aplicación correcta de un término no puede ser una condición suficiente para la posesión del concepto correspondiente. Resta la posibilidad (explorada por Kant y, más recientemente, por Wittgenstein) de que yo crea poseer un concepto y que esta creencia sea errónea. Por ejemplo, consideremos las dificultades ocasionadas por ciertos términos muy generales como *ser* o *infinito*. Toda la comunidad de usuarios del lenguaje puede ser capaz de aplicar estos términos con perfecta consistencia. Sin embargo, sería posible mostrar que no hay concepto que responda a ninguno de estos usos acordados. ¿Cuál es, entonces, la relación entre conceptos y palabras? Difícilmente podamos capturar la respuesta en una simple fórmula, pero, al menos, se puede decir lo siguiente: el signo más cierto de que un grupo o una sociedad ha alcanzado la posesión autoconsciente de un nuevo concepto es que se ha desarrollado un nuevo vocabulario. Un vocabulario a través del cual se puede seleccionar y discutir el concepto en cuestión consistentemente.” (Skinner, 2007:271-272)

Pocock, por su parte, resalta la convergencia de su propia propuesta con las observaciones de Skinner respecto de la necesidad de tomar a los lenguajes como unidad de análisis (2011:122). Asimismo, pone un énfasis aún mayor en la influencia del contexto sobre el sentido de los lenguajes políticos -imbricados en formaciones conceptuales que se disputan permanentemente la hegemonía discursiva- y en su inscripción en tradiciones sociales de largo alcance<sup>20</sup>. En este sentido, señala que

“[e]s importante que sepamos interpretar el pensamiento situándolo en el contexto de la tradición discursiva a la que pertenece, por dos razones. En primer lugar, nos permite

---

acercarse al intencionalismo textualista de Leo Strauss, contra quien – como se señaló previamente - se dirigen casi específicamente las críticas al textualismo. Ver Cervera-Marzal, M., 2012.

<sup>20</sup> “Los tradicionalistas entienden que su objeto de estudio forma parte de una tradición, en cuyo seno viven, que determina asimismo el enfoque elegido para estudiar la tradición propia o ajena. En otras palabras, los pensadores formulan sus ideas desde el interior de un modelo heredado sobre el que no ejercen pleno control. (Pocock, 2011:20). En debate con Richter y Koselleck respecto de las distancias y coincidencias entre los distintos abordajes considerados en el presente artículo, Pocock reivindica su perspectiva centrada en las tradiciones discursivas: “Per “storia di ogni specifica tradizione discorsiva” intendo la storia dei mutamenti di contesto nei quali una determinata tradizione discorsiva si è inserita; i modi diversi nei quali, e proprio per essi, è stata usata; e i mutevoli carichi lessicali di implicazione lógica, assunzione e di altri modi attributivi del significato che, di quando en quando, le sono stati attribuiti” (Pocock, 1997:374). En particular ver: “Tiempo, instituciones y acción: un ensayo sobre las tradiciones y su comprensión” en Pocock, 2011 (pp. 199-228).

hacer una lectura del pensamiento en tanto que conducta social, observar la relación de las mentes con su sociedad, a la tradición que la sustenta y a los demás miembros que forman parte de ella. En segundo lugar, entender los conceptos que maneja el pensador, y el lenguaje en el que se comunica con el resto de sus compañeros, mejora nuestra comprensión del pensamiento político. Debemos intentar averiguar qué decía exactamente y qué entendían los demás que decía” (Pocock, 2011:33).

Como observa Richter (1990:57), aunque Pocock pone el acento en la relación entre lenguaje y teoría política, es ecléctico y versátil en el delineamiento de sus herramientas metodológicas. Así como adapta la noción kuhniana de paradigma a sus intereses epistemológicos, también toma elementos procedentes de diversas teorías del lenguaje sin adherir completamente a ninguna. Desde este punto de vista, Pocock resulta mucho más pragmático que Skinner en lo que respecta al devenir de sus disquisiciones de método<sup>21</sup>. Si comparte con este último la premisa de que lo central es el lenguaje y no los conceptos, coincide con Koselleck en otra serie de premisas: existen reglas que permanecen, hay estructuras de temporalidad que contienen a los juegos del lenguaje e iteraciones que permiten pensar la historia como estratos de tiempo.

Por último, es posible rastrear en sus propuestas metodológicas la apuesta por un tipo de interpretación específica del republicanismo en particular y de la política como tal. En el caso de Skinner, el mundo social y ético se conforma de acuerdo con el modo en que elegimos aplicar nuestros vocabularios normativos heredados y la forma de modificar esas valoraciones no es otra que aplicar un cambio en el plano de sus usos (Skinner, 2007:300). La comprensión de las ideologías circulantes más allá de los textos canónicos de una época es lo que haría posible un acercamiento real a los fenómenos políticos de la misma. En sus palabras:

“[l]a adopción de este enfoque también puede ayudarnos a iluminar alguna de las conexiones entre la teoría y la práctica. Frecuentemente se ha observado que los historiadores de la política suelen asignar un papel un tanto marginal a las ideas y los principios políticos al tratar de explicar el comportamiento político. Es evidente que, mientras los historiadores de la teoría política sigan pensando que su tarea principal es la de interpretar un canon de los textos clásicos, seguirá siendo difícil establecer vínculos más íntimos entre las teorías políticas y la vida política. Pero si en cambio pensarán en sí

---

<sup>21</sup> Ver “El concepto de lenguaje y el *métier d'historien*: reflexiones en torno a su ejercicio” en Pocock, 2011.

mismos, esencialmente como estudiantes de ideologías, bien podría volverse posible ilustrar una manera decisiva en que las explicaciones del comportamiento político dependen del estudio de las ideas y los principios políticos, y no pueden conducirse, con sentido, sin referencia a ellos” (1985:9-10)

Según Richter (1990:69) esta respuesta a la pregunta por lo político como trasfondo de los usos del lenguaje puede ser complementada desde el punto de vista de la Historia Conceptual, que suele hacer hincapié en el rol que cumplen los conceptos contrarios en la disputa en torno a la legitimidad política:

“This is the technique of bringing the *Gegenbegriffe* (polar opposites) of concepts into the analysis of how the concepts themselves were used. Often these *Gegenbegriffe* will be found to be performing important negative or delegitimizing functions vis-a-vis competing concepts used by other groups defined as adversaries. Thus, negative concepts often do important work in political and social argument” (1990:69)

En cuanto a Pocock, su concepción pluralista y liberal de la autoridad política (2011:93) se plasma en la apuesta por aprehender los juegos del lenguaje como relaciones de poder en las que todos los implicados tienen la posibilidad de revertir su posición (Pocock, 2011:82), que se complementa con el principio según el cual coexisten diversos paradigmas en pugna por la hegemonía en el seno de una sociedad determinada.

Para Richter, una vía posible de hibridación del método de la Escuela de Cambridge y la Historia Conceptual puede visibilizarse en el trabajo ya iniciado por un miembro menos reconocido, pero no menos importante de dicha escuela: T. Ball, quien propone una “historia conceptual crítica” (1988). ¿Por qué la historia que propone Ball es crítica? Porque da cuenta del cambio conceptual al interior del discurso político y el modo en que distintos agentes deliberadamente imprimen estos cambios (1988:8). Al constatar la imposibilidad de una neutralidad filosófica, Ball incluye en el análisis conceptual la posibilidad de exponer críticamente las contradicciones e incoherencias de los discursos dominantes, y, finalmente, construir discursos alternativos (1988:17). En línea con el trabajo de Koselleck, Ball pretende desentrañar el sentido que los conceptos adoptan en coyunturas políticas críticas, centrándose particularmente en la semántica conceptual anglosajona. Al considerar que el lenguaje no es ni puede ser un medio política y moralmente neutral, centra su atención en el modo en que los discursos políticos nos transforman en los agentes políticos que somos. Para Ball, somos lo que decimos: por eso

más que hablar de palabras es pertinente hablar de conceptos; se trata de realizar una historia crítica de los conceptos, en tanto ellos permiten a los agentes actuar a través del discurso (Ball, 1988:12-13).

La eminente pregunta que se le presenta a la teoría crítica sobre la posibilidad de identificar los diversos discursos y sus modificaciones puede ser resuelta teniendo en cuenta las tradiciones del discurso político: el republicanismo, el liberalismo, el marxismo, con sus sub-tradiciones - republicanismo clásico, cívico, neorepublicanismo. En este sentido, la historia conceptual crítica vincula el acento puesto en el concepto propio de la Historia Conceptual koselleckiana con la analítica de los lenguajes políticos enmarcados en tradiciones o paradigmas tal como lo plantea Pocock.

### **I.1.c. República y republicanismo en Argentina. Preliminares de un abordaje conceptual**

Los conceptos de república y republicanismo han ocupado un lugar central en las matrices interpretativas hegemónicas de la formación de los Estados nacionales en la América postcolonial. Como se mencionó al iniciar este apartado metodológico, la publicación del *Diccionario de Iberconceptos* de J. Fernández Sebastián y G. Capellán de Miguel (2009) comprende un hito fundamental tanto en lo que respecta al análisis del concepto de república en particular en nuestras latitudes, como a la recepción y apropiación del método histórico-conceptual koselleckiano y su aplicación a la interpretación de la semántica conceptual característica del siglo XIX independentista. Tal como lo señalan los promotores en su introducción, su objetivo es

“ir más allá de los lindes del Estado nacional, para ensayar una verdadera historia atlántica de los conceptos políticos. Una historia que tome en cuenta el utillaje conceptual de los agentes –individuales y colectivos– para lograr así una mejor comprensión de sus motivaciones y del sentido de su acción política, con vistas a un acercamiento más satisfactorio a la dinámica de los procesos históricos (Fernández Sebastián y Capellán de Miguel, 2009:25)

Los autores reconocen explícitamente la inspiración de su proyecto lexicográfico en el de la Historia Conceptual de Koselleck, recuperando el énfasis en la relación entre

historia y concepto a la que nos referimos en el apartado anterior, así como las categorías de espacio de experiencia y horizonte de expectativas en relación con los conceptos. A pesar de acordar con la recepción italiana en la afirmación de que existe una distancia entre trabajar con conceptos y con lenguajes políticos<sup>22</sup>, quienes participan del diccionario iberoamericano abrevan en el giro lingüístico al considerar entre sus premisas metodológicas la constitución lingüística de lo social, al tiempo que subrayan la performatividad política de los conceptos fundamentales (Fernández Sebastián y Capellán de Miguel, 2009:26). Según Fernández Sebastián y Capellán de Miguel, Iberoamérica atraviesa su propio *Sattelzeit*<sup>23</sup>, por lo que los conceptos también son modificados aquí por los procesos de temporalización, politización, ideologización y democratización, a los que se les agrega otro proceso autóctono fundamental: la *emocionalización*, que implica para los iberoamericanos un aumento aún mayor de las expectativas sobre aquellos conceptos que operaron como guía en el diseño del futuro de los nuevos Estados nacionales, que prontamente fueron llamados nuevas *repúblicas* (Fernández Sebastián y Capellán de Miguel, 2009:30).

A este trabajo pormenorizado de análisis diferenciado por países de los conceptos considerados fundamentales en la configuración sociopolítica de las revoluciones hispanoamericanas, Capellán de Miguel (2013) agrega una herramienta heurística complementaria, de especial atractivo a la hora de enfrentar la pregunta sobre cómo abordar esos mismos conceptos en la historia reciente: el Momento Conceptual. Se trata de un tipo ideal que relaciona el cambio histórico con el cambio semántico en una

---

<sup>22</sup> “Desde esta perspectiva es posible que, contra lo que suele suponerse, tomar los conceptos como unidad de análisis, tal y como hacemos en este *Diccionario* —en lugar de optar por el estudio de los lenguajes—, pueda resultar una vía metodológica más apropiada para evitar las trampas derivadas de la transposición mecánica de unos esquemas procedentes de la historiografía del mundo anglófono, con su característica insistencia en la oposición entre lenguajes liberales y lenguajes republicanos. No en vano el mismo concepto puede ser usado, asociado a valores y a constelaciones conceptuales muy diversas, en unos u otros lenguajes, como también puede serlo en diferentes ideologías. Por una vez —a salvo siempre de la necesidad inexcusable de tener en cuenta las redes semánticas en que cada concepto se integra—, la vía del glosario quizá pueda resultar heurísticamente más provechosa que el método, en ocasiones demasiado esquemático, de los «lenguajes políticos». (Fernández Sebastián y Capellán de Miguel, 2009:38)

<sup>23</sup> El tiempo bisagra de los conceptos iberoamericanos comienza para los autores en la crisis de las monarquías europeas de 1808.

coyuntura y un ámbito concretos<sup>24</sup>. Esta noción marca un corte sincrónico en una lectura conceptual que es necesariamente diacrónica: existen diferentes momentos para diferentes conceptos (Capellán de Miguel, 2013:204). Cabe resaltar que el desplazamiento de un momento por otro no lo hace desaparecer<sup>25</sup>: existe un significado que predomina pero que convive, a la vez con significados de momentos anteriores. La combinación de diacronía y sincronía en esta propuesta resulta evidente: es preciso atender al pasado y las expectativas de futuro para asir el contenido de un concepto en un momento determinado; y, asimismo, el Momento Conceptual refiere a un lapso relativamente corto, específico en el tiempo. Se trata de una propuesta metodológica que combina el tipo ideal weberiano (Capellán de Miguel, 2013:197) con la teoría de juegos del lenguaje de Wittgenstein, poniendo particular atención a la asignación colectiva de usos semánticos. Los trabajos recientes de Gabriela Rodríguez Rial y Julio Pinto (2015) se han orientado a poner en valor la productividad de esta herramienta heurística desarrollando una tipología de los momentos conceptuales de la república en Argentina del siglo XIX hacia el presente<sup>26</sup>.

Elías Palti (2007a), por su parte, ha contribuido enormemente al ejercicio de adaptación de las propuestas metodológicas abordadas en los apartados precedentes a nuestras latitudes, a partir de un prolífico trabajo en torno al siglo XIX latinoamericano - especialmente mexicano y argentino. Para reponer sucintamente la apuesta teórico-metodológica que identifica como “Nueva Historia Intelectual”, cabe subrayar tres de sus dimensiones principales. En primer lugar, esta propone atender a los lenguajes políticos

---

<sup>24</sup> “Un «momento conceptual» cualquiera es un tipo ideal que singulariza un ‘individuo histórico’ con rasgos seleccionados desde el interés investigador. Ese tipo ideal hace honor al desplazamiento temporal del significado, pero también a su fuerza gravitatoria en un momento dado, a su presencia hegemónica en la zona densa de la «nube de significación» que acompaña al significante a lo largo de las décadas y los siglos.(...) Entonces, «momento conceptual» es una fase determinada en el desplazamiento de las significaciones de un concepto, que muestra la preferencia de los usuarios por unos sentidos hegemónicos a partir de la dinámica de relaciones sociales existentes, que el concepto estructura pero de la cual es también resultado.” (Capellán de Miguel, 2013:202-203)

<sup>25</sup> En este sentido el Momento Conceptual de Capellán de Miguel se acerca tanto al Momento maquiaveliano de Pocock como a las precauciones de método de Koselleck acerca de la sedimentación de sentidos en los conceptos: para los tres, el sentido que contiene un concepto no es reemplazado por otro en cada cambio conceptual, sino que se operan sedimentaciones conceptuales que complejizan los términos y construyen en torno a los mismos no sólo una semántica conceptual determinada, sino también el espacio de experiencia y el horizonte de expectativas a los que nos referimos anteriormente.

<sup>26</sup> Rodríguez Rial identifica cuatro momentos conceptuales de la república desde la Revolución de Mayo hasta el Bicentenario: un primer momento “Revolucionario”, uno subsiguiente “Cívico-institucional”, un tercero “Antipopular”, y el más reciente “Democrático-liberal” (Pinto y Rodríguez Rial, 2015:95-133).



en lugar de las “ideas” - cuya perennidad o historicidad es materia de disputa permanente en este campo - lo que permite para el autor aprehender el modo en que se producen los conceptos y recomponer las relaciones recíprocas que establecen (2007a:43-44). A continuación, asir el modo en que el contexto determina *desde dentro* la lógica de articulación de los discursos hace posible el descubrimiento de lo que Palti llama “umbrales de historicidad”, a partir de los cuales es posible evitar caer en anacronismos. En tercer lugar, aparece el nudo central que conduce al autor a proponer una *Historia de los Problemas*: los conceptos modernos son para él aporéticos, contradictorios en sí mismos en razón de la ausencia de todo fundamento trascendental<sup>27</sup>. Esta imposibilidad de fundarse en algo más que su intrínseca historicidad hace que la Historia Intelectual sea para Palti - en línea con la Escuela de Padua liderada por G. Duso y la Historia Conceptual de lo Político propuesta por P. Rosanvallon<sup>28</sup> - una historia de los problemas que habitan a los conceptos políticos fundamentales. Para la Nueva Historia Intelectual, en síntesis, toda formación discursiva se encuentra dislocada respecto de sí misma - y nunca puede alcanzar una plenitud semántica debido a esa característica primigenia - pero fija históricamente sus sentidos en el marco de una comunidad lingüística determinada. A partir de su propia interpretación del “momento maquiaveliano” como herramienta heurística, Palti concluye que la aporía del republicanismo moderno resulta ser aquella de

---

<sup>27</sup> “En última instancia, los diversos lenguajes políticos modernos no serán sino otros tantos intentos de llenar significativamente ese vacío, tratar de asir, tornar inteligible crear sentidos a fin de hacer soportable un mundo que, perdida toda idea de trascendencia, no puede dejar de confrontar pero tampoco aceptar la radical contingencia (“irracionalidad”) de sus fundamentos; esto es, la “esencial refutabilidad” de las categorías nucleares de todo discurso ético o político postradicional” (Palti, 2007a:250).

<sup>28</sup> En sus palabras, “Dentro de esta perspectiva, las representaciones y las ideas constituyen una materia estructurante de la experiencia social. Lejos de poder ser comprendidas de manera autónoma, en estrechas genealogías, consideradas dentro del círculo cerrado de sus relaciones o de sus diferencias, estas representaciones constituyen reales y poderosas “infraestructuras” de la vida de las sociedades (...). Se trata de tener en cuenta todas las representaciones «activas» que orientan la acción, que limitan el campo de lo posible a través del campo de lo pensable y delimitan el marco de las controversias y los conflictos” (Rosanvallon, 2003:46). Para N. Freibrun, la perspectiva de Rosanvallon se acerca en diversos puntos a la propuesta koselleckiana: ambos parten de considerar la interacción entre los conceptos y sus diversos contextos sociales, políticos, discursivos -entre otros- de circulación, echando luz sobre la centralidad que los mismos adquieren en las disputas ideológicas, y la evidente imposibilidad de su objetivación (Freibrun, 2014:3).

la modernidad política: el hecho de que el ciudadano sea soberano y sujeto de la soberanía a la vez. Es por esta brecha que se filtran los motivos republicanos clásicos, ante las dificultades del liberalismo para atender a la contradicción entre sus principios individualistas y los imperativos de la vida en común. Para Palti, es sobre esta base que resulta pertinente preguntarnos cómo pensar la modernidad y sus problemas sin presuponer como válidos ciertos modelos. Modelos de problemas que resultan del carácter contingente de los fundamentos de todo orden de legitimidad post-tradicional.

Nuestra propuesta de abordaje conceptual pretende complementar estos valiosos desarrollos con las perspectivas metodológicas desplegadas en los apartados previos. Teniendo en cuenta la forma y contenido de los conceptos de república y republicanism afectados por los procesos de modernización, y pensando como Koselleck, o como Pocock, en una posible continuidad conceptual entre la premodernidad y la modernidad, ¿es adecuado pensar en una única tradición republicana, un único republicanism en el mundo occidental? Siguiendo a M. Geuna (1998) y en concordancia con lo anticipado, nos inclinamos por una respuesta negativa a este interrogante, y nos proponemos pensar al republicanism como tradición en términos plurales. Según Geuna, es posible pensar en diversas tradiciones republicanas en función del criterio de inteligibilidad elegido. Concretamente, el autor pone en cuestión la referencia a la centralidad del conflicto en el pensamiento político de Maquiavelo como criterio único de distinción entre republicanism y liberalismo. ¿Quiere esto decir que debemos descartar las interpretaciones en clave conflictiva de las repúblicas pasadas y actuales? Al contrario, la clave parece ser emprender estas lecturas con plena consciencia respecto del carácter parcial de las mismas, y de la existencia efectiva de otras concepciones igualmente vigentes del republicanism. Tal como se planteó al comienzo, consideramos al republicanism como un concepto de movimiento, de acuerdo con las observaciones koselleckianas expuestas. Por otra parte, la apuesta por pensar la plurivocidad de este término remite también al pluralismo de los lenguajes políticos insistentemente reivindicado por Pocock. El pensamiento en torno a la república puede, alternativamente, tomar como eje el gobierno de la ley, o poner el acento en la virtud, entre otras diversas posibilidades. Nuestra pretensión es la de evitar un republicanism “a la carta” (Geuna, 1998:124), teniendo presentes desde el principio la multiplicidad de tradiciones y

lenguajes políticos que reivindican para sí ser la versión legítima o única de los conceptos de república y republicanismo, imprimiendo de esta manera un normativismo a sus interpretaciones que obtura la posibilidad de asir la riqueza de la semántica conceptual que se articula en torno a los mismos.

Son extensos y numerosos los trabajos que se han escrito a partir de la obra fundadora de Botana<sup>29</sup> que, como señalamos, apuntala su análisis de la república en Argentina a una clave de lectura tradicional, es decir, en términos de tradiciones políticas<sup>30</sup>. Nuestra propuesta consiste en ampliar ese tipo de análisis combinándolo con las herramientas de la Historia Conceptual previamente analizadas, con el objetivo de reconstruir el campo semántico que se articula en torno a los conceptos fundamentales de república y republicanismo. Por un lado, tener presente la distinción entre concepto político y concepto político de movimiento permite considerar en nuestro análisis la necesaria distinción entre las experiencias republicanas históricamente efectivizadas y el proyecto republicano que informa la dinámica del régimen político democrático en Argentina desde su conformación originaria en el siglo XIX. Las categorías de espacio de experiencia y horizonte de expectativas resultan cruciales en este punto, en la medida en que permiten dar cuenta de la performatividad tanto discursiva como política de ambos conceptos.

Por otro lado, si pensamos en los usos más frecuentes de la república y los distintos republicanismos que habitan el lenguaje político e intelectual, se impone tener presente la batalla muchas veces solapada pero siempre presente entre las formaciones discursivas que pretenden hegemonizar la escena política en función de los avatares del contexto social. Recurriremos a la noción de “uso” de los conceptos para trabajar específicamente sobre las intervenciones de algunos intelectuales argentinos, rastreando en ellos sus apropiaciones de la república y el republicanismo, así como la semántica articulada en

---

<sup>29</sup> *La tradición republicana* de Botana, obra canónica sobre la república en el siglo XIX argentino, expone cabalmente el modo en que los Padres Fundadores de nuestra constitución receptaron las ideas circulantes en la época y desarrollaron proyectos republicanos diversos entre sí en función del criterio sobre el cual fueron construidos. Las expresiones “república de la virtud” y “república del interés” (Botana, 2013) plasman claramente dos formas de construcción de este concepto de movimiento.

<sup>30</sup> Aboy Carlés ha desarrollado, él también, un análisis de las tradiciones políticas argentinas partiendo de considerar las identidades políticas como clave de inteligibilidad de las mismas (2001:66-68).

torno a ellos (Freibrun, 2014:7). De esta manera, la idea de “uso” permite asir los conceptos en su performatividad política, al tiempo que da cuenta del carácter históricamente situado de la significación que se pone en juego (Pinto y Rodríguez Rial, 2015:85).

República y republicanismo comprenden conceptos centrales que operan activamente en la configuración del horizonte de legitimidad de los regímenes políticos contemporáneos. En torno a ellos, necesariamente, se articula un dispositivo conceptual que opera de manera permanente en la medida en que la *República Verdadera* alberdiana sigue funcionando en la actualidad como proyecto y horizonte de las expectativas puestas en los gobiernos democráticos argentinos<sup>31</sup>. Dispositivo conceptual, entonces, cuya intelección puede orientarnos en la comprensión de los procesos políticos pasados y presentes, echando luz sobre la relación entre mutación conceptual, acción política y construcción social de la realidad que es de nuestro particular interés indagar. Combinar las diversas dimensiones de análisis anteriormente expuestas aparece como una alternativa de abordaje plausible y productiva a la hora de restituir la semántica conceptual de la república y el republicanismo en la Argentina actual. Como sintetiza cabalmente Audier: “La historiografía del republicanismo nos invita a no privilegiar una única área geográfica o nacional, a no esencializar prematuramente la República y a tomar consciencia de que existen múltiples maneras de elucidar su historia y su filosofía para extraer de ellas eventuales enseñanzas políticas”<sup>32</sup>.

---

<sup>31</sup> “[l]a República verdadera no tiene historia. Por eso puede definirse. Pero la expresión de la República posible a la República verdadera sí la tiene. La tan vapuleada idea de República posible remite a Juan Bautista Alberdi. Ésta designaría la “fórmula prescriptiva” cuya “fórmula operativa” plasmaría en 1880. Así lo dicen los manuales de historia política argentina. No importa que Alberdi mismo no lo creyera así, ni que la supuesta fórmula prescriptiva no se encuentre nunca en sus escritos, aun tampoco que él imaginara la federalización de la ciudad de Buenos Aires ocurrida en el ‘80 como culminando el tránsito a la república verdadera. Está claro que, en todo caso, era él quien estaba equivocado. Él fue el ideólogo del régimen del ‘80, la mejor encarnación de la República posible que recién en 1912, con la sanción de la Ley Sáenz Peña, cedería lugar a la República verdadera.” (Palti, 2007b:3)

<sup>32</sup> «L’historiographie du républicanisme invite donc à ne pas privilégier une seule aire géographique et nationale, à ne pas essentialiser hâtivement la République et à prendre conscience qu’il y a plusieurs manières d’en élucider l’histoire et la philosophie pour en dégager d’éventuelles leçons politiques» (2004:6)

## I.2. ¿Por qué los intelectuales? Persistencia de una relación entre teoría y práctica de la política

Para comenzar, cabe advertir que el mínimo esbozo de una definición del concepto de intelectual nos enfrenta a un desafío superlativo en la medida en que, de acuerdo a las precauciones de método anteriormente desarrolladas, los conceptos mutan en función del tiempo y el espacio que habitan. En este sentido, “[s]e puede afirmar que la noción de intelectual es polisémica, que reviste concepciones diferentes según los periodos y las áreas de civilización” (Dosse, 2007:20). En la misma línea, Altamirano, referente de la Historia de los Intelectuales en Argentina y América Latina, ha afirmado que “[e]l concepto de intelectual no tiene un significado establecido: es multívoco, se presta a la polémica y tiene límites imprecisos, como el conjunto social que se busca identificar con la denominación de «intelectuales»” (Altamirano, 2013:17). En efecto, aquello que entendemos por intelectual, incluso el conjunto de profesiones que han de ser incluidas en esta rúbrica, ha variado ampliamente desde sus orígenes eminentemente modernos<sup>33</sup> hasta la actualidad. Si en sus inicios el término evocaba a los humanistas, los *hommes de lettres*, los *philosophes*, consejeros del príncipe y críticos vinculados a la Iglesia y al Estado (Altamirano, 2013:116-124; Benda, 2003; Mannheim, 1987:9-11), en la actualidad remite extensamente a todos aquellos hombres y mujeres que realizan intervenciones en la esfera pública (Habermas, 1981) tanto desde su particular punto de vista profesional como en su calidad de ciudadanos y ciudadanas comprometidos con la vida en común:

“Los intelectuales se reclutan en el medio de las profesiones del intelecto, pero el rótulo de intelectual con que se identifica a determinadas personas, hombres y mujeres, no es una clasificación socio-profesional, no remite a una ocupación determinada en algún sector del saber o de la creación literaria o artística, sino al comportamiento de tales personas en relación con la esfera pública, es decir, al desempeño de un papel en los debates de la ciudad. Aquellos a quienes llamamos “intelectuales” pueden asumir ese papel en forma continua, intermitente o sólo de manera excepcional.” (Altamirano, 2013:111)

Desde un posicionamiento eminentemente autorreflexivo, Bauman ha coincidido en señalar que la definición del colectivo intelectual se ha vinculado, desde su origen, con

---

<sup>33</sup> Ver Bauman, 1997, especialmente capítulos 2 y 3.

una actitud global de crítica y compromiso frente a los acontecimientos y procesos que los rodean e interpelan por parte de quienes se consideran a sí mismos y son considerados por otros como intérpretes – otrora legisladores – de la realidad circundante<sup>34</sup>:

“No tiene sentido componer una lista de profesiones cuyos miembros son intelectuales, o trazar dentro de la jerarquía profesional una línea por encima de la cual se ubican estos. En cualquier momento y lugar, «los intelectuales» se constituyen como un efecto combinado de movilización y autorreclutamiento. El significado intencional de «ser un intelectual» es elevarse por encima de la preocupación parcial de la propia profesión o *genre* artístico y comprometerse con las cuestiones globales de la verdad, el juicio y el gusto de su tiempo.”  
(Bauman, 1997:10)

El campo intelectual<sup>35</sup> (Bourdieu, 2002) así entendido ha sido históricamente productor de un discurso que, en su especificidad eminente, articula ideas y sentidos que trascienden a dicho campo e intervienen en el debate público estableciendo, muchas veces, parámetros que enmarcan la discusión política. Siguiendo a Freibrun, “[a]l centrarnos en la figura histórica del intelectual, lo entendemos como un sujeto legitimador que, por medio del reconocimiento simbólico y su pertenencia institucional, posee credenciales culturales y de saber para organizar (...) conceptos en la esfera pública” (2014:1).

---

<sup>34</sup> Bauman propone una diferenciación entre la labor del intelectual moderno y el posmoderno. En la modernidad el intelectual es un legislador: su práctica se orienta a construir referentes de certeza, dirimir controversias, establecer verdades; en otras palabras, construye el horizonte de sentido del mundo común que se funda con los conceptos modernos de sociedad y Estado. En los términos foucaultianos retomados por Bauman, cumple un rol pastoral. La disolución de esos referentes de certeza y la convivencia de múltiples paradigmas de intelección de la realidad con el advenimiento de la posmodernidad le imponen al intelectual un cambio de rol: será entonces intérprete de esos múltiples paradigmas. “[Su tarea] consiste en traducir enunciados hechos dentro de una tradición propia de una comunidad, de manera que puedan entenderse en el sistema de conocimiento basado en otra tradición” (Bauman, 1997:14)

<sup>35</sup> La sociología de los intelectuales de Bourdieu es pionera y a formado escuela al interior de la disciplina (Ver Charle, 2009). Entre las categorías centrales que hemos podido identificar en su extensa teorización, la de campo intelectual resulta particularmente productiva a la hora de pensar la relación entre intelectuales y política que moviliza la presente tesis. En efecto, la noción refiere a la esfera autonómica en la que los intelectuales ejercen sus prácticas de acuerdo a reglas establecidas por ellos mismos; y, a la vez, es para Bourdieu parte de la estructura más amplia que comprende el campo del poder: en él, los intelectuales son “la fracción dominada de la clase dominante” (Bourdieu, 2002:109) “La concepción de ‘campo’ permite, entonces, observar la influencia del sistema de relaciones sociales en el vínculo del autor con su obra, y así determinar hasta qué punto las nociones mismas de ‘creador’ y de ‘proyecto’ artístico son productos de un estado de relaciones de fuerzas específicas del campo intelectual en un momento determinado de su historia.” (Rodríguez, 2011a:74)

## I.2.a. Intelectuales objeto de estudio de intelectuales

El pensamiento en torno a la intelectualidad es basto y plural. Prueba de ello es que los múltiples estudios que ha suscitado se hallen compartimentados en subdisciplinas como la Historia de los Intelectuales<sup>36</sup>, la Sociología de los Intelectuales<sup>37</sup> y la Historia Intelectual -que, como hemos analizado, se ocupa menos de los intelectuales como sujetos y de su rol político y social que de las ideas que han puesto en circulación y debate<sup>38</sup>. En razón de la extensión y los objetivos del presente escrito, no nos proponemos adentrarnos en los pormenores de estas distintas metodologías de abordaje del campo. Esta tesis se enfoca en la producción discursiva de los intelectuales argentinos contemporáneos partiendo de considerar que estos ponen en movimiento una serie de ideas y discursos cuya politicidad y publicidad resultan cruciales en la circulación, discusión y transformación de conceptos que acontece cada vez que nos encontramos en una coyuntura histórica crítica<sup>39</sup> (Koselleck, 2007:23-30). En palabras de H. González: “Todo momento político de gran conmoción precisa asimilar o convocar el término «intelectual». Opera como última voz de una supuesta legitimidad, tan necesaria como volátil y atacable” (2011:88). No obstante, sí nos interesa subrayar la complejidad que supone el

---

<sup>36</sup> Ver Altamirano 2008a y 2008b. Desde el punto de vista de quien fuera pionero en el estudio de los intelectuales en América Latina, Altamirano subraya la necesidad de incurrir en la interdisciplinariedad y combinar la Historia Intelectual y la Historia Política para profundizar en el aún incipiente estudio de los intelectuales en la región: “contra la inclinación a una reducción sociologista del análisis y la explicación, añadiría que una historia que tome en cuenta las diversas formas que adoptó la acción de los intelectuales a lo largo de dos siglos únicamente puede ser fruto de la colaboración de estudiosos de diferentes disciplinas, desde la historia política a la historia de la literatura latinoamericana, pasando por la sociología de la cultura y la historia de las ideas” (2005:18).

<sup>37</sup> En su *Perfiles y praxis intelectuales* Rodríguez realiza una reposición exhaustiva de la Sociología de los Intelectuales francesa y alemana, deteniéndose especialmente en el hoy considerado padre de esta escuela, P. Bourdieu. Ver Rodríguez, 2011a, especialmente capítulos 1 y 2. Asimismo, Bourdieu, 2000, 2002.

<sup>38</sup> Para un análisis conjunto de las distintas disciplinas que abordan a los intelectuales como objeto de estudio, ver Dosse, 2007. Desde una perspectiva histórico intelectual eminentemente francesa, el autor restituye con minuciosidad el modo en que la figura del intelectual fue transformándose desde la Francia iluminista, al tiempo que realiza un recorrido por los principales abordajes históricos, sociológicos y de la historia de las ideas que se han realizado sobre los mismos en la academia francesa y anglosajona.

<sup>39</sup> “Las crisis ponen de manifiesto un estado de agonía de determinadas cosmovisiones estructurantes tanto de nuestras prácticas teóricas, como de nuestras experiencias históricas. Ahora bien, todo malestar que conduzca a una crisis de paradigmas no solo alerta sobre posibles vaciamientos de sentidos, sino que también nos dice algo sobre los modos de gestación de nuevos conceptos.” (Svampa, 2016:132).

hecho de que los intelectuales son, ellos mismos, objetos y sujetos de sus empresas de investigación<sup>40</sup>:

“Los intelectuales como «objeto» constituyen, en primer lugar, una figura conceptual, ya que la condición de posibilidad de su existencia depende de un plano conceptual, partición de lo social u horizonte de sentido, del cual participan los propios intelectuales. Dicho en otros términos, los intelectuales tienen una historia como todos los actores sociales, pero ellos son quienes se arrogan el derecho (generalmente reconocido por los otros) de crear y difundir los conceptos que se emplean a la hora de interpretar su propia práctica” (Rodríguez, 2011a:291)

En efecto, el origen mítico del término intelectual se remonta a la aparición del “Manifiesto de los Intelectuales” en la convulsionada Francia de 1898<sup>41</sup> ante el conflicto conocido como *affaire Dreyfus*, desatado a partir de la acusación espuria y encarcelamiento del capitán Alfred Dreyfus por presunto tráfico de información con la *intelligentzia* alemana. El Manifiesto publicado en *L’Aurore* y firmado por Émil Zola, Anatole France y otras figuras célebres del pensamiento de la época se solidarizaba con Dreyfus acusando el suceso como una manifestación de antisemitismo flagrante, al tiempo que responsabilizaba al gobierno de la III República por su extensión al interior y exterior de las instituciones de la Francia iluminista<sup>42</sup>. Esta intervención crítica en el debate público de una cuestión gubernamental por parte de actores diversos cuyas áreas de incumbencia supieron circunscribirse otrora al ámbito artístico y cultural (Prochasson, 2013), desató una fuerte crisis en el seno de la sociedad francesa, provocó una dicotomización de la

---

<sup>40</sup> “No se habla impunemente de los intelectuales. No se les define sin una vaga segunda intención puesto que los primeros productores de sentidos son los propios intelectuales. Lo que equivale a sostener, ni más ni menos, que la historia del concepto intelectual esconde un gran discurso sobre sí mismo detrás del cual podría dejarse entrever una biografía intelectual...del mismo intelectual” (Prochasson, 2003:800-1)

<sup>41</sup> “En general, se considera que el nacimiento del sustantivo “intelectual” data de la publicación por Zola de su *Yo Acuso*, en *L’Aurore* del 13 de enero de 1898. En realidad, Maurice Barres lo utiliza desde 1894 y el término aparece en *Les Deracinés*, novela publicada en 1897. Pero es incontestable que es a la luz del artículo de Zola cuando la noción de intelectual toma su verdadera significación social y política, tanto más en cuanto es remplazado por la publicación, a partir del 14 de enero, de una “protesta” colectiva de personalidades, que reclaman una revisión del caso Dreyfus. Esta movilización a favor de Dreyfus es inmediatamente calificada por Georges Clemenceau como movilización de intelectuales. Entonces, la noción toma un giro positivo de combate por la justicia. Pero, cuando Maurice Barres, El 1 de febrero de 1898 en *Le Journal* se mete con «la protesta de los intelectuales», es para estigmatizar un fenómeno social puramente negativo. La polémica que se despliega entonces entre los dos campos se convierte en el lugar mismo de la cristalización de una noción inestable y ambivalente” (Dosse, 2007:60). Un fenómeno similar tendrá lugar en los años treinta con la creación del Centro de Vigilancia de los Intelectuales Antifascistas (Dosse, 2007:63)

<sup>42</sup> Ver, Charle, 2009; Joly, 2014; Miquel, 2016; Zola, 1903.



opinión pública e instó a numerosas figuras públicas a incorporarse al debate. Acaso sin prever sus efectos de largo plazo, estos profesionales de la cultura expresaron a través de su posicionamiento público una potencialidad conjunta que no se había manifestado hasta entonces<sup>43</sup>. En palabras de Casullo,

“Aquel acontecimiento francés fue entendido como si una nueva casta revelase de pronto un poder impensado. Ya no era particularmente el disgusto de alguien en particular [sic], sino una suerte de colegiado, nombres más o menos reconocidos rematando con sus rúbricas un texto político, un manifiesto de denuncia a toda página. De manera circunstancial, algo desaliñada, pero lo cierto es que un haz de autores se inmiscuía en un género aún sin pautas: el posicionamiento político directo” (2013:349-350).

Según Neiburg y Plotkin, “[a] partir de entonces, la palabra intelectual ha servido para designar a aquellos individuos que reclaman como fundamento de legitimidad para sus intervenciones una forma de pensamiento crítico, independiente de los poderes, y sustentada en el uso de la razón” (2004:15).

De esta manera, las condiciones de emergencia del concepto de intelectual marcaron a fuego el sentido último de sus prácticas y su rol social, en particular, su intervención en el debate político público más allá de sus áreas de especialización, progresivamente autonomizadas. La eficacia del carácter colectivo de esas intervenciones convive, a la vez, con la emergencia periódica de grandes figuras individuales que se erigen como referentes salientes del campo (Sapiro, 2011). Por otra parte, el mito de origen del concepto de intelectual echa luz sobre el vínculo entre este y la forma republicana que es de nuestro interés indagar: el término se consolida de la mano de la república francesa más extensa del siglo XIX, e invita a considerar el vínculo entre la educación como pilar de dicho régimen (Nicolet, 2014) y los intelectuales cumpliendo su función de legisladores (Bauman, 1997), en un contexto en el que el iluminismo y el positivismo son hegemónicos

---

<sup>43</sup> Estos acontecimientos provocaron repercusiones de disímil intensidad en distintos puntos del mundo occidental (Altamirano, 2013:34), ver: Charle, 1996. Cabe aclarar que no se ignora la trayectoria de otras figuras intelectuales de gran centralidad como los literatos chinos, exponentes de la relación entre la intelectualidad y el aparato administrativo de dominación (Weber, 1986); o la *intelligentzia* rusa cuyo origen es contemporáneo al francés (Bobbio, 1998:116; Rodríguez, 2011:8-10). Nuestro esbozo de una historia conceptual del concepto de intelectual prioriza la perspectiva occidental debido a que fue esta la que tuvo mayores ecos e influencia en la forma en que han sido abordados los intelectuales argentinos, así como en la manera en que ellos han construido su subjetividad e intersubjetividad.

y las potencias occidentales buscan consolidar la forma moderna de sus ordenamientos políticos.

“El grupo social que forman los «intelectuales» - cuya designación y conceptualización modernas se muestran progresivamente en los años noventa del siglo XIX - se constituye en las dos últimas décadas del siglo XIX a la vez como producción social (resultado de un refuerzo de las categorías intermedias, por una parte, y de los efectos de la masificación de la cultura, por otra) y como producción política ligada a la aparición de un sistema republicano-democrático en el cual el saber está asociado a la política” (Prochasson, 2013:803)

La categoría de intelectual da cuenta, en este sentido, de una relación entre poder, política y saber que, si bien muta a la par de los grandes procesos históricos y la reconfiguración de las circunstancias políticas particulares, permanece inmutable en su fundamento (Foucault, 2000:15-34).

No es casual que entre las múltiples y diversas perspectivas desde las cuales se ha sistematizado el pensamiento en torno a los intelectuales resulte saliente la clasificación en normativas y funcionalistas o sociológicas (Altamirano, 2013)<sup>44</sup>. Mientras las normativas subrayan el “deber ser” crítico del intelectual, su rol de preservador de verdades y guardián de valores e intereses específicos - para algunos los dominantes, para otros los subalternos -, la sociología funcionalista hace foco en la función que cumplen en las sociedades complejas modernas y posmodernas, pretendiendo neutralidad valorativa en dicho análisis. Según advierte Rodríguez,

“se puede concluir que si hay algo en lo que convergen los distintos enfoques de la Sociología de los Intelectuales y algunos abordajes de la Historia Intelectual es en el hecho de que el intelectual es aquél que interviene en la esfera pública por medio del uso de la palabra (generalmente convalidada por un saber específico o pertenencia a la cultura letrada) para enjuiciar positiva o negativamente el orden de cosas existente” (Rodríguez, 2011a:52)

---

44 Retomamos la categorización de Altamirano, sin ser estrictamente fieles a su interpretación: Altamirano divide las lecturas en normativas, marxistas y sociológicas; nosotros preferimos incluir a las marxistas alternativamente dentro de las normativas y las funcionalistas dado que hacen énfasis en ambas dimensiones, dando cuenta de la dificultad de desarrollar tipificaciones de esta envergadura. Bobbio, a su tiempo, clasifica las lecturas en sociológicas e históricas (1998:58). G. Sapiro propone otra clasificación típico ideal de los intelectuales para el caso francés, que consideramos puede tener una productividad específica a la hora de analizar los intelectuales argentinos en la medida en que el influjo francés sobre ellos es importante. Sapiro se refiere a: “Intelectuales críticos universalistas”, “Intelectuales críticos especializados”, “Guardianes del orden moral” y “Expertos” (2011:134). Retomaremos esta clasificación al momento de caracterizar a los intelectuales contemporáneos argentinos.

El agrupamiento de los distintos intelectuales que han sistematizado un estudio en torno a su propio campo presenta dificultades clasificatorias: si dentro del agrupamiento de definiciones llamadas normativas caben con seguridad los importantes trabajos de Benda<sup>45</sup>, Sartre<sup>46</sup>, Said<sup>47</sup>, Foucault<sup>48</sup> y Gramsci<sup>49</sup>, la perspectiva funcionalista se ve

---

<sup>45</sup> En su célebre *La trahison des clercs*, J. Benda (2003) impugnó, en los albores del término y de la discusión en torno a su relación con la política, la funcionalidad de los “clérigos” respecto del poder político/estatal y su obligación moral de ser los exponentes de “la verdad”.

<sup>46</sup> Sartre construirá hacia el mayo francés la emblemática figura del intelectual comprometido, a la que nos referiremos extensamente por ser una de las más fuertemente receptadas entre los intelectuales argentinos.

<sup>47</sup> Explícitamente cultor del pensamiento de Benda, Said propone una definición eminentemente normativa que concibe a los intelectuales como defensores de las verdades marginales y críticos del poder: “el intelectual es un individuo con un papel público específico en la sociedad que no puede limitarse a ser un simple profesional sin rostro, un miembro competente de una clase que únicamente se preocupa de su negocio. Para mí el hecho decisivo es que el intelectual es un individuo dotado de la facultad de representar, encarnar y articular un mensaje, una visión, una actitud, filosofía u opinión para y en favor de un público. Este papel tiene una prioridad para él, no pudiendo desempeñarlo sin el sentimiento de ser alguien cuya misión es la de plantear públicamente cuestiones embarazosas, contrastar ortodoxia y dogma (más bien que producirlos), actuar como alguien a quien ni los gobiernos ni otras instituciones pueden domesticar fácilmente, y cuya razón de ser consiste en representar a todas esas personas y cuestiones que por rutina quedan en el olvido o se mantienen en secreto” (Said, 1996:29-30)

<sup>48</sup> Foucault acuña la categoría de “intelectual específico”, en contraposición a la de “intelectual universal” para dar cuenta de la tarea que compete a estos actores en la posmodernidad: ocuparse de problemas puntuales, circunscriptos a esferas de acción o conocimiento igualmente específicas, pero no por ello menos politizadas, vinculadas todas ellas a la cuestión de la verdad en relación al poder. “Il me semble que ce qu’il faut prendre en compte, maintenant, dans l’intellectuel, c’est ne donc pas le porteur des valeurs universelles ; c’est bien quelqu’un qui occupe une position spécifique – mais d’une spécificité qui est liée aux fonctions générales du dispositif de vérité dans une société comme la nôtre” (Foucault, 2014 :33)

<sup>49</sup> La figura de Gramsci tuvo especial resonancia entre los intelectuales argentinos a partir de su recepción y traducción por parte de referentes intelectuales del Partido Comunista. Al igual que respecto de Sartre, dedicaremos una referencia algo más extensa a su teorización en razón de su resonancia entre los intelectuales argentinos.

representada por la obra de Mannheim<sup>50</sup> Shils<sup>51</sup>, Bourdieu<sup>52</sup> y Bauman<sup>53</sup>, entre otros. Sin embargo, encontramos en gran parte de ellos una hibridación de estas perspectivas, siendo Gramsci el caso paradigmático (Bobbio: 1998:125).

En razón de lo expuesto, no es nuestra intención establecer una jerarquía, orden de prioridad ni análisis crítico de este vasto campo de análisis. Nos interesa, en cambio, subrayar el modo en que las diversas perspectivas existentes se han entrelazado en el pensamiento en torno a la intelectualidad argentina y el modo particular en que esta ha sabido construir su subjetividad e intersubjetividad. Tal como señala Nicolás Freibrun “asumiendo el carácter polisémico de los conceptos, su formación en el tiempo supone atender a los diversos significados inscriptos en su propia estructura semántico-temporal tomando en cuenta el contexto lingüístico en el que se inscriben” (2009:3), y el concepto de intelectual no comprende una excepción a este particular tratamiento.

En Argentina, los sentidos predominantes del concepto de intelectual pueden ubicarse dentro del espectro de definiciones revisitadas: si entre quienes se han ocupado de estudiar sistemáticamente a los intelectuales prima un enfoque mannheimiano y

---

<sup>50</sup> La teoría de los intelectuales y del conocimiento científico de Mannheim serán centrales en el desarrollo de las ciencias sociales en Argentina y de la especialización de los intelectuales a partir de la mitad del siglo XX. Asimismo, es central en las teorías sobre los intelectuales desarrolladas en nuestro país (Altamirano, 2008b y 2013; Blanco, 2008; Freibrun, 2014, Rodríguez, 2011a).

<sup>51</sup> Exponente del funcionalismo influenciado por Weber, Shils, considera que los intelectuales cumplen la función social de construir el conocimiento colectivo y las ideologías parciales que articulan las sociedades complejas de las que son parte, pero donde sólo una minoría tiene un vínculo estrecho con la dimensión simbólica de la existencia. Aunque pueden ser inscriptos en distintas tradiciones, los intelectuales tienen para Shils una relación originaria con el poder religioso y temporal que los hace responder tanto a necesidades sociales religiosas como seculares, y a portar la voz de legitimación del orden existente. “There is in every society a minority of persons who, more than the ordinary run of their fellow men, are inquiring, and desirous of being in frequent communion with symbols which are more general than the immediate concrete situations of every day life, and remote in their reference in both time and space. In this minority, there is a need to externalize this quest in oral and written discourse, in poetic or plastic expression, in historical reminiscence or writing, in ritual performance and act of worship. This interior need to penetrate beyond the screen of immediate concrete experience marks the existence of the intellectuals in every society” (Shils, 1958:5)

<sup>52</sup> Además de la noción de “campo”, se ha referido a la función social de las formas simbólicas – en la misma línea de Mannheim, esto es, la producción de ideología o “cultura legítima” por parte de los intelectuales – y al capital social, cultural y simbólico de los hombres y mujeres de la cultura y la academia tanto en términos individuales como colectivos. Bourdieu, 1999, 2000.

<sup>53</sup> Ver nota 39.

bourdieano<sup>54</sup>, la influencia del pensamiento de Sartre y Gramsci tanto sobre la reflexión teórico-política en torno al concepto como sobre la práctica intelectual en sí misma resulta eminente<sup>55</sup>. Al mismo tiempo, la progresiva distinción entre “intelectuales y expertos” (Neiburg y Plotkin, 2004) o “humanistas y científicos” (Bobbio, 1998), resultante de la autonomización y profesionalización de las disciplinas humanas y sociales en la universidad argentina, trajo consigo una perdurable puesta en valor de la teoría de los intelectuales de Mannheim<sup>56</sup>.

En su célebre trabajo sobre la sociología del conocimiento - *Ideología y Utopía* - Mannheim se refiere *in extenso* a la función social de los intelectuales como constructores de sentidos comunes plurales en una sociedad que, a partir del proceso de democratización, se enfrenta a un borramiento de sus referentes de certeza<sup>57</sup> y a una multiplicación de las matrices interpretativas en torno a lo existente (1987:70). Para el autor, “[n]o son los hombres en general los que piensan, ni siquiera los individuos aislados, sino hombres que pertenecen a ciertos grupos y que han desarrollado un estilo particular de pensamiento en una interminable serie de respuestas a ciertas situaciones típicas que caracterizan su posición común” (1987:3). La división entre grupos sociales que, a la vez, tendrían adscripta una tarea responde al enfoque funcionalista del autor: “En toda sociedad existen grupos sociales cuya tarea especial consiste en proveer a esa sociedad de una interpretación del mundo. Se les suele llamar intelectuales (*intelligentsia*)” (1987:9). Como discípulo de Weber, Mannheim refiere asimismo al problema de la objetividad del conocimiento y problematiza la vinculación entre ciencia

---

<sup>54</sup> Por caso, Altamirano afirma que “En toda sociedad (...) hay grupos sociales cuya función especial reside en suministrar a esa sociedad una concepción general del mundo. Son los grupos intelectuales, los depositarios de la interpretación autorizada del mundo natural y social” (2013:79)

<sup>55</sup> “Los intelectuales se piensan a sí mismos como grupo social que posee la capacidad de articular, a través de un uso específico del lenguaje, las necesidades políticas del presente.” (Freibrun, 2014:25)

<sup>56</sup> En su análisis del surgimiento y consolidación de la sociología en Argentina promediando el siglo XX, Blanco afirma que “[e]n la concepción mannheimniana de una ciencia social consagrada a las tareas de la «planificación social» -fórmula que poco después sería relevada por la del «desarrollo económico»- esta generación encontró una forma de comprometer a la sociología con las cuestiones del debate público, a la vez que un modo de disputar la autoridad intelectual a la élite tradicional en nombre de una nueva *expertise* intelectual. La gravitación de Mannheim en esta generación de científicos sociales fue sin duda un elemento decisivo de su autorrepresentación en tanto *intelligentsia* del mundo moderno” (2008:615)

<sup>57</sup> Ver Lefort, 2018.

y política (1987:33-34); para él, es justamente la autonomía relativa del campo la que le permite sintetizar las ideologías circulantes en la sociedad.

Sartre aparece desde mediados del siglo XX no sólo como el portavoz de la consigna de la necesidad del compromiso intelectual y artístico, sino también como la encarnación de la misma. En su célebre *¿Qué es la literatura?*, distingue a la escritura como la expresión artística que puede efectivamente comprometerse, en tanto se avoca a la transmisión de significados utilizando las palabras como instrumentos, como prolongaciones de los sentidos que comunican a los hombres con el mundo exterior. Para Sartre, un escritor o intelectual no puede hacer caso omiso de la responsabilidad que significa esta transmisión de sentidos y sus posibles repercusiones prácticas: “El escritor «comprometido» sabe que la palabra es acción; sabe que revelar es cambiar y que no es posible revelar sin proponerse el cambio” (Sartre, 1990:53). A través de su obra - entonces, con el lenguaje como instrumento -, el intelectual expone a los sujetos sus propias condiciones de existencia, los extraña, llamándolos así a hacerse responsables del lugar que ocupan en la sociedad: “la función del escritor consiste en obrar de modo que nadie pueda ignorar el mundo y que nadie pueda ante el mundo decirse inocente” (1990:54). En el ejercicio de dicho rol, introduce una consciencia crítica en los destinatarios de sus mensajes sin por ello apartarse del rol que ocupa. El intelectual comprometido sartreano no muta para la ocasión en político de profesión, sino que se involucra con la situación político-social sin salirse del campo que le es propio.

Por su parte Gramsci es, sin dudas, el referente obligado de las formulaciones en torno a la intelectualidad desde un punto de vista estructuralista o marxista. Para Gramsci, la figura del intelectual no debe ser definida en función de las actividades que le son propias. Es necesario, en cambio, analizar “el complejo general de las relaciones sociales” (Gramsci, 2012:12), teniendo en cuenta que cada grupo o clase social que nace de un determinado tipo de estructuración del aparato productivo se da a sí misma intelectuales orgánicos (2012:9), que crean y homogeneizan una consciencia al interior de la clase. Si este grupo social es además la clase dominante, estos intelectuales cumplen la función de producir y reproducir su hegemonía desde los aparatos superestructurales del modo de producción. Además de estos intelectuales orgánicos, que no son otra cosa que “especializaciones” de las características distintivas de esa clase social, existen otro tipo

de intelectuales que Gramsci denomina “tradicionales”. Estos representan la continuidad histórica que persiste más allá de los avatares de las formas políticas y sociales - se trata, a modo de ejemplo, de los clérigos. La relación entre la vanguardia intelectual de la clase trabajadora y el proletariado resulta fundamental para el desarrollo de la autoconsciencia necesaria si se quiere llevar a cabo un proceso político revolucionario. Es en este sentido que los intelectuales orgánicos tienen la tarea fundamental, a través de la estructura del partido político de clase - el intelectual colectivo -, de despertar y desarrollar aquello que ya existe potencialmente en cada proletario:

“Todos los hombres son intelectuales, podríamos decir, pero no todos los hombres tienen en la sociedad la función de intelectuales. Cuando se distingue entre intelectuales y no intelectuales, en realidad sólo se hace referencia a la inmediata función social de la categoría profesional de los intelectuales, es decir, se tiene en cuenta la dirección en que gravita el mayor peso de la actividad específica profesional, si en la elaboración intelectual o en el esfuerzo nervioso-muscular. (...) Cada hombre, considerado fuera de su profesión, despliega cierta actividad intelectual, es decir, es un «filósofo», un artista, un hombre de buen gusto, participa en una concepción del mundo, tiene una consciente línea de conducta moral, y por eso contribuye a sostener o modificar una concepción del mundo, es decir, a suscitar nuevos modos de pensar” (Gramsci, 2012:13)

La reposición de estas modelizaciones paradigmáticas en torno al ser y al deber ser del intelectual pretenden, más que llevar adelante una sistematización exhaustiva de la literatura existente en torno a la figura del intelectual - ella misma objeto específico de múltiples investigaciones - o acuñar una definición definitiva de la misma, echar luz sobre el derrotero del concepto para introducirnos en el recorrido del mismo en Argentina. Siempre en virtud de la extensión y objetivos de esta tesis, desarrollaremos a continuación un breve recorrido por el desarrollo histórico de la relación entre intelectuales y política en nuestro país, con el fin de comprender cabalmente su particular constitución en el momento de su reaparición a la luz del conflicto entre el gobierno kirchnerista y los sectores agropecuarios.

## **I.2.b Breve historia de la relación entre intelectuales y política en Argentina**

Aunque “la Argentina no es un país donde el término haya gozado del buen nombre que tuvo en otros países latinoamericanos” (Sigal, 1991:19), la figura del intelectual se ha visto estrechamente ligada, desde los tiempos de las guerras de independencia, al campo de lo político. Como afirma Altamirano:

“Las élites culturales han sido actores importantes de la historia de América Latina. Obrando como mediadores entre la «república internacional de las letras» y las condiciones y tradiciones locales, esas élites desempeñaron un papel decisivo no sólo en el dominio de las ideas, el arte o la literatura del subcontinente, es decir, de las actividades y las producciones reconocidas como culturales, sino también en el de la historia política. Si se piensa en el siglo XIX, no podrían describirse adecuadamente ni el proceso de la Independencia, ni el drama de nuestras guerras civiles, ni la construcción de los estados nacionales, sin referencia al punto de vista y la acción de los letrados, los doctores, los intelectuales. El vasto cambio social y económico que posteriormente, en el último tercio del siglo XIX, incorporó a los países latinoamericanos en la órbita de la modernización capitalista, reclutó sus profetas y «legisladores», para usar la denominación de Zigmunt Bauman, entre esos círculos ilustrados.” (2005:17-8)

La historia da cuenta del papel protagónico que estos sujetos ejercieron en el diseño e implementación del ideario republicano y su ingeniería institucional en el territorio argentino, con figuras emblemáticas como las de Moreno, Sarmiento y Alberdi, entre muchos otros<sup>58</sup>. El siglo XIX argentino comprende el contexto de formación de la opinión pública y la ciudadanía, que se extiende tempranamente en virtud de las guerras de independencia (Sabato, 2006:269). En ese clima de efervescencia ideológica los intelectuales nacionales se caracterizaron por su cultura urbana, su estrecha identificación con el patrón europeo occidental - especialmente el francés -, y la proliferación de espacios

---

<sup>58</sup> “Si se piensa en el siglo XIX, no podrían describirse adecuadamente ni el proceso de la independencia, ni el drama de nuestras guerras civiles, ni la construcción de los estados nacionales, sin referencia al punto de vista de los hombres de saber, a los letrados, idóneos en la cultura escrita y en el arte de discutir y argumentar. Según las circunstancias, juristas y escritores pusieron sus conocimientos y sus competencias literarias al servicio de los combates políticos, tanto en las polémicas como en el curso de las guerras, a la hora de redactar proclamas o de concebir constituciones, actuar de consejeros de quienes ejercían el poder político o ejercerlo en persona” (Altamirano, 2008a:9) En cuanto a la relación entre republicanism, constitucionalismo e intelectuales, Rojas afirma que “[e]n aquellos años, la consumación de la independencia en casi todos los países de la región se dio acompañada por intentos constitucionales de inspiración republicana que convergían en cuatro principios básicos: la soberanía popular, el gobierno representativo, la electividad de la primera magistratura y los derechos ciudadanos.” (2008:213)



de discusión - como los clubes y cafés literarios<sup>59</sup> - y géneros de escritura, formas de publicación y circulación de ideas que a lo largo de la historia resultaron paradigmáticas de la expresión de estos sectores - como son los panfletos, ensayos, pasquines, manifiestos, etc.<sup>60</sup>. La primera disciplina saliente entre los intelectuales argentinos fue la historia; signada por el positivismo, en ella se puso de manifiesto la performatividad de los conceptos modernos de movimiento, fundamentalmente en los relatos nacionales teleológicos. La célebre expresión “de la república posible a la república verdadera”, adjudicada a Alberdi, es prueba de ello. En efecto, las funciones civiles de los intelectuales de la época quedaron, en muchos casos, vinculadas a estos relatos míticos originarios y sus eventuales formas concretas (Sabato, 2008:392; Sigal, 1991:76).

El centenario de la revolución y el proceso de ampliación del sufragio y la participación política en general durante las primeras décadas del siglo XX halló a los intelectuales argentinos agrupados en torno a posicionamientos y diagnósticos encontrados respecto de esta situación<sup>61</sup>, a la que se sumaron los conflictos internacionales de las guerras mundiales y la crisis económica (Gramuglio, 2008:197). Así, la década del veinte fue el contexto de emergencia de algunas revistas de vanguardia como *Martín*

---

<sup>59</sup> “Como espacios autónomos, igualitarios, autogobernados y solidarios, se los consideraba baluartes en la construcción de una sociedad libre, republicana y fraterna. Por lo tanto, no solo eran escuelas de civismo y civilidad, sino también ejemplos (vanguardia) de funcionamiento republicano.” (Sabato, 2008:389)

<sup>60</sup> “El espacio de la polémica pública y de la experiencia asociativa se expandió por fuera del marco estrictamente estatal, aun cuando la relación entre las nuevas iniciativas surgidas de la sociedad y los nuevos dueños del poder político en América Latina fuera compleja y desde ningún punto de vista unilateral. El espacio para el ejercicio de la «autoridad» del publicista, del escritor público, del sabio, experimentó una constante y sólida expansión en la segunda mitad del siglo XIX, si bien sus límites permanecieron indefinidos y esporádicamente sometidos a la voluntad de los regímenes políticos. El incremento del número de periódicos publicados y de su tirada, la complejización de la oferta de géneros que acompañó el crecimiento del público lector, la lenta cristalización de un universo editorial articulado en torno de las leyes del mercado, la multiplicación de espacios de sociabilidad por fuera del Estado y de la Iglesia, el auge constante de intenso movimiento asociativo, todos estos elementos marcaron un cambio decisivo en el contexto social y cultural en el que debía actuar el escritor público, el especialista en la función intelectual.” (Myers, 2008:39)

<sup>61</sup> Según Sigal (1991:77) al nacionalismo elitista que reniega del advenimiento de la barbarie a la política se opone otro de corte integrista y antiimperialista que dará la disputa cultural y buscará - sin éxito - influir en la clase política de la época entre las décadas del veinte y el treinta.

*Fierro*<sup>62</sup> y *Criterio*<sup>63</sup>, a las que se sumaría a principios de los treinta la célebre *Sur*<sup>64</sup>, que alojaría importantes debates de la cultura nacional hasta principios de los años noventa.

En paralelo y paulatinamente, tuvo lugar el desarrollo, consolidación y autonomización de diversas disciplinas académicas - tales como la economía, la psicología, y más hacia mediados de siglo la sociología (Blanco, 2008; Neiburg y Plotkin, 2004) - que contribuyeron a la consolidación de perfiles intelectuales diversos: si la universidad como foco del desarrollo científico avanza a paso firme – con los retrocesos correspondientes a las diversas interrupciones del orden político democrático<sup>65</sup> - también sobresalieron todo a lo largo del siglo XX las revistas literarias y culturales, exponentes de grandes figuras de la cultura nacional<sup>66</sup>. Esta progresiva profesionalización de la labor intelectual - diversificada además por el influjo de las corrientes de pensamiento que acompañan a la inmigración intelectual de la segunda posguerra -, no obstante, contribuyó a un distanciamiento prolongado respecto de una esfera política que consolidaba sus propias elites:

---

<sup>62</sup> Para Sarlo, *Martín Fierro* fue expresión de la particular configuración del campo intelectual argentino de principios de siglo: el primer nacionalismo cultural, que lo inscribe “en una modalidad de ruptura típicamente moderna: la de la vanguardia” (1982:39-40). Esta pretende ir más allá de los cánones establecidos, incurriendo en una nueva institucionalidad, nuevas reglas. El criollismo será, pues, la marca fundamental de esta modalidad en nuestro país.

<sup>63</sup> “El semanario apareció en 1928 y su cuidada diagramación y edición, la calidad y la originalidad de las ilustraciones, el estilo sofisticado de los textos y el prestigio de buena parte de los colaboradores constituían una verdadera revolución en el ámbito de la cultura escrita católica y aun de la cultura argentina toda.” (Devoto, 2008:366)

<sup>64</sup> “[P]or más que se quiera insistir en la apatía que se habría apoderado de la vida intelectual en esos años, que han sido vistos como una tierra yerma entre la efervescencia de los veinte y el ascenso de las letras entre fines de los cincuenta y el boom de los sesenta, la actividad literaria en los treinta dio lugar a muchas novedades. Entre esas novedades está, justamente, la aparición de *Sur*.” (Gramuglio, 2008:198)

<sup>65</sup> Según la interpretación canónica de Sigal, “[l]a doble referencia a lo cultural y a lo político por parte de la intelectualidad argentina ha provocado que sus instituciones compartan con las políticas un tercer rasgo: *la débil capacidad de gestión de las diferencias y de control de los conflictos, debido a que sus formas de organización carecen de referencias culturales compartidas y estables*” (1991:106). Así, mientras durante buena parte del siglo XX se registra un desencuentro entre la clase política y el campo intelectual, es persistente el vínculo de los intelectuales con los tópicos políticos preponderantes y su voluntad de intervenir en el debate público. No obstante, ese estrechamiento progresivo del vínculo entre trabajo intelectual y visión política, que tendrá su máxima expresión en la década del setenta, hace que los agrupamientos sean tan inestables como intensos.

<sup>66</sup> “[s]i la academia, el mundo de los negocios y el Estado definen espacios en cuya intersección se producen conflictos pero también conocimiento, de ninguna manera lo agotan. A lo largo del siglo XX, pero fundamentalmente en momentos percibidos públicamente como críticos, cierto tipo de figura social ha intervenido en la esfera pública desde fuera del ámbito de la academia. El ensayo de interpretación de la realidad nacional ha constituido (y constituye aun hoy) en la Argentina y el resto de América Latina un genero con sus propios mecanismos de legitimación” (Neiburg y Plotkin, 2004:21).

“Paulatinamente el espacio de las élites se hizo menos homogéneo, y (...) la actividad política se volvió una profesión y una carrera. Ningún título habilitaba el ingreso en ellas como el de abogado. A la profesionalización de la política corresponderá una creciente especialización del trabajo de los escritores y, más en general, de la gente de saber. Dentro de cada sociedad nacional, aunque con ritmo diferenciado, se irán esbozando así los contornos de un dominio o una esfera que, con las especificaciones del caso, puede describirse con el concepto acuñado por Pierre Bourdieu de «campo intelectual».” (Altamirano 2008b:13)

Continúa Altamirano:

“el intelectual en ejercicio de funciones estatales de rango ha sido un hecho accesorio e intermitente después de 1916, cuando concluyó la era de la república liberal oligárquica. La distancia, cuando no el conflicto, entre el campo de la cultura y el campo del poder político serán más frecuentes que el consorcio entre ambos. Incluso los intelectuales nacionalistas – maurrasianos que parecen listos para hablar el lenguaje del poder y que desde antes del golpe del general Uriburu en 1930 y después, a lo largo de la década siguiente, se muestran animados por el propósito de convertirse en élite dirigente (o, al menos, en inspiradores de esa élite) – verán que ese papel se les negaba en circunstancias que creían propicias a sus ambiciones” (2008b:15)

Este distanciamiento entre intelectuales y política se mantuvo, en líneas generales, hasta entrados los años cincuenta<sup>67</sup>, cuando un nuevo conjunto de procesos y fenómenos nacionales e internacionales interpeló a la intelectualidad, fortaleciendo y diversificando tanto la periodicidad de sus intervenciones como sus medios de difusión y discusión: el posperonismo, la modernización y la revolución cubana serán los tópicos centrales que atraviesen los debates intelectuales de mediados de siglo<sup>68</sup>. Es entonces que hacen su

---

<sup>67</sup> Si bien existe un amplio consenso respecto de la relación problemática entre peronismo e intelectuales y universidad, valdría bien resaltar que existieron cuadros políticos y referentes públicos del gobierno justicialista que pueden ser considerados, en retrospectiva, intelectuales. El constitucionalista A. Sampay y el diputado nacional J. W. Cooke, a modo de ejemplo, podrían ser tipificados como un intelectual militante, en términos de Sapiro (2011:141).

<sup>68</sup> “Si la asunción del peronismo en 1946 había producido una línea divisoria entre la izquierda tradicional y los intelectuales nacionalistas, el derrocamiento del régimen obligó a un replanteo de las posiciones del pasado, y la nueva escena política exigió de los intelectuales llamativos desplazamientos y reacomodamientos para trazar diagnósticos explicativos acordes con ella. Se abrió un período caracterizado por una intensa actividad intelectual, con la consiguiente emergencia de libros y publicaciones periódicas, un proceso creciente de modernización teórica en las universidades, un incipiente desarrollo del sistema científico – el CONICET se funda en 1958 –, un mercado editorial que encontraba en la notable demanda interna un paliativo de la pérdida de mercados externos observable desde fines de los años cuarenta. Sin embargo, el período se sustentaba en una paradoja; los intelectuales parecían encontrar un espacio de reconocimiento para ser escuchados en el marco de una democracia formal que pretendía ocultar su pecado original: la proscripción del peronismo de la actividad política del país. Así, la cuestión del peronismo

aparición las célebres *Imago Mundi*, *Crisis* y *Contorno*: si la primera representa al antiperonismo acérrimo y el avance del cientificismo entre los intelectuales (Acha, 1999), *Crisis* expresa paradigmáticamente el pensamiento nacionalista antieuropeo (Gramuglio, 2008:200-201). *Contorno*, por su parte, se propone una revisión de esos posicionamientos a la luz de los acontecimientos posteriores a la llamada Revolución Libertadora, y bajo la matriz del compromiso promovida por Sartre<sup>69</sup>, cuya imagen opera para los intelectuales argentinos del posperonismo como ejemplo y justificación de sus posicionamientos (Terán, 2013:58-59), críticos respecto del lugar de la izquierda, el liberalismo y la cultura durante el peronismo (de Diego, 2008:401-403).

La aparición de *Pasado y Presente* a principios de la década del sesenta completa el espectro de la nueva izquierda intelectual argentina<sup>70</sup> con la introducción y circulación de la influencia gramsciana en el pensamiento nacional<sup>71</sup>, diversificando la ortodoxia de los tradicionales partidos socialista y comunista. Así, los tópicos centrales que re-articulan durante los años sesenta la relación entre intelectuales y política son, además del posperonismo - cuyo eje central comprende la relación entre intelectuales y clase obrera (Sarlo, 1985:3; Sigal, 1991:180-188)-, la crisis del marxismo, la puesta en cuestión de la identidad de izquierda sustentada por los tradicionales partidos comunista y socialista, las alternativas emergentes frente a la democracia liberal capitalista, la modernización, el tradicionalismo, y la crítica al liberalismo en esta reconfiguración amplia de sentido<sup>72</sup>.

---

ocupará un lugar central en los debates de entonces y constituirá lo que podríamos llamar la principal determinación interna en el reordenamiento del campo intelectual. Se le sumará, a principios de 1959 y en pleno frondizismo, la Revolución Cubana como una determinación externa de impacto profundo y duradero” (de Diego, 2008:395).

<sup>69</sup> Tanto Terán (2013, capítulo 1) como Sigal (1991:134) ubican los antecedentes de *Contorno* en los debates de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Para Terán (2013:91-92) los miembros de esta publicación proceden a un desmarcamiento claro respecto de las definiciones que identificaban al peronismo con una versión vernácula del fascismo, y del estrato liberal elitista nucleado en *Sur*, *La Nación* e *Imago Mundi*.

<sup>70</sup> “[R]ótulo con el cual se designa a aquella que o bien rompía o bien nacía desde el vamos separada del tronco de la izquierda tradicional conformado básicamente por los partidos Socialista y Comunista” (Terán, 2013:146). Ver Altamirano, 2011.

<sup>71</sup> “La revista se propone aplicar «el materialismo dialéctico», construir «un sentido socialista del país» y «reivindicar la validez intrínseca del nuevo tono nacional». El piso donde sustenta su acción es, explícitamente, Antonio Gramsci, y se pone de manifiesto no sólo en las citas en italiano, sino también en aserciones como: «La historia no es el campo de acción de leyes inexorables, sino el resultado de la acción de los hombres en permanente lucha por la conquista de los fines que se plantean». Por tanto, y en acuerdo con Gramsci, la revista se propondrá como objetivo la dirección intelectual y política del proletariado” (de Diego, 2008:405). Ver Burgos, 2004.

<sup>72</sup> Terán, 2013. Ver especialmente capítulos 2 y 3.

La nueva concepción de la práctica de la crítica desarrollada en los cincuenta y sesenta se radicaliza en la breve década del setenta: el compromiso no es ya poner la escritura al servicio de la causa, sino el propio cuerpo (Gilman, 2003). A partir del mayo francés, es la política la que configura la práctica teórica y no a la inversa, al suprimirse las mediaciones entre ellas: la revolución es un axioma del paradigma de la época, y la pregunta gira en torno al papel de los intelectuales en ese esquema ¿integrar ellos mismos organizaciones revolucionarias? ¿Ser portavoces del proletariado? “En cualquier caso, el resultado es o bien dejar de ser un intelectual como condición para sumarse a la revolución, o bien vivir la condición de intelectual como una conciencia «desgarrada» o «culpable»” (de Diego, 2008:407). La figura de Rodolfo Walsh (Jozami, 2011) comprende un ejemplo paradigmático de la síntesis de los modelos intelectuales cultivados desde la caída del peronismo, algunos de los cuales encuentran en la revolución un horizonte de sentido que permite, a la vez, resignificar y recentrar al peronismo como verdadera identidad del pueblo argentino.

Tras el oscuro y extenso interregno del último gobierno militar, el retorno de la democracia traerá consigo una renovación del vínculo entre intelectuales y política, motivado por la necesidad de reconstruir un ordenamiento político democrático y republicano sobre nuevas bases:

“La apertura del espacio de la política democrática trajo consigo, después de tantos años de represión, la necesidad de reflexionar sobre el estado de la sociedad argentina y sobre las modalidades de instauración del sistema jurídico e institucional representativo. El tema democrático, por otra parte, se había erigido en columna dorsal del pensamiento socio-político en occidente. Los intelectuales argentinos, entonces, no asistían solamente al ocaso de una dictadura salvaje sino que tenían ante sí un nuevo espacio, el de la política democrática, que les ofrecía una relativamente inédita legitimidad de intervención. Aquellos que, de una manera u otra, habían querido influir en la política argentina durante las décadas anteriores encontraban, en el debate sobre la democracia, la posibilidad de *hablar en nombre propio* y no ya, como en el pasado, como portavoz de otras identidades: Pueblo, Nación o Revolución. En los debates que fueron tomando forma a partir de 1982 o 1983, que tenían como referente la Ley y los valores de la conciencia, la intelectualidad podía asumir, y asumió, una intervención en primera persona, sea a partir de su saber, sea en nombre de su calidad de ciudadanos. En 1985, además, el gobierno radical había otorgado a intelectuales progresistas provenientes de las ciencias sociales palancas de decisión estatal, y el

movimiento peronista emprendía una renovación abriendo puertas a intelectuales pertenecientes también a la Academia” (Sigal, 1991:13)

Las revistas *Punto de Vista*<sup>73</sup> y *La Ciudad Futura*<sup>74</sup>, expresiones del espacio de sociabilidad intelectual denominado Club de Cultura Socialista<sup>75</sup> - en el que convergieron los intelectuales progresistas editores de *Punto de Vista* y los repatriados del exilio mexicano que entre 1979 y 1981 publicaron la célebre revista *Controversia*<sup>76</sup> - directamente vinculado a ella, fueron los principales puntos de referencia y relación entre el gobierno alfonsinista y una fracción importante de la intelectualidad que desde una perspectiva crítica del llamado *setentismo*, ponderaba a la democracia como valor y horizonte de expectativas del gobierno transicional<sup>77</sup> (Lesgart, 2004:17). Ya desde la experiencia del exilio y más intensamente desde el Club, estos intelectuales se plantearon el doble desafío de proceder a una autocrítica respecto de la violencia política que signó la década anterior y, a la vez, pensar propositivamente la vinculación entre democracia y

---

<sup>73</sup> Publicada desde 1978, *Punto de Vista* surgió como una revista de intelectuales para intelectuales, en un contexto de resistencia a la dictadura militar, y de reivindicación de la cultura y el pensamiento crítico. La vinculación de sus directores, Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano con los intelectuales exiliados en México que editaban *Controversia* propició su posterior convergencia en el Club de Cultura Socialista. Ver Gategaray, 2013.

<sup>74</sup> *La Ciudad Futura* se publica desde 1986, y sus principales exponentes son los gramscianos otrora editores de *Pasado y Presente* que habían vivido en el exilio mexicano durante la última dictadura militar. Serán ellos, junto a algunos otros miembros del Club de Cultura Socialista (inspirado en el grupo de exiliados argentinos en México denominado “Grupo de Discusión Socialista”), quienes formarán el célebre Grupo Esmeralda que acompañó activamente al gobierno de Alfonsín, y cuya expresión más eminente es el célebre Discurso de Parque Norte, redactado fundamentalmente por Aricó y Portantiero. Ver Elizalde, 2009.

<sup>75</sup> “El Club de Cultura Socialista funcionó durante 24 años, probablemente, como el lugar más respetado y trascendente donde se reunió la intelectualidad argentina ligada a la política y especialmente a un conjunto de ideas de origen socialista, progresista también, donde no faltó algún invitado peronista. Sirvió como faro iluminador, lugar de debate, caja de resonancia política. También de tribunal donde aquellos intelectuales ligados al poder de turno eran “examinados” por sus miembros más prestigiosos o más conocidos y legitimados por los medios de comunicación y una opinión pública selecta que los reconocía como autoridad del pensamiento político cultural” (Pavón, 2012:144)

<sup>76</sup> *Controversia: para el análisis de la realidad argentina*, comenzó a publicarse en México en 1979, recogiendo discusiones y reflexiones internas de los grupos de izquierda y peronistas en el exilio “[L]a idea original de este grupo era la de crear un periódico que publicara noticias provenientes de Argentina y que fuera, a la vez, un órgano de denuncia sobre los crímenes que estaba cometiendo la dictadura militar. Si bien este proyecto original fue decantado como objetivo principal de la revista, puede afirmarse que ésta estuvo siempre comprometida con reflexiones en torno a los derechos humanos, a la violencia política, al lugar de la izquierda y el fracaso del proyecto revolucionario, al rol de los militares en el poder y a las consecuencias de su política económica, entre otros temas” (Reano, 2012:491)

<sup>77</sup> “La transición a la Democracia ayudó a colocar todas las esperanzas en un futuro virgen (...) Para la izquierda intelectual argentina, la Transición a la Democracia indicará la posibilidad de encontrarse con una República perdida hace mucho tiempo, fundándola mediante un nuevo compromiso institucional” (Lesgart, 2004:199).

socialismo desde una perspectiva donde lo político prima sobre lo económico y, a la vez, el pensamiento crítico no se subordine a los imperativos de la política (Reano, 2012; Sarlo, 1985). La conformación del Grupo Esmeralda<sup>78</sup>, asesor del presidente Raul Alfonsín, es expresión del momento de mayor articulación institucional entre política e intelectualidad de la Argentina del siglo XX. En paralelo, el peronismo revisionista también suscita la reflexión en torno a los mismos tópicos por parte de otra franja de intelectuales vinculados a las juventudes peronistas de los setenta. La revista *Unidos*<sup>79</sup> será su medio de expresión principal, con acercamientos y alejamientos sucesivos respecto del partido, en función de las importantes mutaciones que este sufre desde la muerte de su líder hasta fines de siglo. Al mismo tiempo, el retorno de la democracia trajo consigo un recentramiento de la universidad pública en lo que respecta a la labor científica -trasladada a centros privados de investigación o a otros países durante los gobiernos militares-, lo que promovió una mayor profesionalización de los intelectuales y la ponderación de la figura del experto como asesor técnico de la política<sup>80</sup>.

La crisis del alfonsinismo desde los levantamientos militares hasta su salida anticipada del gobierno provocó cierto desapego y repliegue de la intelectualidad que con entusiasmo se había vinculado institucional y no institucionalmente con el proceso democrático:

“Los vientos de proa los habían puesto frente a un liberalismo de viejo cuño radical popular que concluyó en un fuerte fracaso de las expectativas despertadas, mientras un peronismo desacreditado no consiguió que reapareciesen sus banderas nacionales y populares de otros

---

<sup>78</sup> “Este grupo se reunía periódicamente con el presidente Alfonsín para discutir sobre cuestiones teóricas y problemas de coyuntura y fue el responsable de la elaboración de varios de los discursos del presidente radical entre ellos del discurso de Parque Norte, en donde las ideas de democracia participativa, la ética de la solidaridad y la modernización eran los ejes rectores” (Elizalde, 2015:10-11).

<sup>79</sup> “*Unidos*, en alusión a la frase de Perón “El 2000 nos encontrará unidos o dominados”, salió por primera vez en mayo de 1983 y lo hizo hasta agosto de 1991. Dirigida por Carlos “Chacho” Álvarez en sus páginas reunía a «militantes peronistas» que buscaban resignificar la tradición peronista a partir de los valores de la democracia liberal que llevaba la marca de Raúl Alfonsín” (Garategaray, 2010:1) Ver Barletta, 2006.

<sup>80</sup> Además del célebre y ya nombrado Grupo Esmeralda, Alfonsín contó con comisiones asesoras de expertos en derecho y ciencias sociales que lo asesoraron en el diseño de diversas medidas de gobierno. Saliente es el caso de los intelectuales C. Nino y J. M. Gotti, con quienes desde antes de llegar a la presidencia diseñó la distinción entre responsabilidades de los militares que se plasmaría en la Ley de Obediencia Debida. Ver Crenzel, 2015. Portantiero, por su parte, se convertiría más tarde en Decano de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, y mucho otros miembros del Club de Cultura Socialista pasarían a ocupar puestos destacados en dicha facultad, así como en la Facultad de Filosofía y Letras de la misma universidad.

tiempos, y la izquierda marxista se encontraba al final de la década con el estrepitoso derrumbe de los socialismos y la mítica y estalinista Unión Soviética y la declinación violenta del maoísmo en China. En su contorno trató de recomponerse una figura intelectual desprovista de “ismos” amparadores.” (Casullo, 2013:318)

La llegada al gobierno de Menem significó una década de auge y centralidad de la labor de los intelectuales expertos por sobre los humanistas, así como del progresivo protagonismo de los intelectuales mediáticos<sup>81</sup>. Profesionales de la economía, el derecho y las relaciones internacionales ocuparon el lugar de consejeros del presidente y ejecutores directos de una serie de políticas públicas ya no vinculadas a los valores de la democracia y el republicanismo que sostuvieron al trunco proyecto alfonsinista, sino apuntaladas sobre los baremos de la eficiencia y la eficacia (Pavón, 2012:218).

Esta ponderación de la ciencia y la técnica en nombre del saber objetivo por sobre la ética estatal interpuesta por los intelectuales gramscianos durante los años ochenta presenta cierta continuidad durante el breve gobierno de la Alianza, aunque no es idéntico<sup>82</sup>. El FREPASO, liderado por un político de inclinación intelectual como Chacho Álvarez - otrora director de la revista *Unidos* -, había conmovido a cierto sector del espectro intelectual peronista y del progresismo independiente que vislumbró en su liderazgo potencialidades de un republicanismo liberal y progresista aún viviente. Sin embargo, su salida anticipada del gobierno y la posterior crisis del año 2001 darían rápidamente cuenta de las limitaciones de la hibridación de tales proyectos. Como coyuntura crítica, el 2001 suscitó no sólo la participación de numerosos intelectuales salientes de las décadas anteriores - especialmente de los años setenta (Pulleiro, 2012:5) - en los debates públicos acerca de la necesidad de una reorganización general del Estado y

---

<sup>81</sup> “Durante décadas los intelectuales modernos convivieron con los especialistas, desconfiando unos de otros. El clima de época expresado en el «fin de las ideologías» supuso el predominio de los segundos, al constituir la fracción que en función del pragmatismo y el realismo político se presentaría como la portadora de los saberes necesarios para la toma de decisiones cada vez más complejas. Aunque actúen políticamente todo el tiempo, estos especialistas presentan su labor en la academia o en la burocracia estatal como «no política», ajena a cualquier ideología o interés. Si la práctica del intelectual comprometido y más aún la del orgánico suponen la toma de posición explícita y la confrontación, este modelo se funda en una supuesta neutralidad.” (Pulleiro, 2013:165)

<sup>82</sup> “El estilo de De la Rúa sobre cómo rodearse de asesores o consejeros tiene algunas variantes de aquel utilizado por Menem donde primaban los llamados “expertos”. En el caso de De la Rúa a los expertos y especialistas en economía y relaciones internacionales se les iban a sumar profesionales de la comunicación, la imagen y la publicidad.” (Pavón, 2012:310)



la sociedad, sino también la organización de distintos colectivos de intelectuales como Manifiesto Argentino, Movimiento Argentina Resiste (MAR) y Argentina Arde (Pulleiro, 2012) que, fusionando el activismo de figuras del amplio espectro de la cultura y la ciencia, procuraron dar el debate en torno a la salida de la crisis<sup>83</sup>. Por otra parte, fue a partir de la crisis y en los años sucesivos que se consolidó el modelo que M. Svampa (2007;2010) denominó “intelectual anfibio”: investigadores e investigadoras de las ciencias sociales que se vincularon con movimientos sociales desde una perspectiva al mismo tiempo científica y militante<sup>84</sup>:

“[E]s posible integrar ambos modelos que hoy se viven como opuestos, la del académico y la del militante, sin desnaturalizar uno ni otro. Podemos establecer como hipótesis la posibilidad de conjugar ambos modelos en un solo paradigma, el del intelectual-investigador como anfibio. ¿Por qué utilizamos la metáfora del anfibio? Porque a la manera de esos vertebrados que poseen la capacidad de vivir en ambientes diferentes, sin cambiar por ello su naturaleza, lo propio del investigador- intelectual anfibio consiste en desarrollar esa capacidad de habitar y recorrer varios mundos, generando así vínculos múltiples, solidaridades y cruces entre realidades diferentes” (Svampa, 2007:5)

Si bien durante el kirchnerismo se registra claramente una continuidad de este tipo de prácticas “anfibia”, la novedad reside en la actualización del vínculo entre política e intelectuales que suscitan, respectivamente, las figuras presidenciales de Néstor y Cristina Kirchner. Dadas las particularidades de la emergencia de su liderazgo, Néstor Kirchner desarrolló su mandato distanciado del mundo cultural, estableciendo vínculos esporádicos e individuales con algunos intelectuales y representantes de la cultura (Casullo, 2013:320; Retamozo, 2012:3) que paulatinamente fueron ocupando puestos claves como la dirección del Canal Encuentro, la Biblioteca Nacional, el desarrollo de algunos programas de

---

<sup>83</sup> “El año 2002 marcó, en el caso argentino, un pico de participación por parte de artistas, escritores y académicos en el debate público sobre los grandes problemas que en aquel momento conmovían a la sociedad en su conjunto. La incertidumbre generalizada sobre el futuro, la perspectiva de derrumbe y de retroceso, el estado de movilización que tenía lugar en las grandes ciudades permeó las lógicas instituidas en el campo cultural y volcaron a muchos intelectuales a la intervención pública y a la producción colectivas” (Pulleiro, 2012:14-15)

<sup>84</sup> “El Colectivo Situaciones reunía a un grupo de investigadores de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA que plantean la original figura del militante investigador, “cuya pretensión es desarrollar una labor teórica y práctica orientada a coproducir los saberes y los modos de una sociabilidad alternativa, a partir de la potencia de estos saberes subalternos (...) La figura del militante de investigación, entonces, intenta distinguirse del investigador académico, pero también del militante político, del humanitarista de las ONG, del alternativo, o del simple «bien-intencionado»” (Pavón, 2012:355-356)

televisión abierta vinculados a la filosofía y el pensamiento nacional, etc.<sup>85</sup>. En cuanto a los medios de intervención de intelectuales, las revistas *Pensamiento de los confines*, *El ojo mocho*, *Lezama* y *Punto de Vista* reunieron las discusiones principales en torno a la recomposición estatal a partir de la reciente crisis de 2001, la figura presidencial, la institucionalidad republicana, el retorno de la política, entre otros (Retamozo, 2012).

En este marco, la intensidad del conflicto que ha sido sintetizado nominalmente como “campo-gobierno” provocó hacia el año 2008 el agrupamiento de intelectuales que participaban de manera individual del diálogo con actores políticos y del debate público a través de los medios de comunicación masiva. Fue entonces que surgieron los espacios de sociabilidad intelectual Carta Abierta y Club Político Argentino, desde donde se articularon, hasta el presente, intensos debates sobre los principales temas de la agenda política y argumentos de legitimación y puesta en cuestión del gobierno en curso. La reconfiguración del rol de los intelectuales en el marco de esta disputa es una de las formas en que se pone en escena el problema de la república que no hace más que remitir, en última instancia, al problema de la legitimidad del régimen democrático.

Esta discusión no era nueva en Argentina: desde el retorno de la democracia, la república delineó el horizonte de expectativas de un proyecto que aspiraba a recuperar aquella experiencia truncada con el primer golpe militar en 1930. Desde entonces, intelectuales tanto humanistas como expertos, y especialmente aquellos científicos sociales radicados en las universidades públicas vigorizadas con el fervor democrático, han dado amplios debates en torno a la posibilidad de conjugar democracia y república tanto formal como sustantivamente en el ordenamiento político nacional. Conocer el tenor de estas múltiples interpretaciones nos permitirá comprender el entramado en el que se inscriben las intervenciones de los grupos intelectuales que emergen al calor del conflicto agropecuario del año 2008, así como los intereses y sentidos que, excediendo ampliamente el plano económico, se movilizaron en y a partir de ese conflicto.

---

<sup>85</sup> Las figuras de José Pablo Feinmann, José Nun, Horacio González y Ernesto Laclau resultan paradigmáticas en este sentido.

## **Cap. II: Coordenadas teóricas e histórico-políticas del concepto de república en Argentina. Entre la transición democrática y el conflicto campo-gobierno**

Los procesos políticos se juegan tanto en el plano histórico político y social, como en el conceptual, ideológico y de los lenguajes políticos. Es a partir de esta constatación que el presente capítulo se propone dar cuenta del contexto histórico y de la semántica conceptual construida en torno al conflicto entre el sector agropecuario y el gobierno kirchnerista del año 2008.

En primera instancia, se dará cuenta de la manera en que la república se constituye en referente de la legitimidad del orden político desde la transición a la democracia hasta el presente, rastreando la continuidad de motivos, usos y articulaciones conceptuales que aparece entre los intelectuales - entre quienes serán protagonistas en este periodo los cientistas sociales y expertos - desde el alfonsinismo hasta el kirchnerismo.

A continuación, se indaga en los pormenores del conflicto “campo-gobierno” poniendo énfasis en sus prolegómenos y corolarios políticos - más que en la política económica que lo desató en particular - para echar luz sobre el contexto de emergencia de los espacios de sociabilidad intelectual sobre cuyas intervenciones se ha trabajado, poniendo de relieve cómo los sentidos articulados y circulantes en torno al conflicto tomarán una forma propia en sus voces, cuyo análisis se desarrollará en el tercer capítulo.

### **II.1. La república como concepto político fundamental en la Argentina reciente**

#### **II.1.a. Entre la transición y la consolidación democráticas**

Aunque las Ciencias Sociales han tendido, a partir de un prejuicio contra la tradición, a trabajar preponderantemente sobre el presente de los fenómenos que las convocan (Shils, 1971:124), consideramos pertinente rastrear el derrotero de los conceptos de república y republicanismo desde la configuración de la democracia posdictatorial hasta el momento histórico que nos convoca, en virtud de la extensa presencia de la

tradición republicana en la historia del pensamiento argentino (Botana, 2013; Pinto y Rodríguez Rial, 2015)<sup>86</sup>.

Si pensamos en los usos más frecuentes de la república y los distintos republicanismos que habitan el lenguaje político e intelectual (Pocock, 2011), se impone tener presente la batalla muchas veces solapada pero perpetua entre las formaciones discursivas (Foucault, 1970:72-73) que pretenden hegemonizar la escena política en función de los avatares del contexto social<sup>87</sup>. Observamos que, desde la transición democrática, el concepto de república ha tendido a ocupar un papel subsidiario respecto del concepto de democracia tanto en los debates intelectuales como en la retórica política, no obstante lo cual su presencia se ha resituado en aquellos contextos críticos en los que el ordenamiento político se ha visto cuestionado por diversas razones. En cierto modo, la democratización - también expresada en términos de consolidación democrática -, el apuntalamiento de las instituciones, la cruzada contra las corporaciones y los derechos humanos como bandera de la construcción de ciudadanía comprenden los grandes motivos que han atravesado tanto el discurso político como el debate intelectual desde el retorno de la democracia hasta el presente. Dentro de esta semántica - eminente, aunque no explícitamente republicana - la república apareció a veces como el proyecto ambicioso del alfonsinismo, como un esqueleto subsidiario durante el menemismo, y como parte de la retórica de la oposición institucionalista en algunos momentos del kirchnerismo. Más allá de los sentidos preponderantes, nos interesa indagar en la manera en que, al igual que el concepto de democracia, el de república opera como un concepto político de movimiento

---

<sup>86</sup> En palabras de Wiczeorek, “[A]pelaremos a la hermenéutica gadameriana para reconocer en la tradición histórica no el simple objeto de un saber, sino un elemento constitutivo del propio ser histórico: en esta clave, las representaciones del mundo que nos son dadas o legadas, incluidos los lugares comunes del discurso político corriente, son preconditiones de toda comprensión histórica efectiva, entendida ésta como una fusión de horizontes que no puede realizarse sino a través de la elaboración de dichos prejuicios.” (2019:37)

<sup>87</sup> “[T]odo conjunto social, para cobrar existencia como sujeto político, para adquirir unidad y una voluntad propia, requiere que una diversidad de discursos y actos inicialmente dispersos sean inscriptos en un espacio representativo y atribuidos a una unidad de referencia, un núcleo en torno al cual se comienza a conformar una nueva identidad. Vale decir, los grupos de interés y actores políticos que conforman una sociedad no le son immanentes, ni resultan de una lógica de desarrollo necesaria y natural, sino que surgen de un proceso histórico, conflictivo, y siempre renovado de constitución de identidades y de lucha en torno a ellas.” (Novaro, 1994:33)

- republicanism -, como un proyecto cuyo carácter trunco es motivo de llamados de atención en forma periódica, pero en relación a cuya concreción las certezas son menores.

El retorno de la democracia trajo consigo no sólo una revitalización de la participación política, provocando una afiliación masiva de la ciudadanía a los partidos políticos históricos (Aboy Carlés, 2001), sino también un recentramiento de la discusión en torno al régimen político que, hasta entonces, venía siendo protagonizada por los intelectuales en el exilio<sup>88</sup>. Como concepto de movimiento, la democracia contribuye a formar teórica y simbólicamente un futuro nuevo<sup>89</sup>. Así, “[s]e constituyó en un término que *ordenó las discusiones político-ideológicas de una época*” (Lesgart, 2004:17). En palabras de Freibrun, “La formación de la democracia funcionó durante esos años como una estrategia por la cual la crítica al pasado revelaba las tareas intelectuales del presente” (2014:13).

Diversos estudios en torno a los intelectuales y la transición (Lesgart, 2004; Rodríguez, 2011; Freibrun, 2014), coinciden en afirmar que las Ciencias Sociales en general y la Ciencia Política en particular adquirieron en este escenario una preeminencia paralela a las voces ya sonantes desde las revistas de intervención intelectual de la época<sup>90</sup>, ante la necesidad de construir un lenguaje político nuevo. Así, el clivaje autoritarismo-democracia se volvió el eje estructurador del debate en torno a la transición cuyas diversas aristas se vieron plasmadas en discusiones sobre el contenido de esa democracia, el lugar de los partidos políticos, las fuerzas armadas, los sindicatos, y la ciudadanía en general. En particular, la distinción entre democracia procedimental o formal y democracia sustantiva modeló buena parte de los debates<sup>91</sup>, al tiempo que permeó las discusiones

---

<sup>88</sup> El pensamiento en torno a la democracia convocó también a sus protagonistas: los partidos mayoritarios de la Argentina se reorganizaron y revisaron sus tradiciones políticas con el objetivo de apuntalar el régimen democrático y clausurar la posibilidad de nuevas interrupciones. “La democracia ya no fue sólo un horizonte a alcanzar sino un régimen que debía ser construido” (Sarlo, 2013), y las dificultades implicadas en dicha construcción se pondrían rápidamente de manifiesto en los obstáculos que enfrentó el presidente Alfonsín para instaurar la república democrática y liberal que había prometido a la ciudadanía argentina.

<sup>89</sup> “Los conceptos valen por los usos y significados que adquieren en contexto más que por ser empleados con apego a la sistematización que puede otorgar el análisis científico. Por ello, sirvieron más a un nivel propositivo que a uno analítico.” (Lesgart, 2004:242)

<sup>90</sup> Ver Capítulo I, sección 2 b.

<sup>91</sup> Ver Bobbio, 1986; Reano, 2012.

gubernamentales. Sin embargo, para Lesgart, tanto en el campo político como en el intelectual primó un abordaje procedimental:

“Nombrada de tan diversas maneras como democracia política, real, representativa, formal o parlamentaria, sus definiciones se concentran en la revalorización del momento de la ley, básicamente en las garantías mínimas ofrecidas por la vigencia del Estado de Derecho y en la defensa de un ordenamiento basado en la Constitución; en la delimitación del procedimiento eleccionario como el momento más importante para garantizar la competencia partidaria entre el gobierno y la oposición política y como forma de expresión pública de las preferencias ciudadanas; en recuperar y darle un lugar privilegiado a las reglas de procedimiento; en no buscar formas abstractas e inexistentes de democracia; en herramienta de regulación de los conflictos y adopción de las decisiones colectivas.” (2004:86)

En esta lógica, la discusión en torno al contenido de la democracia se vio postergada, aunque, en un contexto de crisis del marxismo y de la alternativa socialista, la socialdemocracia intelectual y política debatió extensamente sobre la democracia como forma social, poniendo en el centro de la escena la discusión en torno a conceptos políticos centrales vinculados a ella como liberalismo, socialismo, populismo y república (Freibrun, 2014:21; Pinto y Rodríguez Rial, 2015:128; Reano, 2012; Sarlo, 1985)<sup>92</sup>. Así, de la mano de este pensamiento en torno a la democracia como procedimiento, pero también como valor, proceso y horizonte de expectativas (Lesgart, 2004), se produjo un recentramiento del concepto de república entendido preponderantemente como marco institucional de apuntalamiento del régimen democrático:

“Cuando reaparece la democracia como dilema teórico y práctico, la nación cívica, central en los debates propios del período de conformación del Estado Argentino, resurge de sus cenizas. Y en ese marco, también aparece la república, pero subordinada como forma u organización del poder, a una democracia que tiene el doble sentido de un estado social o, más precisamente, en términos lefortianos y más contemporáneos, un régimen de puesta en forma y sentido de la sociedad y colectivo de identificación.” (Rodríguez, 2011a:124)

---

<sup>92</sup> Como sintetiza Freibrun, “Según el punto de vista dominante entre los intelectuales, la introducción de un ideario socialista y democrático era la unión ideológica y conceptual para arribar a la conformación de una izquierda democrática-liberal o liberal-democrática, lo más alejada posible de las tendencias populistas y/o nacional-populares que habían alcanzado a ocupar en las décadas anteriores territorios nada despreciables del amplio abanico ideológico del mundo de las izquierdas. Al mismo tiempo esto se combina con otras visiones más elitistas que conciben una democracia de corte liberal republicana y se contraponen al modelo de democracia más dinámico y conflictivo, colocando las relaciones de poder y el antagonismo como elementos contingentes.” (2014: XVIII)

En *Entre la iracundia retórica y el acuerdo* Rodríguez Rial se refiere al gobierno de Alfonsín como el “momento democrático-liberal” de la república en Argentina<sup>93</sup>, e identifica una serie de sentidos preeminentes operando en ese contexto transicional: la concepción clásica kantiana de república como forma de gobierno opuesta a la monarquía; la república como sinónimo madisoniano de gobierno representativo; la república vinculada a una revitalización del civismo y la opinión pública; y la idea original del ordenamiento republicano como producto de un pacto, que la citada autora vincula con el célebre abordaje arendtiano de las grandes revoluciones modernas (Pinto y Rodríguez Rial, 2015:128-130). Democracia y república aparecían entonces como dos nociones complementarias, mutuamente implicadas: las instituciones republicanas - división de poderes, imperio de la ley, participación ciudadana - aseguraban la democracia tanto frente a la posibilidad de una nueva irrupción autoritaria como del populismo, considerado hasta el momento como una desviación de la democracia. Si la democracia fue entonces definida en términos procedimentales y liberales - régimen político, pluralismo, derechos civiles y políticos garantidos - la república fue principalmente concebida en términos institucionales y relativos, sin ser objeto, en sí misma, de un abordaje sistemático. Veremos que muchos de estos sentidos perdurarán todo a lo largo del llamado proceso de democratización iniciado entonces, que implicó la necesaria revisión de la histórica disyuntiva entre república posible y verdadera.

Desde el original abordaje de las tradiciones políticas argentinas propuesto por Aboy Carlés (2001), se ha indagado en la manera en que el republicanismo se plasmó en un proyecto político específico durante la transición; un proyecto en el que la reivindicación de la autonomía de la política se plasmó en una primacía del tiempo de esta por sobre el de la economía, fórmula que sería revertida durante el gobierno de la llamada “consolidación” (Portantiero, 1995). En efecto, de cara a la apertura democrática de 1983, el pilar de la propuesta alfonsinista fue llevar adelante una refundación de la república Argentina sustentada en el amor a la patria y el fortalecimiento de las instituciones (Palermo, 2004). Alfonsín había planteado ya desde los inicios de la dictadura una profunda reflexión respecto de los cambios que infringía el proceso dictatorial en la

---

<sup>93</sup> Ver nota 26.

sociedad, y la importancia de no pensar la vuelta de la democracia como “restitución” sino como una *reconstrucción sobre fundamentos distintos*, remotos en la historia de la configuración política argentina: el republicanismo liberal, cuyo brevísimo ensayo había sido clausurado con el primer golpe militar en 1930. Para Alfonsín, se trataba de encarar una transformación a la vez institucional y cultural: efectivizar la institucionalización plena del Estado de derecho liberal-republicano y refundar la cultura política argentina poniendo en entredicho muchas de sus principales características - incluso algunas incluidas en su propia tradición partidaria.

En esta línea se inscribió la revisión del pasado inmediato que encaró el referente radical durante su campaña y en los primeros años de su gestión. Construir la “segunda república” (Aboy Carlés 2004; 2010a) implicaba, necesariamente, instaurar un principio de orden y construir una memoria colectiva que permitiesen fortalecer la dimensión representativa de la identidad política radical. Al analizar la manera en que se estructuró el programa alfonsinista, Aboy Carlés (2001) señala dos líneas de “ruptura” o “frontera”<sup>94</sup>: una primera ruptura con el pasado inmediato, que se encarnaba en la iniciativa gubernamental en relación a la investigación de los crímenes vinculados a la llamada “guerra antisubversiva”, el enjuiciamiento de los altos mandos de las Fuerzas Armadas y, sobre todo, la apuesta en favor de un horizonte de garantías que, basado en el imperio de la ley, garantizara la plena vigencia de los derechos en el marco de un ordenamiento democrático. Y una segunda, más ambiciosa, que se proponía impulsar un “compromiso democrático” de todas las fuerzas políticas del país, a fin de trascender los rasgos hegemónicos y violentos de la cultura política argentina que, como se señaló, eran para Alfonsín la primera causa de la inestabilidad institucional de la república:

“En sus orígenes, el alfonsinismo concibió el proceso de recuperación institucional como un hito fundamental en un creciente proceso de democratización de diferentes esferas de la vida social. Si el autoritarismo había constituido el obstáculo para el desarrollo de dicho proceso,

---

<sup>94</sup> “Entenderemos por tanto a la frontera política como el proceso mítico de constitución de una abrupta diferencia respecto del pasado, la conformación de una identidad que deviene hegemónica y que establece la radical discontinuidad con la objetividad dominante, con la sedimentación preexistente materializada en las identidades políticas vigentes.” (Aboy Carlés, 2001:169)



la recuperación de la institucionalidad democrática sería la condición y el marco para aquella democratización” (Aboy Carlés, 2001:172).

El gobierno radical emprendió entonces este proceso que implicaba poner en cuestión el poder fáctico de las corporaciones vinculadas al autoritarismo: las Fuerzas Armadas y los sindicatos<sup>95</sup>. Así, inició su gestión con dos ofensivas que buscaron concretizar esas rupturas: la prometida derogación de la ley de amnistía, que dio inicio al proceso de revisión de la represión ilegal -si bien en última instancia no se llevó a cabo el plan previsto por Alfonsín<sup>96</sup>- y un proyecto de reordenamiento sindical cuyo objetivo era democratizar las estructuras del actor que Alfonsín había identificado como parcial cómplice del ordenamiento de facto, y que además constituía la “columna vertebral” del Partido Justicialista. La imposibilidad de dar curso a esta última iniciativa por tener minoría en el Senado empujó al alfonsinismo a revisar su posición confrontativa. A meses de haber iniciado su gestión, se hacía evidente la necesidad de combinar los dos objetivos planteados en la campaña para poder hacer efectiva la transición. Romper con el pasado autoritario requería de un compromiso democrático: apuntalar las instituciones republicanas con la cooperación de todos los partidos políticos, para afianzar el Estado de derecho - cuya posibilidad de funcionamiento pretendía demostrarse por la eficiencia procedimental del Juicio a las Juntas, ejemplo paradigmático de la vigencia de los derechos liberales (Jaunarena, 2011). La imperiosa necesidad de esta concertación política

---

<sup>95</sup> Hacia fines de su gobierno Alfonsín se enfrenta asimismo con otra corporación vinculada a la dictadura: la Sociedad Rural Argentina (el 13 de agosto de 1988 fue abuchado en la SRA al grito de viva Videla). Este hito será recuperado por la retórica kirchnerista que reactivará durante el conflicto con “el campo” el clivaje gobierno-corporaciones (Rinesi, 2010).

<sup>96</sup> La iniciativa en favor del enjuiciamiento de las cúpulas militares incluía también el juicio a los dirigentes de las organizaciones cívico-militares, sustentándose en la “teoría de los dos demonios” (Franco, 2015). Por otra parte, los militares serían juzgados de acuerdo a su “grado de responsabilidad” en los hechos cometidos, de modo de restringir el número de juicios y lograr la reconciliación social a partir de un salto hacia adelante que implicaba tanto el conocimiento de la verdad como el olvido y el perdón. Esta perspectiva inicial se vería finalmente plasmada en las leyes de Punto Final y Obediencia Debida. Ver: Acuña, C. y Smulovitz, C., 1995; Crenzel, 2015; Pucciarelli, A, 2006. Estas leyes serían interpretadas por buena parte de la sociedad, permeada por el discurso de los derechos humanos y el reclamo de verdad y justicia, como una muestra de la falta de consolidación institucional del gobierno; en la misma línea, anteriormente, se había criticado fuertemente la continuidad de buena parte de los jueces de la dictadura en el proceso de revisión del pasado reciente. (Aboy Carlés, 2001:205-7). Así, los derechos humanos comprenden una parte del horizonte de legitimidad del gobierno de Alfonsín que no logra sustentarse como base de sus políticas públicas y, en cambio, se fortalece como imaginario de la opinión pública y eje articulador de lo social (Novaro y Palermo, 1996:227-228).

no anulaba, empero, las dificultades de llevarla a cabo, sobre todo cuando se había señalado al principal partido de oposición como la encarnación de todo aquello que quería dejarse atrás.

La consigna de la “segunda república” tomó cuerpo hacia 1985 en el célebre discurso de Parque Norte, y constituyó la representación más acabada de la postura crítica de Alfonsín frente a la histórica dicotomización del campo político nacional, y su voluntad de superar la inestabilidad política que había reinado en Argentina tras la clausura de la primera experiencia republicana en 1930 (Aboy Carlés, 2010a:70). Si el discurso planteó la necesidad de encarar concertadamente un camino que combinara pluralismo, modernización y pacto social, los sucesos posteriores revelaron que no era nada sencillo llevarlo a la práctica. Es que, de acuerdo a la ambivalencia propia de un proceso como el transicional, el propio Alfonsín no logró conducir planes de acción orientados a esos tres objetivos. Aunque sus medidas apuntalaron los elementos liberales y republicanos que componen una democracia política, no hicieron lo propio respecto de la sustantivización de la democracia<sup>97</sup>: el gobierno radical tuvo grandes problemas para conciliar eficiencia, institucionalidad y justicia social debido a la creciente y acuciante inestabilidad económica. Y acaso esta debilidad sería la mayor fortaleza de una oposición que también revisó los fundamentos de su tradición en este contexto voluble.

Tras unos primeros años de difícil adaptación a las características del nuevo contexto democrático<sup>98</sup>, el peronismo encaró el proceso conocido como “renovación” que implicó, en términos organizacionales, la democratización del partido a partir de la implementación

---

<sup>97</sup> Ver O'Donnell, 2007. “Aunque Alfonsín concebía todo su planteo en términos de la construcción de un sistema democrático, en sentido estricto su invectiva se dirigía precisamente contra los elementos democráticos inherentes a la lógica populista que había caracterizado la conformación de las principales identidades políticas argentinas a lo largo del siglo XX. La deliberación, el dialogo, el pluralismo y el respeto de las minorías por los que se aboga incesantemente en los discursos de aquellos años son elementos básicamente republicanos y liberales, pero no democráticos. Elementos que paradójicamente «confrontaban» con arraigadas tradiciones de la vida pública nacional.” (Aboy Carlés, 2010:76)

<sup>98</sup> “El peronismo enfrentó la vuelta a la democracia con un triple desafío. El líder que había dado nombre a dicho movimiento, conduciendo las distintas tendencias en su interior, ícono de la política argentina en los últimos 40 años, había muerto. El último gobierno justicialista y fundamentalmente la presidencia de Isabel, signados por la violencia y la conflictividad social, se convirtió en el prolegómeno de la Dictadura Militar y fue asociado por ello al autoritarismo. Y, por último, en elecciones libres, el justicialismo fue derrotado, por primera vez en su historia, por el radicalismo convirtiéndose en oposición y atravesando un camino de transformaciones.” (Garategaray, 2010:1)

de internas abiertas, y la preponderancia de la rama política del movimiento por sobre la histórica preeminencia del sindicalismo (Mustapic, 2002). Los rasgos hegemónicos del llamado populismo peronista (Aboy Carlés, 2001), ligados a la frustrada experiencia del último gobierno del partido, generaban resquemores en parte de la sociedad y específicamente en buena parte del campo intelectual. En términos de Freibrun,

“Para la visión dominante entre los intelectuales, la tradición populista ligada al peronismo y articulada a través del Estado había configurado una tendencia en el seno de la sociedad que frustraba un desarrollo de los aspectos liberales de la democracia, y que bajo la idea de movimiento transformaba el sistema político en una forma con tendencias al hegemonismo, obstruyendo la representación política de las voluntades plurales que debían brotar de la sociedad civil. Todo esto conspiraba contra la formación de una «democracia mínima», base sobre la que descansaría la reconstrucción del nuevo régimen democrático” (Freibrun, 2014:50-51)

Sin embargo, ya desde el retorno de la democracia en 1983, un sector de la clase política y la intelectualidad peronista se había volcado a la reflexión en torno a la necesidad de reconfigurar el movimiento, plasmada en buena medida en la revista *Unidos*<sup>99</sup>. Estos debates plurales, resituados por la primera derrota electoral del peronismo en elecciones libres y competitivas en 1983, y profundizados por las repercusiones del Discurso de Parque Norte, se plasmaron tres semanas después de este en el llamado Documento Fundacional de la Renovación Peronista (Aboy Carlés, 2001:233; Novaro y Palermo, 1996:186-202). La Renovación propició el triunfo electoral del peronismo en los comicios legislativos de 1987, pero su unidad se rompió de cara a las elecciones presidenciales de 1989: la histórica interna abierta por la candidatura al máximo cargo ejecutivo consolidó sorpresivamente a Carlos Menem como favorito frente a Antonio Cafiero, quien contaba con sólidas bases de apoyo entre los intelectuales de *Unidos*. A pesar de ello Carlos Álvarez, director original de la revista, se distanció de ella para

---

<sup>99</sup> Los meses posteriores a la debacle electoral dieron lugar a un proceso turbulento al interior del movimiento y a la asignación de responsabilidades. En el mismo se perfilaron dos grupos: aquellos acusados de la debacle, los denominados “mariscales de la derrota”, identificados con la vieja guardia del movimiento liderada por el entonces jefe de las “62 organizaciones” Lorenzo Miguel y el representante del Partido Justicialista (PJ) bonaerense, Herminio Iglesias, y una incipiente Renovación cuyos reclamos por institucionalizar la democracia interna y el cambio de metodologías fueron asumidos e impulsados por la revista. Estos dos grupos se enfrentaron en los sucesivos congresos partidarios y la revista se pronunció apoyando la emergencia del grupo renovador. (Garategaray, 2010:2)

acompañar a Menem como candidato a diputado nacional. Tras el repentino vuelco de la política del gobierno menemista hacia las reformas estructurales del Estado y la liberalización de la economía, sustentadas sobre nuevas alianzas con actores de la derecha y las corporaciones económicas, y a las que se sumaron los indultos a los militares juzgados durante el gobierno de Alfonsín, varios miembros de la revista *Unidos* se desafiliaron del Partido Justicialista, y Carlos Álvarez formó un bloque independiente en el congreso junto a otros peronistas disidentes<sup>100</sup>.

Las reformas estructurales y el perfil eminentemente neoliberal del gobierno de Menem comprenden el principal eje articulador de los análisis emprendidos por los científicos sociales e intelectuales de otras disciplinas en relación a este periodo<sup>101</sup>. Como se señaló anteriormente<sup>102</sup>, los llamados expertos tuvieron un papel protagónico durante la década del noventa, al ser parte del elenco gubernamental y, a la vez, las voces más consultadas en el plano de la opinión pública. Es que, de alguna manera, legitimado en la gravedad de la crisis económica con la que acabó prematuramente el mandato presidencial de Alfonsín, el menemismo emprendió una reversión de la autonomización de la política que el gobierno transicional había intentado sin mayor éxito llevar adelante: “el futuro democrático estaba en juego si no había una solución para la situación económica” (Aboy Carlés, 2001:241), por lo que la vigencia de la democracia pasó a vincularse directamente con la concreción de las reformas estructurales. Según Souroujon, “[s]e constituye, de esta manera, una suerte de capa geológica de preocupaciones principales que pueden fácilmente asociarse con un clima de época” (Souroujon, 2014b:3).

La segunda gran línea de discusión en torno a los gobiernos de Menem comprende el debate en torno a las continuidades y discontinuidades entre peronismo y menemismo,

---

<sup>100</sup> Años después se convertiría en el propulsor del FREPASO y en candidato a Vicepresidente por la Alianza en 1999. Todo a lo largo de ese contexto, Carlos “Chacho” Álvarez se constituyó en el referente de un peronismo más institucionalista y republicano que el tradicional, concertando las adhesiones de intelectuales peronistas disidentes y progresistas independientes - entre ellos, Beatriz Sarlo - abiertamente críticos del gobierno de Menem y su posición frente a las instituciones.

<sup>101</sup> Cabe mencionar que gran parte de la literatura se ciñe al primer mandato de Menem, por haber sido escrita al promediar su primer gobierno, o bien por considerar a esa etapa como la que concentra los principales rasgos de esta experiencia.

<sup>102</sup> Ver Capítulo I, sección 2 b.

que contiene algunas de las apropiaciones del republicanismo que tuvieron lugar durante este periodo:

“La aparición de Menem en el gobierno inauguró un juego intelectual en donde los distintos pensadores se esforzaron por encontrar las similitudes entre el nuevo presidente y Perón, ciertos rasgos que conectarían a Perón con Menem, y en los que residiría el núcleo del peronismo. En este sentido se subrayó el decisionismo y la concentración de poder; la concepción antipolítica y la consecuente autodefinición de «outsider» por parte de estos líderes; la desvalorización de las instituciones republicanas y de las mediaciones partidarias; la ambición hegemónica que provoca el no reconocimiento de la oposición dentro del espacio público. Todos estos elementos llevaron a gran parte de los intelectuales a invocar el neologismo de neopopulismo, en pos de comprender el menemismo y su conexión con el peronismo, concepto que en la década del noventa utilizaría gran parte de la literatura política de América Latina para dar cuenta de los nuevos fenómenos de liderazgo.” (Souroujon, 2014b:15-16)

En este sentido, cabe destacar que la mayor parte de las críticas presentadas al menemismo se apuntalan en la continuidad del hegemonismo peronista y el deterioro que el mismo supone para las instituciones republicanas, más que en el modelo económico<sup>103</sup> (Aboy Carlés, 2001:308). Así, se identifica una amplia coincidencia respecto de los hábitos poco republicanos del peronismo en general, y del menemismo en particular. En palabras de Portantiero, “[e]l populismo conservador de Menem no hace más que continuar, en su relación con las instituciones, con un legado pragmatista de hacer política apegado a las formas decisionistas del poder y hostil al estilo democrático republicano, como lo fuera el peronismo clásico” (1995:107). La recurrencia al uso de Decretos de Necesidad y Urgencia, la preeminencia evidente del Poder Ejecutivo por sobre el Judicial y el debilitamiento de las instancias corporativas intermedias - partidos políticos y sindicatos (Novaro y Palermo, 1996:244) - fueron para los analistas los principales rasgos de la degradación del régimen político (Aboy Carlés, 2001; Nun, 1995; Portantiero, 1995).

---

<sup>103</sup> Entre los intelectuales, las posiciones son más heterogéneas en este sentido. Ver Borón, 1995; Nun, 1995. Si Borón cuestiona la posibilidad de consolidar la democracia con un modelo económico predatorio como el neoliberal, Nun atribuye a la combinación entre la transición a la democracia y el cambio en el modelo de acumulación las especificidades del gobierno menemista (1995:79).

En continuidad con la transición democrática, la república aparece en el gobierno de la consolidación<sup>104</sup> como la estructura institucional que sostiene el buen funcionamiento del régimen político democrático, siendo la división de poderes y la dinámica de la interrelación entre ellos el indicador fundamental del carácter activo de los rasgos republicanos que, para Guillermo O'Donnell, se encuentran presentes en todas las democracias políticas contemporáneas (2007:88). En este sentido, el politólogo argentino acuña el concepto de *accountability horizontal*<sup>105</sup> (2007:85-112) para dar cuenta de la necesidad de la existencia de agencias de control intraestatales y denunciar la debilidad o inexistencia de las mismas en América Latina en general y en Argentina en particular. El concepto de democracia delegativa<sup>106</sup>, también acuñado por el autor, expresa cabalmente las particularidades de las poliarquías latinoamericanas en un contexto globalizado y neoliberal (O'Donnell, 1991).

En palabras de Novaro,

“El menemismo en el gobierno concentró el poder en el Ejecutivo y utilizó hasta el hartazgo mecanismos de dudosa apoyatura constitucional, como el dictado de decretos de «necesidad y urgencia» o el veto parcial de leyes aprobadas por el Parlamento, haciendo depender de la persona del presidente desde las decisiones más nimias hasta las más relevantes. La manipulación de la Corte Suprema, el desmantelamiento del Tribunal de Cuentas de la Nación y la Fiscalía Nacional de Investigaciones Administrativas, y la persecución de jueces y fiscales que no fueran incondicionales al Ejecutivo completan un cuadro de situación que difícilmente pueda caracterizarse como de «gobierno republicano» y «equilibrio de poderes».” (Novaro, 1994:70)

No obstante, cabe aclarar junto a O'Donnell y en consonancia con las observaciones que Novaro y Palermo (1996) realizan a su teoría, que si bien en el menemismo existe una flagrante ausencia de *accountability horizontal*, viéndose

---

<sup>104</sup> Así denominado, a pesar de su déficit institucional, por haberse ungido a partir del primer traspaso de mando entre los principales partidos políticos nacionales en la historia argentina.

<sup>105</sup> En sus palabras, “la existencia de instituciones estatales que tienen el derecho y el poder legal de, y están fácticamente dispuestas y capacitadas para, emprender acciones que van desde el contralor rutinario hasta las sanciones legales o el *impeachment*, en relación con actuaciones u omisiones de otras instituciones del Estado que pueden, en principio o presuntamente, ser calificadas como ilícitas.” (O'Donnell, 2007:99)

<sup>106</sup> Este concepto, que remite a la delegación de poder y responsabilidad en la figura del presidente, combina en los años noventa una dimensión institución crítica respecto del hegemonismo tradicional de los presidencialismos latinoamericanos, y otra más orientada a la crítica al neoliberalismo que, al extender la vigencia del concepto al siglo XXI, es matizada por el propio autor y remitida a características más bien estructurales de los gobiernos del Cono Sur. Ver O'Donnell, 2010.

menoscabada la dimensión republicana del régimen -y, en cierta medida, también la liberal- los engranajes de la *accountability vertical* electoral<sup>107</sup> se mantienen en funcionamiento, por lo que no puede cuestionarse la vigencia de la democracia política en este contexto.

Así, diversos analistas convergieron en el término “neopopulismo” para expresar el vínculo a la vez de continuidad y ruptura entre menemismo y peronismo. Para Novaro y Palermo (1996:513-514), se trata de un vínculo plebiscitario entre electores y elegidos que sin embargo no moviliza masas, sino imágenes, y tiene un efecto *desciudadanizante* sobre la población<sup>108</sup>. El mismo representaría una clara continuidad entre peronismo y menemismo:

“[E]l estilo peronista de gobierno (como tipo ideal) concibe la relación entre medios y fines de una manera muy diferente de la tradición liberal-democrática. La condición democrática se centra para él en el voto popular, no en el respeto a las reglas y mecanismos formales de limitación del poder (división, control, responsabilidad horizontal, ejercicio del gobierno sujeto a las leyes, etc.) que constituyen el núcleo esencial de un régimen político liberal-democrático. En este sentido, las culturas políticas peronistas y radicales son muy diferentes y esta diferencia gravita cuando de gobernar se trata. (...) [H]istóricamente la tradición del radicalismo es la tradición de la ley, que contrasta con la tradición peronista, que es la del poder” (Novaro y Palermo, 1996:482-483)

Según Yanuzzi, esta lógica de la política propicia la implementación del programa neoliberal y la priorización de los tiempos de la economía por sobre la política (1994: 107).

A pesar de las múltiples y severas críticas, el gobierno de Menem también fue vinculado por ciertos sectores de la intelectualidad a una serie de avances en el proceso de democratización que se iniciara en 1983. Después de todo, el traspaso de mando de

---

<sup>107</sup> “Por medio de elecciones razonablemente libres e institucionalizadas, los ciudadanos pueden castigar o premiar a los gobernantes votando a favor de ellos o de la oposición” (O’Donnell, 2007:86)

<sup>108</sup> “El aporte realizado por el menemismo al fortalecimiento de la ciudadanía es, por lo menos, ambiguo. El no sólo ha tendido a desconocer la legitimidad de las demandas agregadas autónomas, sino que disuelve el propio terreno de encuentro y dialogo entre los potenciales demandantes y el poder político. Así estimula la “desciudadanización” de amplios sectores, expresión utilizada por Gruner (1991) para referirse al desconocimiento de derechos adquiridos e intereses agregados” Ciudadanía de baja intensidad; ciudadano consumidor, pasividad” (Novaro y Palermo, 1996:518)

Alfonsín a Menem constituyó el primer pasaje entre los grandes partidos de la historia de la democracia argentina (Souroujon, 2014a:16), y Menem revalidó la legitimidad de su liderazgo mediante el triunfo en una segunda disputa presidencial relativamente competitiva y transparente (Novaro y Palermo, 1996:476). Así,

“un segundo grupo de autores llegan a conclusiones diferentes al priorizar la lectura del contexto particular en que Menem accede al poder. En este orden, acentúan dos procesos claves que la experiencia menemista dejó tras de sí en pos de la consolidación democrática: el fortalecimiento del Estado como fuente de autoridad frente a las corporaciones (sindicatos, fuerzas armadas), y la introducción del Partido Justicialista al juego democrático. Autores como Palermo y Novaro y Mora y Araujo entienden que el menemismo supuso un paso substancial para la democracia argentina al descorporativizar la escena política generando una sociedad más abierta y principalmente por eliminar, por primera vez en la historia de nuestro país, la posibilidad latente de un golpe institucional por parte de las fuerzas militares. A su vez, agregan estos autores, el Estado logró restablecerse como eje de la autoridad frente a los sindicatos y las distintas clientelas caudillistas que ocupaban sus aparatos, a partir de la racionalización y tecnificación de su administración.” (Souroujon, 2014b:15-16)

Gabriela Rodríguez Rial también remarca esta dualidad en los diagnósticos y análisis en torno al periodo:

“En el plano temático entre los *topoi* más destacados se encuentra la oposición entre viejo y nuevo populismo. Hay básicamente tres posiciones, aunque todas ellas admitan variados e importantes matices. Están quienes afirman que hay una continuidad clara entre el menemismo y el peronismo, que puede manifestarse en el estilo político personalista, en el plano del discurso sobre todo en el tipo de construcción de sus destinatarios (retórica y enunciación), en el tipo de relación establecida con los sectores populares o en el “clientelismo”. Otros afirman que se trata de un fenómeno nuevo, más cercano al neocoservadurismo o neoliberalismo que se da en otros países que al viejo peronismo. Y, finalmente, están aquellos que afirman que existen elementos de cambio que se manifiestan en la relación Estado–sociedad, la crisis del movimentismo o la asunción por parte del peronismo de valores más cercanos a la democracia liberal, aunque todavía se puede pensar al menemismo dentro del repertorio posible del peronismo”. (Rodríguez, 2011:277)

En cuanto a la dimensión partidaria, efectivamente Menem fue parte del grupo impulsor de la renovación institucional del Partido Justicialista, y aunque sigue vigente la discusión respecto de su carácter representativo de los valores de la renovación, ganó las



elecciones internas y las nacionales en elecciones competitivas<sup>109</sup>. A partir de ambos triunfos, asimismo, llevó adelante su batalla contra las corporaciones sindical y militar, que el gobierno alfonsinista había presentado como fundamental para el apuntalamiento institucional, pero no había logrado concretar. A diferencia del líder radical, Menem extendió su avance contra los poderes fácticos, incluyendo a los partidos políticos y las burocracias estatales en ese mismo espectro. La ambigüedad democrática y republicana de ese posicionamiento le permitió minimizar las interferencias de otros actores en sus lineamientos políticos, y el carácter presidencialista de la democracia argentina legitimó en cierta medida su proceder (Novaro, 1994:16-17). En efecto, esa concentración de poder en el Ejecutivo que supone el diseño institucional comprende el basamento de algunos posicionamientos que no ven en la relación entre los poderes del Estado durante el menemismo una hegemonía del Poder Ejecutivo, sino las tensiones y volubilidades propias de la división de poderes republicana (Novaro y Palermo, 1996:487), e incluso cuestionan la pertinencia de hablar de democracia delegativa:

“O'Donnell planteó, como uno de los rasgos más preocupantes de la democracia delegativa, el debilitamiento del Estado (1992), y al igual que De Riz (1993), le atribuyó responsabilidad en ello, para el caso argentino, al menemismo. Podemos decir que, contra estas interpretaciones, existen suficientes motivos como para afirmar que durante esos años se recuperó la autoridad, unidad y efectividad de la gestión pública, y el Estado logró una renovada autonomía frente a los grupos de interés, imprescindible para llevar a cabo cualquier política en el futuro.” (Novaro y Palermo, 1996:506)

De esta manera, el menemismo suscitó la continuidad de muchas de las discusiones que se habían iniciado con el retorno de la democracia en 1983. Si el proceso de democratización y su consolidación comprenden los focos de atención principales tras un traspaso de mando adelantado por la acuciante crisis económica, la cuestión republicana se resituía en el centro de la escena como una falta. Los rasgos hegemónicos, y decisionistas de continuidad entre peronismo y menemismo, resumidas en el vocablo

---

<sup>109</sup> “Menem no ha impuesto una regresión en el proceso de democratización. Y tan es así que (...) se lo puede considerar como continuación del proceso iniciado por la renovación en este sentido. Si bien esta tenía ya sus limitaciones, suponía la real aceptación de la competencia de partidos, una profesión de fe constitucionalista y la diferenciación del ámbito político partidario del corporativo” (Novaro y Palermo, 1996:515).

“neopopulismo”, subrayan los riesgos que una democracia plebiscitaria trae para la estructura institucional que en este momento histórico particular significa la república. La presencia o ausencia de republicanismo se extiende a una discusión de más largo aliento en torno a la cultura política argentina y sus tradiciones políticas y de pensamiento (Aboy Carlés, 2001; Muraca, 2016).

El tenor de estos debates se sostendrá todo a lo largo de los gobiernos de Menem y durante la corta gestión del gobierno de la Alianza. Tras la elección de Néstor Kirchner en 2003, los diagnósticos en torno a la república en Argentina serán retomados desde puntos de vistas plurales y encontrados, en virtud de las particularidades y extensión de los gobiernos kirchneristas.

### **II.1.b. República y republicanismo durante el kirchnerismo**

Tras el interregno presidencial de E. Duhalde<sup>110</sup>, los gobiernos de Néstor y Cristina Kirchner se erigieron en herederos de la crisis de 2001 al promover el comúnmente denominado “retorno de la política”, caracterizado por una renovada politización de la ciudadanía, el recentramiento del Estado y un renovado fortalecimiento de la figura presidencial (Tonelli, 2015:9). En efecto, el kirchnerismo se inscribió en el giro a la izquierda propiciado por la crisis del neoliberalismo en la región (Arditi, 2009; Stoessel, 2014), impulsora de un intervencionismo estatal de nuevo tipo, que se sustentó sobre un contexto internacional de elevados precios de las *commodities* exportables. En palabras de Rodríguez Rial,

“[s]e acuerde o no con el gobierno de Néstor Kirchner primero, y de Cristina Fernández después, no puede negarse que si en algo fue exitoso este proceso político fue en reinstalar la política, encarnada tanto por la decisión de un liderazgo presidencial con vocación de trastocar valores como en la politización de la sociedad. (...) Otro elemento que podría destacarse es el hecho de haber puesto la política laboral en el centro de su accionar desde

---

<sup>110</sup> Para algunos intelectuales y académicos, la presidencia de Duhalde sentó las bases para el posterior éxito económico de la gestión de Néstor Kirchner (Novaro, 2011:292), pero su centralidad habría sido condenada al olvido por el peso simbólico que adquirió el gobierno de este último en términos de revitalización de la política y la economía (Sarlo, 2011:224).

una perspectiva que no anatemiza el conflicto sino que lo resuelve o gestiona. El kirchnerismo también reinstaló a los derechos humanos en el centro de la agenda política y dio respuesta desde el Estado a demandas de larga data en temas como la diversidad sexual o la política migratoria. Así pues, el kirchnerismo se apropió de discursos y reivindicaciones, que podrían denominarse como políticamente liberales, y se transformó, aún con sus matices, en una de las versiones progresistas del peronismo” (Pinto y Rodríguez Rial, 2015:145-146)

Así, algunos de los principales tópicos de debate académico e intelectual durante este periodo<sup>111</sup> giraron en torno a las iniciativas más salientes de la gestión Kirchner, y a la particular configuración de su estilo gubernamental. La política de derechos humanos, las reformas al Poder Judicial, la búsqueda -y parcial éxito- de un acuerdo transversal entre las distintas fuerzas políticas para salir de la crisis, y la reactivación económica, comprenden los hitos que marcaron positivamente los primeros años de gobierno kirchnerista<sup>112</sup>, sin por ello dejar de suscitar polémicas y posiciones encontradas<sup>113</sup>. En efecto, la concentración de atribuciones en el Poder Ejecutivo Nacional, fundamentada en gran medida en la necesidad de recuperar la iniciativa estatal para salir de la crisis fue, para algunos, la condición de posibilidad del desarrollo de las políticas mencionadas; en tanto que, para otros, no se trató más que de la profundización de los rasgos delegativos de la democracia argentina (O'Donnell, 2010:5).

De esta manera, y a diferencia del periodo menemista en el que el eje económico tuvo un protagonismo contundente a pesar del déficit institucional remarcado, la semántica republicana fue parte de las discusiones en torno al kirchnerismo desde sus inicios y, cabe subrayar, no siempre como expresión de una falta. Si bien, como señala

---

<sup>111</sup> De acuerdo al recorte temporal de la presente tesis, tomamos aquí en consideración las discusiones durante el gobierno de Néstor Kirchner y el primer año de mandato de Cristina Fernández de Kirchner, por lo que la mayor parte de las discusiones recuperadas giran en torno al gobierno de Néstor Kirchner.

<sup>112</sup> “Quedan como hitos simbólicos y tangibles de esa primera etapa la orden de bajar el cuadro del genocida Jorge Rafael Videla del Colegio Militar, el reciclado de la Escuela Superior de Mecánica de la Armada (ESMA) en un espacio para la memoria, el pedido de disculpas en nombre del Estado a todas las víctimas de la represión ilegal, la derogación de las leyes del perdón, el impulso a una nueva Corte de Justicia no adicta, la quita de la deuda externa, una fenomenal reactivación económica a tasas chinas, la no criminalización de la protesta social, la acumulación de reservas, la creación de cuatro millones de puestos de trabajo y el no al Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), como reaseguro de una alianza regional sin precedentes” (Caballero, 2011:10)

<sup>113</sup> Sobre la polémica en torno a la política oficial de Memoria, Verdad y Justicia ver, entre otros: Crenzel, 2013; Hilb, Salazar y Martín, 2014.

Rodríguez Rial, inicialmente preponderó la semántica dominante en torno a la república consagrada desde el retorno de la democracia - “el equilibrio institucional de los poderes que garantiza desde las formas el gobierno de la ley” (2015:150) -, el concepto fue ganando densidad a raíz de su vinculación con distintas dimensiones de la experiencia kirchnerista y su relación con otros conceptos centrales como liberalismo, democracia y populismo. En palabras de Freibrun:

“[s]i en el devenir de los ochenta aparecían esbozados de un modo particular, en la actual esfera pública «populismo» y «república» emergen como el par conceptual que pretende explicar los comportamientos políticos y las formas del ejercicio del poder, incluso cuando ello supone revelar las tensiones sociales en torno a las formas institucionales del Estado. Ese debate no es ajeno a una articulación del discurso político que, en un nivel de mayor generalidad, contiene los conceptos de «liberalismo» y de «democracia» como las dos grandes líneas de fuerza que articulan las ideologías políticas. (...) [L]a tensión conceptual ha migrado hacia un debate donde «populismo» y «república» trazan los contornos de la disputa intelectual, presentándose en la doble faz de tradiciones teóricas que, al mismo tiempo, cobijan elementos de fuerte politicidad.” (Freibrun, 2014:86)

En cuanto a las medidas específicas emprendidas por Kirchner, existe un consenso amplio respecto a que la reanudación de los juicios contra los crímenes de la última dictadura militar y las modificaciones a la Corte Suprema de Justicia<sup>114</sup> fueron decisiones que tendieron a subsanar algunas de las fallas centrales de la *accountability horizontal*, resituarse la figura presidencial (Novaro, 2011:293) y fortalecer el Estado de derecho:

“El primer gobierno kirchnerista (2003-2007) había alcanzado una serie de logros tanto en materia económica como de mejoramiento de la calidad de las instituciones republicanas. En el primer caso, el mantenimiento de un tipo de cambio alto había permitido recomponer la golpeada industria nacional, al tiempo que se reiniciaba una dinámica de mejoramiento de los salarios cuyo antecedente inmediato hay que buscarlo en la década de 1980. En el segundo caso, con la modificación y reducción de los miembros de la Corte Suprema, así como con el impulso de la derogación de las leyes de obediencia debida y punto final y de la

---

<sup>114</sup> “A través del ya famoso decreto 222/03, Néstor Kirchner impulsó la designación de nuevos magistrados en la Corte Suprema, un hecho que vino de la mano de diferentes iniciativas promovidas desde el Ejecutivo, y orientas a remover a algunos de los más cuestionados miembros del tribunal. El decreto estableció un mecanismo novedoso para la renovación de los jueces, que incluyó una clara preocupación por la transparencia y la publicidad de los procedimientos, y también la decisión de asegurar una mayor diversidad de género, enfoques y proveniencia geográfica, entre los integrantes del tribunal” (Gargarella, 2015:64).

consecuente reapertura de los juicios por las violaciones a los derechos humanos cometidas durante la última dictadura.” (Aronskind y Vommaro, 2010:10)

No obstante, la reforma del Consejo de la Magistratura llevada a cabo en 2006, en pos de garantizar una mayoría oficialista, condujo a muchos de los académicos que celebraron la reforma de la Corte a cuestionar los atributos republicanos del kirchnerismo (Quiroga, 2010:115-120; Gargarella, 2015), y a reforzar las alarmas en relación al decisionismo contundente del presidente. En este sentido, la reforma del Consejo de la Magistratura se sumó al elevado número de Decretos de Necesidad y Urgencia y la prolongación del estado de emergencia<sup>115</sup> que permitió al presidente atribuirse superpoderes, de la mano de los cuales efectuó una reforma fiscal que le otorgó un fuerte control sobre las gobernaciones provinciales (Novaro, 2011:299, Quiroga, 2010:73-100; Tonelli, 2015:10). Desde la perspectiva de lo que Morresi (2010) denomina el “consenso republicano institucionalista”<sup>116</sup>, este decisionismo, también llamado hegemonismo (Botana, 2006), opera en detrimento del correcto funcionamiento de la división de poderes, obturando las potencialidades de los poderes legislativo y judicial como contralores del ejecutivo nacional<sup>117</sup>. De hecho, para Quiroga, la república comprende una forma de gobierno mixto de acuerdo a la ley y, en este sentido, se opone diametralmente a la concentración de las

---

<sup>115</sup> Declarado por E. Duhalde en 2002 y prorrogado por decreto hasta el 2009 (Quiroga, 2010). En palabras de O'Donnell: “Los presidentes DD han nacido de la crisis y en un sentido siguen viviendo de ella. Incluso cuando la sensación de la crisis ha disminuido, intentan constantemente reavivarla, con la severa advertencia de que si se abandona el camino que proponen, ella resurgirá, seguramente agudizada. El lenguaje de la crisis -la pasada y la que se dice vendrá si se abandona el camino emprendido- es una constante de estos discursos, sobre la que se basa la proclama necesidad de contar con poderes extraordinarios, así como la hostilidad a los «estorbos» que plantean las instituciones de control y de *accountability*.” (2010:5)

<sup>116</sup> De acuerdo al análisis de Sergio Morresi, aquellos políticos de profesión e intelectuales de las ciencias sociales que han señalado este supuesto “déficit” republicano comparten una serie de observaciones que él ha dado en llamar “consenso institucional republicano”: “El problema actual, de acuerdo con los participantes del «consenso institucional republicano», parece ser que la Argentina nunca ha terminado de andar el camino señalado por Alberdi, no ha llegado a la república verdadera. La república ideal se ha perdido de vista y con ella, es la Argentina la que se ha extraviado. A la pregunta de por qué la Argentina no es hoy lo que soñó la dirigencia de comienzos del siglo XX habría que responder, entonces, de manera lapidaria: porque se continua persistiendo en la república posible (y a veces ni siquiera se la respeta), porque en la Argentina no se terminan de respetar las instituciones republicanas” (Morresi, 2010:47).

<sup>117</sup> “«Hegemonista» y «populista» eran malas palabras tanto para varios intelectuales (de izquierda y de derecha por igual, aunque por motivos bien distintos) como para muchos políticos (incluso aquellos que son acusados de populistas o hegemonistas se apresuran a declarar que en realidad no lo son)” (Muraca, 2016:201-202).

decisiones en uno de los poderes: “El decisionismo democrático es una forma de ejercicio del poder no republicano” (2010:105).

Los representantes del republicanismo institucionalista, sin embargo, no limitan su definición a la división de poderes: también hacen énfasis en el rol de la ciudadanía y la construcción de una esfera pública activa. Desde la perspectiva de Botana, democracia y república se presentan en los ordenamientos políticos contemporáneos como una unidad: la democracia sin república no tiene punto de referencia, y la república sin democracia carece de contenido popular (Botana, 2006:18). Evocando la articulación conceptual propuesta durante la transición democrática, Botana reivindica el papel de la república como “reguladora del régimen” (2006:16-17), a través de sus instituciones y los derechos que proclama. Y, asimismo, pone de relieve el papel necesariamente protagónico de la ciudadanía - entendida no sólo como portadora de derechos sino también de obligaciones<sup>118</sup> - para su vigencia y persistencia en el tiempo. En esta misma línea, Quiroga subraya la necesidad de construir un espacio público común y sostener espacios abiertos de deliberación política (2010:171). Ambos, sin embargo, coinciden en que el kirchnerismo se encuentra lejos de cumplir con los requisitos mínimos de este tipo de republicanismo<sup>119</sup>. Así, Serrafiero sintetiza las críticas más sustantivas al gobierno desde esta posición:

“En cuanto a las ideas institucionales expresadas por el presidente a través de su acción, cabe señalar las siguientes: la concepción de la presidencia como sitio de liderazgo moral; la idea de la presidencia como motor del sistema institucional; la relación privilegiada entre

---

<sup>118</sup> “El componente republicano de la democracia es, pues, un atributo inscripto en la condición ciudadana que tiene la peculiaridad de convertir las instituciones en creencias compartidas. La ciudadanía es, entonces, una praxis colectiva que implica crear, recrear y legitimar instituciones. No basta, por lo tanto, con disponer de una buena constitución y buenas leyes. Es necesario, además, que ese repertorio normativo viva en la conciencia de los ciudadanos como máxima de su propio comportamiento. Las instituciones sin ciudadanía conforman el estadio inferior, históricamente hablando, de una república restrictiva (aristocrática u oligárquica). La ciudadanía sin instituciones conforma una democracia virtual sin forma que la contenga.” (Botana, 2006:64-65)

<sup>119</sup> Hacia el final del kirchnerismo, A. Rosler (2016) realizó una revisión del republicanismo clásico desde el punto de vista de la filosofía analítica, donde recupera la densidad de la tradición a partir del trabajo arqueológico e histórico conceptual sobre los conceptos centrales de libertad, virtud, debate, ley, patria y cesarismo. De esta manera su libro sintetiza y complejiza el punto de vista del consenso republicano institucionalista, profundizando el énfasis sobre el rol de la ciudadanía en la república y la amenaza que la figura del uno supone para la estructura republicana. “En un régimen republicano, el único «dogmatismo» o compromiso inquebrantable que debe existir es el que los ciudadanos guardan con la república” (Rosler, 2016:23).

presidente y pueblo sin otras mediaciones, y la presidencia como representante predominante de la soberanía popular. Estos rasgos se dieron dentro de un perfil general de presidente pragmático respecto de su gestión gubernativa, pero de apariencia programática o principista en cuanto a las características de su discurso. Fiel a la concepción institucional referida, se trató de un gobierno que le restó importancia al mecanismo de división de poderes y tuvo una fuerte inclinación por la configuración de un régimen institucional hegemónico enclavado en la presidencia. De alguna manera, se entroncaba con la tradición peronista que en la reforma constitucional de 1949 había diseñado una suerte de presidencialismo hegemónico” (2015:28).

Al igual que durante el menemismo, la relación entre peronismo y kirchnerismo y, más extensamente, la pregunta por la definición del kirchnerismo como fenómeno político constituyeron también ejes articuladores del debate intelectual, en el que el recurso al concepto de populismo y la discusión en torno a su contenido fue moneda corriente<sup>120</sup>. Efectivamente, para algunos intelectuales los rasgos decisionistas y hegemónicos del gobierno de Néstor Kirchner no son otra cosa que el síntoma de su inscripción en el peronismo (Botana, 2006; Quiroga, 2010:43, Serrafiero, 2015):

“Si bien el Presidente (Néstor Kirchner) es demócrata, porque finalmente apuesta a los votos, difícilmente podría decirse que es «republicano», porque no respeta la autoridad del Congreso, porque ha forjado una nueva Corte Suprema y porque trata a sus adversarios como enemigos. En los años cuarenta y cincuenta, Perón, también, fue demócrata pero no republicano.” (Grondona en Muraca, 2016:102)

Para otros, peronismo y kirchnerismo se vinculan a partir del intervencionismo estatal (Salas Oroño, 2011) y la continuidad del proceso de democratización que se iniciara durante la experiencia peronista, entendido en términos de expansión de derechos:

---

<sup>120</sup> La pregunta por la definición del fenómeno derivó en la cuestión no menos compleja de si se trata de un populismo o no. Las respuestas han sido variables en función de las diversas definiciones del término en circulación. A modo de ejemplo, Rinesi sostiene que “el kirchnerismo es un populismo” (2011:32) buscando revertir la carga negativa atribuida comúnmente a este término. El populólogo Aboy Carlés, por su parte, considera que existe una incapacidad crónica en los estudios políticos para aproximarse en forma no normativa a la compleja relación entre el populismo y las instituciones (Aboy Carlés 2010b:22), y afirma que el kirchnerismo no llega a ser un populismo al no plasmar cabalmente la lógica de ruptura e integración que caracteriza a esta forma política. Se trata, para él, de un reformismo de izquierda con algunos tintes liberales y republicanos (2011:91). Ver Aboy Carlés, 2010b y 2012; Novaro, 2007.

“es posible, en efecto, sostener la idea de que el kirchnerismo pertenece a la historia de la experiencia peronista en el sentido más elemental y también más decisivo de que, como el peronismo que llamamos «clásico», constituye un movimiento de defensa, promoción y expansión de derechos. Un movimiento de *democratización*, pues, de la vida colectiva, sostenido sobre el principio de la defensa de un conjunto de derechos que habían sido conculcados por el fanatismo neoliberal de la etapa precedente, e incluso de un conjunto de *nuevos* derechos.” (Rinesi, 2011:28)

Desde esta perspectiva, revisionista respecto del consenso republicano institucionalista, la institución de nuevos derechos, el recentramiento del Estado, la vinculación con la ciudadanía a través de la politización, entre otros rasgos, dan cuenta de que el kirchnerismo puede ser considerado un republicanismo:

“¿Qué significa, en efecto, *república*? Para decirlo muy brevemente, significa, para empezar, una apuesta por la cosa pública, por esa cosa que es de todos y que importa a todos, y que es la materia misma de nuestra vida colectiva; por el mantenimiento de un espacio común en el que, más allá o más acá de las diferencias y de los conflictos, nos constituimos como sociedad; y por la preservación y la salud de las *instituciones* de esa república, de esa cosa pública y común. Y entre esas instituciones, por cierto, del Estado, que en la gran tradición republicana no está del lado malo, sino del lado bueno de la historia, y que no puede ser pensado (como es pensado con frecuencia por los sedicentes republicanos argentinos) como una amenaza para la libertad y la realización de los individuos y de la comunidad porque es, en realidad, su misma condición. Pues bien: en todos esos sentidos, el kirchnerismo es cabalmente un republicanismo y, sin duda, uno de los más consecuentes que hayamos conocido.” (Rinesi, 2011:36)

Desde este particular punto de vista, el problema principal es que se identifica a la república con una determinada conceptualización de la separación de poderes que no se corresponde con la de los republicanos clásicos. Aquellos nunca hablaron de “separación”, sino de un solapamiento, de una complementariedad entre los poderes que les permitiera actuar autónomamente, cooperar, y controlarse. Según Rodríguez Rial, sin embargo, no es este el único sentido que se le ha dado a la república en la modernidad:

“es importante recordar que este sentido de república, cercano a la tradición liberal es históricamente contingente y no es el único que reivindican todos los que se definieron y definen como filosófica e ideológicamente republicanos. En tal sentido, todavía persiste en la tradición política republicana una idea clásica que reivindica la virtud cívica, entendida como compromiso, participación y disfrute de la actividad política por parte de los ciudadanos.” (Rodríguez, 2011b:113)



A partir de una revisión de autores clásicos de la filosofía política, este sector de la intelectualidad resitúa la virtud cívica dentro del campo semántico del republicanismo<sup>121</sup> y, al mismo tiempo, pone de relieve el papel central que juega el conflicto como dinamizador de la institucionalidad republicana, cuestionando así el consensualismo vinculado a la definición institucionalista de la república. Para Rinesi (2010), aunque hace tiempo que la república es identificada con su dimensión institucional, como señalamos, se encuentra ligada en su forma clásica a los conflictos que atraviesan y dividen a las sociedades tal como lo hace el populismo:

“Así, hay república porque hay, gracias a las instituciones y a las leyes, un campo, un terreno, un horizonte común, un espacio que, por así decir, es de todos, es universal, pero al mismo tiempo sólo hay república (sólo podemos evitar que la república se corrompa o se pierda, o se convierta en otra cosa) cuando ese campo común es un campo de batalla: un campo donde se encuentran los deseos, los intereses y valores contrapuestos de los distintos sectores sociales, de las distintas particularidades, que de modo insanablemente conflictivo, conforman el cuerpo social. De manera que la tradición republicana está asociada a una forma de tensión entre lo particular y lo universal (y entre la dimensión de conflicto entre las distintas particularidades y la dimensión de consenso que exige cualquier forma de lo universal) muy parecida y perfectamente homologa, a la que encontramos ya habitando el corazón de la tradición populista.” (2010:66)

A partir de esta misma configuración de sentidos en torno a la república y el republicanismo, Muraca afirma que,

“El proceso político que se inicia el 25 de mayo de 2003, el «modelo kirchnerista», no dice y no se refiere de manera explícita a una idea de república. Sin embargo, a lo largo de un conjunto de políticas estatales que permiten la recuperación de ciertos actores y sujetos de la política, entendemos que es posible leer ahí, justamente ahí, otra república posible. (...) Una república que lejos de ser dicha, es hecha.” (Muraca, 2016:171)

En contraste, la definición de república que esboza Morresi sí tiene una fuerte impronta institucional: se trata de un régimen de gobierno que por mecanismos diversos limita el ejercicio del poder, impidiendo el surgimiento de tiranías; al tiempo que la democracia es un régimen de gobierno que facilita la conformación de mayorías y su

---

<sup>121</sup> Este elemento tendrá particular preeminencia en las intervenciones de Cristina Fernández de Kirchner. Ver Rodríguez y Freibrun, 2011; Pinto y Rodríguez Rial, 2015.

plasmación institucional. En este sentido, señala Morresi, una democracia puede no ser republicana, y una república no democrática. Aclara, no obstante:

“Afirmar que democracia y república no tengan una relación necesaria no implica, por supuesto, sostener que sean regímenes opuestos entre sí. Por el contrario, y tal como vienen afirmando distintos analistas políticos, democracia y república parecen haber encontrado una conjunción no exenta de virtudes en el marco de las sociedades liberales (...) Ahora bien, si la tríada liberalismo-democracia-república no está plenamente desarrollada (o lo está de un modo defectuoso) en la Argentina de hoy ¿cuál de los tres vértices del triángulo debería servirnos como punto de apoyo para realizar acciones tendientes a fortalecerlo? Es este punto en el fondo lo que se encuentra en discusión” (2010:51).

Para el autor es la dimensión democrática la que ha de ser fortalecida, en la medida en que para él es el déficit en la *accountability vertical* el que impacta negativamente en el funcionamiento de la *accountability horizontal*<sup>122</sup>.

Por su parte, Freibrun y Rodríguez, al igual que Rinesi, señalan que la contrapartida de este sobredimensionamiento de la institucionalidad republicana en la definición del concepto que nos convoca por parte de los intelectuales argentinos, es la renovada fuerza con que se recurre peyorativamente al término populismo como su contrapartida: “Así, la dialéctica que ambas nociones ponen en juego tiene como centro de disputa el significado sobre qué tipo de democracia aparece como más legítima” (Rodríguez, Freibrun, 2011:12). Rinesi resalta la asimetría valorativa a la que están sometidos ambos conceptos y la necesidad de revisar ese enfrentamiento que aparece como inexorable ya que “[e]stas dos palabras están lejos de tener significaciones unívocas, y es en buena medida por esto por lo que no es sencillo plantear la discusión acerca de la relación que es posible establecer entre lo que ellas nombran” (2008:59-60). En este sentido, para Rodríguez, Freibrun, Rinesi, y Muraca una solución posible al problema de la persistencia del vínculo contrario asimétrico entre república y democracia en el discurso político hegemónico es pensar la república como gobierno popular. Concebir a la

---

<sup>122</sup> La estructura actual de los partidos políticos; la recurrencia a prácticas contramayoritarias; la separación entre poder popular y poder estatal; las negociaciones entre la clase política, son varios de los argumentos que esgrime el autor en este sentido.

república como un régimen político cuya lógica estructurante es la de un conflicto que puede y es encarnado en instituciones.

A partir del recorrido realizado podemos esbozar la hipótesis que subtiende la interpretación ulterior: si en los inicios del kirchnerismo persistió la identificación de república y democracia que se condensó con el retorno de la democracia durante el gobierno alfonsinista, las definiciones en torno al concepto se complejizaron y plegaron a medida que avanza el gobierno kirchnerista y, fundamentalmente, a partir del conflicto entre el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner y el sector agropecuario. Si la idea de que la democracia es apuntalada por las instituciones republicanas y protegida por esta de sus propios desbordes o excesos persiste como “una verdad transhistórica” difícil de trascender, el revisionismo republicano resitúa al conflicto como una dimensión constitutiva del republicanismo a partir de la experiencia de confrontación política y social desatada por la Resolución 125. Cabe subrayar, asimismo que a partir de estos acontecimientos el consenso republicano institucionalista da cuenta también del papel del conflicto en la tradición republicana clásica, y pondera la vigencia del Estado de derecho y el imperio de la ley como reaseguros contra los posibles excesos de esa conflictividad, al tiempo que enciende las alarmas frente a la renovación del decisionismo<sup>123</sup> (Quiroga, 2010; Tonelli, 2015; Rosler, 2016).

A continuación, analizaremos brevemente las particularidades históricas de este contexto conceptual y lingüístico, que propicia la emergencia de espacios de sociabilidad intelectual en el seno de los cuales se profundiza la discusión en torno a la semántica republicana, desde un posicionamiento que pretende interpelar tanto a la ciudadanía como a los pares y la clase política.

---

<sup>123</sup> “En el conflicto con el campo, el Estado de derecho preservó a la democracia al imponer la primacía de la deliberación y las normas sobre los imperativos del poder. Las reglas que vertebran la democracia actuaron como dique de contención de la autonomía decisional del Ejecutivo. Los *absolutos en la política* han entrado en crisis. Sabemos que la política es una combinación de deliberación y decisión. El problema radica en aquellas concepciones que absolutizan el momento de la decisión, en detrimento de la negociación y el consenso. La política concentrada en la retórica de la decisión, separada de las instituciones deliberativas, es el contramodelo de una democracia republicana. Lo que tenemos por delante, entonces, es una democracia desolada de toda perspectiva republicana.” (Quiroga, 2010:203)

## **II.2. La crisis agropecuaria de 2008 como contexto de emergencia de Carta Abierta y Club Político Argentino.**

En función de nuestro abordaje histórico conceptual de la república, resulta imprescindible recuperar los rasgos históricos principales del conflicto entre el sector agrario y el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner, antes de abordar las intervenciones públicas de los grupos de sociabilidad intelectual Carta Abierta y Club Político Argentino quienes, posicionados antagónicamente en el debate que suscitó el conflicto agrario del año 2008, permiten vislumbrar el tenor de la disputa en torno a la legitimidad del gobierno de turno y su potestad a la hora de tomar decisiones de injerencia en política económica, disputa en la cual el concepto de república recobra centralidad como baremo del buen gobierno, pero también como sempiterno proyecto.

Efectivamente, transcurrida más de una década desde aquellos acontecimientos políticos es mucho lo que hay por decir, y es también mucho lo que ya se ha dicho. Tal como señala Roy Hora, “Una disputa que comprendió a tantos actores y que abarcó una geografía tan compleja suscita preguntas de índole muy variada, y puede ser interrogado desde distintas perspectivas” (2010:97). Valga la pena señalar, en este sentido, que no es nuestro objetivo hacer un balance en perspectiva de la famosa “Resolución 125” en virtud de su precisión como política económica. Más allá de la cronología del conflicto<sup>124</sup> que se extendió durante más de cuatro meses, nos interesa destacar aquí sus antecedentes, la disputa histórica e ideológica sobre la cual se erige y los juegos de discurso que se tornan visibles en la dinámica del enfrentamiento. Específicamente, procuraremos hacer énfasis en sus particularidades como contexto de emergencia de los grupos de sociabilidad intelectual Carta Abierta y Club Político Argentino, atendiendo especialmente al litigio en torno a la representación política que el mismo suscitó, así como al impulso que dio a la construcción de una alianza opositora que hasta el momento no había encontrado punto de anclaje para su articulación, y cuya efectividad electoral se dejaría ver con el correr del tiempo.

---

<sup>124</sup> Para un análisis cronológico del conflicto ver: Comelli, Castro García, Godfrid et al., 2011.

## II.2.a. El conflicto

Para comprender cabalmente la emergencia del conflicto que nos convoca, es necesario señalar que, tras la devaluación de la moneda nacional en el año 2002, el gobierno de Eduardo Duhalde implementó retenciones del 20% a un sector agroexportador progresivamente favorecido en su actividad por el nuevo régimen cambiario<sup>125</sup>. La fundamentación de la medida se basó en la recomposición del presupuesto público y el financiamiento del llamado plan Jefas y Jefes de Hogar Desocupados (Aronskind, Vommaro, 2010:11). Los beneficios del sector siguieron incrementándose todo a lo largo del gobierno de Néstor Kirchner, en función de la demanda internacional de soja y el incremento de los precios de estas *commodities*, que alcanzaron un pico extraordinario en el año 2008. Aquella implementación de retenciones al sector no estuvo, sin embargo, exenta de protestas por parte de este, que se unificó en torno al reclamo infructuoso de eliminación del gravamen<sup>126</sup>, aunque sin aunar sus estratagemas de combate. Tanto Confederaciones Rurales Argentinas (CRA) y la Federación Agraria Argentina (FAA) como la Sociedad Rural Argentina (SRA) y la Confederación Intercooperativa Agropecuaria Limitada (CONINAGRO) siguieron fieles a su repertorio de protesta (la confrontación y el diálogo, respectivamente). La quita de las retenciones fue la consigna estandarte que llevaron las cuatro entidades rurales, pero no lograron unificarse ni táctica ni estratégicamente (Nardachionne y Taraborelli,

---

<sup>125</sup> “Ya desde el año 2002, con el retorno de las retenciones tras la devaluación de la moneda, la alícuota para la soja fue subiendo sin pausa. Arrancó en 13,5% y rápidamente pasó a 23,5%. A principios del 2007, el entonces presidente Néstor Kirchner (2003-2007) decidió elevarla cuatro puntos porcentuales más para financiar las compensaciones cruzadas a la industria alimenticia. Tras una fuerte escalada de los precios internacionales, de ese 27,5% se pasó luego, en noviembre del 2007, al 35%” (Rzezak, 2008:84).

<sup>126</sup> “La situación de privilegio del sector agroexportador era distinta a la de otros bloques económicos. Frente a las retenciones al sector petrolero, y con ese fantasma sobrevolando la soja, la SRA (acostumbrada al *lobby*) advirtió públicamente al Gobierno sobre el hecho de aplicar dicha medida al «campo». Luego hubo un comunicado conjunto de las cuatro entidades agropecuarias (FAA, CONINAGRO, SRA y CRA) que recuperaba la promesa del presidente E. Duhalde de no aplicar dicha medida. No obstante, el «campo», reconociéndose favorecido por la devaluación y ante los reclamos de la clase política, se mostraba dispuesto a colaborar mediante las contribuciones extraordinarias con los sectores más desfavorecidos de la sociedad.” (Nardacchione y Taraborelli, 2010:124-125)

2010:135). Se habían unido por primera vez en 1975 y posteriormente en 1994<sup>127</sup> y 1999<sup>128</sup>, en demanda de políticas que respaldasen al sector.

Las retenciones fueron creciendo paulatinamente a medida que se acrecentaban los precios internacionales de las *commodities*, sin que trascendieran las protestas. “Sin embargo, el lanzamiento de la Resolución 125 el 11 de marzo de 2008 generó un movimiento de resistencia social y política de una magnitud sorprendente, no sólo para el gobierno sino también para los principales actores del conflicto” (Aronskind y Vommaro, 2010:11). La misma ponía en marcha un esquema de retenciones móviles a la producción de soja, girasol, trigo y maíz, en épocas de cosecha y sin realizar distinciones preliminares entre pequeños y grandes productores; la medida contemplaba un ajuste automático del gravamen al precio de dichas materias primas para los siguientes cuatro años (Comelli, Castro García, Godfrid et al., 2011:17). Para Nardachionne y Taraborelli (2010:127), la unilateralidad de la decisión gubernamental<sup>129</sup> fue acaso el mayor de los errores, en un contexto de restructuración del sector agrario que resultó imperceptible hasta el estallido del conflicto. El acercamiento entre las principales entidades rurales de la Argentina (SRA, FAA, CRA y CONINAGRO) había comenzado en febrero de ese año en torno al tema de los precios de la carne<sup>130</sup>, sentando un precedente fundamental para la acción conjunta que se pondría en marcha apenas semanas más tarde. Sólo de esta manera es posible comprender la celeridad de su respuesta frente al anuncio del 11 de marzo: el día

---

<sup>127</sup> Según Hora, “el programa conjunto que la SRA, la FAA, CRA y CONINAGRO presentaron a las autoridades en 1994 refleja bien la confluencia de intereses y perspectivas que, más de una década antes de la formación de la Mesa de Enlace, ya se abría camino tanto entre los productores como entre sus dirigentes” (2010:96).

<sup>128</sup> “En el último año de la década menemista los desacuerdos con el gobierno llevaron a las corporaciones rurales a realizar varias medidas de fuerza. En sus declaraciones públicas reprocharon a las autoridades nacionales por la falta de iniciativas para paliar las dificultades del campo ante los problemas de los precios internacionales, y si bien se realzaban los logros y se estimulaba el mantenimiento de las orientaciones aperturistas, se tocaban temas que, cada vez más directamente, aludían a los fundamentos del «modelo»” (Sidicaro, 2011:198). Producto de estos desacuerdos, las 4 entidades llevaron a cabo un paro entre el 19 y el 21 de abril de 1999.

<sup>129</sup> La medida fue anunciada en conferencia de prensa en Casa de Gobierno, sin advertencia ni diálogo previo en torno a la misma con los sectores que se verían afectados.

<sup>130</sup> A principios de marzo el gobierno había intervenido en el mercado de la carne con el objetivo de frenar los aumentos de precios en este rubro. Así, se había limitado el cupo de exportaciones al 40%, y se negociaban con los frigoríficos precios máximos para 7 cortes de consumo masivo. Entretanto, las principales entidades agropecuarias se oponían a la medida y exigían al gobierno políticas sectoriales amplias (Comelli, Castro García, Godfrid et al., 2011:15-17).

12 la Mesa de Enlace anunció el cese de la comercialización de carnes y granos, dando comienzo a una escalada de confrontación frente al gobierno nacional (Giarracca, Teubal y Palmisano, 2008:43).

El conflicto se presentó al principio como una disputa netamente corporativa, inscripta en las rencillas históricas entre las entidades agropecuarias - especialmente la SRA - y los gobiernos intervencionistas. En efecto - y tal como se mencionó - las entidades han reclamado por sus intereses sectoriales todo a lo largo del siglo XX: no sólo se han enfrentado sistemáticamente a los gobiernos democráticos que tendieron a recurrir a los excedentes provenientes del sector rural para su redistribución o para el fomento de la industria, sino que uno de sus conflictos más importantes fue con el gobierno de facto de Onganía a raíz de la política económica de su célebre Ministro de Economía, Krieger Vasena. Tras el retorno de la democracia en 1983, las distintas entidades litigaron con el gobierno de Alfonsín, cuyo abucheo en la exposición de la SRA es extensamente conocido. Durante el menemismo, fueron especialmente las FAA, CRA y CONINAGRO las que emprendieron numerosas acciones de protesta frente a un gobierno cuyas políticas de liberalización y apertura del mercado beneficiaron tanto a los grandes productores como golpearon a los medianos y pequeños, que en muchos casos pasaron a ser arrendatarios o directamente debieron retirarse de la actividad<sup>131</sup>.

Asimismo, la más reciente tensión entre el agro y un gobierno que desde el 2003 pretendía restituir la así llamada por O'Donnell (1977) “alianza defensiva” (Etchemendy, 2011) entre sectores populares e industria nacional, actualizaba la encerrona característica de los ciclos económicos argentinos. En su emblemático análisis de los ciclos *stop and go* en la Argentina previa al último golpe de Estado, Guillermo O'Donnell había planteado ya el problema que supone el hecho de que la estructura productiva de nuestro país se haya configurado originariamente de modo tal que los principales productos de exportación constituyen, a la vez, los bienes-salario básicos en lo que respecta al consumo interno de los argentinos. Evidentemente, la consecuencia principal de la inmediatez de este vínculo ha sido una inflación atada a la capacidad productiva y/o a las tendencias especulativas

---

<sup>131</sup> Para un abordaje más extenso del tema ver: Giarracca, Teubal y Palmisano, 2008; Teubal y Palmisano, 2011.

del sector que reivindica para sí haber insertado a la Argentina en el mundo y haberla sacado a flote tras la crisis de 2001. En efecto, el principal argumento del gobierno de Cristina Fernández de Kirchner a la hora de aplicar la Resolución 125 se apoyaba en esta condición estructural, teniendo en cuenta el alza de los precios de las *commodities* en un contexto de inminente crisis económica internacional: aumentar las retenciones a las exportaciones permitiría mantener los precios de los alimentos a la baja y sostener la política económica redistributiva.

El argumento de O'Donnell planteaba que la burguesía pampeana, a la vez que cíclicamente lograba generar un movimiento masivo de capitales en su favor, no invertía dichos capitales en una transformación cualitativa de la actividad para convertir la gran hacienda en *agrobusiness*, en parte debido a la inclinación de los gobiernos posteriores a la crisis del treinta en favor de la industrialización. Sin embargo, su análisis abarca, como se dijo, hasta el año previo a la dictadura militar: no contempla entonces el feroz proceso de desindustrialización, el avance del tercer sector, ni la profunda transformación atravesada por el agro durante la década del noventa<sup>132</sup>. Efectivamente, hacía fines del siglo XX el sector agropecuario argentino devino gran hacienda tecnológica, al tiempo que se inclinó vertiginosamente hacia la sojización. Como señalamos, estos cambios no afectaron a todos los segmentos del sector, constitutivamente heterogéneo, de la misma manera: “muchos se endeudaron y luego perdieron sus tierras y otros, en condiciones similares vieron en el auge sojero un salvadidas para su actividad” (Teubal y Palmisano, 2011:200). En pocas palabras si bien el proceso de tecnologización redundó en mayores ganancias para el sector, también generó una concentración inusitada del ingreso y una mayor diferenciación entre pequeños, medianos y grandes productores<sup>133</sup>. Esta

---

<sup>132</sup> Según Teubal y Palmisano, dichas transformaciones no se hubieran producido si no se hubieran implantado políticas neoliberales desde los años 70: “Surge un nuevo régimen de acumulación y el sistema agroalimentario en su conjunto comienza a operar en función de la lógica del agronegocio” (2011:204).

<sup>133</sup> “La política del gobierno menemista afectó de manera desigual a los distintos tipos de empresarios rurales en función de los recursos de que disponían para responder a los cambios registrados, y al marco general compartido se sumaron las heterogéneas condiciones sectoriales y las opciones adoptadas ante las modificaciones coyunturales. Las entidades de representación de intereses agrarios expresaron, en el primer subperiodo de la presidencia de Menem, sus coincidencias ideológicas con los proyectos anunciados (...). Según la conducción económica del gobierno, la estabilidad monetaria daría al agro mejor acceso a los créditos, y la apertura de la economía le abarataría los insumos tecnológicos importados para modernizar la producción. La disminución de los precios de los fertilizantes y agroquímicos importados estimularía su



concentración del ingreso no impidió, no obstante, que se ampliara la base social y regional de la actividad agropecuaria, cosa que explica, aunque parcialmente, las dinámicas regionales que adoptó la protesta contra la 125 y la apelación al imaginario decimonónico que primó en los discursos “pro campo” todo a lo largo del conflicto: desde el punto de vista del sector, la posición económica de la Argentina en el plano internacional se sustentó, y lo hace todavía, en la actividad agropecuaria.

Tal como se desprende de lo anteriormente expuesto, hablar “del campo” como un todo homogéneo resulta equívoco en virtud de la evidente heterogeneidad que presenta el agro argentino (Teubal y Palmisano, 2011:193). Sin embargo, esta operación metonímica en torno al significante “campo” permitió a las principales entidades agropecuarias arrogarse la representación del sector y disputar prácticamente en plano de igualdad con el gobierno, más allá de la política económica en sí misma:

“A medida que el conflicto se despliega, el significante «campo» comienza a integrar mayor cantidad de reclamos que abarcan, desde la suspensión de la resolución 125 que fija las retenciones móviles hasta un cambio de modelo productivo; desde la revalorización de las instituciones estatales (Congreso, Poder Judicial) hasta la desvalorización de la imagen presidencial. Los representantes de estos supuestos polos (gobierno-campo) se dedicaron a definirse mutuamente como antagónicos, como ese «otro» cuya presencia refuerza la identidad beligerante. En este juego político, subyace la creencia de que es fácil generar hegemonía si «el campo» es la «oligarquía golpista», productores que participan de «piquetes de la abundancia». En la vereda de enfrente, la búsqueda de adhesiones lleva a algunos a revitalizar el peligroso dogma según el cual el Estado debe retroceder y darle lugar al mercado: se argumenta que la administración pública ineficiente malgasta los recursos del país en diversas formas, poco federales y republicanas.” (Giarracca, Teubal y Palmisano, 2008:43)

En cierta medida, el conflicto configurado en términos polares como “campo-gobierno” condensa en antagonismo entre dos modos diversos de concebir la estructura productiva nacional y el rol que debiera jugar el Estado en la misma. La manera en que el sector agropecuario se adjudica la representación de los intereses de la nación relegados por el gobierno kirchnerista y que, paralelamente, es reconocido como antagonista por el

---

utilización y, en consecuencia, los rendimientos de las explotaciones y los saldos exportables. En igual sentido operaría la supresión de las retenciones a las exportaciones” (Sidicaro, 2011:189-190)

gobierno a pesar de la constante reivindicación de carácter de único representante legítimo de la nación, prefiguran lo que en los años subsiguientes constituirá el enfrentamiento entre dos proyectos pre-hegemónicos (Pucciarelli, 2017). El campo intelectual tomará una organización agonística similar, que transcenderá al conflicto agropecuario.

## **II.2.b La disputa en torno a la representación política**

A lo largo de su desarrollo el conflicto presentó dos fases delimitables: una primera de enfrentamiento *corporativo* entre el gobierno y el sector agropecuario, sostenida sobre los litigios anteriormente descriptos; y una segunda fase de conflicto creciente en torno a la *legitimidad y la representación política* del pueblo argentino (Muraca, 2016:77-78). Desde el discurso presidencial del 27 de marzo en Parque Norte<sup>134</sup>, la disputa se amplió y dejó de ser una discusión en torno a una política pública específica, para convertirse en un litigio en torno “al modelo de país” y a la legitimidad gubernamental de la gestión Kirchner (Muraca, 2016; Pucciarelli 2017, Rinesi 2010 y Yabkowski, 2010).

Para Yabkowski, en efecto, en el primer discurso de Cristina Fernández de Kirchner el 25 de marzo el conflicto se presenta como netamente económico: la presidenta pretende exponer una situación objetiva frente a la cual el gobierno toma una serie de medidas pertinentes de acuerdo con el contexto económico nacional e internacional. Sólo dos días después, en el mencionado discurso presidencial del 27 en Parque Norte, el conflicto ya se ha vuelto político al decir del gobierno: la disputa es por la mesa de los argentinos, la distribución del ingreso, y la libre circulación de la ciudadanía. Se discute un modelo de país, la potestad del Estado de intervenir en la economía o el avance del mercado como rector de la situación económica en un contexto de crisis inminente. La representación aparece ya desde entonces como sinónimo de legitimidad, Cristina Fernández de Kirchner es la representante elegida por el pueblo, mientras los dirigentes rurales se auto adjudican

---

<sup>134</sup> Consultado en <https://www.lagaceta.com.ar/nota/264335/economia/discurso-completo-presidenta-cristina-fernandez-kirchner-parque-norte.html>

ilegítimamente esa función (Yabkowski, 2010:69-72). Finalmente, al anunciarse el envío de la medida al congreso se consolida el discurso institucionalista que se vislumbra desde el inicio de la disputa por la representación: se insta a los sectores en conflicto a “armar un partido y ganar elecciones” (Yabkowski, 2010:76).

El conflicto involucró a actores económicos, partidos políticos, medios de comunicación<sup>135</sup>, corporaciones empresariales, sindicatos, intelectuales e incluso clases medias urbanas, interpelados todos por el choque entre el gobierno y los empresarios rurales, que no dejaba margen para la indiferencia individual. En palabras de Aronskind y Vommaro:

“Su prologada duración – más de cuatro meses – lo transformó en el episodio central del año, y sus resultados cambiaron el mapa político del país, comenzando a repercutir en sucesivos realineamientos tanto en el oficialismo como en la oposición. De alguna forma, el conflicto puso en entredicho tanto lo que representaba el kirchnerismo como construcción política, como parte de las principales líneas económicas, sociales y políticas que caracterizaron su gestión. Al permitir reagrupar fuerzas a una oposición que hasta ese momento no había encontrado un eje aglutinador, el enfrentamiento de las corporaciones agrarias contra el gobierno contribuyó a mostrar debilidades de la coalición kirchnerista que permanecían ocultas y acrecentar las potencialidades de fuerzas sociales desplazadas” (2010:12).

La disputa se trasladó a la legitimidad y envergadura de los actores en pugna, a su autodefinición y, por ende, a las intenciones y características que se les atribuían<sup>136</sup>. Desde

---

<sup>135</sup> Los medios de comunicación masiva tuvieron una centralidad sobresaliente durante el desarrollo y resolución del conflicto, al punto que creció la preocupación social por su injerencia - no necesariamente beneficiosa. “Por primera vez desde los convulsionados meses que fueron de fines de 2001 a comienzos de 2002, la percepción social de que las empresas mediáticas eran actores interesados políticamente y no sólo medios de información formó parte de los debates sobre el sentido del conflicto, la justeza y la justicia de los reclamos de las partes enfrentadas” (Aronskind y Vommaro, 2010:13). El carácter polémico de este protagonismo será materia de discusión central en nuestro corpus discursivo. Adelantándonos, cabe señalar que los intelectuales de Carta Abierta identificaban como un mismo antagonista al sector agrario y los medios de comunicación, considerándolos aliados. En consonancia, para Yabkowski “Clarín y La Nación toman como propios los criterios diferenciadores que utilizan la Mesa de Enlace y sus seguidores en contra de las retenciones móviles” (2010:108). En términos de Rzezak, “la mayoría de los grandes medios de comunicación, como los diarios Clarín, La Nación y Ámbito Financiero, así como los canales de aire y de cable (especialmente el canal de noticias Todo Noticias (TN) y la radio 10), llevaron a cabo una fenomenal campaña política contra el gobierno” (2008:97).

<sup>136</sup> “Durante el conflicto con el campo, para poner una fecha que, como toda periodización, con el tiempo podrá ser corregida, sucedieron dos movimientos de sentido inverso dentro de las capas medias. Por un lado, las decenas de miles que, sin tener nada que ver con el campo, se movilizaron porque no acordaron con la forma exasperada en que el Gobierno tradujo ese conflicto como un nuevo enfrentamiento de la oligarquía y el pueblo. Por otro lado, quienes interpretaron ese conflicto como el ataque a un Gobierno que, después

el discurso presidencial, la deslegitimación de la protesta se centró en la definición peyorativa del sector agropecuario, la puesta en relieve de su condición de privilegio frente al resto de la sociedad y su escaso interés por el bien común (Yabkowski, 2010). En consonancia con la línea política y discursiva de los gobiernos peronistas,

“[e]l campo fue un sector que el gobierno decidió posicionar como antagonista desde el inicio de su gestión (...) Dentro de su retórica productivista, de desarrollo del empleo y de incorporación de mano de obra, el gobierno describía al campo como un sector tendencialmente improductivo (...), de alta concentración de la propiedad y que colaboraba poco en la generación de empleo” (Nardachionne y Taraborelli, 2010:131).

Sin embargo, la estrategia de antagonizar con “el campo” como representante de la vieja oligarquía “golpista” no tuvo los efectos esperados: la indiferenciación entre pequeños, medianos y grandes productores que implicó inicialmente<sup>137</sup> la aplicación de la Resolución 125 fue el principal factor de aglutinamiento y activación de vastos sectores del interior del país, afectados por la medida. Por otra parte, las masivas movilizaciones en su apoyo en grandes centros urbanos dieron cuenta de que este reclamo operaba como aglutinante de otra serie de disconformidades: “El desarrollo de esta confrontación puso de manifiesto que tanto el contenido como el estilo de gestión del nuevo movimiento popular habían provocado el alejamiento y, luego, la separación de un importante conglomerado de sectores medios de los grandes núcleos urbanos que comenzaron a alimentar el crecimiento de un proyecto opuesto y alternativo” (Pucciarelli, 2017:351)<sup>138</sup>.

Así, la Mesa de Enlace logró en la protesta de 2008 homogeneizar al sector agropecuario en torno al significante “campo” y coordinar un consenso táctico sin precedentes, recurriendo a cortes de rutas, asambleas, debates públicos y lock-out, recuperando de esta manera buena parte del repertorio de protesta ciudadana desplegado en la crisis de 2001 (Vommaro, 2010:186). Para legitimar su posición y otorgarle transversalidad, la dirigencia del sector agropecuario impugnó la Resolución 125 como

---

de años de crisis, había restablecido algunos ejes políticos con los que podían identificarse y defendía a los «pobres» contra los «ricos»” (Sarlo, 2013:19-20).

<sup>137</sup> Con el correr de los días de conflicto el gobierno presentó numerosas propuestas de compensaciones y otras medidas para morigerar los efectos de las retenciones móviles sobre pequeños y medianos productores, pero ninguna de ellas generó conformidad en el sector agropecuario. Ver Comelli, Castro García, Godfrid et al., 2011.

<sup>138</sup> Ver Vommaro, 2017.

un intento ilegítimo del gobierno de apropiarse de las ganancias obtenidas por el sector - autodefinido, además, como el principal sostén de la economía argentina<sup>139</sup> - y buscó vincularlo a hechos de corrupción y abuso de poder. La primacía de una lectura de la política en clave moral (Vommaro, 2010:184) desde el menemismo en adelante<sup>140</sup> - tanto por parte de la ciudadanía y los medios de comunicación como desde las instituciones y la clase política, en especial la oposición - aparece como un posible factor explicativo respecto de la velocidad con que se vinculó a la iniciativa impositiva gubernamental con la malversación de fondos y el sostenimiento de una “caja” para el financiamiento de “la política” y los planes sociales. De esta manera, se construyó una mirada estigmatizante de la relación entre los sectores populares y el gobierno<sup>141</sup>, diametralmente opuesta a la de las protestas de ciudadanos de clase media en las urbes y los “autoconvocados”<sup>142</sup> de los piquetes en las rutas nacionales y provinciales. En este sentido,

“La extensa red de aliados que logró constituir «el campo» dotó a los reclamos sectoriales de una legitimidad pública inusitada. Esta influencia del sector rural se manifestó en las elecciones legislativas de junio de 2009, donde se comenzó a cristalizar la crisis político-parlamentaria de la hegemonía kirchnerista. Allí, el sector rural no sólo instaló su reclamo

---

<sup>139</sup> La Mesa de Enlace reiteró en varias ocasiones que las medidas tomadas por el Gobierno, al tiempo que perjudicaban y discriminaban injustamente a los trabajadores ligados al campo, estaban perjudicando también, al mismo tiempo, al conjunto del Pueblo argentino, que dependía de la producción y exportación de sus productos para que el país saliera adelante. Ver Giarracca, N., Teubal, M. y Palmisano (2008).

<sup>140</sup> “La amplificación y la consolidación de la distancia entre dirigentes y dirigidos, entre gobernantes y ciudadanos, sumada a las evidencias de la más o menos escandalosa corrupción de muchos funcionarios, generalizó durante 1990 una percepción de la política no sólo como una cosa ajena, lejana, y básicamente inmoral, sino como la causa de un gasto innecesario o de una pérdida de tiempo” (Rinesi, 2010:38).

<sup>141</sup> “En la era de la gente, la presencia de lo popular sería asociado cada vez más a las formas más espurias de movilización de personas y de cosas, es decir al «clientelismo» como etiqueta moral de descalificación política. Esta descalificación se encuentra así fuertemente asociada a las formas que adquiere «la política de los pobres», es decir, a la organización territorial de los sectores populares de parte de movimientos sociales y dirigentes partidarios (...) A esta movilización se le opondrá la de los sectores medios y medios altos que, «espontáneamente» y «por sus propios medios», también participarán de los actos políticos de apoyo a uno u otro sector, aunque su presencia mayoritaria en las movilizaciones del «campo» otorgará a este sector una mayor legitimidad público-mediática en la objetivación de sus adhesiones” (Vommaro, 2010:185).

<sup>142</sup> “Bajo esta nominación se agrupan tanto productores que pertenecen a alguna de las organizaciones como a empresarios de distinta magnitud en cuanto a los recursos controlados. La relación de los autoconvocados con las organizaciones agrarias y la Mesa de Enlace ha sido ambivalente y contradictoria. Por un lado, reconocen a la Mesa de Enlace como la instancia de representación que puede llevar adelante el conflicto, canalizar las demandas y negociar con el gobierno. En ese marco definen su acción como un elemento de presión sobre el gobierno para fortalecer la capacidad negociadora de la Mesa de Enlace y dar muestra de la legitimidad que tiene el reclamo que esta última conduce. Pero también entienden su presencia y acción como un elemento de presión sobre la propia Mesa de Enlace, tendiente a asegurar el funcionamiento correcto de la representación” (Gras, 2010:297)

sino también algunos representantes parlamentarios” (Nardachionne y Taraborelli, 2010:143).

En efecto, con el correr de las semanas la escalada del conflicto provocó el aumento de la presión de los sectores agropecuarios de las distintas provincias y municipios sobre gobernadores e intendentes, que en muchos casos modificaron sus posiciones inicialmente favorables a la medida<sup>143</sup>, para pasar a llamar al diálogo y, en la recta final hacia la votación de la ley, interpelar a sus legisladores para votar contra la misma. “Detrás de reclamos de mayores muestras de federalismo, intendentes y gobernadores de las provincias del interior fueron presentando objeciones a la medida anunciada en marzo, algunos proponiendo el diálogo entre las partes y otros directamente sumándose a la Mesa de Enlace” (Nardacchione y Taraborelli, 2010:142). Al mismo tiempo, los principales líderes de los partidos de oposición se manifestaron sistemáticamente en contra de la Resolución 125 y en algunos casos participaron activamente en la protesta rural, siendo emblemática la presencia e intervención reiterada de la líder de la CC-ARI Elisa Carrió<sup>144</sup>.

El conflicto por las retenciones al agro desató entonces una disputa simbólica en torno a la verdadera representación del pueblo argentino en la que las partes en confrontación se aglutinaron en dos polos: “el campo” vs. “el gobierno”. El polo denominado campo nucleó un conjunto de reclamos que iban desde la suspensión de la 125 hasta la puesta en cuestión de la figura presidencial, pasando por una revalorización del modelo productivo agroexportador. Su fortaleza se construyó sobre la supresión de la organización y la pertenencia partidarias y la apelación a la movilización espontánea de las llamadas “bases” del sector agrario. Su construcción discursiva eminentemente *antipolítica* (Yabkowski, 2010:85) lo erigió como delegado representante de las clases afectadas - apelando a una suerte de mandato imperativo, un vínculo más directo que el de los ciudadanos con la clase política, que ha salido de la crisis no hace tanto tiempo. En palabras de Yabkowski: “En el caso particular del «campo», la presencia se torna legítima

---

<sup>143</sup> Uno de los aliados clave que el gobierno kirchnerista perdió a lo largo de esta contienda fue el entonces gobernador santafesino Hermes Binner quien, presionado por las distintas medidas de fuerza llevadas a cabo en su provincia, se inclinó primero por el distanciamiento y luego por la oposición a la medida, siendo uno de sus principales interlocutores el vicepresidente Julio Cobos. Para un recorrido pormenorizado de estos posicionamientos ver la cronología del conflicto en Comelli, Castro García, Godfrid et al., 2011.

<sup>144</sup> Otros políticos con voz reiterada en el conflicto fueron Mauricio Macri, Gerardo Morales, Federico Pinedo.

al interior del imaginario social que se generó con las protestas de diciembre de 2001, pues a partir de ese momento se tornó legítima la presencia efectiva en la calle de personas no necesariamente agrupadas políticamente en organizaciones como partidos políticos o incluso organizaciones sociales” (2010:100).

El gobierno, por su parte, apeló a una retórica primero confrontativa y luego institucionalista. En su etapa confrontativa, se mantuvo firme en el sostenimiento de la política económica y vinculó las medidas de fuerza a una intensión extorsiva, antidemocrática e incluso golpista, vinculada a los sectores contrarios a la política de derechos humanos del kirchnerismo y a aquellos que denostaban a la primera mandataria por su condición de mujer. Después de varias semanas de conflicto y numerosos intentos de negociación de medidas compensatorias con la Mesa de Enlace<sup>145</sup>, la posición del gobierno tomó una deriva institucionalista, al exhortar a sus antagonistas a formar un partido y disputar elecciones y al proponer el tratamiento legislativo de la medida. Sus apoyos fueron principalmente los sectores organizados del trabajo, la militancia peronista y los movimientos sociales. Por su parte, el ex presidente de la nación y entonces presidente del Partido Justicialista Néstor Kirchner jugó un papel preponderante como organizador del frente gubernamental. Esto reforzó el argumento de los medios de comunicación y la oposición que sostenía que la Resolución 125 no era otra cosa que una medida plebiscitaria, demagógica, destinada a sostener el clientelismo político; al tiempo que en varios momentos condujo al cuestionamiento del liderazgo efectivo de la presidenta.

Ambos polos recurrieron a la presencia efectiva en el espacio público en aquella disputa por el “todos”, en manifestaciones emblemáticas como el acto del “campo” en Rosario el 25 de mayo<sup>146</sup> o la manifestación en favor del gobierno el 18 de junio en Plaza

---

<sup>145</sup> Ver Comelli, Castro García, Godfrid et al., 2011.

<sup>146</sup> Ese día el gobierno realizó la celebración tradicional de la fecha patria en Salta, con un acto que congregó a miles de ciudadanos y ciudadanas, mayormente organizados y/o sindicalizados, provenientes de todo el país. La masividad del acto fue contundente y parangonable con el acto del campo en Rosario, no obstante lo cual su envergadura fue cuestionada a través de acusaciones de clientelismo respecto de los asistentes. El análisis de Vommaro (2010) sobre el modo en que los medios plasmaron ambos sucesos es elocuente al respecto.

de Mayo<sup>147</sup>. Sin embargo, la interpelación del “campo” a la ciudadanía no organizada - fundamentalmente a las clases medias urbanas y de pequeñas urbes vinculadas a la actividad agropecuaria - resultó siempre más contundente, fortalecida por su espontaneidad y por la construcción tan efectiva como ficticia del colectivo de “autoconvocados”<sup>148</sup>. Mientras “el campo” sostiene un discurso antipolítico - sustentando en posiciones del arco opositor (Yabkowski, 2010:92) -, y se arroga la representación del pueblo al encarnar naturalmente los intereses de “la república”<sup>149</sup>, el “gobierno”, personificado fundamentalmente por la figura de la presidenta, retoma la dicotomía “democracia vs. corporaciones” propia de la transición democrática. Para Rinesi (2010), el discurso presidencial se inscribe en la apelación a la representación política como baluarte de la legitimidad de una gestión o un gobierno. Al igual que en los años ochenta, aparece la apelación a una amenaza a la democracia para fomentar la participación ciudadana en colaboración con el gobierno, pero de manera mucho menos exitosa. Sin embargo, la vieja fórmula alfonsinista no resultó una estrategia retórica efectiva, en un contexto de democracia que aparecía paradójicamente como suficientemente consolidada en términos institucionales (Vommaro, 2010).

---

<sup>147</sup> Si algo quedó claro a partir del conflicto entre campo y gobierno fue la apelación a la movilización y a la ocupación de los espacios públicos en una clave de lucha política y social. A lo largo de los cuatro meses que duró el conflicto los espacios públicos fueron ocupados y disputados por los distintos actores políticos y sociales que pretendían sostener y dar apoyo a las distintas visiones que estaban en pugna. A lo largo de los meses durante los que se extendió el conflicto se realizaron al menos cinco actos multitudinarios en distintas plaza del país: el martes 1º de abril del 2008, el “Encuentro por la convivencia y el diálogo” en Plaza de mayo, en apoyo a la medida del gobierno; el 25 de mayo del 2008 el “Acto en Rosario” con los partidarios del sector agro exportador y el “Acto en Salta” por quienes apoyaban las medidas del gobierno nacional; el martes 15 de julio del 2008, en la víspera al tratamiento de la Resolución 125 en el Senado de la Nación, el “Acto en Palermo” que reunía a los partidarios campestres y el “Acto en la Plaza del Congreso” que reunía a quienes mantenían un apoyo a las medidas del gobierno. (Muraca, 2016:207)

<sup>148</sup> “Es tal vez el recurso a las bases lo que permite explicar, aunque sea sólo en parte, la emergencia de una figura como la de Alfredo De Angeli. Surge, precisamente, como la voz de los autoconvocados – a pesar de ser el dirigente principal de la Federación Agraria de su provincia, Entre Ríos – y por ellos algunos lo han llamado el dirigente de la “quinta entidad” (Yabkowski, 2010:83).

<sup>149</sup> Aunque no es el objetivo de nuestro trabajo ahondar en el conflicto agropecuario más allá de sus implicancias político-conceptuales y su repercusión en la discusión político-intelectual circundante, cabe mencionar que la disputa se extendió, con distintas dinámicas, hasta las elecciones legislativas del año 2009. A comienzos de ese año, la Mesa de Enlace lanzó un documento “El aporte del campo a la política”, con el cual buscó explícitamente influir en los programas electorales de las distintas fuerzas de oposición, y logró colocar en las listas varios representantes del sector. En dicho documento se hace explícita la defensa de “la república” por parte del sector. Para un análisis de sus pormenores, ver: García, Comelli y Palmisano, 2011.



A pesar de la flexibilización de la posición gubernamental, las protestas continuaron e incluso se incrementaron, con la integración de amplios contingentes sociales de las provincias más vinculadas a la producción de materias primas - Santa Fe, Córdoba, La Pampa, Entre Ríos, Buenos Aires -, a lo que se sumarían los sectores medios y altos de Capital Federal, descontentos con la actitud presidencial. Al mismo tiempo, se sostuvieron las movilizaciones de apoyo al Gobierno de los sectores piqueteros a cargo de Luis D'Elía y la creciente crisis económica que estaba generando el desabastecimiento del sector agropecuario (Giarracca, N., Teubal, M. y Palmisano, 2008:45). Frente a este escenario, el gobierno decidió elevar la medida para ser aprobada mediante ley en el Congreso, y el “campo” congeló sus medidas de fuerzas tras 120 días de protesta. En primera instancia, la ley fue aprobada por 129 votos a favor, 122 en contra y 2 abstenciones en la Cámara de Diputados. Tras dos semanas de arduas discusiones en la Cámara de Senadores, el proyecto de ley fue rechazado el 16 de julio por un voto de desempate del vicepresidente de la Nación y presidente del Senado, Julio César Cleto Cobos<sup>150</sup>. “Dos grandes marchas en la ciudad de Buenos Aires habían coronado un día antes el ciclo de movilización en las calles y nuevamente el campo y sus aliados le habían ganado numéricamente al acto oficial” (Giarracca, N., Teubal, M. y Palmisano, 2008:51).

Buena parte de los autores consultados para restituir los hechos y dimensiones del conflicto “campo-gobierno” coinciden en señalar que se trató de un conflicto entre proyectos pre-hegemónicos, que puso en juego, a partir de la disputa por la representación,

---

<sup>150</sup> Como se señaló, la presión de las bases y la amplificación de la protesta por los medios de comunicación masiva impulsaron a muchos diputados y senadores del oficialismo a votar contra la iniciativa legislativa de su espacio. En cuando al vicepresidente, su posicionamiento en contra de la medida fue manifestándose paulatinamente a lo largo del conflicto, a medida que se multiplicaban sus reuniones con gobernadores de la oposición, siendo su gesto más elocuente la publicación de una carta abierta de su autoría exhortando al diálogo. Finalmente, los argumentos con los que justificó su voto no positivo tuvieron, al igual que los discursos procampo, marcas de “lo antipolítico”: la negación del conflicto como elemento constitutivo de la política y su consulta final con miembros de la familia para tomar la decisión resultan significativos en este sentido. “De este modo, la familia y el conflicto sin sentido convierten su voto negativo en un voto neutro, sin que resulte una paradoja. Esta fue la intención del discurso, ayudado por la circunstancia de que el rechazo a la ley implicaba, de cierto modo, la conservación del *statu quo* en lo que hace a las retenciones a las exportaciones de granos. Podemos decir que Julio Cobos, al igual que lo hicieron «el campo» y el oficialismo, intentó representar a un *todos*. Pero la diferencia esencial reside en que, mientras el Gobierno y «el campo» trazaron para ello una frontera antagónica que dividía a la sociedad en dos, aspirando cada uno a que su totalidad sea la única legítima (...), en el discurso del Vicepresidente prevaleció el recurso al institucionalismo, el cual niega la necesidad ontológica de expresar la división social” (Yabkowski, 2010:115). Sobre las relaciones entre presidente y vicepresidente ver: Serrafero, 2015.

el antagonismo entre dos concepciones de país sustentadas en andamiajes conceptuales y políticos contrapuestos (Giarracca, Teubal y Palmisano, 2008; Pucciarelli, 2017; Vommaro, 2010; Yabkowski, 2010). En palabras de Pucciarelli, el conflicto campo-gobierno abrió en 2008 una disputa en torno a la hegemonía del modelo kirchnerista, que se volvería cada vez más explícita con el correr de los años:

“Más allá de los diversos intentos de construcción hegemónica, a partir del conflicto con las patronales agropecuarias entre marzo y julio de 2008 se fue conformando un régimen de hegemonía escindida integrado por dos proyectos prehegemónicos en constante disputa, uno de carácter republicano, conservador y neoliberal, y otro de corte nacional, popular, y democrático” (2017:20).

En efecto, esta tesis se orienta a indagar ulteriormente en la construcción de estos dos proyectos dicotómicos, teniendo en cuenta que fue este el conflicto que otorgó a la oposición política y social al kirchnerismo un polo en torno al cual aglutinar sus disconformidades, y que el concepto de república operó en este proceso como un significante que concentró diversos intereses, aspiraciones y reivindicaciones de estos sectores. La pregunta que emerge como contrapartida de esta primera es, ciertamente, qué lugar ocupó la república y el republicanismo del lado del proyecto que para muchos la excluyó de plano al proclamarse popular. Teniendo en cuenta los debates intelectuales circulantes desde el retorno de la democracia en torno a la centralidad de la república y su relación compleja con la democracia, atenderemos en particular al modo en que esta semántica conceptual fue apropiada y modulada por los grupos de intelectuales que emergieron en la coyuntura crítica del año 2008, recuperando tanto la centralidad de estos sintagmas en la disputa política como el papel que los intelectuales han jugado históricamente en relación a la política nacional.

### **Cap. III: Carta Abierta y Club Político Argentino: conflicto político y lenguaje republicano**

Como señalamos al comenzar, esta tesis se ha propuesto indagar en el modo en que la intelectualidad argentina se insertó en el debate político público a partir del conflicto conocido como “campo-gobierno” en 2008 - tanto en favor como en contra del gobierno kirchnerista. Es nuestro interés analizar el modo en que los conceptos de república y republicanismismo se situaron en dicha coyuntura crítica y en particular, la forma en que fueron usados, vehiculizados, modelados, apelados y - también - olvidados por dos espacios de sociabilidad intelectual que se constituyeron al calor del conflicto agropecuario: Carta Abierta y Club Político Argentino. Trabajar dos espacios de sociabilidad intelectual que surgieron simultáneamente y se ubicaron en espacios antagónicos del espectro político nos permite comprender más precisamente cómo se sitúan esos usos en cada tradición política, en la medida en que los sentidos - y las identidades políticas mismas - son construidas relacionamente y se transforman en razón de coyunturas históricas críticas<sup>151</sup>.

Nuestro análisis se centra en las intervenciones colectivas de ambos espacios vinculadas al conflicto en cuestión y aquellas que aluden posteriormente al mismo, o al modo en que Carta Abierta y Club Político Argentino conceptualizan y semantizan a la república y el republicanismismo. Asimismo, recogemos otras intervenciones realizadas a título individual por los principales referentes de ambos grupos - Horacio González y Vicente Palermo, respectivamente -, siempre vinculadas a los tópicos mencionados; en particular, restituiremos el intercambio suscitado por la primera carta abierta entre ambos referentes. Tendremos también en cuenta los sentidos circulantes en torno a la república en el ámbito académico e intelectual más allá y más acá de estos espacios de sociabilidad

---

<sup>151</sup> “Tomando como punto de partida los aportes de la Historia Conceptual (Koselleck, 1993) y la Historia Intelectual (Skinner, 2005) aplicadas al análisis de lo político, sólo se pueden comprender los usos de «república» en determinada tradición o referente intelectual a partir de su contraposición dialéctica con otros miembros del campo con posiciones antagónicas, diferentes o complementarias” (Rodríguez, Freibrun, 2011:2).

intelectual<sup>152</sup>. En este sentido consideraremos el modo en que los espacios se apropian o no de los desarrollos teórico políticos llevados adelante al interior de su propio campo; o si, en cambio, prima en sus discursos la condensación de sentidos y la retórica del campo político en cuya disputa pretenden intervenir. Revisar las condiciones de surgimiento y la morfología de estos espacios de sociabilidad que emergieron al calor del conflicto agropecuario será el paso inicial para adentrarnos en la interpretación de sus intervenciones en la clave propuesta.

Siguiendo a Lesgart, advertimos que “[E]n determinados momentos históricos, los conceptos valen por los usos y significados que adquieren en contexto más que por ser empleados con apego a sus conceptualizaciones universales. Y también sirven por su fuerza impulsora de nuevos proyectos políticos, aunque estos se construyan a costa de realidades que se desvanecen” (2000:36). Por ello, procuramos limitar posibles abordajes normativos y minimizar los prejuicios teóricos y políticos, teniendo presente que los conceptos no son otra cosa que la condensación de experiencias teóricas, históricas, sociales y políticas.

### **III.1. Emergencia de los espacios de sociabilidad intelectual**

Los espacios de sociabilidad intelectual Carta Abierta y Club Político Argentino emergieron al calor de la crisis “del campo”, extensamente descripta. Si bien no fueron los únicos grupos de intelectuales que se constituyeron durante el kirchnerismo<sup>153</sup>, su preminencia se desprende tanto de su común origen como de su persistencia en el tiempo hasta el presente. Asimismo, consideramos que ambos grupos, aunque conformados en el mismo contexto y con una pretensión similar de intervenir en el debate público y en la orientación de las políticas públicas del entonces gobierno kirchnerista, representan dos

---

<sup>152</sup> Ver apartado II.1.b.

<sup>153</sup> Los grupos Aurora y Plataforma 12, constituidos en 2009 y 2012 respectivamente, fueron los otros agrupamientos que buscaron interpelar al gobierno kirchnerista con sus intervenciones públicas y discutieron extensamente con Carta Abierta en tanto espacio intelectual identificado - y auto-identificado - como oficialista en ese entonces. El grupo Aurora de una Nueva República se fundó en julio de 2009 y, aunque no se ha disuelto, no se muestra activo desde fines de 2011. Plataforma 12, por su parte, se fundó el 4 de enero del 2012 y se disolvió en julio del 2018. Ver Pavón, 2012; Retamozo, 2012.

perfiles intelectuales diversos. Al mismo tiempo, sus modos de intervenir y su recurso a distintos usos de conceptos políticos centrales a la hora de abordar la realidad política nos permiten ubicarlos en puntos opuestos dentro del espectro político nacional, lo que resulta ilustrativo respecto del modo en que la relación entre intelectuales y política mantiene vigencia en Argentina - al igual que en muchos otros países - y pone en evidencia las potencialidades y limitaciones de esta intervención.

Antes de adentrarnos en el análisis de las dinámicas e intervenciones de ambos grupos, cabe señalar que el tratamiento que los mismos han recibido desde su constitución hacia el presente ha sido dispar. En virtud de la cercanía entre Carta Abierta y el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner, este espacio ha recibido mayor atención y ha sido objeto de mayores reflexiones, plasmadas en artículos y libros<sup>154</sup>, pero también en entrevistas y reflexiones de otros intelectuales<sup>155</sup> que, si bien tienen en cuenta al Club, lo describen de manera mucho menos exhaustiva que a Carta Abierta. Por ese motivo, la reconstrucción de sus orígenes y características se sostiene sobre un acervo documental más extenso, al tiempo que la descripción de la fisonomía y dinámica del Club Político Argentino se ha construido de manera más artesanal.

Carta Abierta emergió a partir de la preocupación de un grupo de intelectuales y artistas - muchos de ellos participantes históricos de revistas de intervención política y cultural<sup>156</sup> - en medio de la polarización social frente al conflicto por las retenciones.

---

<sup>154</sup> Ver: González, 2014; Morán, 2017; Pavón, 2012; Pavón, 2013; Pulleiro, 2013; Waiman, 2016.

<sup>155</sup> González, 2011; Sarlo, 2013; Svampa, 2010, 2012.

<sup>156</sup> “La primera reunión fue entre los colectivos editores de tres revistas, que eran *Pensamiento de los Confines*, *El ojo mocho* y una revista más juvenil que es *El río sin orillas* y unos amigos sueltos. Es importante este origen también, porque para mí, por esa razón, Carta Abierta tuvo el tipo de lenguaje, y discusión sobre el lenguaje que tiene. Cuando nos acusan de escribir medio ensayísticamente, medio raro, con demasiadas metáforas o giros, o un poco barroco, hay que ver que ese es también el modo en que se escribió en *Confines* o *El ojo mocho*; el tipo de género, en materia literaria, surgió de esos antecedentes. La primera reunión fue de unas 30 personas más o menos, con la idea de que somos los mismos de siempre que vamos a sacar a lo sumo una solicitada, nos leeremos entre nosotros, éramos todos editores de revistas, (...). Pero en la segunda reunión, había unas 60, 70 personas, ahí se empezó a discutir, definimos la escritura de una carta. En la tercera reunión, éramos 200. Esa fue la secuencia, y ahí ya creo que en la cuarta reunión aprobamos la carta, pero el salto numérico fue el pasaje de un tipo de reunión donde conoces a todos a una reunión donde se rompió el *entrenos*” (María Pía López en Pavón, 2012:465). Asimismo, muchos de ellos habían participado de la experiencia de la revista *Unidos* tras el retorno de la democracia: “Algunos puentes se proyectan entre la experiencia de Unidos y el espacio Carta Abierta que respalda al kirchnerismo. No sólo por los nombres – Casullo, González, Jozami, Bernetti, Feinmann, Wainfeld-, comunes a ambas experiencias, aunque con diferentes intensidades en el campo de acción, sino también porque en ambos escenarios se han planteado demandas similares sobre los grandes temas nacionales. Sin tener una

Después de algunas reuniones, en las que la cantidad de participantes aumentaba exponencialmente, sus principales impulsores N. Casullo, H. González, R. Forster, C. Girotti y M.P. López, entre otros, promovieron la constitución de este espacio nombrado en honor a Rodolfo Walsh y su célebre Carta Abierta a la Junta Militar<sup>157</sup>, y la redacción de una intervención orientada a su difusión pública y masiva. La primera carta abierta<sup>158</sup> fue presentada el 13 de mayo de 2008 en la librería Gandhi, y las subsiguientes aparecieron publicadas principalmente en el diario Página 12 y en la plataforma web del espacio. En palabras de uno de sus principales referentes:

“Carta Abierta se comunicaba hacia el resto de la sociedad a través de documentos que se llamaron «cartas». Allí, con un lenguaje provisto de una escritura compleja y plena de recursos literarios y del lenguaje de las ciencias sociales, se exponían las ideas que iban teniendo distintos grados de recepción y repercusión en los medios y en los círculos políticos. «La idea de comenzar a escribir en un lenguaje que se pareciera al que usaba Nicolás – cuando era cuestionado en la revista *Unidos* por escribir de esa manera – reapareció ahí (...) En las primeras cartas usamos un lenguaje que fue resistido, tildado de barroco, yo intervine, Nicolás intervino, y las últimas poseen un lenguaje más de las ciencias sociales, que no es un

---

correspondencia directa, el reencuentro de las caras y las posiciones políticas los ha llevado a una experiencia compartida” (Pavón, 2012:212). Asimismo, cabe subrayar que Casullo había estado también vinculado a *Controversia*, en el exilio.

<sup>157</sup> En ella, como señala Retamozo (2012), Walsh hace explícita mención de la Sociedad Rural Argentina como uno de los sectores vinculados y beneficiados por el gobierno de facto.

<sup>158</sup> Podemos afirmar que se trata de un subtipo dentro del género discurso político, en la medida en que presenta una serie de especificidades. En primer lugar, las cartas abiertas tienen la particularidad de evocar la ya mencionada Carta Abierta a la Junta Militar escrita por Rodolfo Walsh, no sólo en su denominación sino también en su estructuración expositiva y argumental. En términos de Maingueneau y Cosutta (1995), aquella primera Carta Abierta comprendería el *architexto* de las Cartas Abiertas posteriores, el texto modelo y fundante en el cual se han inspirado. Existe una circularidad constitutiva entre la imagen que el *architexto* deja ver de su propia instauración y la validación retrospectiva de una cierta configuración de redes de comunicación, de difusión de los saberes, de repartición de la autoridad, de ejercicio del poder que garantiza, denuncia o promueve por su gesto instaurador. Por otra parte, las características de la Carta Abierta n° 1 - la fundacional y, por lo tanto, la más densa en contenido respecto de la identidad y el posicionamiento del colectivo intelectual - nos permiten clasificarla en el subgénero *manifiesto* dentro del género discurso político, en términos de Mangone y Warley (1994). Los autores ubican su origen en el siglo XVII, con el surgimiento de las vanguardias críticas y utópicas que sustentaron la Ilustración. Asimismo, resaltan el carácter decisivo de la recepción en la definición del género textual y mencionan especialmente el caso de las Cartas Abiertas en ese sentido: “Más allá de aquellos textos que pueden ser considerados como manifiestos en un sentido estricto, existen muchos otros que lo son de una manera indirecta, que no se presentan como o no se reclaman tales. En casi todos estos casos es una determinada recepción social la que los convierte en manifiestos, independientemente de su intención originaria. El editorial de un periódico, un documento partidario, el pronunciamiento en forma de solicitada o carta abierta frente a un suceso puntual, entre otros ejemplos, pueden ser investidos de la función de manifiesto” (Mangone y Warley, 1994:38).

lenguaje inteligible. Buena parte de ellas tuvieron la marca de María Pía López, que logra una síntesis de escritura de las ciencias sociales y el ensayismo de alto nivel, y que al mismo tiempo no padece de las anfractuosidades del barroquismo. Para mí lo más interesante de Carta Abierta, más allá de las posiciones políticas, fue el modo en que se dio este debate hasta hoy ¿cómo escribir en política? En ese sentido es un grupo interesante, se podrá discutir todo lo que dice, porque también es interesante su situación, cómo es visto, no es un grupo que surge de la sociedad civil autónomamente, tiene un espacio público, hay funcionarios, van ministros del gobierno y al mismo tiempo se escuchan fuertes críticas y retazos persistentes de los lenguajes anteriores, del peronismo combativo, de la izquierda dura, del 70. Entonces es como un grupo que más que manifestar un oficialismo, expresión que ni me gusta ni le aconsejo a nadie, manifiesta lo irresuelto de las ideologías argentinas” (González citado en Pavón 2012:461-462).

El lenguaje, registro discursivo y disposición expositiva de los argumentos presentados en las cartas abiertas han sido, tal como señala González en el fragmento citado, motivo de distintas digresiones y reflexiones respecto del objetivo de estas comunicaciones. En general, las mismas se destacaron por su carácter ensayístico, su lenguaje entre barroco y academicista, y sus múltiples referencias a diversos hitos de la historia y la cultura nacional y universal<sup>159</sup>. Cabe asimismo preguntar, ¿A qué público se dirigen estos intelectuales? ¿A qué sectores de la población buscan interpelar? Efectivamente y tal como se desprende de la cita, hay algo de exploratorio y catártico en el ejercicio de escritura. Una mostración entre sí de estilos, y a la vez una construcción de la palabra colectiva que es representativa de estos intelectuales que pretenden

---

<sup>159</sup> “Hay quienes reivindican ese estilo de lenguaje y hay quienes se plantean dudas al respecto. María Pía López resulta una exponente del primer caso, ella sostiene que la discusión en torno a la complejidad del lenguaje, es *«un prejuicio universitario contra los sectores populares»*, a partir de comprobar que *«cada vez que sale una carta, aumenta la cantidad de gente que se siente interpelada para participar de CA. Con lo cual se plantea una discusión absurda, porque si no se entiende nada cómo puede ser que aumente la interpelación...?»*. Contrastando con esta postura, otro integrante de Carta Abierta, Eduardo Jozami, retoma casi como propia la observación de Piglia, y agrega: *«es un tema que uno no debería sacar de la agenda, aprovechar esto que dijo Piglia para tenerlo presente. Es decir, la preocupación de los intelectuales que escriben no sólo para un pequeño círculo, sino para tener influencia social...bueno, una preocupación central tiene que ser tener un lenguaje cada vez más claro.»* (Eduardo Jozami) Claramente ambos fragmentos arrojan miradas opuestas sobre la cuestión del lenguaje y los alcances del mismo en relación a los sectores que puede interpelar (González, 2014:99, cursivas en el original).

interpelar a los actores principales del conflicto que los convoca, pero también a sus pares, y a la ciudadanía en sentido amplio<sup>160</sup>.

En su libro *Kirchnerismo: una controversia cultural*, González resalta el papel de Nicolás Casullo como fundador del grupo, y define a Carta Abierta como un espacio de difícil inteligibilidad, que nuclea afluentes nacional-populares y de la izquierda democrática, proponiéndose vincular la producción crítica de conocimiento con el acontecer político de entonces (2011:84-85). Como señala Pulleiro (2013:167-168), González y Forster rápidamente reconocen el carácter anacrónico de una organización del tipo, teniendo en cuenta el proceso de profesionalización y autonomización del campo intelectual que se había desarrollado desde el retorno de la democracia. No obstante, las coyunturas críticas son para ellos circunstancias en que necesariamente el intelectual ha de recuperar su función crítica primigenia. En efecto y como se expuso en el primer capítulo, el fundador del espacio Carta Abierta definió al origen de la figura del intelectual como el comienzo de las intervenciones políticas directas por parte de una casta social cuyo potencial crítico se encontraba, hasta entonces, adormecido (Casullo, 2013). Esta inclinación por parte de un sector de la intelectualidad argentina por la intervención política a través de la palabra ha suscitado polémicas y resquemores por parte de aquellos que, siendo miembros del mismo campo, abogan por la autonomía crítica y no ven en este vínculo entre intelectuales y kirchnerismo más que una revisión nostálgica de lo que dio en llamarse *setentismo* (Palermo, 2008; Sarlo, 2013).

Como partícipes de la experiencia de estrecha vinculación entre intelectualidad y política de los años setenta, este grupo de intelectuales toma una responsabilidad política que evoca rasgos del compromiso crítico sartreano al tiempo que, en su posterior alineación al gobierno kirchnerista, asume gramscianamente la organicidad de su práctica<sup>161</sup>. En palabras de Pulleiro,

---

<sup>160</sup> En este sentido, las limitaciones del formato y el lenguaje elegidos para intervenir en la esfera pública se hicieron rápidamente evidentes, en la medida en que los principales interpelados fueron otros intelectuales y sectores medios urbanos y/o profesionales.

<sup>161</sup> Para Svampa, Carta Abierta representa la emergencia de un nuevo tipo de intelectual: “Carta Abierta ilustra también la consolidación de una nueva figura del intelectual político; ya no la del «consejero del príncipe» -que fue la figura que se difundió bajo el alfonsinismo, con el Grupo Esmeralda-, sino la del «intelectual funcionario», asociado a la política como gestión”. (Svampa, 2012:5)



“[h]ay sin dudas un rescate de la tradición intelectual comprometido, del modelo del intelectual clásico de la modernidad que a partir de la legitimidad que le confiere su actividad específica interviene en el debate público, como respuesta ética ante una situación histórica que así lo requiere. Se trata de la recuperación de la tradición inaugurada por Émile Zola desde su célebre «Yo acuso» y reeditada en diferentes momentos del siglo pasado por diversos agrupamientos de intelectuales” (2013:171-172).

Y, a la vez, “[e]se papel definido por el aporte específico en el plano de las ideas y la conceptualización, por momentos, se encima con el del militante a secas o el del dirigente político. En este sentido, podemos decir que hay más referencias explícitas a las tradiciones políticas en las que se reconocen los participantes que a tradiciones propias del campo intelectual” (Pulleiro, 2013:168). En términos de Sapiro (2011), puede afirmarse que los miembros de este espacio de sociabilidad fluctúan entre el tipo de intelectual crítico universalista y el militante. Así, Carta Abierta oscila en sus posicionamientos entre una reivindicación de su lugar de intelectualidad eminentemente crítica (Casullo, 2013:335) y el compromiso con un proyecto político en cuya trayectoria muchos se ven inscriptos ideológica e institucionalmente - dado que varios miembros son funcionarios estatales<sup>162</sup> (González, 2011:87).

La carta de presentación del espacio en su sitio web, pone rápidamente de manifiesto la afinidad política de los intelectuales de Carta Abierta con el kirchnerismo y su compromiso explícito con la defensa del gobierno vigente:

“Carta Abierta es un espacio no partidario ni confesional conformado por personas de la cultura, la educación, el periodismo, las ciencias, el cine, las artes, la poesía y la literatura, entre otras disciplinas. Surgió en marzo de 2008, en defensa del gobierno democrático amenazado por el conflicto suscitado por las patronales agropecuarias y distinguiéndose siempre por la preservación de la libertad de crítica.” (Carta Abierta /1)

---

<sup>162</sup> Horacio González fue director de la Biblioteca Nacional entre 2005 y 2015; Ricardo Forster participó del Canal Encuentro y en 2014 fue nombrado Secretario de Coordinación Estratégica para el Pensamiento Nacional; María Pía López dirigió hasta 2015 el Museo del Libro y de la Lengua de la Biblioteca Nacional, la cual fue sede de varios encuentros del grupo, que hoy se reúne en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

“Hay una fuerte inserción de los principales referentes en un ámbito académico fuertemente institucionalizado, pero también en las instituciones culturales gubernamentales. Esto debe ser tenido en cuenta a la hora de analizar la eficacia política de un tipo de intervención pública que pretende no perder su espacio autónomo para ejercer la crítica. El carácter híbrido o por lo menos poco claro del lugar de la enunciación no favorece dicha eficacia” (Pulleiro, 2013:175)

Al mismo tiempo, expresa críticas explícitas al gobierno:

“Una nueva época democrática, nacional y popular es una realidad de conflictos cotidianos, y precisa desplegar las voces en un vasto campo de lucha, confiar, alentar e interactuar. En este sentido, sentimos que las carencias que muchas veces muestra el gobierno para enfocar y comprender los vínculos, indispensables, con campos sociales que no se componen exclusivamente por aquellos sectores a los que está acostumbrado a interpelar, no posibilitan generar una dinámica de encuentro y diálogo recreador de lo democrático popular.” (Carta Abierta /1)

Dicha vinculación política se traduciría más tarde en diversos encuentros del espacio con representantes del gobierno<sup>163</sup>, así como en el apoyo a sus candidatos en las elecciones que sucedieron a los acontecimientos en torno a los cuales se ciñe el presente estudio. Por otra parte, el hecho de que en sus primeros años mantuviera una agenda temática análoga a la del gobierno de Cristina Fernández de Kirchner evidencia asimismo esta afinidad (Alemán, 2011:102).

En cuanto a la dinámica de funcionamiento del grupo, Carta Abierta se reúne quincenal o mensualmente y sus miembros realizan trabajos por comisiones (Retamozo, 2012:5). En su dinámica, se evidencia que el grupo ha heredado cierta tradición discursiva del Club de Cultura Socialista y evoca la experiencia del Grupo Esmeralda, mezclada con el espíritu de las asambleas de 2001-2002, en medio de la crisis argentina:

“El papel de Carta Abierta ha sido muy distinto al que ostentó el Grupo Esmeralda de Alfonsín, por ejemplo. No se constituyeron como consejeros directos de los Kirchner sino que se dieron una identidad como grupo de discusión, de análisis y de militancia. Una militancia ilustrada tal vez, capaz de cantar el Himno Nacional con todas sus estrofas en el acto del 25 de mayo de 2010, pero que, con mínimos reparos, siempre se reconoció kirchnerista. Es una agrupación que recoge, consciente o inconscientemente, la tradición asambleística de las asambleas barriales del 2002, las del Movimiento Argentina Resiste y que conserva el espíritu declamatorio de asambleas gremiales y de una discursividad que busca con quien enfrentarse. En el caso de Carta ese enfrentamiento se produce semana a semana; de diario a diario, buscando un lugar a donde disparar las palabras” (Pavón, 2012:495).

---

<sup>163</sup> La visita de Néstor Kirchner resulta emblemática en este sentido.

El Club Político Argentino, por su parte, nació apenas un mes antes del estallido del conflicto agropecuario, en febrero de 2008, aunque su Documento Inicial se publicó en junio de ese año (Retamozo, 2012:5). De acuerdo a lo expresado en su página web, el Club nace “en un contexto político que ya estaba mostrando signos preocupantes de descomposición”, y pretende intervenir en el debate público desde el particular punto de vista de las ciencias sociales con una apoyatura fuerte en categorías propias de la Sociología y la Ciencia Política, que fortalecen el perfil experto que sus propios miembros reivindican públicamente. Uno de sus grandes impulsores fue el politólogo y otrora participante de la revista *Unidos* Vicente Palermo, quien es hoy su presidente y principal referente en medios de comunicación.

El Club Político Argentino surge en tiempos de agonía del Club de Cultura Socialista - que se disolverá en julio de ese año - para convertirse en su eminente heredero, siendo muchos de sus integrantes otrora participantes del mismo. No obstante, cabe señalar algunas diferencias en términos del direccionamiento de sus intervenciones:

“La politóloga Claudia Hilb dice que el Club (del cual no forma parte) es un «hijo» del Club de Cultura Socialista. «El Club político se propuso un rol más activo, es decir, activar más a favor de la calidad institucional ¿De qué manera? Haciendo algo a mitad de camino entre el *think tank* y el *lobby*, invitando a políticos para hablar sobre el tema, influyendo sobre las discusiones. No como un actor político cultural como se pensó el Club anterior sino con una cosa de intervención política decidida sobre los debates cruciales para tratar de influir la política, el Club nunca se pensó así. Desde mi punto de vista el Club Político tiene un perfil un poco más de derecha, para llamarlo de algún modo, que el Club de Cultura Socialista»” (Hilb en Pavón, 2012:484-485).

En palabras de su presidente:

“Podemos decir, con orgullo, que uno de los abuelos del Club Político Argentino fue el Club de Cultura Socialista, al cual pertenecemos activamente algunos de nosotros. Pues bien, el CCS era un club pluralista (...) [p]ero no era una organización plural (esto no es para nada una crítica): el CCS era un club que formaba parte de la ancha, heterogénea, y difusa corriente del socialismo democrático. Solo tenía sentido integrar el club para quienes se sintieran dentro de esa tradición. Nosotros quisimos que el nuevo club expresara desde el vamos una pluralidad de sensibilidades y expresiones políticas democráticas, y poco a poco lo fuimos logrando (...). Desde luego este propósito es uno de los que nos llevó a elegir este formato: un club es una institución suficientemente flexible y horizontal como para adaptarse a la pluralidad interna. Pero, pluralista y plural, quisimos que fuera un rasgo propio del Club

Político Argentino, asimismo, hacer política (como su nombre lo indica). Es decir, que interviniera activamente en el debate público, que tomara posiciones, emitiera documentos, estuviera de un modo u otro presente en los medios, participara de las controversias, se vinculara de distintas formas con la vida política e intelectual del país.” (Palermo, 2016:12)

El Club Político reivindica un ámbito de sociabilidad originario de las capas intelectuales y políticas burguesas occidentales (Habermas; 1981:100-120; Sabato, 2008:389-392): una institución apoyada en un tipo de sociabilidad de camaradería, cuyas discusiones e intervenciones oscilan entre el espacio privado y el público (Retamozo, 2012:5)<sup>164</sup>. De acuerdo a lo expresado por los miembros fundadores del Club en su Documento Inicial:

“Ser un Club expresa justamente la diversidad y la flexibilidad necesarias. Es un ámbito en el que - confiamos - cualquiera de nosotros podrá encontrar valiosos insumos para dar fuerza a sus diferentes apuestas políticas personales, sean estas partidarias o de cualquier índole, y que, asimismo, podrá eventualmente hacer contribuciones colectivas en el mundo político, político cultural y social de hoy. No es una secta ni una logia, no es un grupo secreto, pero tampoco es un grupo público por cuanto no se obliga por anticipado a tomar posiciones públicas sobre los temas de su interés - podrá hacerlo o no, y esto dependerá de las circunstancias y los criterios que prevalezcan entre los participantes”. (Documento Inicial)

En cuanto a su modalidad de funcionamiento, el Club Político Argentino publica documentos colectivos - análogos a las cartas abiertas - y también difunde los aportes de miembros individuales a los debates abiertos al público que tienen lugar en cada reunión periódica de socios.

Cabe señalar una característica saliente de la autodefinición de este espacio de sociabilidad: quienes participan en él han aclarado en más de una oportunidad que no se trata de un espacio de intelectuales, sino que se trata de distintos tipos de profesionales y ciudadanos comprometidos con la realidad que buscan incidir con su saber específico y su punto de vista en el debate en torno a los asuntos comunes de la nación<sup>165</sup>. Sin embargo,

---

<sup>164</sup> “Quisimos hacer un club (un tipo de institución bastante poco frecuente en la política argentina) porque procurábamos hacer política sin perder libertad de acción, sin atarnos de pies y manos como es necesario hacerlo en el seno de un partido, y porque queríamos sacar provecho de la riqueza y diversidad de las redes informales en las que muchos de nosotros estábamos insertos” (Palermo, 2016:11).

<sup>165</sup> “No somos un grupo de intelectuales, ni mucho menos la usina de ideas o los apologistas de ningún gobierno, ni de ninguna corriente política”, aseguran. Y explicaron que “no somos un grupo de intelectuales por la sencilla razón de que, desde su nacimiento, el Club hizo lugar a ciudadanos argentinos de diferentes condiciones: políticos, periodistas, profesores, académicos, funcionarios y exfuncionarios públicos,

y de acuerdo a las precauciones conceptuales y de método desarrolladas en el primer capítulo de la presente tesis, es posible afirmar que el carácter de intelectual de un individuo no se define exclusivamente por su percepción subjetiva sino por el contenido y forma de sus prácticas de intervención individuales y colectivas. Siguiendo a Bauman (1997:10), consideramos que el ser intelectual es un efecto de la combinación de discursos y prácticas políticas en la esfera pública, más que una rúbrica que pueda ser auto impartida. En este sentido, es posible hipotetizar que la calidad de expertos (Sapiro, 2011:132-133) y ciudadanos que los miembros del Club Político Argentino reivindican para sí los incita a descorrerse de la imagen del intelectual humanista, de mayor trascendencia en la cultura argentina. No obstante, la labor que se proponen los participantes del Club no se reduce a un mero asesoramiento técnico en el diseño de políticas públicas o el mejoramiento de la calidad de instituciones específicas: su pretensión de participar del debate público partiendo de un diagnóstico negativo de la realidad nacional y desde el compromiso cívico los acercan también a la figura del intelectual comprometido específico, esbozada por Foucault (2014). En sus palabras:

“Hemos intercambiado muchas ideas entre nosotros sobre lo que nos proponemos ser y hacer. Encontramos un nombre provisoriamente apropiado, esto es Club Político Argentino. Pero más importante que el nombre es hacer explícitas ciertas características que deberían ser definitorias de nuestros vínculos y de nuestra convocatoria. Nos reúne un propósito eminentemente político, en un momento de la vida nacional en el que muchos de nosotros no encontramos motivos para incorporarnos a partido político alguno, y muchísimo menos coincidiríamos en nuestras hipotéticas preferencias partidarias. Creemos en la necesidad de reconstruir el sistema de partidos y no tenemos la menor animadversión por los partidos políticos - y algunos de nosotros de hecho actúan a la sazón en alguna de esas organizaciones. No obstante, coincidimos en que no sería adecuado pensarnos como parte de una opción partidaria; tampoco nos guía la intención de fundar un partido nuevo. El formato que nos hemos dado permite mantener una positiva diversidad y apostar a contribuir más y mejor con la política. Formato ciertamente más apropiado que un partido nuevo o una propuesta de incorporación a un partido, para dar cuenta del mundo político fluido, impredecible y transitorio en el que nos toca vivir. Intentemos precisarlo paso a paso.” (Documento Inicial)

---

profesionales, comerciantes, empresarios, en un pie de total igualdad para todos sus integrantes”. (La fiesta de los 10 años del Club Político Argentino, 30 de abril de 2010). Recuperado de <https://www.infobae.com/politica/2018/04/30/la-fiesta-de-los-10-anos-del-club-politico-argentino/>.

Aunque no hubo un ánimo confrontativo identificable en el Documento Inicial del Club, muchos de sus miembros fueron expresando poco a poco su disidencia con el espíritu político de Carta Abierta (Pavón, 2012:483) y, en efecto, “parte de la prensa identificó su aparición como «la contracara del grupo *Carta Abierta*», aunque sus integrantes intentaron despegarse de esta dicotomía” (Retamozo, 2012:5). Sin embargo, la dinámica de funcionamiento del club y su nómina de miembros originarios da cuenta de cierto posicionamiento relativamente claro dentro del espectro político nacional, en la medida en que se encuentra entre los asistentes a numerosos políticos opositores al kirchnerismo e intelectuales que se han destacado por sus reiteradas críticas al gobierno de Cristina Fernández de Kirchner:

“El Club ha invitado políticos para exponer y discutir. Por allí pasaron: Claudio Lozano; Felipe Solá; Gabriela Michetti; Federico Pinedo; Patricia Bulrich; Hermes Binner; Silvana Giudici; por ejemplo. Con ellos se discutieron temáticas políticas coyunturales y generales. ¿Cuál es el legado que nos deja la crisis del campo? ¿Cómo se reacomodan las fuerzas? Y en este sentido la presencia de todas estas personas provenientes de diferentes troncos político-partidistas, se dio por la credibilidad que tenía el Club como un espacio en el cual pretendía debatir con instrumentos distintos a los convencionales, y con la posibilidad de disentir, cuestionar, replantear argumentos. Paralelamente, el Club ha hecho foros o encuentros específicos con Beatriz Sarlo, Roberto Lavagna, Eduardo Buzzi, entre otros”. (Pavón, 2012:484)

En resumen, el año 2008 se erige como la coyuntura crítica en la que el vínculo entre intelectuales y política se revitaliza, cristalizándose en una nueva institucionalidad, y renovadas discusiones en torno a la legitimidad de lo político. Como señalan H. González (2011) y Pavón (2012) se inició entonces la llamada *batalla cultural*. Esta fisura reforzó la disputa política conceptual vinculada a la legitimidad del gobierno representativo de Cristina Fernández de Kirchner. El republicanismo institucionalista encontró eco en todos aquellos que deslegitimaron la medida como una forma de acceder a recursos para dar continuidad al clientelismo político propio del denostado populismo de la pareja presidencial, al tiempo que fue deliberadamente olvidado por la reivindicación del populismo democrático que apoyaba el proceso político. En este sentido, la configuración de los grupos de intelectuales Carta Abierta y Club Político Argentino jugó un papel

central en la representación de la disputa en torno a estos conceptos. Mientras Carta Abierta instó al gobierno a ampliar la sustancialidad democrática reforzando sus vínculos con la ciudadanía activa en tanto actor fundamental de un proceso democrático popular de este tipo, el Club encendió las alarmas respecto de la transgresión de la división de poderes, los abusos presidenciales, y coincidió con el campo respecto de su rol fundamental en la estructura productiva nacional y su proyección internacional. Veremos que Carta Abierta lograría hacer trascender expresiones como “complejo agromediático” y “clima destituyente”, al tiempo que el Club Político Argentino acabaría por vincular sus reclamos de institucionalidad a aquellos sostenidos por los dirigentes políticos de la oposición que son, al presente, oficialismo. Ahora bien, como señaló A. Rosler en una entrevista reciente<sup>166</sup>, es claro que el republicanismo de oposición y el de gobierno no se asimilan demasiado. De los avatares del concepto de un lado y otro de la institucionalidad y sus corolarios teóricos y políticos nos ocuparemos en los apartados subsiguientes.

### **III.2. Usos y desusos de la república y el republicanismo**

Como analizamos en el primer capítulo de la presente tesis, república y republicanismo comprenden conceptos políticos fundamentales cuya plurivocidad da cuenta del complejo entramado sociohistórico en el que operan como referentes de certeza y horizontes de expectativas. Desde los orígenes de nuestro ordenamiento político y jurídico nacional, la república apareció tanto para los intelectuales como para la clase política como un problema, como un ideal, y fundamentalmente como un proyecto a realizar. El republicanismo, entendido como tradición y concepto de movimiento, ha permanecido a partir de entonces como una clave de lectura de la realidad política de nuestro país vinculada, a grandes rasgos, a una forma particular de la institucionalidad democrática y al gobierno de la ley.

---

<sup>166</sup> 4tas Jornadas de Ciencia Política del Litoral [FHUC-UNL] (29 de mayo de 2018). “Populismo y republicanismo” [Archivo de video]. Recuperado de: [https://www.youtube.com/watch?v=0NN0\\_YmciNM](https://www.youtube.com/watch?v=0NN0_YmciNM)

Hemos observado que desde la transición de los años ochenta el concepto de democracia se convirtió en el eje central de todas las discusiones intelectuales y el baremo con el cual se ha juzgado el desempeño de los gobiernos subsiguientes. No obstante, república y republicanismo han sido sus complementos cuasi naturales, y su solapada presencia reapareció con renovado vigor en los debates en torno a la institucionalidad y legitimidad de los gobiernos kirchneristas, potenciados a partir del conflicto entre el gobierno y el sector agropecuario en 2008. En este contexto, los intelectuales jugaron un papel fundamental en la discusión y transmisión de sentidos - perimidos, novedosos y perennes. Es por ello que, en lo sucesivo, nos adentraremos en la especificidad de las formas en que los colectivos de intelectuales seleccionados para este análisis - Carta Abierta y Club Político Argentino - han usado u olvidado a la república y el republicanismo al momento de argumentar sus posicionamientos de cara al conflicto en particular y a la coyuntura política en general. En palabras de Retamozo, “[l]os pronunciamientos públicos de colectivos de intelectuales nos sirven como campo de observación para el análisis de las tradiciones políticas, los lenguajes, las figuras, los recursos, las formas y los contenidos presentes en los debates” (2012:4). Ulteriormente, este análisis nos permitirá reflexionar en torno a la presencia o no de un nuevo momento conceptual de la república en Argentina.

### **III.2.a. Cartas abiertas y Documentos colectivos. Interpretaciones en torno al conflicto “campo-gobierno”**

Las cuatro primeras cartas abiertas fueron publicadas mientras transcurría el conflicto entre el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner y el sector agropecuario. En particular, la primera carta abierta - la única que lleva número y no título, y la adhesión de centenares de firmas, a comparación del resto que ya no fueron firmadas (J. González, 2014:71) – fue presentada el 13 de mayo de 2008 en la librería Gandhi. El Club, por su parte, se presentó públicamente en junio a través del llamado “Documento Inicial” y su primera comunicación “De las plazas al congreso. Reflexiones sobre la crisis argentina”



data de agosto de 2008 y versa sobre el conflicto “campo-gobierno” desde una perspectiva económica y política<sup>167</sup>.

Para dar cuenta de los usos de la república y el republicanismo destacados durante este periodo, valga detenernos en la manera en que las intervenciones colectivas de los grupos en cuestión plasmaron una forma de interpretar el conflicto, así como una particular manera de vincular al republicanismo con el mismo. En este sentido, cabe señalar que procuramos restituir el campo semántico vigente en torno a los conceptos sin ceñirnos meramente a sus repeticiones. Asimismo, el tratamiento de las fuentes documentales de cada colectivo intelectual será diverso en virtud de las características que hacen a la singularidad de cada uno de ellos.

### ***República y republicanismo en las Cartas Abiertas***

La tesitura imperante en las cuatro cartas abiertas tenidas en cuenta en el presente análisis se vincula a la constatación de que la batalla cultural y política está teniendo lugar no sólo en las calles y el congreso sino también, y fundamentalmente, en el plano de los conceptos y los lenguajes políticos:

“Las situaciones críticas obligan a preguntarse qué palabras corresponden a los nuevos hechos. Entre las batallas pendientes en la cultura y la política argentina, está la de nombrar lo que ocurre con actos fundados en una lengua crítica y sustentable. Sin embargo, hoy las palabras heredadas suelen pronunciarse como un acto de confiscación. Cualquier cosa que ahora se diga vacila en aportar pruebas de su enraizamiento en expectativas sociales reales. Parece haber triunfado la «operación» sobre la obra, el parloteo sobre el lenguaje (...) Asistimos a un remate general de conceptos. Nociones tan complejas como la de «patria agraria», «Argentina profunda», «nuevo federalismo», han resurgido de un arcón honorable de vocablos, cuando significaron algo precioso para miles y miles de argentinos para salir hoy a luz como mendrugo de astucia y oportunismo. Como en los posmodernismos ya transcurridos, vivimos la sensación que en el reino de los discursos políticos e ideológicos, «todo es posible de darse»” (Carta Abierta/3).

---

<sup>167</sup> La mayor parte de los documentos subsiguientes de ese año se dedican a temáticas vinculadas al panorama internacional: Venezuela, Estados Unidos, el conflicto por las pasteras con Uruguay.

Ante esta necesidad de innovación conceptual que la coyuntura crítica impone, Carta Abierta responde en su primera intervención pública acuñando el sintagma “clima destituyente”<sup>168</sup>, objeto de múltiples interpretaciones y contestaciones desde el campo intelectual (Aboy Carlés, 2011; H. González, 2011; Novaro, 2008; Pulleiro, 2013; Retamozo, 2012; Sarlo, 2011, 2013; Svampa, 2012), y apropiado asimismo por el discurso presidencial<sup>169</sup>. En palabras de Retamozo, “la evocación a formas de golpismo y un intento destituyente, con el que el grupo caracterizó la acción de los grupos opositores al gobierno, buscó presentar la historicidad del conflicto e insertarlo en el escenario del drama nacional” (2012:5). De esta manera, el colectivo de intelectuales actualiza en sus inicios el esquema diádico que había configurado el campo político desde la transición democrática (Lesgart, 2004): democracia y autoritarismo aparecen nuevamente como un horizonte posible de inteligibilidad del conflicto político que, no obstante, presenta limitaciones evidentes en un contexto en el que la consolidación de la democracia en Argentina no puede ya ser puesta en cuestión.

En este sentido, el concepto de democracia adquirió un lugar central en la estructura argumental de Carta Abierta, articulándose con la noción de justicia social, tan

---

168 “Un clima destituyente se ha instalado, que ha sido considerado con la categoría de golpismo. No, quizás, en el sentido más clásico del aliento a alguna forma más o menos violenta de interrupción del orden institucional. Pero no hay duda de que muchos de los argumentos que se oyeron en estas semanas tienen parecidos ostensibles con los que en el pasado justificaron ese tipo de intervenciones, y sobre todo un muy reconocible desprecio por la legitimidad gubernamental”. (Carta Abierta N°1). Más tarde, en palabras de H. González “Entonces, «destituyente», como palabra alusiva e indirecta, alertaba sobre la gravedad de la situación sin colaborar a que se realizara dándole el nombre más obvio. Al sacarle trivialidad al lenguaje se posibilitaba una conciencia nueva alrededor de la percepción colectiva de la democracia. La democracia supone este uso deslizante del lenguaje, pero en otro nivel de lo político, lo cristaliza también para amortiguar el peso que tendría que estar siempre descubriendo la gravedad de las cosas. Mientras la política tradicional tiende a estandarizar la lengua, los momentos históricos dificultosos la abren a nuevos significados”. (González en Aizpeolea, 2013). Disponible en: <https://www.lavoz.com.ar/ciudad-equis/el-lenguaje-politico-establece-sus-grandes-nociones-en-las-fisuras>. Para una lectura contrapuesta ver la réplica de Sarlo en el mismo número (Orosz, 2013). Disponible en: <https://www.lavoz.com.ar/ciudad-equis/destituyente-es-un-insulto-que-se-arroja-al-enemigo>.

169 “«Destituyente» entró directamente en el discurso de los Kirchner y les propuso una clave interpretativa de gran peso: los gobiernos «populares» corren siempre el peligro de ser destituidos, ya sean en el sentido clásico del golpe de Estado, ya sea en el de un debilitamiento de fuerzas que los deje inermes frente a sus enemigos” (Sarlo; 2011:134). Desde mediados de 2017, este sintagma volvió a resonar desde el oficialismo en medio de una coyuntura de severa crisis; en este sentido, habría que revisar si se trata de un recurso populista o a excedido dicha especificidad. Ver: Falduto, 2017. Disponible en: <https://www.perfil.com/noticias/politica/el-clima-destituyente-es-destituyente.phtml>; Morales Solá, 2018. Disponible en: <https://www.lanacion.com.ar/opinion/otra-vez-un-clima-destituyente-nid2157416>, entre otros.

cara al campo nacional y popular (Retamozo, 2012:11)<sup>170</sup>. Así, la carta abierta N°1 recurre a usos del concepto de democracia que tocan tanto definiciones liberal-republicanas clásicas - la idea de que la democracia es un régimen político sustentado en elecciones de determinadas características y sus libertades concomitantes, que se traduce en la demanda de respeto por la investidura presidencial y en la adscripción de una ciudadanía universalista (O'Donnell, 2007) - como definiciones más radicales que apelan a la construcción “desde abajo” de la comunidad política, a partir de una participación ciudadana que trascienda los límites convencionales de la instancia electoral (Rodríguez Rial y Morán, 2018) o la opinión pública configurada desde los intereses espurios de los medios de comunicación<sup>171</sup>:

“Uno de los puntos débiles de los gobiernos latinoamericanos, incluido el de Cristina Fernández, es que no asumen la urgente tarea de construir una política a la altura de los desafíos diarios de esta época, que tenga como horizonte lo político emancipatorio. Porque no se trata de proponer un giro de precisión académica a los problemas, sino de una exigencia de pasaje a la política, en un tiempo argentino en el que se vuelven a discutir cuestiones esenciales que atraviesan nuestras prácticas. (...) Nos interesa pues encontrar alternativas emancipadoras en los lenguajes, en las formas de organización, en los modos de intervención en lo social desde el Estado y desde el llano, alternativas que puedan confrontar con las apetencias de los poderes conservadores y reactivos que resisten todo cambio real. Pero también que pueda discutir y proponer opciones conducentes con respecto a los no siempre felices modos de construcción política del propio gobierno democrático: a las ausencias de mediaciones imprescindibles, a las soledades enunciativas, a las políticas definidas sin la conveniente y necesaria participación de los ciudadanos. Una nueva época democrática,

---

<sup>170</sup> “[L]a cuestión democrática tan presente en los 80 lejos está de desaparecer como importante significante del discurso intelectual. Esta es resignificada y fusionada con el problema nacional. La democracia pasa a ser entonces el centro de la disputa y toda fuerza antinacional (antiperonista, gorila) es vista como antidemocrática, desestabilizadora. La cuestión nacional aparece como central pero con la cuestión democrática como noción que la articula. Así, si el nacionalismo de los 70 estaba vinculado a un fuerte antiimperialismo y unido a la idea de revolución socialista, la cuestión nacional de la intelectualidad kirchnerista se vincula más a una idea de democracia popular, combinada con reformismo estatista bajo una perspectiva latinoamericanista.” (Waiman, 2016:166)

<sup>171</sup> El conflicto con el campo opera como catalizador del conflicto con los medios de comunicación, que se profundizaba desde el gobierno de Néstor Kirchner. En efecto, muchas lecturas en torno al mismo interpretan que la célebre Ley de Medios se empieza a gestar en este contexto (González, 2014; Muraca, 2016; Sarlo 2011). No es casual que la segunda carta abierta se titule “Por una nueva redistribución del espacio de las comunicaciones” y esté dedicada enteramente a este tópico.

nacional y popular es una realidad de conflictos cotidianos, y precisa desplegar las voces en un vasto campo de lucha, confiar, alentar e interactuar.” (Carta Abierta /1)

Ambas acepciones del término evocan el componente republicano que necesariamente habita a toda poliarquía o democracia política (O’Donnell, 2007:88): el compromiso con lo público por encima de los intereses privados, identificado con la noción de civismo o virtud cívica. De este modo, la diferenciación entre civismo y civilidad, esto es, entre el compromiso con la comunidad política y la portación de derechos civiles concebidos en términos liberales, se encuentra a la base de dos maneras diversas de concebir la interacción con el Estado, los representantes políticos, y los conciudadanos en general, que se ponen en juego en los distintos repertorios de acción de los actores en pugna durante el conflicto entre campo y gobierno en 2008.

La carta fundacional subraya, en esta misma línea argumentativa, el rol que juegan los medios masivos de comunicación más concentrados en la transmisión de sentidos respecto - no sólo de la caracterización del gobierno de turno - sino de la definición de los conceptos que nos convocan, obstruyendo la posibilidad de construir una ciudadanía emancipatoria como la propuesta:

“En la actual confrontación alrededor de la política de retenciones jugaron y juegan un papel fundamental los medios masivos de comunicación más concentrados, tanto audiovisuales como gráficos, de altísimos alcances de audiencia, que estructuran diariamente «la realidad» de los hechos, que generan «el sentido» y las interpretaciones y definen «la verdad» sobre actores sociales y políticos desde variables interesadas que exceden la pura búsqueda de impacto y el rating. Medios que gestan la distorsión de lo que ocurre, difunden el prejuicio y el racismo más silvestre y espontáneo, sin la responsabilidad por explicar, por informar adecuadamente ni por reflexionar con ponderación las mismas circunstancias conflictivas y críticas sobre las que operan”.

(Carta Abierta /1)

Así, Carta Abierta ubica en el espectro opositor al gobierno - en el marco del conflicto agropecuario - no sólo a las corporaciones del agro - evocando notablemente el antagonismo erigido durante el alfonsinismo (Rinesi, 2010) -, sino también a los medios de comunicación masiva<sup>172</sup>, acuñando el sintagma “complejo agromediático”. Para este

---

<sup>172</sup> Cabe subrayar el modo en que este espacio de sociabilidad intelectual elude las referencias a los medios de comunicación que respaldan el posicionamiento oficialista. En este sentido hay que entender que cuando

agrupamiento intelectual, el heterogéneo conglomerado de actores que se nucleó bajo el agrupamiento “campo” disputó con cierto éxito la hegemonía política al gobierno recientemente electo, poniendo en cuestión su carácter representativo<sup>173</sup>. Desde el punto de vista de este colectivo de intelectuales, a través de la reactivación de la disputa en torno al modelo productivo del país, pero también de la forma popular que ha caracterizado al modelo de democracia política impulsado por el kirchnerismo - impugnado por clientelar, corrupto y abusivo - este viejo actor de la política y la economía argentinas restituyó una dinámica dicotómica y maniquea que ha sido siempre cara a la gobernabilidad y el desarrollo de nuestro país, reabriendo lo que ellos dieron en llamar “el laberinto argentino”. En sus palabras:

Nos cabe ahora una descripción sobre lo que ocurrió en estos últimos meses en nuestro país. (...) Era el gobierno el que aparecía como confrontativo y los realmente confrontativos aparecían como moderados, partidarios de la «democracia gris». Vulnerados los horizontes colectivos de creencias, un conservadorismo que no se molestaba en aparecer faccioso, conseguía hablar en nombre de intereses genéricos y de los símbolos compartidos. Entrábamos al laberinto argentino (...). El ámbito popular movilizado en defensa del gobierno era acusado de encarnar al «pueblo cautivo» al que había que rescatar con una «ética autonomista». (...) Era un trastocamiento general de los significados. No se esperaba semejante inversión de los trazos habituales que unían las palabras con las cosas. Acciones que con otra ambientación eran declaradas ilegales por los labradores agromediáticos y los nuevos movilizados, ahora parecían el non plus ultra del republicanismo ilustrado. En cambio, medidas de gobierno avaladas por la Constitución, se presentaban como ilegítimas o arbitrarias (...) Entretanto, la izquierda real, aunque no tenga generalmente ese nombre, pues actúa en gran medida con sus claves nacional-populares y sus legados humanísticos y sociales de pie, está en los filamentos realmente existentes del movimiento social democrático, expresado en infinidad de variantes de lenguaje y militancia. Fue a las plazas históricas a defender la democracia y con consignas

---

se refieren a “los medios” aluden especialmente a Clarín y La Nación, junto a sus radios, portales y canales de televisión.

<sup>173</sup> En línea con las interpretaciones en torno a los corolarios del conflicto recuperados en el apartado II.2.b. “Como en otras circunstancias de nuestra crónica contemporánea, hoy asistimos en nuestro país a una dura confrontación entre sectores económicos, políticos e ideológicos históricamente dominantes y un gobierno democrático que intenta determinadas reformas en la distribución de la renta y estrategias de intervención en la economía. La oposición a las retenciones comprensible objeto de litigio dio lugar a alianzas que llegaron a enarbolar la amenaza del hambre para el resto de la sociedad y agitaron cuestionamientos hacia el derecho y el poder político constitucional que tiene el gobierno de Cristina Fernández para efectivizar sus programas de acción, a cuatro meses de ser elegido por la mayoría de la sociedad”. (Carta Abierta/1)

propias, interpretó que el gobierno, aun moviéndose improvisadamente en la tormenta, encarnaba los trazos fundamentales de una voz popular que a su vez le reclamaba más afinación y claridad en los argumentos. Los hilos a veces tenues pero continuos de las memorias populares van tejiendo, como también lo supieron hacer en otras jornadas del pasado, los ideales emancipatorios y lo hacen en el interior de dificultades inéditas e, incluso, desprovistos, muchas veces, de señales luminosas que no suelen partir de un gobierno que no ha sabido, no ha podido y tal vez no ha querido profundizar en la creación de una genuina base de sustentación popular. (Carta Abierta/4)

Como se extrae de este fragmento, la valorización del horizonte de posibilidades que se abren con la participación popular que ha suscitado el conflicto en cuestión comprende un elemento central en el diagnóstico plasmado en las cartas abiertas, a pesar de que dicha participación sea interpretada por parte de la sociedad - concretamente, aquellos sectores opuestos al gobierno - como el resultado del clientelismo y la activación “desde arriba” de una población identificada como masas vulnerables en disponibilidad<sup>174</sup>. Es allí donde se plasma la concepción de la política y lo político que sustenta el colectivo y desde la cual se propone contribuir al reforzamiento de un ordenamiento democrático que considera tan valioso como legítimo. Las potencialidades del activismo ciudadano se aúnan con las iniciativas gubernamentales en una concepción de la política que, como se señaló, encuentra su eje en el concepto de democracia, haciendo hincapié en su carácter - y su deber ser - sustantivo y popular.

A simple vista no es república el concepto que opera como eje articulador de las interpretaciones del conflicto “campo-gobierno” por parte de Carta Abierta. No obstante, la atención puesta en el rol de las palabras en la disputa política - “Era un trastocamiento general de los significados. No se esperaba semejante inversión de los trazos habituales

---

<sup>174</sup> En palabras de González, “Mucho se debatió en la Argentina sobre el origen autónomo del compromiso político. En la época de la gran confrontación con las patronales agrarias, surgió el tema de las redes políticas que movilizan conglomerados sociales a los actos. Las derechas culturales creyeron ver la oportunidad de torcer el brazo al clientelismo, postulando la sociedad nívica, tratada con dulces cremas para pieles irritables, capaz entonces de convocar a actos públicos por deliberación individual y motivación autónoma. Cuidado: allí hay una encerrona conceptual. Resurgía la crítica al hombre colectivo, es cierto que ligado a formaciones populares tradicionales -el justicialismo y su maquinaria del conubano -, pero cuyas limitaciones no pueden ser superadas por la movilización de los propietarios. Ellos creen que si van con sus propios medios de locomoción, gozan de la libertad política del viandante que se autoriza a sí mismo, del flaneur urbano, que con displicencia exquisita, elige ir al acto partidario con su «libertad de los modernos» a cuestas” (2011:86).

que unían las palabras con las cosas” (Carta Abierta/4) - no sólo da cuenta de la consciencia de estos intelectuales respecto del modo en que los conceptos vehiculizan la conflictividad de esta coyuntura crítica<sup>175</sup>, sino también la constatación de que es desde el republicanismo que se opera ese trastocamiento - “Acciones que con otra ambientación eran declaradas ilegales por los labradores agromediáticos y los nuevos movilizados, ahora parecían el non plus ultra del republicanismo ilustrado” (Carta Abierta/4). La permanente puesta en relieve de la necesidad de un rol protagónico de la ciudadanía entendida en términos de compromiso cívico y construcción del espacio público da cuenta de un republicanismo intrínseco al posicionamiento de Carta Abierta, aunque el término en sí sea legado a la oposición al gobierno kirchnerista. Así, se registra en este espacio una concepción del republicanismo que reivindica tanto la virtud cívica, entendida como compromiso, participación y disfrute de la actividad política por parte de los ciudadanos, como la dimensión conflictual que atraviesa la existencia de toda comunidad política - recuperada por el revisionismo académico impulsado por el neorepublicanismo como el eje que concilia republicanismo y democracia política en su forma popular o populista:

“La inquietud es compartida por franjas heterogéneas de la sociedad que más allá de acuerdos y desacuerdos con las decisiones del gobierno consideran que, en los últimos años, se volvieron a abrir los canales de lo político. No ya entendido desde las lógicas de la pura gestión y de saberes tecnocráticos al servicio del mercado, sino como escenario del debate de ideas y de la confrontación entre modelos distintos de país. Y, fundamentalmente, reabriendo la relación entre política, Estado, democracia y conflicto como núcleo de una sociedad que desea avanzar hacia horizontes de más justicia y mayor equidad”. (Carta Abierta /1)

Las cartas resaltan, además, el rol del Estado interventor como garante de los derechos individuales y colectivos, subrayando la política de derechos humanos del kirchnerismo como el hito principal de su republicanismo<sup>176</sup> y remitiendo a la idea de

---

<sup>175</sup> “Como las grandes modas, que cambian sobre la base de un “sistema” que tiene cierta solidez, el lenguaje político establece sus grandes nociones en las fisuras de las luchas sociales o las luchas por el poder.” (González en Aizpola, 2013) Disponible en: <https://www.lavoz.com.ar/ciudad-equis/el-lenguaje-politico-establece-sus-grandes-nociones-en-las-fisuras>.

<sup>176</sup> “No vamos a insistir una vez más sobre la manera en que esta política de derechos humanos no es ni debe ser episódica, sino que constituye el nudo troncal de la época, su estructura última de significados. Los desavisados que la atacan con sus catilinas revelan hasta que punto representan el último escalón refinado para que se vuelva al orden antiguo. Postulan que hay impostura en la política de la memoria asumida;

gobierno de la ley que también subyace a la tradición republicana. En este sentido, el recordatorio permanente respecto del carácter legítimo del gobierno representativo de Cristina Fernández de Kirchner remite a la distinción primigenia entre gobierno representativo y directo en términos de república o democracia, presente en *El Federalista* (2001). Así, Carta Abierta subraya la paradoja que supone igualar a los dos sectores en pugna como potenciales representantes del “pueblo” - campo y gobierno - y legitimar *ad hoc* formas de la protesta social que contradicen un conjunto de derechos ciudadanos y sociales que, en otros contextos, han sido reclamados por los mismos sectores que en este los vulneran<sup>177</sup>. Concretamente, el grupo critica la legitimidad que revisten las protestas llevadas adelante por los productores agropecuarios y los “autoconvocados” por su fachada de civilidad apartidaria<sup>178</sup>, en contraposición a la denostación de las movilizaciones organizadas, partidarias y sindicales por parte de los medios masivos de comunicación.

En un escenario polarizado, el espacio explicita su apoyo a la posición del gobierno y a su línea política en general, sin dejar de subrayar la necesidad de profundizar en los lineamientos republicanos que se plantean en las cartas, en términos de un fortalecimiento del vínculo entre Estado y ciudadanía, en pos de la sustantivización de las libertades y los

---

postulan entonces, inevitablemente, un gesto de agravio gratuito que intenta desconectar el ciclo comenzado en el 2003 de sus más importantes bases expresivas y sus más profundas raíces de legitimación”. (Carta Abierta/4)

<sup>177</sup> “No hace falta referirse a los lugares ya comunes acerca del tratamiento marcadamente desigual para cada uno de los muchos actores de la escena, o a la permanente sobredramatización de acontecimientos conexos al conflicto, tales como el desabastecimiento, los intentos de corrida contra el peso, la crisis económica, etc. Tal vez quepa, en cambio, llamar la atención sobre cuestiones más elementales y más graves, tan instaladas que cuesta distanciarse de ellas para retomarlas en su justa dimensión, tales como el bautismo con una intención mítica bucólica de «el campo» para lo que es un sector de productores en busca de mayor rentabilidad, o la descripción permanente del conflicto como entre «dos sectores» equivalentes, o ¿más curioso aún? el borramiento radical de todos los reclamos por la calidad institucional que hasta días antes bañaban los medios cuando quienes deterioran de manera ostensible esa calidad institucional reclamada son otros que el mismo gobierno” (Carta Abierta/2).

<sup>178</sup> En palabras de González, “*Carta Abierta* nace en momentos de urgencia, cuando el reaccionarismo que abrigaba la sociedad argentina, arropado en nuevas formas productivas, generó un individualismo abstracto sostenido en chacareros enriquecidos, y aunque no lo fueran, envueltos en nuevas servidumbres voluntarias bajo la promesa de una felicidad tecnológica, semillas transgénicas y nuevos sistemas de siembra que generaban agrupamientos sociales antes no vistos. Todo nuevo reaccionarismo se mune de ideas que se siente libre para coleccionar de los órdenes conceptuales más diversos. Es así que algunas viejas izquierdas pudieron sentirse llamadas, en una llamativa confusión de conceptos, por estos agraristas de derecha que usaban métodos de protesta tomados del ciclo asambleístico anterior y criticaban al gobierno de ser aliado de los carteles de siembra. También tomaban la idea del ciudadano «autoconvocado», propia de la tradición republicana jacobina, acusando al gobierno de ser apoyado por un «pueblo de alquiler»” (2011:88).



derechos reconocidos - y por reconocer - en la letra por un Estado de derecho que es la condición de posibilidad de una república democrática. Es en este posicionamiento parcialmente crítico, entonces, que los miembros de Carta Abierta reivindican su condición de intelectuales:

“Teniendo en cuenta esta escena de nuestra actualidad, nuestro propósito es aportar a una fuerte intervención política –donde el campo intelectual, informativo, científico, artístico y político juega un rol de decisiva importancia– en el sentido de una democratización, profundización y renovación del campo de los grandes debates públicos. Estratégicamente se trata de sumar formas políticas que ayuden a fecundar una forma más amplia y participativa de debatir. Nos interesa pues encontrar alternativas emancipadoras en los lenguajes, en las formas de organización, en los modos de intervención en lo social desde el Estado y desde el llano, alternativas que puedan confrontar con las apetencias de los poderes conservadores y reactivos que resisten todo cambio real. Pero también que pueda discutir y proponer opciones conducentes con respecto a los no siempre felices modos de construcción política del propio gobierno democrático: a las ausencias de mediaciones imprescindibles, a las soledades enunciativas, a las políticas definidas sin la conveniente y necesaria participación de los ciudadanos. Una nueva época democrática, nacional y popular es una realidad de conflictos cotidianos, y precisa desplegar las voces en un vasto campo de lucha, confiar, alentar e interactuar.” (Carta Abierta/1)

En línea con las observaciones de Muraca (2016) respecto de la composición de una práctica republicana del gobierno kirchnerista más que de una retórica de esta envergadura, encontramos asimismo en los intelectuales identificados críticamente con el gobierno un republicanismo encarnado en sus modos de intervención y en su concepción misma de la práctica política que evoca la célebre concepción kantiana (Kant, 2002):

“Carta Abierta así lo propugna, porque su vida política es un conjunto de decisiones simultáneas que surge de las asambleas abiertas, de la integración libre, del sentimiento emancipado del sujeto público, del antagonismo creador sin cierre conceptual posible, de la proliferación sin cartilla previa de la cultura crítica universal y nacional y del estado contingente de interrogación permanente. Y especialmente de las escrituras y reescrituras, que suponen que cada escritura es a la vez otra, que permite pensarse nuevamente”. (Carta Abierta/4)

A pesar de esta presencia constante de la semántica republicana en las cartas abiertas, la preeminencia del concepto en el horizonte de sentido del conflicto agropecuario no llega

a ser enunciada, sino que el republicanismo es endilgado a los interlocutores opositores<sup>179</sup> - en sintonía con las divisiones que priman en el campo político. Los mismos son agrupados bajo un nuevo rótulo, de menor trascendencia, acuñado por Carta Abierta: “nueva derecha”<sup>180</sup>.

“«Clima destituyente» hemos dicho para nombrar los embates generalizados contra formas legítimas de la política gubernamental y contra las investiduras de todo tipo (...). «Nueva derecha» decimos ahora. Lo decimos para nombrar una serie de posiciones que se caracterizan por pensarse contra la política y contra sus derechos de ser otra cosa que gestión y administración de los poderes existentes (...). La nueva derecha se inviste con el ropaje de la racionalidad ciudadana, adopta los giros de lenguaje y los deseos más significativos de una opinión colectiva sin la libertad última para ver que encarna los miedos de una época despótica y violenta. Un intenso intercambio simbólico viene a sellar así la alianza entre la nueva derecha, los medios de comunicación hegemónicos y el «sentido común» más ramplón que atraviesa a vastos estratos de las capas medias urbanas y rurales del que tampoco es ajeno un mundo popular permanentemente hostigado por esas discursividades dominantes. (...) Es una operación a partir de la cual se definen las lógicas emergentes de esa nueva derecha que no duda en reclamar para sí lo mejor de la tradición republicana y democrática (...). Lo han hecho en otros momentos cruciales de la historia nacional. La nueva derecha inversionista ha comenzado por invertir el significado de las palabras. ¿Por qué no lo harían ahora?» (Carta Abierta/3)

De este modo, el espacio de sociabilidad intelectual cercano al kirchnerismo advierte hacia el final del conflicto el modo en que el mismo ha propiciado la conformación de un polo opositor, que reivindica para sí el republicanismo. Un republicanismo que, como veremos, es concebido en términos institucionalistas por parte de la clase política, pero también en términos de sustantivización de la ciudadanía por parte de los intelectuales que los representan. En este sentido, observamos que si bien hay convergencia en el espectro semántico e ideológico de un polo y otro del conflicto, la elaboración conceptual de los intelectuales profundiza en algunos aspectos que les permiten dar cuenta de la

---

<sup>179</sup> “A esto se agrega un nuevo progresismo liberal radical de derecha y una intelectualidad reconvertida hoy en republicana conservadora, que en el corazón de lo acontecido sólo encontró palabras para el discutible D’Elía como reencarnación, ánima o sombra de Facundo Quiroga ahí justo, pegadito a la Pirámide. Como dice un amigo: «En la Argentina, siempre, la cosa recién empieza»” (Casullo, 2008) Disponible en: <https://www.pagina12.com.ar/diario/especiales/18-104893-2008-05-26.html>.

<sup>180</sup> Este constructo ha sido reivindicado por Forster como uno de los grandes aportes de Carta Abierta a la innovación conceptual (Pulleiro, 2013:168).

pluralidad de sentidos que habitan al republicanismo, esto es, a la república como proyecto.

### ***República y republicanismo en los Documentos Colectivos***

El Club Político Argentino plantea desde su Documento Inicial tanto su carácter de colectivo intelectual crítico de la coyuntura política del momento, como sus líneas programáticas más salientes. En efecto, desde sus inicios el Club reivindica para sí un republicanismo cívico:

“Nos convoca un compromiso con lo político, una vocación cívica, unos valores compartidos, una viva estima por las ideas y por el debate público, por el pluralismo y por la diversidad. Somos conscientes de que la acción política supone casi siempre enfrentar dilemas, así como de las complejidades inherentes a la política democrática. Pero nos impulsa una preocupación activa y esperanzada por el presente y el futuro de nuestra sociedad y nuestro país. Quizás una síntesis apropiada de lo que queremos sea: contribuir a conferirle densidad política a la nación, sin incurrir en el nacionalismo. Entendemos la densidad política de la nación como lucha y aproximación a una comunidad de ciudadanos libres e iguales, que comparten derechos y deberes – y en la que es precisamente este compartir derechos y deberes el fundamento de la libertad y la igualdad. Pero, esa comunidad no es cualquiera, delimitada puramente por principios universales: tiene unas historias y culturas propias. Esta especificidad, entendida como conjunto de controversias, ideas, pasiones, intereses y acciones diversas, no la hace mejor ni peor, sí diferente, de cualquier otra. En los días que corren, conferirle densidad política a la nación consiste, creemos, especialmente en colocar en el centro de la política la idea de ciudadanía por oposición a dos impulsos que erosionan, tienden a vaciar, el sentido de pertenencia nacional: la exclusión y el retraimiento. La exclusión, que por lo evidente no requiere explicaciones, desfonda la nación por abajo: genera y perpetúa de diferentes modos, desigualdades que tornan, para una enorme cantidad de compatriotas, puramente ficticia la noción cívica de ciudadanía, de libertades e igualdades sostenidas en derechos y deberes compartidos”. (Documento Inicial)

Si bien algunas afirmaciones del documento dan cuenta de una inclinación hacia un republicanismo más civil que cívico - que exalta la definición procedimental de la teoría democrática para plantear sus objetivos - la necesidad de resituar al ciudadano en el centro de la actividad política aparece como el eje central de la propuesta inicial del Club Político. Su diagnóstico, en ese sentido, es similar al de Carta Abierta, aunque para los miembros del Club el gobierno kirchnerista no estaba actuando en favor de extender los derechos de

la ciudadanía. Aparece un diagnóstico diverso, entonces, respecto de la estatalidad y sus roles, y la afirmación de la necesidad de reconstruir una politicidad con valiosas raíces en el pasado - en línea con el consenso republicano señalado por Morresi (2010) - que evoca en forma perenne la tan mentada república perdida.

En el prólogo a una voluminosa compilación de artículos seleccionados publicados por distintos miembros del Club Político Argentino durante los gobiernos de Cristina Fernández de Kirchner (Itzcovitz y Rappoport, 2016), Palermo señala que, efectivamente, el Documento Inicial expresa los consensos conceptuales y éticos sobre los que se sostiene el pluralismo y la pluralidad de posiciones que detentan los numerosos miembros del Club, evocativo del pluralismo reivindicado desde el liberalismo político durante la transición democrática por el Club de Cultura Socialista y otros intelectuales progresistas y/o revisionistas respecto de sus posicionamientos otrora revolucionarios (Lesgart, 2000; Freibrun, 2014). Su diversidad de perspectivas encontró un punto de unión en la polarización suscitada por el conflicto entre el gobierno kirchnerista y el sector agropecuario:

“Volviendo a la inflexión política del 2008 y la 125, como nadie ignora, se abrieron entonces de par en par las puertas a una polarización que, a nuestro criterio es destructiva, una tosca división de la sociedad entre buenos y malos, polarización que, por un lado, el CPA combatió pero, a la cual, por otro lado, y mal que nos pese, no se pudo sustraer. (...) [L]a polarización dividió por completo el campo de la política y el campo intelectual y fue imposible establecer un área no polarizada. El CPA no tenía entidad para tanto. En cierto modo este factor, deplorable, contribuyó a facilitar las cosas al club, porque funcionó como un elemento de aglutinamiento (Palermo, 2016:13).

Respecto del posicionamiento del colectivo en relación a la semántica conceptual que nos convoca, Palermo señala:

“En nuestro documento liminar decíamos que nos animaba el propósito de contribuir a conferirle densidad a la Nación sin incurrir en el nacionalismo. Es posible que esto pueda sintetizarse en la expresión amor republicano a la Patria. La Patria es esencialmente la gente, y no solamente la tierra y los símbolos patrios como reza el nacionalismo argentino y universal. (...) La Patria en clave republicana es, no menos, las instituciones que nos constituyen como ciudadanos - la casa común en la que somos libres porque compartimos derechos y deberes - y como comunidad política. Y por fin, es el fuerte compromiso cívico de lucha contra la dependencia personal, aquella que se origina en la pobreza, la injusticia

social y la exclusión; es el nexo activo entre la noción de república y la de comunidad política en la que todos somos ciudadanos.” (Palermo, 2016:14-15)

El análisis retrospectivo del presidente del Club respecto de los principios republicanos explícitamente plasmados en su Documento Inicial es sintetizado por el mismo en la expresión “amor republicano a la Patria”. De esta manera, el Club Político Argentino propone como herramienta de inteligibilidad y, sobre todo, de prescripción de una forma republicana de la política democrática nacional, una batería de sentidos vinculada al republicanismo clásico: libertad, ciudadanía, virtud cívica, patria, son algunos de los conceptos centrales de una semántica republicana inspirada en las repúblicas antiguas y renacentistas, que no se había visto especialmente evocada en las discusiones en torno a la república que tuvieron lugar desde el retorno de la democracia<sup>181</sup>. La elección de la reivindicación del amor a la patria como contrapartida a un nacionalismo mal entendido<sup>182</sup> puede ser leída como un intento de este colectivo intelectual de disputar el sentido de estos conceptos a la experiencia popular - o, en sus términos, populista - que desde su posición gubernamental y representativa se arroga para sí determinada definición de estos<sup>183</sup>. Por otra parte, plantear la necesidad de un recentramiento de la ciudadanía<sup>184</sup>,

---

<sup>181</sup> La concepción de ciudadanía a la que suscribe el republicanismo es el nexo articulador del resto de su campo semántico que incluye un tipo de libertad, el debate, la ley, que sólo existen a merced de la actividad cívica (Rosler, 2016:213).

<sup>182</sup> En palabras de Rosler, “La diferencia entonces entre el patriotismo republicano (expresión que bien entendida es redundante) y el nacionalismo no consiste en que el republicanismo sea indiferente o deplora la cultura en sentido amplio que incluye la historia, el lenguaje, las tradiciones, etc. Por el contrario, la diferencia consiste en la prioridad que el republicanismo le asigna a las instituciones políticas y a la forma de vida republicanas por sobre el particularismo en sentido estricto” (2016:227). Ver Viroli, 2001.

<sup>183</sup> “[E]n los dos últimos siglos, así como el populismo se ha arrogado la noción de pueblo para sí mismo, el nacionalismo ha usurpado la noción de patria y la de patriotismo -con su carga emocionalmente positiva en términos de devoción por el bien común-. De ahí que nociones distintivamente republicanas como pueblo y patria hayan sido desplazados de su hábitat natural debido a la acción del populismo y el nacionalismo respectivamente, perdiendo de este modo sus lazos con términos distintivamente republicanos como la libertad, el debate y el Estado de derecho.” (Rosler, 2016:214)

<sup>184</sup> “El retraimiento desfleca la nación por arriba; lo hace de tres formas: cultural, social y política. El retraimiento político es el más familiar de todos: en parte por buenos motivos, entre ellos experiencias frustrantes, argentinos de por sí interesados en política, le dan la espalda a la misma convencidos de que el esfuerzo que podrían hacer en ella sería redondamente estéril - estéril, por caso, para vencer la exclusión; están persuadidos de que la política ha dejado de ser, al respecto, una promesa a la que se pueda otorgar algún crédito. Muchos de ellos no ignoran que de este modo contribuyen a perpetuar en la política las características que condenan; y lo lamentan, pero concluyendo que el problema no tiene remedio. El retraimiento social es el de aquellos que - también en parte con buenos motivos - han apostado a que es posible para sí mismos y para sus familias, la vida buena en base a la segregación. (...) Y no se trata de puro egoísmo o “individualismo”. Pero corta de raíz la noción cívica y republicana según la cual no es posible ejercer derechos que no se comparten.” (Documento Inicial)

la virtud cívica y las instituciones como componentes centrales del concepto de patria que opera como clave de intelección de la realidad vincula el republicanismo del Club Político Argentino con el consenso institucionalista que se había consolidado entre intelectuales y académicos promediando el gobierno de Néstor Kirchner.

Nos encontramos entonces con un espacio de sociabilidad comprometido con una concepción de la república, la nación y el ciudadano, pero cuyo realísimo cívico lo conduce a evitar comprometerse con fuerzas partidarias específicas<sup>185</sup>: “[C]oincidimos en que no sería adecuado pensarnos como parte de una opción partidaria; tampoco nos guía la intención de fundar un partido nuevo. El formato que nos hemos dado permite mantener una positiva diversidad y apostar a contribuir más y mejor con la política” (Documento Inicial). De esta manera, el Club procura tramitar los debates de una agenda de oposición, centrada en los aspectos institucionales, desde una mirada huérfana de representación partidaria (Retamozo, 2012:13):

“Este Club aspira a aportar un debate informado y plural que enriquezca la visión que los políticos y el público interesado en política tiene de la realidad. Somos conscientes de que toda definición de la realidad es esencialmente discutida, pero también creemos que la ausencia de debate público acerca de nuestro presente y futuro torna más pobres y arbitrarias las definiciones de lo real. En este sentido, este Club pretende aportar asimismo experiencias, análisis y propuestas concretas para mejorar la calidad de la política y los políticos. Cuestiones tales como la naturaleza del liderazgo político a la altura de las nuevas circunstancias de la política argentina, la evaluación de capacidades institucionales, los estudios de viabilidad política e institucional de las políticas, el diseño de políticas públicas y estrategias de largo plazo en diferentes campos y, en general, el desarrollo de efectivas capacidades de coordinación en una sociedad crecientemente policéntrica, son ejemplos de aquellas en las que el Club que estamos aquí y ahora fundando podrá contribuir”. (Documento Inicial)

---

<sup>185</sup> Si bien esto es lo que aparece en la letra de los documentos, encontramos que numerosos miembros del Club Político Argentino son cercanos al gobierno de Cambiemos e incluso algunos son funcionarios del mismo. En efecto, durante la campaña presidencial del 2015 el espacio declaró públicamente su apoyo a la candidatura de Mauricio Macri, pero con los años la relación entre el gobierno y el colectivo intelectual se ha ido erosionando en virtud de las críticas que este último le ha profesado. Ver: Mercado, 2016. Disponible en: <https://www.infobae.com/2016/06/01/1815583-en-el-club-politico-argentino-somos-amigos-del-gobierno-y-como-todo-amigo-lo-bancamos/>; Fernández Díaz, 2018. Disponible en: <https://jorgefernandezdiaz.cienradios.com/club-politico-no-carta-abierta-m/>.

En palabras de Retamozo,

“El diagnóstico del Club asume ciertos postulados normativos del republicanismo demo-liberal (en cuanto a la centralidad de la ciudadanía), un lenguaje predominantemente politológico (elementos de la ciencia política y la sociología política) y la vocación por influir a partir de la experticia de sus miembros en los desempeños de los cuadros intermedios que rodean a los tomadores de decisiones” (2012:11).

Efectivamente, la estructura argumental del segundo documento “De las plazas al congreso”, en el que el espacio expone extensamente su análisis del conflicto entre campo y gobierno una vez finalizado el mismo, pone de manifiesto el perfil experto de estos intelectuales y su intención de realizar un aporte a la discusión en torno al conflicto desde una perspectiva que pretende demostrar tanto neutralidad como claridad política<sup>186</sup>. El documento divide su análisis en dos dimensiones: una económica y otra sociopolítica e institucional.

En cuanto al análisis de la Resolución 125 en su carácter de medida económica, el Club Político Argentino adopta una posición resueltamente contraria a la iniciativa impositiva gubernamental y reivindica la centralidad del sector agropecuario en la estructura productiva nacional:

“La crisis desencadenada por el paro agropecuario alcanzó una gravedad inusitada, en gran medida por la ceguera política del Poder Ejecutivo. El timing y la magnitud del aumento en la presión tributaria que afectaba a los productores agropecuarios, con la implantación de un esquema de retenciones móviles impuesto sorpresivamente y aprovechando la vigencia de un código aduanero vigente desde los tiempos de la dictadura, fue percibido por los actores perjudicados como una verdadera provocación, puesto que las alícuotas resultantes de su aplicación se añadieron a niveles previos ya muy elevados y modificados previamente en numerosas oportunidades. (...) Por otra parte, la decisión de imponer un nuevo esquema de mayores retenciones a la producción agrícola fue el epílogo de una infructuosa sucesión de medidas desafortunadas que, detrás de la pregonada intención de moderar la presión sobre el precio interno de los alimentos proveniente del alza de las commodities en los mercados internacionales, condujo a una crítica situación a varios segmentos de la producción primaria (carne, leche y trigo).” (De las plazas al Congreso)

---

<sup>186</sup> “Lo hicimos en la convicción de que, más allá de la relevancia sustantiva de los asuntos en juego, este conflicto ha sido extraordinariamente expresivo de los problemas de la Argentina en nuestros días, desde la economía política del modelo de desarrollo, hasta la cultura cívica de un país que persiste en viejas formas de conducir los asuntos públicos”. (De las plazas al Congreso)

Este espacio de sociabilidad intelectual no sólo evalúa la medida como un error de política económica, sino también como un error de estrategia política en varios sentidos. Para el Club Político, la denuncia de una amenaza destituyente o desestabilizadora - en una crítica clara al sintagma acuñado por Carta Abierta - y la antagonización con “el campo” como un todo homogéneo constituyeron errores claves del gobierno que le impidieron dimensionar tanto la mencionada centralidad del sector agropecuario en la estructura productiva argentina como el nivel de descontento social con la medida, corriéndolo de su rol de representante de todos los argentinos:

“En lugar de encauzar la disputa como un conflicto distributivo propio de cualquier sociedad compleja, el Ejecutivo lo presentó como una presunta conspiración «golpista» de sectores oligárquicos minoritarios en contra de un gobierno popular y progresista. (...) Fue un fenomenal error de cálculo del kirchnerismo, que decidió construir al «campo» como enemigo, ignorando por completo no sólo los impresionantes cambios que tuvieron lugar en la economía y la sociedad rurales durante las últimas dos décadas, sino también el hecho evidente de que su aporte ha sido clave -y debería continuar siéndolo- para entender y sustentar la fuerte mejoría observada en el desempeño económico de los últimos años”. (De las plazas al Congreso)

De este modo, y a diferencia de Carta Abierta, el Club Político Argentino complementa su análisis político del conflicto con un abordaje socioeconómico de más largo aliento respecto de las transformaciones atravesadas por el agro argentino durante las últimas décadas<sup>187</sup>, que incluye críticas al fiscalismo centralizado desarrollado a partir del gobierno de Néstor Kirchner (Quiroga, 2010) y propuestas de medidas alternativas:

“Un fondo estabilizador, subsidios directos a familias de menores ingresos y reducción del IVA a los alimentos para compras de hasta determinado monto, financiados con impuestos a la tierra y las ganancias serían, indudablemente, mecanismos muy superiores para redistribuir rentas extraordinarias y garantizar la alimentación de la población más vulnerable. Es verdad que para la administración tributaria el cobro de retenciones es muy simple y difícil de evadir. Pero, superada la emergencia económica, no hay excusas para no avanzar gradualmente hacia

---

<sup>187</sup> “Las buenas perspectivas brindadas por el contexto internacional se han traducido en una palpable contribución positiva del agro argentino a la recuperación económica de los últimos años - a través de la generación de divisas, de actividad y empleo en forma directa e indirecta gracias a la reactivación de las economías regionales y, cabe recalcarlo, por medio del aporte de cuantiosos recursos al fisco”. (De las plazas al Congreso)



un mecanismo más eficiente y equitativo. Con la tecnología informática hoy disponible, la restricción no es administrativa sino política. Si el Gobierno no la ha ensayado hasta ahora es porque prefiere evitar la confrontación con los grupos económicos más concentrados y no quiere coparticipar los aumentos de recaudación con las provincias.” (De las plazas al Congreso)

A pesar de la impronta técnica o cientificista de su perspectiva, la misma trasluce en forma permanente el carácter opositor de este colectivo intelectual respecto del gobierno kirchnerista. Más allá del pluralismo que lo caracteriza, como señalara Palermo, existe un consenso extendido respecto del tipo de república que se proyecta, la cual no coincide en los hechos con el estilo gubernamental y la matriz de políticas públicas del gobierno de Cristina Fernández de Kirchner. En este sentido, encontramos que se reproducen varias de las críticas que el consenso institucionalista realizara a la pareja presidencial en términos de hegemonismo y concentración de poder, en detrimento del equilibrio de poderes: “Es evidente que la centralización de recursos concentra poder en el Ejecutivo Nacional. Pero hay otro motivo, menos visible e igualmente importante: el Tesoro necesita cada vez más caja para cubrir un gasto público que crece descontroladamente, impulsado, principalmente, por la maraña de subsidios derivados de una política económica inconsistente” (De las plazas al Congreso).

En cuanto al conflicto en términos políticos, sociales e institucionales, el Club Político Argentino subraya, al igual que Carta Abierta, la polarización política que el mismo suscitó. Sin embargo, no responsabiliza al campo ni a los medios de comunicación como lo hiciera el espacio de intelectuales cercano al oficialismo, sino que asigna completa responsabilidad al gobierno y subraya la impotencia de los demás poderes del Estado a la hora de morigerar el tenor del conflicto:

“En los últimos meses, en la Argentina se impulsó una polarización destructiva que, erigida de manera sobreactuada, pero sobre la base de auténticos problemas de política nacional, pretendía transformar conflictos de intereses en cuestiones de identidad, densos antagonismos político-culturales, oposiciones de todo o nada, generando una deslegitimación estimulada por una visión movimentista totalizante y excluyente a la vez, asociada a una mirada histórica impregnada de un exaltado patriotismo. (...) Como reedición de pesadillas sufridas en muy diversas décadas pasadas, la polarización se hizo presente y se dramatizó en la crispación de los vínculos familiares, afectando a amigos, parejas y familias. Es posible que este panorama de polarización sociopolítica y cultural haya llegado a ser más aparente que real y que la imagen de las dos plazas, como expresión de dos países, dos voluntades

colectivas y opuestas de organizar la Nación, haya sido ilusoria. No obstante, los peligros de este ambiente político polarizado son reales. Cuando en el marco de un orden constitucional, actores fundamentales - como ha sido el caso - propenden intensamente a la polarización, el peligro es que las instituciones - en este caso, los diferentes poderes de una república federal - se conviertan en impotentes y así terminan arrasadas por el impulso polarizador, en vez de morigerarlo, contenerlo, acotarlo, y redefinir los términos de la confrontación”. (De las plazas al Congreso)

A pesar de esta lectura crítica, el Club Político Argentino destaca que a pesar de la fragmentación social provocada por el conflicto, las instituciones de la república y el Estado de derecho lograron salir relativamente indemnes. Tomando como punto de referencia la reciente crisis del año 2001<sup>188</sup>, consideran que el saldo del enfrentamiento entre el gobierno y el sector agropecuario fue positivo en varios sentidos: propició la emergencia de otros actores, potenciales representantes alternativos y no populistas de la ciudadanía argentina<sup>189</sup>; demostró que la activación de los engranajes que conectan los poderes del Estado permite encausar las pasiones y otorgar una respuesta institucionalizada al conflicto sociopolítico:

“Entendemos, sin embargo, que el conflicto con el sector agropecuario acabó propiciando otras polarizaciones, a las que llamaremos provechosas y que pueden abrir senderos para que la Argentina recupere solidez institucional: fracasó el intento de organizar el escenario de la político en términos de Gobierno o golpe de Estado, aunque también es sugestiva la evidente incapacidad oficial para aprender de esa experiencia y rectificarse. ¿Puede un contexto de debilitamiento prolongado del Gobierno ser ocasión para que se fortalezcan instituciones y actores en términos de una consolidación del sistema democrática? ¿Qué tipo de iniciativas, proyectos políticos y políticas públicas pueden elaborarse y florecer en un contexto inédito de estas características, que no se parece al 2001, ni tampoco a la hiperinflación de 1989-1990, pero que abre también, como en esas ocasiones, posibilidades para la construcción política y no solo para la agudización de la crisis? (...) Más allá de la derrota del Gobierno

---

<sup>188</sup> “La caída del gobierno de la Alianza fue el tipo ideal de situación en que funciona la polarización populista. Ésta no lo fue. Suscitó, sí, un tipo de conflicto más complejo, propicio a lecturas más interesantes sobre problemas institucionales y culturales del país”. (De las plazas al Congreso)

<sup>189</sup> “Este conflicto ha permitido la emergencia a un primer plano de un nuevo actor social, un fenómeno que llegó para quedarse. Se trata, en principio, de un actor heterogéneo dentro del cual probablemente existan intereses diferentes entre sí, pero que ha operado mancomunadamente durante toda la crisis. ¿Cuál será su repercusión en la política en el futuro? Este nuevo actor social es sobre todo local pero está disperso. Durante el desarrollo de la crisis, la Mesa de Enlace de las entidades agropecuarias no lo condujo en sentido literal. Si la política incorpora sus demandas a la vida de los partidos políticos, éstos deberán hacerse cargo de esa agenda. (...) En respuesta a alguna de estas preguntas, podrían, al mismo tiempo, florecer por ejemplo alternativas de muy variada orientación y todas ellas pueden tener en común ser superadoras del populismo polarizante, así como pueden competir entre sí y con él, pero también cooperar” (De las plazas al Congreso).

en el trámite parlamentario para darle carácter de ley a la Resolución 125 sobre retenciones a las exportaciones de soja y girasol, diferentes poderes constitucionales (Corte Suprema de Justicia, Congreso), le pusieron límites al Ejecutivo y esto permitió que no se realimentara la polarización. (...) Además de las principales instituciones del país y de los actores políticos que se desempeñaron en su seno, hubo «otras» instituciones o actores que se comportaron de similar manera para desarmar las polarizaciones extremas. (...) En el terreno específicamente institucional, la lucha contra el aumento de las retenciones no se encarnó en una resistencia sorda, sino en un activismo que, en la medida en que no intentó bloquear la gobernabilidad, sino compatibilizar intereses, logró una efectiva des-polarización y una promisorio redefinición de los términos del conflicto y los debates”. (De las plazas al Congreso)

En efecto, el conflicto es para el Club Político Argentino una dimensión perniciosa de la política, que sería deseable minimizar. Si los republicanismos de Carta Abierta y el Club encuentran un punto claro de convergencia en la exaltación de la ciudadanía y el civismo como componentes centrales, su concepción de la política en términos de conflicto y consenso - respectivamente - marca una distancia sobresaliente entre sus perspectivas que da cuenta de la pluralidad de sentidos que habitan a la tradición republicana en nuestro país. Mientras Carta Abierta recupera el rol instituyente del conflicto, en consonancia con el revisionismo republicano que recupera a Maquiavelo, el Club Político Argentino pondera la armonía y el consenso dentro de su concepción normativa de la república:

“No existe, además, tal cosa como una industria virtuosa contrapuesta a un campo perverso. Lo que se verifica son conflictos de intereses a ser procesados, agregados y articulados. Estos intereses en juego y en conflicto, que atraviesan todos los debates, pueden y deben conducir a ciertos consensos sociales y políticos mínimos de largo plazo, sin los cuales no existen posibilidades de que la Argentina progrese en serio. Al fin y al cabo, las instituciones funcionaron y erigieron límites a una radicalización populista gubernamental, moderando a su vez comportamientos opositores, algunos de cuyos métodos, retóricas y propósitos reforzaban la índole principista, innegociable, del conflicto”. (De las plazas al Congreso)

### **III.2.b. Semántica conceptual del republicanismo. Más allá de las intervenciones colectivas.**

Las comunicaciones colectivas de ambos espacios de sociabilidad intelectual fueron acompañadas por intervenciones individuales de varios de sus miembros que, a veces a título personal y otras como representantes de sus grupos de pertenencia,

profundizaron el debate en torno al conflicto entre el campo y el gobierno, el sentido del kirchnerismo, y el republicanismo como un horizonte posible de expectativas e inteligibilidad de los fenómenos políticos mencionados y de la democracia argentina, desde una mirada de más largo aliento. Siguiendo los lineamientos de la presente tesis, recuperaremos los intercambios que permitan echar luz sobre la semántica republicana articulada en torno a la experiencia de los gobiernos kirchneristas, puesta en juego con especial énfasis a partir de la polarización provocada por el conflicto agropecuario.

La publicación de la primera carta abierta tuvo diversas repercusiones, entre ellas, una réplica del presidente del Club Político Argentino, Vicente Palermo, que movilizó un intercambio público entre este y uno de los principales referentes de Carta Abierta, Horacio González. En su texto “A los firmantes de la Carta Abierta/1” (2008), Palermo desarrolla *in extenso* argumentos tanto contra el diagnóstico de Carta Abierta en relación a las medidas y actitudes del gobierno kirchnerista frente al conflicto con el campo - de un tenor similar a las del análisis plasmado en el documento colectivo del Club Político Argentino previamente analizado - como críticos del carácter “populista” de los lineamientos gubernamentales:

“Pero, no se trata de que el conflicto constituido en términos populistas sea artificial, porque ningún conflicto lo es. Se trata en cambio de que la voluntad política triunfante precisa inevitablemente (pero con la convicción de que precisa de ello para, justamente, acabar por triunfar de una buena vez y para siempre) reconstituir en términos populistas conflictos de intereses que son, como en cualquier país del mundo, hechos malvados de la vida. Y que podrían ser procesados políticamente de muy diferentes maneras. Es notable la forma con que comienzan ustedes su carta abierta: «asistimos en nuestro país a una dura confrontación entre sectores... históricamente dominantes y un gobierno democrático...». No creo abusar del texto si afirmo lo siguiente: la alegría se les escapa entrelíneas. «Por fin!», me parece leer allí, «el tipo de conflictos por los que la lucha política vale la pena». Pero, me pregunto y les pregunto: ¿«se ha instalado un clima destituyente»? Si se ha instalado (no estoy nada seguro), ¿a quién le cabe la principal responsabilidad por ello? ¿Quién hizo todo lo necesario para «dar lugar a alianzas que llegaron a enarbolar la amenaza del hambre... y agitaron cuestionamientos hacia el derecho y el poder político constitucional...»? Mi respuesta es: el propio gobierno con el que ustedes se alinean. Y ¿por qué lo hizo? ¿Porque el gobierno «intenta determinadas reformas en la distribución de la renta y estrategias de intervención en la economía»? Creo que cualquier examen serio de los acontecimientos refuta esta interpretación suya palmariamente. Si el gobierno se ve hoy frente a este cuadro, no es en

razón de sus buenas intenciones redistributivas e intervencionistas sino, o bien por sus graves errores, o bien por decisiones de productividad política populista que mal podrían considerarse errores sino resultados de sus convicciones políticas y normativas.” (Palermo, 19 de abril de 2008)

La réplica de Palermo a los firmantes de la primera carta abierta comprende una oportunidad más para plasmar públicamente sus posicionamientos respecto del gobierno de turno y, además, reforzar las críticas al setentismo que, como vimos, los críticos endilgan al kirchnerismo y sus intelectuales afines. Si bien el tratamiento del populismo como concepto y como problema excede los alcances de la presente tesis, consideramos que se apela a este concepto como contrario asimétrico respecto del republicanismo: si este último comprende el gobierno de la ley, el respeto de la división de poderes, la participación ciudadana y una accountability horizontal aceptada, el populismo es vinculado al decisionismo, a la arbitrariedad de la voluntad de uno y a la demagogia política. El recurso peyorativo al término setentismo - en una tónica crítica que remite a las reflexiones del Club de Cultura Socialista - refuerza esta dicotomización conceptual, en la medida en que evoca un contexto político e ideológico en el que la democracia no era el concepto ni el valor principal - como lo es desde la transición democrática hasta el presente.

Por otra parte, Palermo cuestiona el diagnóstico - que excede a Carta Abierta - expresado en la primera carta abierta respecto del retorno de la política de la mano del kirchnerismo después de la crisis de 2001, aunque coincide en que dicha crisis constituyó claramente un punto de inflexión en la configuración de la política argentina. Para él, el gobierno de Néstor Kirchner efectivamente implicó la restitución de una forma de hacer política, pero no en términos positivos, en tanto la misma refuerza el mesianismo y el voluntarismo muchas veces vinculado a la figura presidencial en nuestro país. En otras palabras, la forma de la política que retorna con el kirchnerismo es el populismo:

“Creo que, emblemáticamente, la experiencia que se podría leer en la Argentina como la defección trágica de la política es el gobierno de la Alianza. Puedo darles de barato que así haya sido, lo que de paso me facilita las cosas para una primera crítica a mis propias posiciones pasadas, ya que acompañé al Frepaso y a la Alianza mucho más que la mayoría de ustedes. Y en ese sentido a ustedes no les falta razón: en efecto la gestión K (aunque, vaya uno a saber por qué, omiten ustedes a otros protagonistas de este mismo cambio, como

Duhalde y el entonces ministro Lavagna) representa una cierta restitución del lugar de lo político. (...) Hasta aquí lo que puedo, hoy, acordar con ustedes. El problema es que la voluntad política, o la restitución para la política del lugar que le corresponde, se ha convertido, casi desde un principio de las gestiones K, en el triunfo de la voluntad. Con voluntad política todo se puede: se puede hacer una política macroeconómica inconsistente, se puede mantener un comportamiento de compadrito en el contexto internacional, se puede decidir que la Argentina precisa un tren bala, se puede disponer que los agentes económicos se avengan a ser desplumados sin chitar. Claro, para todo esto hace falta dinero, pero no solamente, ni principalmente, dinero. Hace falta, por encima de todo, populismo político. Y la mayoría de ustedes lo sabe tan bien como yo.” (Palermo, 19 de abril de 2008)

A la interpelación pública a Carta Abierta por parte de Palermo le sigue una respuesta de González quien, con la confianza que le otorga la experiencia compartida con su interlocutor durante el exilio en Brasil<sup>190</sup>, lo acusa de realizar una lectura sesgada por su liberalismo:

“Tito es un liberal y nada de eso me incomoda. Ciertos aspectos del liberalismo me parecen atractivos; por ejemplo, su estilo sustractivo para resolver conflictos. Si se presenta una falla real, un inconveniente en la armonía de las cosas, el liberal sustrae. Ante un problema donde está en juego la cuestión nacional, el liberal pide sustracción del nacionalismo. Queda pues el lado liberal del problema, un nacionalismo sin nación. Eso soluciona el conflicto, el restar del problema su condición de tal. Queda su osatura mínima. Sustraído el nacionalismo de la nación, queda en pie un árbol institucional, enjuto, la racionalidad en sí misma. Si el problema es una efusión política que parece carente de cimientos previsibles, hay que restar el voluntarismo. Queda nuevamente un hueso duro de la acción, el sí mismo de una institución clara y distinta. Si se acercan enfrentamientos que sin duda hay que definir con lenguajes precisos –los que usamos en la Carta Abierta/1 pretenden serlo, pero están sometidos, como todo, a revisión y querella–, Tito también sustrae. En este caso, sustrae «el tiempo más o menos épico». Sin épica –habrá que definir mejor lo que eso implica– la política queda convertida en una adecuación constante entre enunciados y resultados. (...) Dice sustraer la

---

<sup>190</sup> Hacia el final de su réplica González reflexiona acerca de su derrotero en común a partir de la expresión “dar de barato” a la que apela Palermo al iniciar su escrito: “En tu carta, para decir que nos concedés un argumento, empleás la expresión «puedo darles de barato». Me gustó. Tu estadía en Brasil. Y la mía. Este modismo, que no hay por qué no usar en nuestra lengua habitual, pues es común aunque acá en desuso, me recordó el destino de nuestros textos. En ellos sí no somos los liberales de la sustracción de lo que por descuido o elegancia –lo que es casi lo mismo– se cuela en nuestra vida de los tramos anteriores ya vividos. Los arrastramos sin desprendernos de ellos, son como nuestra condenable “unión democrática”, y resurge en entrelíneas, se nos escapa, revelando que podemos ser liberales en el método e iliberales cuando balbuceamos en temas de la razón histórica. Eso, Tito, te lo doy de barato, o sea, te lo cedo sin más, ni importa por qué, de amigo nomás.” (González, 29 de mayo de 2008).

moral populista –la propensión a ver el «mal» en los adversarios al fin de cuentas producidos por los errores propios–, pero en realidad sustrae la política”. (González, 29 de mayo de 2008)

Para González, el liberalismo suprime el contenido a lo político: la desvinculación que, para él, esta tradición opera respecto de la historia y de la nación en tanto sustrato viviente del orden político, limita la existencia de este último a su estructura institucional. El referente de Carta Abierta no niega de plano el setentismo del cual se “acusa” a su grupo de pertenencia; su defensa de la épica resulta elocuente en este sentido. Frente a la lógica sustractiva que atribuye al liberalismo, González reivindica el conflicto como dimensión central - “corazón” - de la política, sin por ello reivindicar para sí el populismo - término en torno al cual parece haber un consenso negativo entre los interlocutores - ni el republicanismo popular del que algunos de sus pares proponen hablar:

“Eso lleva también a cierto estilo polémico, lo que ya me gusta menos. El de Tito es así: con ustedes puedo debatir, conozco a muchos de los firmantes de la carta y los creo bastante sinceros (proposición), pero en verdad están totalmente equivocados, son populistas, mitológicos, voluntaristas y reducen la vida política a una contradicción entre el bien y el mal (sustracción). Pobre dialéctica esa, que es la misma que ve, erradamente, en lo que llama «populismo». La describe cuando afirma que hay un tipo de conflicto del que «el peronismo no se sabe sustraer». Se trata del conflicto que tiene una parte «moral» en donde se expresa el «voluntarismo» y otra parte «torva» donde se llama a la «conciliación». Amigo Tito, viejo compañero, con qué facilidad nos llamás a que sustraigamos de la política el corazón mismo de lo político. Con qué desprecio nos tratás después de decir que nos «respetabas». ¿Por qué no revisás los dos momentos de tu propio pensamiento, esa «moral» liberal no menos binaria y la «conciliación» de lo político en una insignificante transparencia, una vez que le sacaste todo? Sí, no me molesta el método liberal de sustraer para pensar, para proponerle intersticios a la política. Me molesta el liberalismo «esencialista» –te devuelvo un poco del ungüento que le habrás aplicado a otros– que confunde un método válido con un veredicto inmovilizante sobre la política, descontaminada de todo vínculo con sus descompases, sus cismas incesantes.” (González, 29 de mayo de 2008)

Ni González ni Palermo refieren explícitamente en este intercambio temprano a la república o al republicanismo. Desde nuestro punto de vista, no obstante, la misma se encuentra en su horizonte de inteligibilidad en la medida en que los referentes de Carta Abierta y Club Político Argentino discuten en torno a la sempiterna pregunta por el bueno gobierno y la legitimidad del orden político. En efecto, mientras González aprovecha este diálogo público para reforzar la idea de que la tradición liberal argentina es poco

democrática e, incluso, destituyente<sup>191</sup>, Palermo tomará esta y otras interpelaciones<sup>192</sup> como punto de partida para reivindicar su carácter de liberal republicano y reforzar sus críticas a la falta de republicanismo del kirchnerismo<sup>193</sup>.

Palermo apela a la constitución de 1853 para reafirmar el carácter no sólo liberal, sino también republicano de la tradición política que reivindica y ubica en los fundamentos del orden político nacional. De esta manera, pone el acento sobre la compleja interrelación entre las tradiciones democrática, republicana y liberal que subyace a toda poliarquía contemporánea (O'Donnell, 2007):

“No digo nada nuevo afirmando que la constitución de 1853 es una constitución liberal. Pero en la política argentina contemporánea, esto tiene una importancia tremenda. Porque, quiero enfatizar que la constitución de 1994 no rompe con la tradición y la matriz del liberalismo de la constitución histórica. Lo que equivale a decir, ni más ni menos, que nuestros gobernantes, del partido que sean, están sujetos a una fuerte normativa, como es una constitución, y esa normativa, el principio primordial de obligación política, es liberal (aunque no únicamente liberal, por supuesto). El principio del poder limitado, así como la prevalencia de ciertos derechos individuales frente al estado, bajo el amparo de la ley, y por fin la igualdad ante la ley, son contenidos fuertemente liberales de nuestra constitución en boga. Agrego aquí el gobierno de la ley, y la limitación del poder mediante el poder, como principios que son más bien de troquel republicano”. (Palermo, 2013)

---

<sup>191</sup> “La lengua liberal, históricamente, en sus grandes maestros, fue destituyente, lo que en la memoria histórica del mundo moderno, resultó en grandes realizaciones contra los absolutismos. Pasada la edad gloriosa, queda su propio mito, sobre el que no le es dado reflexionar acabadamente, y remedando su ilusión fundadora, parodia de sí misma, se torna «antipopulista» para no verse en el espejo derivativo de los varios reaccionarismos mundiales. He allí la cuestión «destituyente». No que haya golpe, pero es imposible negar que hay un movimiento generalizado de degradación y arrasamiento de la voz pública, de naturaleza implícita, no registrada en la superficie de los enunciados sino en el coletazo semántico que le sigue como injuria –ver la modalidad habitual del «comentario participativo» en los diarios, en su edición electrónica, sustituyendo la vieja carta de lectores firmada por un campeonato descalificador, emitiendo botellazos y escupidas de a miles–, que no es una mera oposición, sino una acción basada en el detritus del lenguaje, en construcciones anónimas, advertencias profetizantes que mencionan la sangre para decir, obvio, que no se la quiere, en fin, la extenuación última del lenguaje político común, antesala de la corrosión de la institución pública. Para decir todo eso se puede invocar al liberalismo o a Hannah Arendt. Para los vertiginosos lectores de solapa, tanto da” (González, 29 de mayo de 2008).

<sup>192</sup> Ver Novaro y Bonvecchi, 2008. Disponible en: <https://www.pagina12.com.ar/diario/universidad/10-102246-2008-04-18.html>; Palermo, 2008. Disponible en: <http://www.politica.com.ar/blog/2008/04/23/conflicto-social-e-intelectuales/>

<sup>193</sup> Ver en particular Palermo, 2015. Disponible en : <http://www.politica.com.ar/blog/2015/06/11/que-es-el-kirchnerismo/>.



En línea con esta reivindicación de la república liberal de los padres fundadores de la patria (Botana, 2013), el presidente del Club Político Argentino recupera algunas de las críticas circulantes en el debate académico respecto de las continuidades poco democráticas entre kirchnerismo y peronismo y acerca de la corrupción como principal síntoma de la falta de republicanismo del gobierno nacional, sin perder la oportunidad de señalar críticamente la connivencia de Carta Abierta con la concentración de poder y el ya mencionado “voluntarismo” como motores legítimos de una manera de gobernar que se sostiene sobre la reivindicación de la primacía de la política:

“Esta concepción – que tiene a la corrupción en el sentido actual y vulgar, por una de sus facetas (...) – ha afectado al kirchnerismo de arriba hacia abajo en toda la pirámide política (...). La otra raíz – a la que llamaré aquí peronista – nos reza que la voluntad política precede a la ley, incluyendo la constitucional; la formación de un sujeto nacional popular está por encima de la ley y es, podría decirse en sí mismo constituyente. In extremis, el sujeto nacional popular es el soberano, la soberanía no se instituiría a través del complicado ritual democrático institucional de formación de la voluntad política, sino que daría paso a un permanente estado de excepción (...). Y no menos obvia es la mala convivencia de esta concepción con los principios liberales y republicanos; aun cuando no se violen abiertamente las leyes, o por lo menos las de rango constitucional, es dominante la compulsión a considerar que la voluntad política está por encima de las restricciones (...). Aquí también el campo se divide, esta vez entre los pragmáticos (...) y los principistas, entre ellos en general los amigos de Carta Abierta, para quienes la construcción del poder personal, la construcción del carisma, la construcción de un sujeto político dotado de todo el poder supuestamente necesario y por tanto expuesto a toda la corrupción y los peligros que le son inherentes, es una necesidad, es el motor del proceso de cambio. (...) En el fondo, para cerrar, quiero decir que detrás de esta concepción anida una idea que ha estado en la retórica kirchnerista desde un comienzo: la de la primacía de la política. Se ha hecho flamear esta bandera con toda despreocupación, como si fuese autoevidente que la primacía de la política es un bien. Sin embargo, la utopía de la primacía de la política es tan peligrosa como las utopías del mercado, de la sociedad sin política, o del gobierno de las reglas”. (Palermo, 2013)

En la reafirmación del carácter republicano de su posicionamiento, Palermo explicita su distancia respecto de la vulgata republicana a la que se apela comúnmente en los medios de comunicación o el ámbito político. Esta diferenciación es coherente con la pretensión inicial del Club de enriquecer y complejizar la discusión política, más allá - o más acá - de la cercanía que progresivamente adquieren respecto del arco político opositor

al gobierno de Cristina Fernández de Kirchner. En un artículo titulado “Más allá del republicanismo de cartilla”, Palermo critica la vulgarización de la ingeniería institucional que implica la tan mentada división de poderes, poniendo el acento en la necesidad o deseabilidad de una complementariedad dinámica entre los mismos<sup>194</sup>. Puede afirmarse que las intervenciones de Palermo reivindican, reafirman y difunden un tipo de republicanismo y unos usos de la república particulares, cercanos al consenso institucionalista propio del ámbito académico que lo circunda. En contraposición, los representantes de Carta Abierta, especialmente González y Forster - quienes tienen mayor exposición mediática que el resto - optan por “darle de barato” el republicanismo a la oposición, tanto política como intelectual. Si bien Horacio González realiza en numerosas ocasiones observaciones sobre el republicanismo que pueden ser vinculadas a la tradición del republicanismo cívico - en el sentido de que resalta el valor de la “circulación de la palabra política para la sociedad”, el compromiso de los funcionarios con una ética pública y con una accountability vertical que trascienda la instancia electoral - siempre

---

<sup>194</sup> “A fuerza del torpe despliegue hiper-presidencialista de las administraciones Kirchner, parte de la oposición, y muchos intelectuales, adoptaron una versión rudimentaria de la cartilla republicana. «El Congreso debe ser el órgano de decisión», «Argentina necesita regresar a la división e independencia de los poderes; el Congreso debe legislar y el Ejecutivo limitarse a aplicar la ley». Estos lugares comunes se leen o escuchan todos los días. Como republicano de pleno derecho que soy, me gustaría salir al cruce de esta curiosa lectura de nuestras formas de gobierno. Las ideas inspiradas en Montesquieu, o en los federalistas norteamericanos, de separación de poderes, en modo alguno refieren forzosamente a una supuesta «independencia» de poderes sino, al contrario, pueden entenderse, desde un ángulo, como control recíproco (como el medio eficaz de limitar al poder con el poder) y, desde otro ángulo, como interdependencia, en tanto que ciertas funciones de autoridad se comparten. Así, separar el poder es más bien que ciertos poderes – por caso los legislativos – sean compartidos por distintos actores, y no que a cada actor le corresponda la totalidad exclusiva de una determinada función de poder. En el presidencialismo, los presidentes cuentan con capacidades legisferantes, y es bueno que así sea. En el caso argentino, esas capacidades han nacido con la constitución concebida por nuestros padres fundadores. Con el tiempo, al Poder Ejecutivo – tal como en muchas otras democracias del mundo entero, tanto en regímenes presidencialistas como parlamentarios – se lo fue dotando de nuevas capacidades y competencias y de mecanismos proactivos y reactivos que lo han convertido en un actor ineludible a la hora de legislar. (...) No cabe duda de que desde hace tiempo – aquí y casi en todas partes – esta transformación de los formatos institucionales del régimen democrático ha creado un pernicioso desequilibrio en desmedro del Congreso (y hasta del Poder Judicial), y en desmedro de la sociedad – desde las preocupaciones, muy justificadas, por la escasa accountability (rendición de cuentas) vertical tanto como horizontal, a los distintos análisis que nos presentan a los «estados (permanentes) de excepción» como uno de los peores peligros para la democracia, denuncian pertinentemente estos excesos. Aunque también es verdad que en muchos casos se contraponen a estos procesos saludables respuestas institucionales: más y mejor calificados recursos a la mano de los legisladores, nuevas instituciones que habilitan a los ciudadanos a protestar, vigilar y controlar el ejercicio del poder, y aun a coparticipar de los procesos legislativos”. (Palermo, 2009)

termina por conceder que, en el presente, el republicanismo “es de los otros” (Rodríguez Rial, 2015):

“El uso de la expresión republicana está asociado con políticas conservadoras, de derecha, empresariales. El más nítido exponente de esta interpretación del republicanismo es Elisa Carrió. Por un lado, dice que ya no hay que hablar más de izquierdas y derechas, sino simplemente de ética. Y, por otro lado, es la refundadora de uno de los aspectos más importantes de una ética de derecha en Argentina. Todo esto no es fácil decirlo porque, en realidad, los lenguajes políticos se han escapado de su cauce. La televisión lo retrabaja continuamente y los pone en otro lado, como se ve en un cierto tipo de humor absolutamente provocativo y tosco como el que hace Tinelli que se convierte en el centro de un ejercicio del debilitamiento de la república.” (González en Cabral, 2009)

De este modo, el representante de Carta Abierta concede que el uso hegemónico actual del concepto de república se corresponde con el de los espacios de oposición. Aunque nunca explícitamente, reivindica su republicanismo en intervenciones intempestivas, pero no plantea una disputa en torno a sus usos, sino que acepta que la definición actual del concepto radica en ese institucionalismo “antipopular” en virtud de las transformaciones que se operan sobre el lenguaje en medio de las disputas políticas vigentes. En este sentido, puede afirmarse que los intelectuales cercanos al kirchnerismo, a pesar de su alerta reiterada respecto del trastocamiento de los sentidos de los lenguajes políticos y la necesidad de revisarlos, se mantienen apegados a los usos del republicanismo circulantes en el campo político. Valga insistir en este punto: aunque en sus intervenciones públicas y propuestas dirigidas al gobierno y la ciudadanía Carta Abierta recurre a muchos motivos republicanos, en la disputa por los sentidos decide ceder este concepto político fundamental a la retórica de la oposición a la democracia popular que reivindica, pasando por alto las alternativas planteadas en el campo académico orientadas a pensar la república en términos populares (Rinesi, 2010).

Marcos Novaro, en una réplica publicada también ante la aparición de la primera carta abierta, cuestiona precisamente la limitación que observa en ese espacio de sociabilidad intelectual en términos de ampliación del horizonte conceptual:

“La respuesta, tal vez, se halle en que el kirchnerismo, en general, y sus intelectuales, en particular, han sido en gran medida incapaces de articular ideas movilizadoras, capaces de moldear una época en la vida de la Nación, para trascender las fronteras sectoriales y de partido. Alfonsín tuvo la democracia, los derechos individuales, la ciudadanía; Menem, la

modernización capitalista, la apertura al mundo; ¿Y Kirchner? La misma Carta Abierta encuentra lo más parecido a una idea de similar categoría en la "memoria articulada en la política de derechos humanos", lo que describe como el rescate de una "experiencia histórica indesligable de los modos de posicionarse comprensivamente delante de cada problema que hoy está en juego". Pero lo cierto es que, tanto en términos de memoria y discurso histórico como de revisión judicial de los crímenes de la dictadura, se ha fallado a la hora de generar amplias y perdurables innovaciones culturales.” (Novaro, 2008)

No obstante, la recuperación del discurso de los derechos humanos y su plasmación concreta en políticas de Estado, hemos visto, comprende uno de los hitos republicanos que ha sido reconocido al kirchnerismo desde el ámbito académico e intelectual con cierto consenso<sup>195</sup>.

En línea con González, Nicolás Casullo identificaba en el 2008 esta partición polarizada del campo político e intelectual entre un polo popular o populista y otro que el llamara “republicano o conservador”. En este sentido, Casullo también cedía el republicanismo a la oposición:

“Por una parte, abundan hoy posicionamientos intelectuales republicanos liberales que plantean ceñirse claramente a reglas institucionales clásicas del viejo sistema político puesto en cuestión en 2001, y por otro lado, reaparecieron planteos populistas estatistas que reemprenden el modelo peronista con sus grandes cuotas de clientelismo y verticalidad. Dos versiones que hegemonizan el debate intelectual.” (Casullo, 2013:323)

Ricardo Forster, otro de los referentes de Carta Abierta de mayor incidencia en la escena mediática, también ha sabido insistir sobre la disputa en torno a los lenguajes políticos que se abrió a partir de la polarización política en torno al kirchnerismo<sup>196</sup>. No

---

<sup>195</sup> Ver II.1.b

<sup>196</sup> “En política los ámbitos de disputa suelen desplazarse continuamente. A veces se trata de dirimir intereses sectoriales como si fueran colectivos; otras, núcleos simbólicos que parecen hundir sus raíces en el pasado fundacional de la Patria (así, con mayúsculas, como se pronuncia cuando se dice ser heredero de los genuinos padres fundadores) que son retomados precisamente por aquellos que buscan ofrecerse a sí mismos como garantía de la nacionalidad. Cuando es esto último lo que sucede, nos enfrentamos a una verdadera batalla que atraviesa lo retórico, que se detiene a «reinventar» un pasado a su medida y que persigue destituir cualquier otro relato que no sea el suyo del altar de la nación. En un sentido u otro, toda historia nacional constituye un campo de batalla que no sólo compromete al pasado narrado sino que, fundamentalmente, define el horizonte que se mira desde el presente. Por eso, cuando hablamos de la patria, cuando utilizamos a mansalva sus símbolos, cuando nos arropamos en los colores de la bandera o cuando nos ofrecemos como la «reserva moral de la nación», estamos actuando políticamente, es decir, estamos disputando el poder”. (Forster, 2008) Disponible en : <https://www.pagina12.com.ar/diario/especiales/18-104922-2008-05-26.html>.

obstante, sus menciones a la república y el republicanismo, aunque numerosas, siempre la colocan del lado de la oposición política, mediática, oligárquica, con la que se discute. Permanentemente crítico del sector que autodenominado republicano reivindica una institucionalidad que no respeta, Forster propone disputar el sentido de la república a partir de un revisionismo histórico que resitúe el contenido de la nación y su construcción desde una perspectiva ranciereana, en contraposición a la manera en que la definen “los otros”:

“Se trata, si intentamos colocarnos en la estela del Bicentenario, de regresar sobre las antiguas querellas, no para cristalizar lo que nos remite a otro país, sino para reafirmar la convicción tallada intensamente en el cuerpo de nuestra joven democracia de que no hay posibilidad alguna de recrear la Nación, de refundar la República, «olvidando» los caminos recorridos, dejando atrás sin desatarlos los nudos de nuestros litigios. Los relatos del pasado continúan siendo un campo de genuina disputa cultural-simbólica, no sólo porque responden a las necesidades del gremio de los historiadores, sino fundamentalmente porque no hay, no puede haber, un proyecto de país más justo y equitativo sin redimir la memoria de los que contribuyeron a hacer visibles a los invisibles, a afirmar que el litigio por la igualdad sigue representando el eje de nuestras controversias.” (Forster, 2010:43)

Promediando el segundo gobierno de Cristina Fernández de Kirchner, la disputa en torno a los sentidos de estos conceptos fue puesta en debate de manera explícita en un intercambio público entre referentes de diversos espacios. Si bien esta discusión excede el recorte temporal de esta tesis, valga subrayar que los representantes de Carta Abierta que intervinieron en este debate se mostraron más dispuestos a disputar los sentidos de los mimos y a recuperar algunas de las propuestas que el revisionismo republicano planteara desde las ciencias sociales. Eduardo Josami afirmó en este sentido:

“A veces, en el afán de cuestionar el discurso conservador, corremos el riesgo de regalar el republicanismo a nuestros opositores. Nosotros no somos menos republicanos que quienes rechazan la participación popular, simplemente somos partidarios de una República de mayorías, la que alienta la presencia del pueblo, creando las condiciones sociales que permiten la extensión de la ciudadanía, y asegura la vigencia de la libertad con medidas como la prohibición de reprimir las manifestaciones sociales adoptada hace más de diez años. Razonando en este mismo sentido, Eduardo Rinesi ha señalado el error de contraponer el fortalecimiento del poder con la restricción de la autonomía individual”. (Jozami, 2013)

La revigorización de la disputa de sentidos y usos de los conceptos de república y republicanismo que suscita el kirchnerismo entre los intelectuales y que se profundiza particularmente a partir del conflicto entre el campo y el gobierno en el año 2008, al calor del cual muchos de ellos deciden volcarse a la participación en el debate público, da cuenta de potencialidades y limitaciones en la labor conceptual. Como señala Muraca, “la movilización y politización que se desarrolló durante los meses que duró el “conflicto del campo” puede y debe ser leída, también, en términos de una disputa por los sentidos de un conjunto de categorías sobre las cuales venimos trabajando y que permiten definir una forma posible de pensar la cuestión de la república” (2016:206).

A grandes rasgos, prima entre los intelectuales tanto de Carta Abierta como del Club Político Argentino una semántica republicana vinculada a un determinado tipo de ingeniería institucional y la centralidad de la figura del ciudadano activo, comprometido con lo común. No obstante, las divergencias que aparecen entre sus concepciones y, en un espectro más amplio, en los debates académicos en torno al concepto, nos permiten reafirmar la coexistencia de una pluralidad de republicanismos que habitan la gran tradición de pensamiento que es el republicanismo en la argentina. Al mismo tiempo, observamos que los intelectuales nucleados en los espacios de sociabilidad en cuestión encuentran limitaciones a la hora de despegar sus diagnósticos de su propio alineamiento con el campo político, lo que le quita no sólo plasticidad y profundidad a su labor intelectual, sino también capacidad de incidir en la agenda política proponiendo una visión alternativa. Predomina una visión poco problematizada del republicanismo como tradición política (Rodríguez, 2011:110) y arraigada fuertemente en el mito de la república posible, lo que impide afirmar que aparezca en este contexto un nuevo momento conceptual de la república. En todo caso, como afirmara Lesgart (2000), se pone en evidencia que en coyunturas críticas como la analizada en la presente tesis, los conceptos políticos se presentan como herramientas de intelección de la realidad, y su precisión teórica se ve truncada por los imperativos de la urgencia con la que se presenta el conflicto político y social.

## Conclusiones

“Seguramente nunca se ha sido tan consciente como en la actualidad tanto de la historicidad del conjunto nocional entretelado en los lenguajes políticos modernos, como de la equivocidad de nociones que remiten a más de un sistema de referencia, por lo cual alojan a menudo diferentes capas temporales de sentido.” (Altamirano, 2005:16)

El recorrido desarrollado a lo largo de la presente tesis ha pretendido dar cuenta de la plurivocidad de sentidos que habitan a los conceptos de república y republicanismo, y el modo en que los mismos se pusieron en juego en una coyuntura política particular: el conflicto entre el campo y el gobierno kirchnerista desarrollado durante los primeros meses del primer mandato de Cristina Fernández de Kirchner.

En primer lugar, nos dispusimos a explicitar las razones que nos condujeron a trabajar sobre estos conceptos, y por qué hacerlo particularmente atendiendo al campo intelectual. Por un lado, siguiendo los lineamientos de la Historia Conceptual koselleckiana, consideramos que los conceptos contienen historia y operan en la realidad social no sólo como claves interpretativas de la misma sino, especialmente, abriendo espacios de experiencia y horizontes de expectativas posibles. La distinción entre concepto político topográfico y concepto político de movimiento, también propia de esta perspectiva metodológica, comprende una herramienta heurística fundamental para el análisis que hemos emprendido, en la medida en que permite realizar una lectura sincrónica y diacrónica del concepto y observar el modo en que, en nuestro país, la república ha aparecido sobre todo como concepto de movimiento: un proyecto - la *República Posible* - pendiente de concretar. Por otro lado, optamos por ampliar las miras de las precauciones de método de la Historia Conceptual e incluir dentro de nuestro arsenal heurístico el trabajo sobre lenguajes y tradiciones políticas, visto que el republicanismo ha sido abordado previamente en nuestro país desde esos enfoques, y nuestra intención es contribuir a ampliar y profundizar las perspectivas existentes. Nos propusimos asir estas valiosas herramientas metodológicas para llevar adelante un abordaje históricamente situado de los conceptos de república y republicanismo que nos permitiera dar cuenta de las particularidades de los mismos en estas latitudes y, fundamentalmente, subrayar la

plurivocidad de sentidos que los habitan, razón por la cual consideramos razonable y productivo referirnos a republicanismos en plural.

¿Por qué elegimos investigar sobre estos conceptos? Consideramos que república y republicanismo comprenden conceptos centrales que operan activamente en la configuración del horizonte de legitimidad de los regímenes políticos contemporáneos. En torno a ellos, necesariamente, se articula un dispositivo conceptual que actúa de manera permanente en la medida en que la *República Verdadera* alberdiana sigue funcionando en la actualidad como proyecto y horizonte de las expectativas puestas en los gobiernos democráticos argentinos. Dispositivo conceptual, entonces, cuya intelección puede orientarnos en la comprensión de los procesos políticos pasados y presentes, echando luz sobre la relación entre mutación conceptual, acción política y construcción social de la realidad.

Decidimos observar el modo en que estos conceptos son dinamizados y utilizados por los intelectuales, ya que consideramos que en virtud de la persistencia de la relación entre su campo y el político estos articulan, reafirman, ponen y sacan de circulación sentidos y capas de los lenguajes políticos que luego son movilizados por la ciudadanía y la clase política al momento de legitimar, deslegitimar o incluso planificar un proyecto político concreto. La relación entre los intelectuales y la política se remonta a los orígenes independentistas de nuestro país y, aunque ha sido oscilante a lo largo de la historia nacional, puede ser rastreada hasta el presente. En efecto, dentro de la vasta literatura existente en torno a los intelectuales, buena parte coincide en señalar su función de crítica e intervención en el debate público, lo que los vincula intrínseca y permanentemente con los debates circundantes. En palabras de Horacio González:

“De manera positiva, o si no por el reverso, las prácticas intelectuales constituyen el bastidor de la política. Porque no es que primero existan intelectuales ni grupos intelectuales, sino que hay ciertos problemas de la política y del conocimiento que al ser identificados, reclaman un tratamiento que inevitablemente exige de la vida intelectual común. (...) En cualquier discusión que podría versar sobre un problema técnico, si en algún momento se siente que se tocan puntos esenciales de lo “demasiadamente humano”, estamos también ante un ejercicio propio de la condición intelectual. De este modo, no se trata de que hay intelectuales –aisladamente los hay– sino de que todo problema histórico político consistente reclama un tratamiento que no puede dejar de pasar por la cuestión intelectual.” (González, 2015)



A lo largo de esta tesis hemos analizado particularmente las intervenciones de dos espacios de sociabilidad intelectual que emergieron al calor del conflicto entre el campo y el gobierno en el año 2008: Carta Abierta y Club Político Argentino. Seleccionamos estos dos espacios entre los múltiples que surgieron en dicho contexto en virtud de sus caracterizaciones respectivas - repuestas en el cuerpo de la tesis -, su vigencia en la actualidad, y la manera en que sus posicionamientos replican, de manera parcial, la división del espectro político entre kirchnerismo y antikirchnerismo, junto a toda la deriva analítica que dicho clivaje conlleva.

La disputa en torno a los sentidos de los lenguajes políticos - que es, ella misma, una disputa política - sale a la luz en coyunturas políticas críticas, en las que los fundamentos de la legitimidad del orden político democrático, carente de referentes de certeza perennes, son puestos en cuestión. El conflicto entre el sector agropecuario y el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner entre marzo y julio de 2008 comprende desde nuestro punto de vista una coyuntura de estas características, dado que la misma provocó una polarización política sin precedentes, que se traduciría en los años subsiguientes en la consolidación de un arco opositor al kirchnerismo que llegaría al gobierno nacional en las elecciones de 2015<sup>197</sup>. En efecto, aunque los corolarios político-electorales exceden el análisis conceptual propuesto en esta tesis, cabe subrayar que la polaridad producida por el conflicto otorgó a la oposición política y social al kirchnerismo un polo en torno al cual aglutinar sus disconformidades, y que el concepto de república operó en este proceso como un significante que concentró diversos intereses, aspiraciones y reivindicaciones de estos sectores, cuya eficacia se plasmó en las elecciones legislativas del año 2009 - a partir de las cuales se proyectó a nivel nacional la coalición opositora que, no casualmente, se presentó como una alternativa republicana frente al populismo kirchnerista. Si el concepto de populismo es otro tópico que queda por fuera de los alcances de nuestra investigación, la sistematicidad con la que aparece como contrario asimétrico del republicanismo lo sitúa

---

<sup>197</sup> “En cierta medida, entonces, en torno al conflicto de 2008 puede situarse un hito en la construcción algo tardía – aunque hubiera elementos presentes mucho antes de ese acontecimiento – de la identidad kirchnerista y de la antikirchnerista, así como de los marcos de sentido que organizaron la disputa política de los años siguientes, y que darían cuenta de una politización y de una polarización política de alta intensidad.” (Vommaro, 2017:37)

entre los elementos que, al igual que los corolarios políticos del conflicto, habremos de trabajar en la prevista ampliación de la presente investigación en una próxima tesis doctoral. La relación estructural, también presente todo a lo largo de la tesis, entre república y democracia, constituye otra dimensión por desarrollar.

En efecto, el recorrido que realizamos en el segundo capítulo respecto de los usos de la república y el republicanismo desde el retorno de la democracia en 1983 hasta el momento del conflicto entre campo y gobierno da cuenta de esa estrecha relación conceptual. Asimismo, nos permite vislumbrar el modo en que, a medida que se consolidó la democracia frente al fantasma del autoritarismo, la república y el republicanismo fueron adquiriendo mayor preeminencia en el debate académico e intelectual en torno al ser y el deber ser del orden político nacional.

El análisis del corpus textual compuesto por las cartas abiertas, documentos colectivos, e intervenciones públicas realizadas por distintos referentes de los espacios de sociabilidad intelectual Carta Abierta y Club Político Argentino nos permitió identificar la semántica conceptual preeminente entre los intelectuales que buscaron incidir en el debate público en torno al conflicto y, más en general, el gobierno kirchnerista. Los lenguajes políticos movilizados por cada grupo dan cuenta de la persistencia de cierta sedimentación histórica de sentidos en torno a la república que la vincula a la tradición liberal, y a un sector específico de la sociedad nacional de tintes antipopulares. Asimismo, el republicanismo aparece como una tradición que reivindica una ingeniería institucional sustentada en la división de poderes y el gobierno limitado para Club Político Argentino, que enciende permanentemente las alarmas en relación a los peligros que trae el gobierno de uno. Carta Abierta, en contrapartida, pondera la voluntad política y la intervención estatal como condición de posibilidad de la expansión democrática. Evocando un republicanismo cívico clásico, ambos grupos apelan a la figura seminal del ciudadano como pilar del orden republicano y también de la democracia. No obstante, la particular constitución de dicho ciudadano es diversa para cada espacio: si Carta Abierta reivindica una ciudadanía emancipatoria sustentada sobre el valor de la igualdad, el Club Político evoca un ciudadano consciente tanto de sus derechos liberales como de sus deberes republicanos, sustentados sobre el principio de la libertad.

Si bien hemos hecho mención al carácter popular que la república puede albergar, puesto en relieve por el revisionismo republicano que despierta el kirchnerismo, lo cierto es que la semántica dominante en el léxico político de los intelectuales aquí revisitados es el que la vincula al gobierno de la ley, la división de poderes, el amor a la patria y la ciudadanía civil. En efecto, los intelectuales de Carta Abierta, a pesar de evocar muchos de los términos propios del sector más amplio de la intelectualidad que reivindica una república popular, cede los conceptos de república y republicanismo a la oposición tanto política como intelectual. De este modo, en el análisis del conflicto entre el gobierno y el campo en el año 2008 y sus posteriores corolarios el institucionalismo colma los sentidos atribuidos a la república y el republicanismo tanto por los intelectuales del Club Político Argentino como los de Carta Abierta. La disputa intelectual no logra exceder la lógica de la semántica republicana propia del campo político y, en este sentido, los intelectuales en cuestión aparecen desfasados de su función otrora vanguardista. Y es que la dinámica de su actividad ha sido atravesada, al mismo tiempo, por la lógica de la particularización y la profesionalización que afecta a toda actividad. En palabras de Retamozo:

“Más allá de la coyuntura, o amalgamada en el tiempo presente, está la controversia por los modos de entender la democracia, los lenguajes que habitamos y las memorias que nos constituyen, así como los lugares que los intelectuales reservan para sí en la contienda política. No se trata entonces sólo de una querrela entre intelectuales, sino el modo en que se tramitan en ese ámbito los conflictos constitutivos de la argentina contemporánea, con sus historicidades en disputa (sus pasados, sus presentes y sus futuros), en el que se juegan - al menos en parte- la producción de imaginarios y principios de inteligibilidad, los nombres y los modos de nombrar, los consensos y los significados. En definitiva, uno de los campos en los que se lucha por la hegemonía.” (Retamozo, 2012:15)

La pluralidad de sentidos que habitan a la república y el republicanismo en tanto conceptos políticos fundamentales se pone de relieve en la disputa en torno a la legitimidad del orden político vigente en el año 2008. Se trata de una disputa en torno al verdadero significado de la república como realidad y como proyecto, pero también, y fundamentalmente, en torno a la titularidad de este último. El carácter dinámico del republicanismo como concepto político de movimiento nos conduce a pensar que esta disputa se extenderá de manera sempiterna, toda vez que se actualice la pregunta por el mejor orden posible. El otro cuestionamiento irresuelto es si los intelectuales serán

capaces de trascender los límites del espacio de experiencia delimitado por el campo político e innovar conceptualmente, habilitando un nuevo horizonte de expectativas que permita superar las dicotomías simplificadoras.

## **Bibliografía**

- Abensour, M. (1997). *La democracia contra el Estado*. Buenos Aires: Colihue.
- Aboy Carlés, G. (2001). *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*. Rosario: Homo Sapiens.
- Aboy Carlés, G. (2004). Parque Norte o la doble ruptura alfonsinista. En Novaro, M., Palermo, V. (Comps.), *La historia reciente. Argentina en democracia* (pp.35-50). Buenos Aires: Edhasa.
- Aboy Carlés, G. (2010a). Alfonsín y la formación de una segunda república. En Gargarella, R., Murillo, M. V., Pecheny, M. (Comps.), *Discutir Alfonsín* (pp.67-85). Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Aboy Carlés, G. (2010b). Las dos caras de Jano: acerca de la compleja relación entre populismo e instituciones políticas. *Pensamiento Plural*, (7), 21-40.
- Aboy Carlés, G. (2011). Entrevista con Gerardo Aboy Carlés. En Hamawi, R., Socías, M. y Freibrun N., *Qué es el kirchnerismo* (pp.89-98). Buenos Aires: Ediciones Continente.
- Aboy Carlés, G. (2012). El populismo, entre la ruptura y la integración. *Revista Argentina de Ciencia Política*, (15), 87-99.
- Acha, O. (1999). Imago Mundi (1953-1956) en una coyuntura historiográfico-política. *Prismas*, (3), 117-142.
- Acuña, C. y Smulovitz, C. (1995). *Juicio, castigos y memorias. Derechos humanos y justicia en la política argentina*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Aguilar Rivera, J. A. y Rojas, R. (2002). *El republicanismo en Hispanoamérica. Ensayos de historia intelectual y política*. México: Fondo de Cultura Económica/Centro de Investigación y Docencia Económicas.
- Alemán, J. (2011). Entrevista con Jorge Alemán. En Hamawi, R., Socías, M. y Freibrun N., *Qué es el kirchnerismo* (pp.99-108). Buenos Aires: Ediciones Continente.

- Altamirano, C. (2005). De la historia política a la historia intelectual: reactivaciones y renovaciones. *Prismas*, (9), 11-18.
- Altamirano, C. (2008a). *Historia de los intelectuales en América Latina*. Tomo I. Buenos Aires: Katz.
- Altamirano, C. (2008b). *Historia de los intelectuales en América Latina*. Tomo II. Buenos Aires: Katz.
- Altamirano, C. (2011). *Peronismo y cultura de izquierda*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Altamirano, C. (2013). *Intelectuales. Notas de investigación sobre una tribu inquieta*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Appleby, J. (1992). *Liberalism and republicanism in the historical imagination*. Cambridge, Mass: Harvard University Press.
- Arditi, B. (2009). Argumentos acerca del giro a la izquierda en América Latina ¿Una política post-liberal? *Latin American Research Review*, 43 (3), 59-81.
- Arnoux, E. (2006). *Análisis del discurso. Modos de abordar materiales de archivo*. Buenos Aires: Santiago Arcos.
- Aronskind, R. y Vommaro, G. (2010). Presentación. En *Campos de batalla. Las rutas, los medios y las plazas en el nuevo conflicto agrario* (pp.9-32). Buenos Aires: Prometeo.
- Audier, S. (2004). *Les théories de la république*. Paris : La Découverte.
- Austin, J. (1998). *Cómo hacer cosas con palabras*. Barcelona: Paidós.
- Ball, T. (1988). *Transforming political discourse*. Oxford: Blakwell.
- Bauman, Z. (1997). *Legisladores e intérpretes*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Benda, J. (2003). *La trahison des clercs*. Paris: Grasset.
- Berlin, I. (2001). *Dos conceptos de libertad y otros escritos*. Madrid: Alianza.
- Biset, E. (2010). Conceptos, totalidad y contingencia. Una lectura de Reinhart Koselleck. *Res publica. Revista de Historia de las Ideas Políticas*, (23), 123-143.

- Blanco, A. (2008). Ciencias Sociales en el Cono Sur y la génesis de una nueva élite intelectual (1940-1965). En Altamirano, C., *Historia de los intelectuales en América Latina*. Tomo II. (pp.606-629). Buenos Aires: Katz.
- Bobbio, N. (1986). *El futuro de la democracia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bobbio, N. (1998). *La duda y la elección: intelectuales y poder en la sociedad contemporánea*. Buenos Aires: Paidós.
- Borón, A. (1995). El experimento neoliberal de Carlos Saúl Menem. En Borón, A. Mora y Araujo, M., Nun, J., Portantiero, J.C. y Sidicaro, R. *Peronismo y menemismo. Avatares del populismo en la Argentina*. (pp.11-46). Buenos Aires: Ediciones El cielo por asalto.
- Botana, N. (2006). *Poder y hegemonía. El régimen político después de la crisis*. Buenos Aires: Emecé.
- Botana, N. (2013). *La tradición republicana. Alberdi, Sarmiento y las ideas políticas de su tiempo*. Buenos Aires: Edhasa.
- Bourdieu, P. (2000). *Esquisse d'une théorie de la pratique*. Paris : Editions du Seuil.
- Bourdieu, P. (2002). *Intelectuales, política y poder*. Barcelona: Montessor.
- Brachetta, M. T. (2006). Nación, pueblo y democracia: nuevos significados en la transición democrática. La revista UNIDOS y el proyecto de un peronismo democrático. *Cuadernos de Historia*, (8), 11-42.
- Burgos, R. (2004). *Los gramscianos argentinos: cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Caballero, R. (2011). Qué es esto que nos pasa. En Hamawi, R., Socías, M. y Freibrun N., *Qué es el kirchnerismo* (pp.9-16). Buenos Aires: Ediciones Continente.
- Calvo, E. (2013). El Congreso de la democracia: mayorías y consensos. *Revista SAAP*, 7 (2), 413-421.
- Capellán de Miguel, G. (2013). Los momentos conceptuales. Una nueva herramienta para el estudio de la semántica histórica. En Fernández Sebastián, J.

y Capellán de Miguel, G. *Conceptos políticos, tiempo e historia. Nuevos enfoques en historia conceptual* (pp.195-233). Cantabria: Ediciones Universidad de Cantabria.

- Castellani, A., Pucciarelli, A. (2017). *Los años del kirchnerismo. La disputa hegemónica tras la crisis del orden neoliberal*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Castro García, C., Comelli, M. y Palmisano, T. (2011). Los usos del conflicto: la influencia de la Mesa de Enlace en el escenario electoral de 2009. En Giarraca, N. y Teubal, M. (Comps.), *Del paro agrario a las elecciones de 2009* (pp.287-312). Buenos Aires: Clacso.
- Casullo, N. (2013). *Las cuestiones*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Cervera-Marzal, M. (2012). Pour une conception coopérative des méthodes de lecture de Leo Strauss et Quentin Skinner. *Klesis, Revue Philosophique*, (22), 11-28.
- Charle, C. (1996). *Les intellectuels en Europe au XIXème siècle. Essai d'histoire comparée*. Paris: Seuil.
- Charle, C. (2009). *El nacimiento de los «intelectuales»*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Cheirif Wolosky, A. (2014). La teoría y metodología de la historia conceptual en Reinhart Koselleck. *Historiografías*, (7), 85-100.
- Chignola, S. (1998). Historia de los conceptos e historiografía del discurso político. *Res publica*, (1), 7-33.
- Chignola, S. (2015). Diferencia y Repetición. Otto Brunner, Reinhart Koselleck, la historia conceptual. *Conceptos Históricos*, (1), 18-38.
- Comelli, M., Castro García, C., Godfrid, J., Schvartz, A., Ciccolella, M., Negro, M. (2011). La trama de un conflicto extendido. El conflicto agrario marzo-julio de 2008. En Giarraca, N. y Teubal, M. (Comps.), *Del paro agrario a las elecciones de 2009* (pp.13-192). Buenos Aires: Clacso.
- Crenzel, E. (2013). Los derechos humanos, una verdad evidente de la democracia en la Argentina. *Centro de Estudios Avanzados*, (29), 73-91.



- Crenzel, E. (2015). Ideas y estrategias de justicia ante la violencia política y las violaciones a los derechos humanos en la transición política argentina (1982-1983). En Feld, C, Franco, M. (Comps), *Democracia, hora cero: actores, políticas y debates en los inicios de la posdictadura* (pp.81-114). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- de Diego, J. L. (2008). Los intelectuales y la izquierda en Argentina. En Altamirano, C., *Historia de los intelectuales en América Latina*. Tomo II (pp. 395-418). Buenos Aires: Katz.
- Devoto, F. (2008). Los proyectos de un grupo de intelectuales católicos argentinos entre las dos guerras. En Altamirano, C. *Historia de los intelectuales en América Latina*. Tomo II (pp.349-371). Buenos Aires: Katz.
- Dosse, F. (2007). *La marcha de las ideas: historia de los intelectuales, historia intelectual*. Valencia: Universitat de Valencia.
- Duso, G. y Chignola, S. (2009). *Historia de los conceptos y filosofía política*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Elizalde, J. (2009). *Intelectuales y política en la transición democrática: el Grupo Esmeralda*. (Tesis de Maestría). FLACSO. Sede Académica Argentina, Buenos Aires. Recuperada de: <https://repositorio.flacsoandes.edu.ec>.
- Elizalde, J. (2015). La izquierda intelectual en la recuperación democrática en la Argentina: la experiencia del Club de Cultura Socialista y dos miradas críticas sobre historia y memoria. *Usages Publics du Passé*, Revista de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS), 1-16.
- Etchemendy, S. (2012). El sindicalismo argentino en la era pos-liberal. En De Luca, M. y Malamud, A., *La política en tiempos de los Kirchner* (pp.155-166). Buenos Aires: Eudeba.
- Fernández Sebastián, J. (2009). *Diccionario político y social del mundo iberoamericano. La era de las revoluciones, 1750-1850*. Madrid: Fundación Carolina, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.

- Fernández Sebastián, J., Capellán de Miguel, G. (Eds.), (2011). *Lenguaje, tiempo y modernidad. Ensayos de Historia Conceptual*. Chile: El Globo.
- Fernández Torres, L. (2009). Un texto fundacional de Reinhart Koselleck. Introducción al Diccionario histórico de conceptos político-sociales básicos en lengua alemana. *Revista anthropos: Huellas del conocimiento*, (223), 92-105.
- Foucault, M. (1970). *La arqueología del saber*. México: Siglo XXI Editores.
- Foucault, M. (2000). *Defender la Sociedad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2014). La fonction politique de l'intellectuel. En *Dits et Écrits III (1980-1988)*. París : Gallimard.
- Forster, R. (2010). *La anomalía argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Franco, M. (2015). La “teoría de los dos demonios” en la primera etapa de la posdictadura. En Feld, C., Franco, M. (Comps), *Democracia, hora cero: actores, políticas y debates en los inicios de la posdictadura* (pp.23-80). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Freibrun, N. (2009). Intelectuales, política y cambio conceptual durante la década de 1980 en argentina. *XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires*. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires. Recuperada de: <http://cdsa.aacademica.org>.
- Freibrun, N. (2014). *La reinención de la democracia. Intelectuales e ideas políticas en la Argentina de los ochenta*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Garategaray, M. (2010). Peronistas en transición. El proyecto político ideológico en la revista Unidos (1983-1991). *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*. Recuperado de: <http://journals.openedition.org/nuevomundo/60126>.
- Garategaray, M. (2013). Democracia, intelectuales y política. *Punto de Vista, Unidos y la Ciudad Futura* en la transición política e ideológica de la década del 80. *Estudios*, (29), 53-72.
- Gargarella, R. (2015). Notas sobre kirchnerismo y justicia. En Malamud, A. y De Luca, M. *La política en tiempos de los Kirchner* (pp.63-72). Buenos Aires: Eudeba.

- Gargarella, R., Martí J. L. y Ovejero F. (2004). *Nuevas ideas republicanas: autogobierno y libertad*. Buenos Aires: Paidós.
- Geuna, M. (1998). La tradizione repubblicana e i suoi interpreti: famiglie teoriche e discontinuità concettuali. *Filosofia Politica*, 12 (1), 101-134.
- Giarracca, N., Teubal, M. y Palmisano (2008). Paro agrario. Crónica de un conflicto alargado. *Realidad Económica*, (237), 33-54.
- Gilman, C. (2003). *Entre la pluma y el fusil*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- González, H. (2011). *Kirchnerismo: una controversia cultural*. Buenos Aires: Colihue.
- González, H. (2012). Intelectuales argentinos: mitos de ausencia y traición. En *La Biblioteca. Tercera época*, (12), 140-165.
- González, J. (2014). *Intelectuales y política en el kirchnerismo: Un estudio sobre Carta Abierta (2008-2012)*. Trabajo final de grado. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. En *Memoria Académica*. Recuperado de: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.979/te.979.pdf>.
- Gramsci, A. (2012). *Los intelectuales y la organización de la cultura*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Gramuglio, M.T. (2008). *Sur*. Una minoría cosmopolita en la periferia occidental. En Altamirano, C. (2008b). *Historia de los intelectuales en América Latina*. Tomo II (pp.192-210). Buenos Aires: Katz.
- Gras, C. (2010). Actores agrarios y formas de acción política en la Argentina contemporánea. Un análisis a partir de los grupos de “autoconvocados” en la región pampeana. En *Campos de batalla. Las rutas, los medios y las plazas en el nuevo conflicto agrario* (pp.279-312). Buenos Aires: Prometeo.
- Guilhaumou, J. (2006). *Discours et évènement. L'histoire langagière des concepts*. Paris: Presses Universitaires de Franche-Comté.
- Habermas, H. (1981). *Historia y crítica de la opinión pública*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili.

- Hamawi, R., Socías, M. y Freibrun, N. (comps.) (2011). *Qué es el kirchnerismo..* Buenos Aires: Ediciones Continente.
- Hamilton, A., Madison, J., Jay, J. (2001). *El federalista*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Hilb, C., Salazar, P.H., Martin, L. (2014). *Les a humanidad. Argentina y Sudáfrica: reflexiones después del Mal*. Buenos Aires: Katz.
- Hora, R. (2010). La crisis del campo del otoño de 2008. *Desarrollo económico*, (50), 81-111.
- Itzcovitz, V. y Rappoport, L. (2016). *Malas Notas. Voces e ideas del Club Político Argentino*. Buenos Aires: Eudeba.
- Jaunarena, H. (2011). *La casa está en orden: memoria de la transición*. Buenos Aires: Taeda.
- Joly, B. (2014). *Histoire politique de l'affaire Dreyfus*. Paris: Fayard.
- Jozami, E. (2011). *Rodolfo Walsh. La palabra y la acción*. Buenos Aires: Norma/Página 12.
- Kant, I. (2002). *Respuesta a la pregunta ¿Qué es la ilustración?* Colombia: Universidad Nacional de Colombia.
- Koselleck, R. (1993). *Futuro Pasado*. Buenos Aires: Paidós.
- Koselleck, R. y Gadamer, HG. (1997). *Historia y hermenéutica*. Barcelona: Paidós.
- Koselleck, R. y Oncina Coves. F. (2003). *Aceleración, prognosis y secularización*. Valencia: Pre-textos.
- Koselleck. R. (2007). *Crítica y crisis: un estudio sobre la patogénesis del mundo burgués*. Madrid: Trotta.
- Laclau, E. (2005). *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Lefort, C. (2018). La disolución de las referencias de certeza y la cuestión democrática. En Svampa, L. *¿Qué hay de política en la filosofía? Ocho ensayos* (pp.171-190). Buenos Aires: CLACSO, IIGG.

- Lesgart, C. (2000). El tránsito teórico de la izquierda intelectual en el Cono Sur de América Latina. ¿“Reforma moral e intelectual” o liberalismo político? *Revista Internacional de Filosofía Política*, (16), 19-41.
- Lesgart, C. (2004). *Usos de la transición a la democracia. Ensayo, ciencia y política en la década del ochenta*. Buenos Aires: Homo Sapiens.
- Maingueneau, D. y Cossutta, F. (1995). L’analyse des Discours constitutants. *Langages*, (117), 112-125.
- Maissen, T. (2017). Repúblicas y republicanismo. Realidades, terminología y enfoques. En Herrero Sánchez, M. *Repúblicas y republicanismo en la Europa moderna (siglos XVI-XVIII)*. (pp.93-126). Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Mangone, C. y Warley, J. (1994). El discurso político. En *El discurso político, del foro a la televisión*. Buenos Aires: Biblos.
- Mannheim, K. (1987). *Ideología y Utopía*. México: Fondo de Cultura Económica.
- McCormick, J. (2003). Machiavelli against republicanism. On Cambridge School’s Guicciardini Moments. *Political Theory*, 35 (4), 615-643.
- Miquel, P. (2016). *L’affaire Dreyfus*. Paris: Puf.
- Morán, S. (2017). Carta Abierta: sociabilidad intelectual y discurso político. Actas de las IX Jornadas de Jóvenes Investigadores del Instituto Gino Germani. Buenos Aires. Recuperado de: <http://iigg.sociales.uba>.
- Morresi, S. (2010). Otra “separación de poderes”. Soluciones democráticas a problemas republicanos. En Rinesi, E., Vommaro, G. y Muraca, M., *Si éste no es el pueblo. Hegemonía, populismo y democracia en Argentina* (pp.41-58). Los Polvorines: UNGS.
- Muraca, M. (2016). *De Grondona a Cristina Fernández de Kirchner. De la república liberal a la república popular*. (Tesis de doctorado en Ciencias Sociales no publicada). Universidad Nacional de General Sarmiento, Los Polvorines.
- Mustapic, A. M. (2002). Del Partido Peronista al Partido Justicialista. Las transformaciones de un partido carismático. En Cavarozzi, M. y Abal Medina, J. M. (Comps.), *El asedio a la política. Los partidos latinoamericanos en la era neoliberal* (pp.137-162). Rosario: Homo-Sapiens.

- Myers, J. (2008). Los intelectuales latinoamericanos desde la colonia hasta el inicio del siglo XX. En Altamirano, C. *Historia de los intelectuales en América Latina*. Tomo I (pp.29-52). Buenos Aires: Katz.
- Nardacchione, G. y Taraborelli, D. (2010). La importancia de los aliados: un estudio sobre el conflicto rural (marzo-julio 2008). En *Campos de batalla. Las rutas, los medios y las plazas en el nuevo conflicto agrario* (pp.119-152). Buenos Aires: Prometeo.
- Nicolet, C. (2014). *L'Idée républicaine en France-Essai d'histoire critique (1789-1924)*. Paris: Gallimard.
- Nietzsche, F. (2005). *La genealogía de la moral. Un escrito polémico*. Madrid: Alianza.
- Novaro, M. y Palermo, V. (1996). *Política y poder en el gobierno de Menem*. Buenos Aires: Norma.
- Novaro, M. (1994). *Pilotos de tormentas. Crisis de representación y personalización de la política en Argentina (1989-1993)*. Buenos Aires: Ediciones Letra Buena.
- Novaro, M. (2011). *Historia de la Argentina 1955-2010*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Nun, J. (1995). Populismo, representación y menemismo. En Borón, A. Mora y Araujo, M., Nun, J., Portantiero, J.C. y Sidicaro, R. *Peronismo y menemismo. Avatares del populismo en la Argentina* (pp.67-100). Buenos Aires: Ediciones El cielo por asalto.
- O'Donnell, G. (1977). Estado y alianzas en la Argentina, 1956-1976. *Desarrollo Económico*, 16 (64), 523-554.
- O'Donnell, G. (1991). Democracia delegativa. *Novos estudos*, (31), 25-40.
- O'Donnell, G. (2007). *Disonancias: críticas democráticas a la democracia*. Buenos Aires: Prometeo.
- O'Donnell, G. (2010). Revisando la democracia delegativa. *Casa del tiempo*, (31), 2-8.

- Ortiz Leroux, S. (2014). *En defensa de la república. Lecciones de Teoría Política republicana*. México: Ediciones Coyoacán.
- Palermo, V. (2004). Entre la memoria y el olvido: represión, guerra y democracia en la Argentina. En Novaro, M. y Palermo, V. *La historia reciente. Argentina en democracia* (pp.131-148). Buenos Aires: Edhasa.
- Palermo, V. (2016). Prólogo. En Itzcovitz, V. y Rappoport, L. *Malas Notas. Voces e ideas del Club Político Argentino* (pp.11-15). Buenos Aires: Eudeba.
- Palonen, K. (1999). Rethorical and temporal perspectives on conceptual change. *Redescriptions: Political Thought, Conceptual History and Feminist Theory*, 3 (1), 41-59.
- Palonen, K. (2002). The History of Concepts as a Style of Political Theorizing: Quentin Skinner's and Reinhart Koselleck's Subversion of Normative Political Theory. *European Journal of Political Theory*, 1 (1), 91-106.
- Palti, E. (2004). Koselleck y la idea de *Sattelzeit*. Un debate sobre modernidad y temporalidad. *Ayer*, (53), 63-74.
- Palti, E. (2007a). *El tiempo de la política. El siglo XIX reconsiderado*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Palti, E. (2007b). De la República posible a la República verdadera. Oscuridad y transparencia de los modelos políticos. *Historia política. Programa Buenos Aires de Historia Política*. Recuperado de: <http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/palti.pdf>.
- Palti, E. (2014). Las polémicas en el liberalismo argentino. Sobre virtud, republicanismo y lenguaje. En Antonio, J., Aguilar, R. (comps.), *El republicanismo en Hispanoamérica. Ensayos de Historia intelectual y política* (pp.167-209). México: Fondo de Cultura Económica.
- Palti, Elías (2005). Temporalidad y refutabilidad de los conceptos políticos. *Prismas*, (9), 19-34.
- Pavón, H. (2012). *Los intelectuales y la política en la Argentina. El combate por las ideas 1983-2012*. Buenos Aires: Debate.

- Pavón, H. (2013). Argentina: el regreso de los intelectuales públicos. *Nueva Sociedad*, (245), 149-162.
- Pinacchio, E. (2018). Sobre el concepto de concepto en Reinhart Koselleck: entre las condiciones de la historia y la historia de las condiciones. *Conceptos Históricos*, 4 (5) 48-71.
- Pinto, J. y Rodríguez, G. (2015). *Entre la iracundia retórica y el acuerdo. El difícil escenario político argentino*. Buenos Aires: Eudeba.
- Plotkin, M. y Neiburg, F. (2004). *Intelectuales y Expertos. La construcción del conocimiento social en la Argentina*. Buenos Aires: Paidós.
- Pocock, J.G.A. (1997). Concetti e discorsi politici: ¿differenze di “cultura”? A propósito de un intervento di Melvin Richter. *Filosofía política*, 11 (3), 371-382.
- Pocock, J. G. A. (2003). *El momento maquiavélico. El pensamiento político florentino y la tradición republicana atlántica*. Madrid: Tecnos.
- Pocock, J. G. A. (2011). *Pensamiento Político e historia. Ensayos sobre teoría y método*. Madrid: Akal.
- Pocock, J. G. A. (2016). From *The Ancient Constitution* to *Barbarism and Religion*; *The Machiavellian Moment*, the history of political thought and the history of historiography. *History of European Ideas*. Recuperado de: <https://www.tandfonline.com>.
- Ponza, P. (2010). La izquierda en su laberinto: intelectuales argentinos, ideas y publicaciones en el exilio (1976-1983). *Boletín Americanista*, (60), 247-262.
- Portantiero, J.C. (1995). Menemismo y peronismo: continuidad y ruptura. En Borón, A. Mora y Araujo, M., Nun, J., Portantiero, J.C. y Sidicaro, R. *Peronismo y menemismo. Avatares del populismo en la Argentina* (pp.101-118). Buenos Aires: Ediciones El cielo por asalto.
- Prochasson, C. (2013). Sobre el concepto de intelectual. *Historia contemporánea*, (27), 799-811.
- Pucciarelli, A. (2006). *Los años de Alfonsín ¿El poder de la democracia o la democracia del poder?* Buenos Aires: Siglo XXI Editores.



- Pucciarelli, A. (2017). El conflicto por la 125 y la configuración de dos proyectos prehegemónicos. En Pucciarelli A y Castellani, A., *Los años del kirchnerismo*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Pucciarelli, A. y Castellani, A. (2017). El kirchnerismo y la conformación de un régimen de hegemonía escindida. En Pucciarelli A y Castellani, A., *Los años del kirchnerismo* (pp.351-378). Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Pulleiro, A. (2012). Un compromiso revisitado. Intelectuales-artistas y formas de expresión colectiva en la crisis de 2001. En *Avatares de la comunicación y la cultura*, (4), 1-18.
- Pulleiro, A. (2013). El papel de los intelectuales en la Argentina reciente: una aproximación a la experiencia de Carta Abierta. *Iberofórum. Revista de Ciencias Sociales de la Universidad Iberoamericana*, Año VIII (15), 156-181.
- Quiroga, H. (2010). *La república desolada. Los cambios políticos de la Argentina 2001-2009*. Buenos Aires: Edhasa.
- Reano, A. (2012). *Controversia y La Ciudad Futura: democracia y socialismo en debate. Revista mexicana de sociología*, 74 (3), 487-511.
- Retamozo, M. (2012). Intelectuales, kirchnerismo y política. Una aproximación a los colectivos de intelectuales en Argentina. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos. Cuestiones del tiempo presente*, 1-19. Recuperado de: <http://nuevomundo.revues.org/64250>.
- Richter, M. (1986). Conceptual History (Begriffsgeschichte) and Political Theory. *Political Theory*, 14 (4), 604-637.
- Richter, M. (1990). Reconstructing the History of Political Languages: Pocock, Skinner, and the Geschichtliche Grundbegriffe. *History and Theory*, 29 (1), 38-70.
- Richter, M. (1997). Un clásico contemporáneo: “GG” e il futuro de la ricerca storica. *Filosofía política*, 11 (3), 359-369.
- Rinesi, E. (2010). Política y corporaciones. En *Campos de batalla. Las rutas, los medios y las plazas en el nuevo conflicto agrario* (pp.33-54). Buenos Aires: Prometeo.

- Rinesi, E. (2011). ¿Qué es el kirchnerismo? En Hamawi, R., Socías, M. y Freibrun N., *Qué es el kirchnerismo* (pp.27-40). Buenos Aires: Ediciones Continente.
- Rinesi, E., Muraca, M. (2010). Populismo y república. Algunos apuntes sobre un debate actual. En Rinesi, E., Vommaro, G. y Muraca, M., *Si éste no es el pueblo. Hegemonía, populismo y democracia en Argentina*. (pp.59-76). Los Polvorines: UNGS.
- Rodgers, D. (1992). Republicanism: the Career of a Concept. *The Journal of American History*, 79 (1), 11-38.
- Rodríguez Rial, G. y Morán. S. (2018). *Ciudadanías del siglo XXI. El derecho a tener derechos, entre la performatividad y la norma*. (Documento de trabajo n°81). Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Gino Germani.
- Rodríguez, G. (2011a). *Perfiles y praxis intelectuales. El caso de la Ciencia Política y la Sociología en la Universidad de Buenos Aires*. Saarbrücken: Editorial Académica Española.
- Rodríguez, G. (2011b). El kirchnerismo: ¿normalidad o excepción a la tradición republicana argentina? En Hamawi, R., Socías, M. y Freibrun N., *Qué es el kirchnerismo* (pp.109-130). Buenos Aires: Ediciones Continente.
- Rodríguez, G., Freibrun, N. (2011). La república es de los otros ¿o puede ser mía? Un dilema para el intelectual kirchnerista, *IX Jornadas de Sociología*. Buenos Aires, Argentina.
- Rojas, R. (2008). Traductores de la libertad: el americanismo de los primeros republicanos. En Altamirano, C. *Historia de los intelectuales en América Latina*. Tomo I (pp.205-226). Buenos Aires: Katz.
- Rosanvallon, P. (2003). *Por una historia conceptual de lo político*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Rosler, A. (2016). *Razones Públicas. Seis conceptos básicos sobre la república*. Buenos Aires: Katz.
- Rzezak, H. F. (2008). El conflicto entre el Gobierno y el campo en Argentina. Lineamientos políticos, estrategias discursivas y discusiones teóricas a partir de un

abordaje multidisciplinar. *Iberóforum. Revista de Ciencias Sociales de la Universidad Iberoamericana*, 3 (6), 82-106.

- Sabato, H. (2006). La reacción de América: la construcción de las repúblicas en el siglo XIX. En Chartier, R. y Feros, A. (Directores), *Europa, América y el mundo: tiempos históricos*. (pp.263-281). Madrid: Marcial Pons.
- Sabato, H. (2008). Nuevos espacios de formación y actuación intelectual: prensa, asociaciones, esfera pública (1850-1900). En Altamirano, C. *Historia de los intelectuales en América Latina*. Tomo I (pp.387-411). Buenos Aires: Katz.
- Said, E. (1996). *Representaciones del intelectual*. Barcelona: Paidós.
- Salas Oroño, A. (2011). El kirchnerismo como proyecto y como socialización. En Hamawi, R., Socías, M. y Freibrun N., *Qué es el kirchnerismo*. (pp.49-57). Buenos Aires: Ediciones Continente.
- Sapiro, G. (2011). Modelos de intervención política de intelectuales. El caso francés. *Prismas*, 15 (2), 129-154.
- Sarlo, B. (1982). Vanguardia y criollismo: la aventura de Martín Fierro. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 8 (15), 39-69.
- Sarlo, B. (1985). Intelectuales ¿escisión o mimesis? *Punto de Vista*, (25), 1-6.
- Sarlo, B. (2011). *La audacia y el cálculo. Kirchner 2003-2010*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Sarlo, B. (2013). Los intelectuales, la tierra fértil del kirchnerismo. *Cuadernos de Literatura*, 17 (33), 18-33.
- Sartre, J. P. (1990), *¿Qué es la literatura?* Buenos Aires: Losada.
- Sartre, J.P. (1973). *Plaidoyer pour les intellectuels*. Paris: Gallimard.
- Savignano, A. (2014). El rol de *¿Qué es la literatura?* De J. P. Sartre en la formación generacional del grupo *Contorno*. *Cuaderno de materiales*, (26), 59-78.
- Serrafiero, M. (2015). Presidencia y vicepresidencia. Otra difícil combinación. En Malamud, A. y De Luca, M. *La política en tiempos de los Kirchner* (pp.23-36). Buenos Aires: Eudeba.
- Shils, E. (1958). The intellectuals and the powers: some perspectives for comparative analysis. *Comparative Studies in Society and History*, 1 (1), 5-22.

- Shils, E. (1971). Tradition. *Comparative Studies in Society and History*, 13 (2), 122-159.
- Sidicaro, R. (2011). *Los tres peronismos*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Sigal, S. (1991). *Intelectuales y poder en la década del sesenta*. Buenos Aires: Punto Sur Editores.
- Skinner, Q. (1978). *The foundations of modern political thought*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Skinner, Q. (1985). *Vision of politics. Volume 2. Renaissance Virtues*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Skinner, Q. (2000). Significado y comprensión en la historia de las ideas. *Prismas*, (4), 149-191.
- Skinner, Q. (2007). *Lenguaje, política e historia*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Skornicki, A., Tournadre, J. (2015). *La nouvelle histoire des idées politiques*. Paris: La Découverte.
- Souroujon, G. (2014a). *El peronismo vuelve a enamorar. La articulación de un imaginario político durante el gobierno de Menem*. Rosario: Homo Sapiens.
- Souroujon, G. (2014b). La ciencia política argentina frente al menemismo. Preguntas, interpretaciones y debates. *Ciencia, Docencia y Tecnología*, 25 (49), 1-22.
- Stoessel, S. (2014). Giro a la izquierda en la América Latina del siglo XXI. Revisitando los debates académicos. *Polis, Revista Latinoamericana*, 13 (39), 123-149.
- Svampa, M. (2012). Los intelectuales, la cultura y el poder. *Topía*. Recuperado de: [www.topia.com.ar](http://www.topia.com.ar).
- Svampa, L. (2016). El concepto de crisis en Reinhart Koselleck. Polisemias de una categoría histórica. *Anacronismo e Irrupción*, 6 (11), 131-151.
- Terán, O. (2013). *Nuestros años sesentas*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

- Teubal, M. y Palmisano, T. (2011). El conflicto agrario: características y proyecciones. En Giarraca, N. y Teubal, M. (Comps.), *Del paro agrario a las elecciones de 2009* (pp.193-252). Buenos Aires: Clacso.
- Tonelli, L. (2015). Prefacio. En Malamud, A. y De Luca, M. *La política en tiempos de los Kirchner* (pp. 9-14). Buenos Aires: Eudeba.
- Urbinati, N. (2011). Republicanism: Democratic or Popular? *Good Society*, 2 (20), 157-169.
- Venturi, F., Albertone, M., & Bacsko, B. (2004). *Pagine repubblicane*, 191. Turin: Einaudi.
- Viroli, M. (2001). *Per amore della patria. Patriottismo e nazionalismo nella storia*, Bari: Editori Laterza.
- Vommaro, G. (2010). “Acá el choripán se paga”: movilización política y grupos sociales en el reciente conflicto en torno a las retenciones a las exportaciones de granos. En *Campos de batalla. Las rutas, los medios y las plazas en el nuevo conflicto agrario* (pp.181-226). Buenos Aires: Prometeo.
- Vommaro, G. (2017). *La larga marcha de Cambiemos. La construcción silenciosa de un proyecto de poder*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Waiman, J. (2016). La batalla política de los intelectuales kirchneristas. Apuntes para una interpretación de Carta Abierta. *Revista Conflicto Social*, 9 (16), 147-179.
- Weber, M. (1986). Los literatos chinos. En *Sociología de la educación*. Buenos Aires: Planeta.
- Wieczorek, T. (2019). *Juan Bautista Alberdi - Mariano Fraguero: un debate teórico-político en el momento constituyente de 1853*. (Tesis de doctorado en Ciencias Sociales no publicada). Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Wittgenstein, L. (1986). *Investigaciones filosóficas*. México: Instituto de investigaciones filosóficas de la Universidad Nacional Autónoma de México.
- Yabkowski, N. (2010). Nosotros, ellos...todos. Los sentidos de la representación política y los recursos discursivos utilizados para ganar legitimidad en el conflicto.

En *Campos de batalla. Las rutas, los medios y las plazas en el nuevo conflicto agrario* (pp.67-118). Buenos Aires: Prometeo.

- Yannuzzi, M. (1994). Populismo y modernización capitalista en la Argentina. *Estudios Sociales*, (7), 95-112.
- Zola, E. (1901). *L'affaire Dreyfus*. E. Fasquelle.

## **Fuentes**

- Aizpeolea, C. (5 de septiembre de 2013). El lenguaje político establece sus grandes nociones en las fisuras. *La Voz*. Recuperado de: <https://www.lavoz.com.ar/ciudad-equis/el-lenguaje-politico-establece-sus-grandes-nociones-en-las-fisuras>.
- Cabral, A. I. (13 de julio de 2009). Horacio González: “Existe un fuerte sentimiento de que el gobierno juega su permanencia en estas elecciones”. *Política argentina*. Recuperado de: <https://www.politicargentina.com/notas/200907/2274-horacio-gonzalez-existe-un-fuerte-sentimiento-de-que-el-gobierno-juega-su-permanencia-en-estas-elecciones.html>.
- Carta Abierta (15 de mayo de 2008). *Carta Abierta/1*. Recuperado de: [www.cartaabierta.org.ar](http://www.cartaabierta.org.ar)
- Carta Abierta (4 de junio de 2008). *Carta Abierta/2. Por una nueva redistribución del espacio de las comunicaciones*. Recuperado de: [www.cartaabierta.org.ar](http://www.cartaabierta.org.ar)
- Carta Abierta (11 de junio de 2008). *Carta Abierta/3. La nueva derecha en la Argentina*. Recuperado de: [www.cartaabierta.org.ar](http://www.cartaabierta.org.ar)
- Carta Abierta (21 de septiembre de 2008). *Carta Abierta/4. El laberinto argentino. La excepcionalidad*. Recuperado de: [www.cartaabierta.org.ar](http://www.cartaabierta.org.ar)
- Casullo, N. (30 de marzo de 2008). Nuevas memorias de marzo. *Página/12*. Recuperado de: <https://www.pagina12.com.ar/diario/especiales/18-104893-2008-05-26.html>.
- Club Político Argentino (Junio de 2008). *Documento Inicial*. Recuperado de: <http://www.clubpoliticoargentino.org>.
- Club Político Argentino (Agosto de 2008). *De las plazas al Congreso. Reflexiones acerca de la crisis argentina*. Recuperado de: <http://www.clubpoliticoargentino.org>.
- Falduto, F. (16 de marzo de 2017). El clima destituyente es destituyente. *Perfil*. Recuperado de: <https://www.perfil.com/noticias/politica/el-clima-destituyente-es-destituyente.phtml>.

- Forster, R. (19 de mayo de 2008). Los “discursos” de la Patria. *Página/12*. Recuperado de: <https://www.pagina12.com.ar/diario/especiales/18-104922-2008-05-26.html>.
- Gargarella, R. (5 de junio de 2008). Mirando por sobre las tranqueras. *Página/12*. Recuperado de: <https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/subnotas/105464-33213-2008-06-05.html>.
- González, H. (29 de mayo de 2008). De populistas y liberales. *Página/12*. Recuperado de: <https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/subnotas/105055-33063-2008-05-29.html>.
- González, H. (23 de junio de 2015). La cuestión intelectual. *Página/12*. Recuperado de: <https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-275530-2015-06-23.html>.
- Jozami, E. (6 de octubre de 2013). República, democracia y kirchnerismo. *Página/12*. Recuperado de: <https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-230647-2013-10-06.html>.
- La fiesta de los 10 años del Club Político Argentino (30 de abril de 2018). *Infobae*. Recuperado de: <https://www.infobae.com/politica/2018/04/30/la-fieta-de-los-10-anos-del-club-politico-argentino>.
- La Gaceta (28 de marzo de 2008). *Discurso completo de la presidenta Cristina Fernández de Kirchner en Parque Norte*. Recuperado de: <https://www.lagaceta.com.ar/nota/264335/economia/discurso-completo-presidenta-cristina-fernandez-kirchner-parque-norte.html>.
- Mercado, S. (1 de junio de 2016). En el Club Político Argentino somos amigos del Gobierno y como a todo amigo, lo bancamos. *Infobae*. Recuperado de: <https://www.infobae.com/2016/06/01/1815583-en-el-club-politico-argentino-somos-amigos-del-gobierno-y-como-todo-amigo-lo-bancamos>.
- Morales Solá, J. (29 de julio de 2018). ¿Otra vez un clima destituyente? *La Nación*. Recuperado de: <https://www.lanacion.com.ar/opinion/otra-vez-un-clima-destituyente-nid2157416>.



- Novaro, M. (28 de mayo de 2008). La batalla cultural. *La Nación*. Recuperado de: <https://www.lanacion.com.ar/opinion/la-batalla-cultural-nid1016177>.
- Novaro, M. y Cherny, N. (27 de abril de 2007). Populismo, izquierda y liberalismo. *El agente de CIPOL*. Recuperado de: <http://www.politica.com.ar/blog/2007/04/27/populismo-izquierda-y-liberalismo>.
- Novaro, M., Palermo, V. y Bonvecchi, A. (18 de abril de 2008). Protesta y democracia liberal. *Página/12*. Recuperado de: <https://www.pagina12.com.ar/diario/universidad/10-102246-2008-04-18.html>.
- Orosz, D. (5 de septiembre de 2013). *Destituyente es un insulto que se arroja al enemigo*. Recuperado de: <https://www.lavoz.com.ar/ciudad-equis/destituyente-es-un-insulto-que-se-arroja-al-enemigo>.
- Palermo, V. (19 de abril de 2008). Carta Abierta a (todos) los firmantes. *La Insignia*. Recuperado de: [https://www.lainsignia.org/2008/mayo/ibe\\_006.htm](https://www.lainsignia.org/2008/mayo/ibe_006.htm).
- Palermo, V. (23 de abril de 2008). Conflicto social e intelectuales. *El agente de CIPOL*. Recuperado de: <http://www.politica.com.ar/blog/2008/04/23/conflicto-social-e-intelectuales>.
- Palermo, V. (31 de julio de 2009). Más allá del republicanismo de cartilla. *El agente de CIPOL*. Recuperado de: <http://www.politica.com.ar/blog/2009/08/23/mas-alla-del-republicanismo-de-cartilla>.
- Palermo, V. (Septiembre de 2013). La década kirchnerista. Legado y futuro. *El agente de CIPOL*. Recuperado de: <http://www.politica.com.ar/blog/2013/09/27/la-decada-kirchnerista-legado-y-futuro>.
- Palermo, V. (11 de junio de 2015). ¿Qué es el kirchnerismo? *El agente de CIPOL*. Recuperado de: <http://www.politica.com.ar/blog/2015/06/11/que-es-el-kirchnerismo>.
- Radio Mitre (18 de abril de 2018). Diez años del Club Político Argentino: “No somos la Carta Abierta del macrismo”. [Audio en podcast]. Recuperado de: <https://jorgefernandezdiaz.cienradios.com/club-politico-no-carta-abierta-m>.

- Sehinkman, D. (22 de noviembre de 2014). Horacio González: “Algún sector del gobierno giró a la derecha, pero yo no”. *La Nación*. Recuperado de: <https://www.lanacion.com.ar/politica/sin-titulo-nid1746052>.
- Svampa, M. (29 de junio de 2007). ¿Hacia un nuevo modelo de intelectual? *Revista Ñ*. Recuperado de: <http://www.maristellaskvampa.net>.
- Svampa, M. (8 de agosto de 2010). El intelectual tiene que molestar. *Tiempo Argentino*. Recuperado de: <http://www.maristellaskvampa.net>.
- 4tas Jornadas de Ciencia Política del Litoral [FHUC-UNL]. (29 de mayo de 2018). Populismo y republicanism [Archivo de video]. Recuperado de: [https://www.youtube.com/watch?v=0NN0\\_YmciNM](https://www.youtube.com/watch?v=0NN0_YmciNM).